CHRISTIAN FURQUET

ESCRITO EN TUS HUESOS

ESCRITO EN TUS HUESOS

Christian Furquet

A Luis, por encima de todo.

A Yoni, *in memoriam*,
que alzó sus alas al viento el mismo día que empecé a escribir esta historia.

A Kike, que se encargó de abrirme los ojos.

A mi madre, a mi hermana y a mi sobrino Luca,
porque sé que nunca se alejarán.

Y por supuesto, a mis abuelos. Me sobran los motivos.

“Entonces descubres que el monstruo del cual huías es el monstruo dentro de ti”. Canción Darkness, de Darren Hayes.
Cita extraída del libro “La Raya”, de Zetta Vaz.

La Plaza Mayor de Salamanca estaba a rebosar pese a la amenaza de lluvia.

Más de 30.000 estudiantes venidos de todas partes se habían congregado en la capital charra con el fin de festejar la afamada Nochevieja Universitaria. Una tradición que llevaba celebrándose desde hacía dos décadas, y en la que ahora una horda de chavales vestidos con sus mejores galas y diademas de reno bailaba enfebrecida entre luces estroboscópicas y cucuruchos con gominolas en vez de las tradicionales uvas.

Nada hacía presagiar ningún tipo de infortunio entre el personal sanitario apostado a un lateral del ágora o el dispositivo de vigilancia que la policía local había llevado a cabo en los diferentes puntos de acceso. Todo parecía estar listo a escasos minutos de que el reloj de la Plaza marcase las doce, cuando los ojos de la chica se abrieron de golpe.

Primero despacio, a cámara lenta, como si una fuerza mayor le impidiese desplegar los párpados. Un horizonte frío se abalanzó sobre ella mientras sus pupilas intentaban adaptarse a la sucia claridad que se filtraba entre las cortinas opacas. Fijó la vista en la techumbre, después en los laterales de chapa. Justo en uno de ellos, un tablero de madera exhibía el contorno de varios serruchos y otras herramientas. La chica se convenció de que estaba en el interior de un furgón al tiempo que las imágenes de su huida comenzaban a asaltar sus recuerdos. Se alarmó. Notó que el miedo se acoplaba a su respiración irregular mientras la música de la Nochevieja Universitaria atronaba a poca distancia.

Intentó incorporarse, pero era inútil. Apenas era capaz de mover un solo músculo de su cuerpo. La chica se encontraba inmovilizada en el suelo del furgón cuando dejó escapar un alarido mudo, casi imperceptible, como si sus cuerdas vocales hubiesen sido extirpadas a propósito. Volvió a repetir la hazaña, esta vez con más ahínco.

Simples sonidos guturales se escabulleron de sus labios como luciérnagas en la noche. Una sensación de indefensión la invadió por completo a medida que una sombra se escurría por encima de su cabeza y se detenía a la altura de su mirada para observarla. Sus ojos refulgían sonrientes y voraces en aquel rostro despoblado de matices. La chica se removió en el suelo hasta que el hombre detuvo su aprensión con una de sus manos enguantadas, las falanges aferrándose a su barbilla menuda. Después asomó su otra mano y le permitió ver la aguja quirúrgica que sostenía entre las yemas de sus dedos. El destello que emitió la punta la advirtió de su propósito. El hombre sin rostro la contempló una vez más y aproximó la aguja hacia sus párpados.

Tal vez se los cerró para cosérselos; quizá para obviar el gesto de pánico que reflejaba su semblante. Pero en ese instante, cuando las campanas de la ciudad anunciaron la medianoche, una avalancha de aplausos y vítores dio comienzo al nuevo año mientras la chica desgarraba con un grito el miedo a la muerte cercana.

Entonces, todo se volvió oscuro…

DÍA 1

1

Viernes, 9 de diciembre de 2022
Salamanca (España)
06:54 de la mañana.

Hacía prácticamente un mes que el inspector de homicidios, Elías Falcón, no recibía ninguna llamada de madrugada para acudir al escenario de un crimen.

Aún con telarañas en los ojos, se incorporó de la cama con desgana. Una niebla barría las calles por fuera de la ventana, iluminadas por la tibia luz de las farolas. Se vistió con la ropa que descansaba ordenada sobre el tapete de la silla y se atusó el pelo delante del espejo de pared de su habitación. Después se enfundó el anorak y abandonó el domicilio con la sensación de que el día ni siquiera había comenzado.

El inspector atravesó en su coche una madeja de calles entrelazadas del casco histórico. Continuó avanzando bajo el fulgor de las farolas, donde las torretas de algunas patrullas salpicaban de luces anaranjadas las fachadas de varias casas. Aparcó el vehículo en doble fila y se apeó con la consabida de que no le iba a gustar en absoluto lo que estaba a punto de descubrir.

Sus ojos se fueron por inercia al verraco de piedra que iniciaba el camino del Puente Romano. Varios testigos se mantenían curiosos por detrás del acordonamiento policial, interesados en averiguar por qué los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad habían acotado las dos entradas del puente y levantado con una lona de plástico una especie de pared. Elías chascó la lengua a modo de desaprobación y cruzó el cordón con premura. Al avanzar por el encachado de adoquines, reparó en el juez Castillo y en el inspector Robledo. Los dos hombres parecían enfrascados en una charla contumaz que evitó interrumpir a toda costa.

El subinspector Bruno Castell fue el único que decidió acudir a su encuentro.

- ¿Y toda esa gente? – le recriminó.

El subinspector, natural de Tarrasa, complexión delgada aunque atlética y rostro lampiño le ofreció un gesto de vacilación. Pese a llevar dos años en la Brigada de Delitos contra las Personas en la comisaría de Salamanca, todavía le costaba admitir que Falcón era de los pocos agentes que quedaban chapados a la antigua usanza y que no se permitía un solo desliz durante una investigación en curso. La rectitud y su mente cuasi alemana formaban parte de su carácter.

- Curiosos – alegó más bien –. He intentado desalojar la zona, pero

es imposible. A estas horas mucha gente sale de sus casas para ir a trabajar.

Elías volvió la cabeza, donde toda aquella muchedumbre parecía crecer a marchas forzadas. Al fondo, por detrás del verraco sustentado sobre una lámina de piedra, la silueta de la catedral se intuía recortada contra la noche oscura.

- ¿Están todos presentes? – Quiso averiguar al tropezar de nuevo con el semblante circunspecto del subinspector.

- El juez de guardia y el secretario judicial llevan un rato. También el médico forense y los peritos.

- ¿Quién dio el aviso?

El agente extrajo de su chupa de cuero un bloc de notas y consultó los apuntes que había garabateado en un par de hojas.

- Aquí lo tengo. Alfredo Espinosa, setenta y un años, jubilado. Parece ser que se topó con el cadáver cuando estaba sacando a su mastín por los alrededores del río. Alertó rápido al 112 al descubrir el pastel. Los *zetas* fueron los primeros en personarse y avisar a comisaría. Covarrubias y Montaner le están tomando declaración.

- De acuerdo – asintió –. Anote toda la información que considere para remitirla después al juzgado. Por cierto, ¿sabemos ya quién es?

- Qué va, jefe. La chica no portaba ningún documento de identidad, y en comisaría me han confirmado que no ha habido ninguna denuncia por desaparición en las últimas semanas.

El inspector, que había permanecido en silencio mirando a un punto incierto de aquel horizonte velado por la niebla, giró la cabeza bruscamente, como si hubiese regresado de un sueño profundo.

- ¿Quién es el médico forense que está al mando?

Falcón estaba casi convencido de saber su respuesta.

- Elisa Vázquez – despejó sus dudas.

Falcón afiló la mirada y supo que tras aquella cortina improvisada que estrechaba el perímetro se encontraba Elisa Vázquez, la forense predilecta del juez Castillo, la misma que había llevado la mayoría de autopsias por homicidio en la provincia de Salamanca y que el inspector conocía de sus años de servicio en la capital. Ambos agentes retomaron sus pasos por dentro del Puente Romano y se aproximaron al reluz que conformaba sobre la tela blanca una fantasmagoría imposible. Después, el subinspector Castell retiró un extremo de la lona y le permitió pasar.

Dos policías de la científica fotografiaban la escena desde todos los ángulos, mientras unas cuantas lámparas de led de alta intensidad iluminaban una porción del suelo. Falcón percibió que por detrás, al abrigo de una penumbra gris, el secretario judicial y la forense mantenían una conversación, a su juicio, bastante fluida. Dedujo que la doctora estaría informándole de lo que había hallado en el cuerpo

tras un primer examen ocular cuando sus ojos se fueron por inercia hacia los auxiliares forenses que, ataviados con trajes de bioseguridad criminalística y gafas de protección, parecían buscar indicios de gran valor alrededor del cadáver. Falcón dio un paso al frente y la observó por vez primera.

La chica se encontraba desnuda, en posición genupectoral y con las rodillas clavadas al suelo empedrado. De su cabeza, descolgada a voluntad entre los omoplatos, sobresalían tímidamente sus brazos, las muñecas maniatadas con una cinta de cuero y unidas a una pequeña cadena de eslabones que se perdía bajo un revuelo de mechones claros y enmarañados. Tenía la piel blanquecina, como si fuese de escarcha, dejando entrever un ramal de venas azules que recorría a tramos su dermis translúcida. El inspector se acuclilló para poder verla mejor y examinó entre el ajetreo de los peritos el pequeño cráneo de gamo que descansaba frente a ella, sus dedos acariciando la incipiente cornamenta que emergía del hueso como dos tallos frágiles y leñosos. Falcón cerró los ojos y vació de su cabeza cualquier pensamiento huero. Sólo entonces fue capaz de trazar en su imaginación lo que pudo suceder, la chica huyendo en sus ensoñaciones mientras agitaba la melena contra el viento y su figura se diluía en la bruma densa. Alguien llevaba tiempo acechándola a corta distancia, pensó; la misma persona que más tarde la asaltaría en su camino para arrebatarle la vida.

La doctora Vázquez se percató de su presencia y se despidió del secretario judicial con un ceremonioso apretón de manos. Luego traspasó el perímetro acotado por las propias lámparas de led y se hizo con el informe que portaba uno de sus técnicos. Apenas tardó en reconocer el extraño ritual al que estaba ya familiarizada, sus piernas completamente flexionadas y los párpados apretados. Elías parecía buscar al asesino entre los recovecos de su mente; o al menos, eso dedujo la forense cuando se detuvo a su lado y carraspeó.

- Inspector Falcón… – dijo después.

El hombre levantó la vista y le devolvió una mueca estúpida. Desde aquella posición pudo observar su media melena cobriza, así como las lentes transparentes que le otorgaban un aire de lo más juvenil pese a rondar los cincuenta. Falcón se puso en pie con intención de estrecharle la mano.

- Buenos días, doctora – Le devolvió el saludo –. ¿Y bien? ¿Algo reseñable?

- Muchas, pero será mejor que vayamos por partes. ¿Me acompaña?

Elías asintió mudo y rodearon el cadáver hasta colocarse a la altura de su cabeza. Le repugnó la imagen de sus dedos entrelazándose al cráneo del animal.

- Habría sido más específica de haber aparecido sus ropas, por si el

agresor la hubiese forzado. Aunque a primera vista no parece haber indicios de agresión sexual.

- Espere un segundo – la cortó –. ¿Aún no han aparecido sus pertenencias?

- Pensé que ya se lo habrían comunicado.

El inspector la obsequió con una mirada ceñuda.

- No tenemos nada – prosiguió la forense –, ni nombre, ni documentación, nada. Ya le he dicho al inspector Robledo que puede darse el caso de que la chica ni siquiera fuese de aquí. He leído en la prensa que se estimaba que acudiesen a la Nochevieja Universitaria entre treinta y cuarenta mil chavales. Tengo entendido que han venido estudiantes hasta de Japón.

- Venga, Elisa, no me joda. Alguna explicación debe de existir. No se puede haber esfumado la ropa como si nada.

- También cabe la posibilidad de que su agresor se la haya llevado a modo de trofeo. Sabe que no es el primer caso. De todas formas, varios miembros de la científica están peinando las inmediaciones del río por si…

Elías Falcón dejó a la forense con la palabra en la boca y se asomó por fuera del Puente Romano. Abajo, entre la frondosidad de los sauces y las choperas, las linternas de unos cuantos operarios alumbraban los salientes de arena que el río Tormes había drenado durante su transcurso. Las intensas lluvias de la última semana habían formado pequeños islotes, comiéndose en su avance infinidad de juncos. Luego regresó con la doctora Vázquez, reparando de camino en el joven subinspector.

- Castell – Llamó su atención –, necesito que busque a los demás y que rastreen la otra cara del río. Y también los contenedores del parque fluvial. La ropa de la chica debe de estar en alguna parte.

El agente confirmó la orden con un golpe de cabeza y abandonó raudo la escena del crimen. Elisa Vázquez, en cambio, esperó a retomar su análisis con los brazos cruzados.

- ¿Seguimos? – preguntó con retintín.

- Cuando quiera.

Falcón se fijó en que uno de los técnicos forenses estaba tomándole a la chica la temperatura del hígado.

- Según lo que he comprobado hasta el momento, el cadáver aún no ha alcanzado la rigidez completa. Es decir, el *rígor mortis* se encuentra en fase de instauración. Por lo tanto, estimo que debe de llevar muerta en torno a seis horas.

- ¿Es la data que establece? – la interrumpió el inspector al hacer sus propios cálculos mentales –. ¿Cree que la mataron de madrugada?

- Eso creo. Aunque ya sabe que aún es pronto para ratificar mi diagnóstico teniendo en cuenta las condiciones en las que se ha

encontrado, la humedad del ambiente, las bajas temperaturas… Todos esos elementos pueden alterar los fenómenos cadavéricos. Pero hasta que el cuerpo no sea trasladado al Instituto de Medicina Legal y realice la autopsia, no podré ser más precisa. Por ahora, prefiero exponer las evidencias que he constatado en un primer vistazo antes de elaborar el tanatocronodiagnóstico pericial.

Elías se percató de que la doctora no iba a pillarse los dedos por mucho que intentase persuadirla para que le ofreciera una valoración precoz.

- Sin embargo – continuó –, y a pesar de la transposición de livideces *post mórtem* que hay en las partes declives del cuerpo, sí que puedo asegurarle que la chica se halla en un estado intacto. En otras palabras, no he apreciado heridas, ni cortes ni magulladuras que revelen que luchó contra su asesino. Es más, creo que el tipo la limpió una vez muerta para, posteriormente, colocarle toda esa parafernalia.

- ¿En qué se basa?

- En que éste no es el lugar de los hechos – arrojó –. La chica tuvo que ser asaltada en otro punto de la ciudad y ser trasladada hasta aquí, hasta el Puente Romano. Lo que ya no sabría decirle es el modo en que fue transportada, si en un coche, una moto… He informado al inspector Robledo y tengo entendido que ha avisado a los de huellas. Los técnicos no han encontrado ninguna señal dactilar o palmar con el Luminol, ni tampoco restos de semen con la lámpara Wood.

Falcón comenzó a impacientarse entre tanto tecnicismo pericial pese a que su propia psique funcionaba bajo un riguroso mecanismo de reglamentos. Solo él comprendía la enorme utilidad del protocolo de actuación ante hechos delictivos y/o violentos.

- Doctora Vázquez, ¿me está diciendo que la chica fue atacada en torno a la medianoche según la data que ha establecido y que su asesino se deshizo del cuerpo justamente aquí, en un lugar tan transitado como es el Puente Romano?

- Sí – atajó sin titubeos.

- ¿Y no sería más factible que la agrediesen al inicio del puente? Quizá se dirigía caminando al centro de la ciudad para celebrar con sus amigos la Nochevieja Universitaria. Calculo que no debe de tener más de veinte años.

- Lo dudo – aseveró la patóloga –. Aunque no es a mí a quien compete esclarecerlo.

- ¿Y por qué lo duda?

- Por la causa de la muerte.

El inspector acababa de caer en la cuenta de que aún no conocía la parte que menos le agradaba de cualquier caso, la misma en la que su mente volvía a poner en movimiento su oscura imaginación con el fin

de visualizar a la víctima durante breves instantes.

- No se aprecia a simple vista por hallarse el cadáver en posición mahometana – retomó la forense. A Falcón le chirrió el término –. Pero la tensión que ejercen los músculos de su tráquea revela una muerte asfíctica por estrangulamiento, aunque tampoco descartaría por ahogamiento.

- ¿Por ahogamiento? – Dudó de lo que acababa de oír –. ¿Con qué?

Elisa Vázquez extrajo una linterna manual del bolsillo de su traje y se la prestó.

- Será mejor que lo compruebe usted mismo.

El inspector compuso una mueca de incredulidad. Ni siquiera tenía claro lo que se proponía a hacer cuando la forense le indicó con la mano que se agachase. Elías se arrodilló delante del cadáver y encendió la linterna. La luz alumbró los ángulos sombríos según estiraba el brazo hacia el rostro de la joven y se asomaba precavido. Su mirada se abrió más de la cuenta al enfocar sus facciones amoratadas, los párpados constreñidos por el espanto, la piel punteada de pequeñas petequias. Falcón coló la vista un poco más, hasta que tropezó con aquella imagen espeluznante.

Una urdimbre de hilos negros se prolongaba zigzagueante a lo largo de su boca. Un zurcido de puntadas perfectas, de la que resbalaba una gota similar a la resina por una de sus comisuras. Falcón se echó hacia atrás de manera involuntaria, no sin antes reconocer de una pasada la cadena de eslabones que aprisionaban sus muñecas y que se extendía igualmente hacia el cuello.

Al incorporarse notó que un regusto amargo trufaba su aliento de virutas ácidas. Acto seguido, le sobrevino una tos difícil de aplacar.

- ¿Se encuentra bien? – inquirió una voz masculina por su espalda.

Elías se volvió rápido, donde el juez Castillo y el inspector Robledo parecían examinarlo bajo lupa.

- Todo bien, señoría – Quiso zanjar cuanto antes el asunto.

- No me extraña que se *añusgue*, menudo regalito nos ha dejado el hijo de puta que le haya cosido la boca – pregonó Robledo.

A Falcón le rechinó el énfasis de su compañero, siempre dado a llamar la atención del resto. El policía, el cual rayaba la cincuentena, era obstinado, pretencioso y bastante cavernícola en según qué ideas; aunque a Elías no había cosa que más le sacara de quicio que sus chistes despectivos y las malas pulgas que se gastaba. No obstante, había aprendido a eludir las salidas de tono del *enano gruñón*, como solía motejarlo en su fuero interno.

- Deberíamos revisar las cámaras de videovigilancia que haya en las proximidades a ambos lados del río – objetó Falcón –. Si la doctora

está en lo cierto, tenemos un intervalo de unas seis horas en las que la chica pudo haber cruzado el puente a pie o haber sido trasladada en algún vehículo una vez muerta.

- He emitido la orden hace un momento – resolvió Robledo delante del juez. *Otra medallita más*, pensó Elías –. Imagino que no tardaremos en dar con ese miserable.

- Por lo pronto, nuestra prioridad es averiguar la identidad de la víctima – les cortó Castillo –. No puedo abrir las diligencias pertinentes sin saber quién era la chica, si llevaba tiempo desaparecida o simplemente acudió a la Nochevieja de estudiantes y resulte que ni siquiera era de aquí.

Todos percibieron el malhumor del juez, donde unas profundas bolsas surcaban sus párpados, señal de haber abandonado la cama mucho antes de lo que habría deseado.

- Así que con suerte, espero tener el informe del atestado en la mesa de mi despacho en unas horas – vació a regañadientes –. Y por favor, dispersen a toda esa gente del puente. Lo que menos nos conviene ahora es que esto llegue a oídos de la prensa.

Segundos más tarde, el juez Castillo partió de la escena del crimen y desapareció tras la cortina con el talante adusto. El inspector Robledo, haciendo lo propio, lo escoltó unos pasos por detrás.

Falcón descargó la tensión en un hondo suspiro, hasta que sintió que la forense posaba una mano sobre su hombro. Solo entonces, descubrió que la mirada de Elisa Vázquez destilaba un destello conmiserativo.

- Ya sabe cómo es – Intentó justificarlo –. Aun así, procuraré realizar la necroreseña hoy mismo para que la incluya en el acta. Le aviso con lo que encuentre.

- Está bien – respondió agradecido –. Seguimos en contacto.

Una vez que la doctora regresó con su equipo, el inspector de homicidios renunció a seguir contemplando el cadáver que descansaba en el suelo. Se alejó unos metros del escenario y apoyó ambas manos sobre la piedra porosa del Puente Romano. Enseguida se perdió entre el follaje del río, donde las primeras luces del amanecer despuntaban plomizas por encima de los terrados de la ciudad.

***

Pero lo que Elías Falcón desconocía era que al otro lado de las cintas que delimitaban el perímetro de acción, justo por encima de las rocas que se descollaban de la muralla, una silueta sombreada continuaba disparando su cámara desde el Jardín de

la Merced. El hombre siguió el rastro del inspector por el visor y lo inmortalizó de nuevo tras un aluvión de flashes. *Venga, muévete*, murmuraba, *dame algo más que tu perfil*. Sus súplicas parecieron materializarse en cuanto advirtió que el agente se volvía extrañado al intuir un reflejo entre las sombras. *Joder*, balbuceó. El hombre se agachó deprisa y resopló. Luego extrajo el móvil del bolsillo de su abrigo y buscó un número en su agenda de contactos. Nada más localizar el nombre de Zetta, pulsó con el dedo en la pantalla táctil.

Esperó impaciente a que la joven portuguesa descolgara la llamada.

2

Viseu (Portugal)
09:10 de la mañana.

El móvil vibró en la mesilla de noche.

Zetta se removió en la cama y emitió un gemido pastoso. Un dolor agudo y electrizante se manifestó en sus sienes a medida que entornaba los ojos en la oscuridad y buscaba a tientas el interruptor del flexo. Al momento, una ampolla de luz cálida rasgó la oscuridad que enturbiaba la habitación. Zetta alargó el brazo hasta la mesilla y cogió el móvil. Ni siquiera reconoció el número que apareció en la pantalla y que alguien parecía insistir en que descolgara.

Segundos antes de pegar el móvil a su oreja farfulló un *merda* en su lengua materna.

- *Quem é*? – preguntó en un cadencioso portugués.
- ¿Zetta? – Dudó su interlocutor.
- *Sim, sou eu*.

Las copas que Zetta se tragó – literalmente – horas antes, se habían transformado en un *Resacón en las Vegas* que tardaría bastante tiempo en olvidar.

- ¡Por fin me coges el teléfono! – clamó el hombre al otro lado de la línea –. Llevo más de una hora insistiendo. Soy Ernesto Llamas, el periodista del *Correo de Salamanca*.
- ¿Cómo…?

Zetta hizo el sobreesfuerzo de averiguar quién era el puto paranoico (atribuyó) con el que estaba hablando y que aseguraba conocerla. No le costó mudar su cerebro del portugués al castellano.

- Nos conocimos hace un año en la presentación de tu libro en el Centro Cultural Monte Fuste, en Viseu. ¿Recuerdas? Estuvimos charlando después de la firma y me diste tu número por si me enteraba de algo en la redacción. Me comentaste que estabas interesada en hacer una continuación del libro, una segunda parte del *true crime* al ver la enorme expectación que había suscitado.

Poco a poco los estragos del sueño etílico comenzaron a diluirse por cada uno de los poros de su piel. Zetta se sumergió en las imágenes de aquel día y rescató de su memoria al hombre de estatura colosal, cabello canoso y lacio y extremidades infinitas que parecía sufrir de acromegalia. Un tipo de lo más variopinto que le recordó a un trasunto anómalo de Óscar Wilde y que le insistió innumerables veces – producto de un ego maltrecho – que trabajaba en un periódico local

de Salamanca.

- Sí, ahora caigo – resolvió tajante – ¿Ocurre algo?

- Ocurre que ha aparecido el cadáver de una joven en el Puente Romano de Salamanca.

La celeridad con la que arrojó la información la forzó a incorporarse en la cama.

- ¿Qué chica? – inquirió recelosa.

- Aún desconozco su nombre, pero te he enviado al correo que aparece en tu página web una de las fotos que hice durante el despliegue policial.

Zetta decidió sacar los pies por fuera y orillarse a un extremo del colchón. Su melena rubia y escarolada le otorgaba una impronta de mujer *fatale* de apariencia leonina. También las dos golondrinas de enormes alas y plumaje multicolor que llevaba tatuadas en el centro de su cuello y parte del mentón. La joven escritora estiró sus cervicales con una ligera rotación de cabeza, dejando entrever por encima de la camiseta un *culotte* de encaje blanco y un piercing en su ombligo del que colgaba una mano de Fátima.

- ¿Sigues ahí? – prorrumpió la voz de Llamas.

- Iba a entrar en el correo.

- Ok, me mantengo a la espera.

Zetta se retiró el móvil y pulsó en una de las cuentas asociadas a su número de teléfono: zettawriter@gmail.pt Después introdujo la contraseña y descargó la foto que había recibido. Al cabo de unos instantes, el programa le permitió visualizar aquella imagen aterradora. La chica que aparecía en un primer plano tenía el rostro sepultado por un revoltijo de mechones claros. Su piel, fría como el hielo, se intuía amoratada en ciertos tramos, al igual que de sus muñecas sobresalía una cadena de eslabones que se prolongaba hacia su cuello. Luego se detuvo a un lateral del encuadre, donde apreció el pequeño cráneo de animal con dos pequeños cuernos emergiendo de su cabeza.

La escritora no pudo por menos que levantarse bruscamente de la cama.

- Lo acabo de ver – dijo finalmente.

- Por eso decidí avisarte. No estoy seguro, pero creo que ha vuelto a repetirse como hace veinticinco años. ¿Qué piensas hacer?

- ¿A qué te refieres? – esquivó la indirecta.

- No sé, algo tendrás en mente. Aunque si me lo permites, yo en tu lugar acudiría a Salamanca. Tengo la impresión de que esto no ha hecho más que empezar.

El globo sonda que acababa de lanzarle la dejó visiblemente noqueada. Por un lado, Zetta no estaba por la labor de tomar una

decisión precipitada mientras su cabeza estuviese al borde del colapso por culpa de la ingesta de alcohol que aún corría por sus venas. Pero por otro, era consciente de que no iba a presentarse otra oportunidad del mismo calibre y que versase justamente sobre el tema central de su libro. Se dejó guiar por un pálpito.

- Me pongo en camino de inmediato – dijo todavía en *shock*.
- De acuerdo. Avísame cuando estés llegando.

Y colgó.

Zetta se sentó en la cama y contempló de nuevo la imagen. Aquella ritualización no podía ser producto de la casualidad, estaba convencida. Había algo en ella, en el proceder de su asesino, en el *modus operandi* ejecutado, que la animó a retroceder en el tiempo y regresar una vez más al caso Guimarães.

Su análisis quedó suspendido en cuanto notó que alguien se removía por debajo del edredón. Rápidamente giró el cuello, donde su mirada tropezó con la del tío que estaba recostado al otro lado de la cama y del que no había vuelto a acordarse siquiera. Horas más tarde y bajo una nueva luz desinfectada de risas y nocturnidad, Zetta verificó que se había acostado con aquel tipo greñudo y barba hípster que la observaba hipnotizado.

- ¿Pasa algo? – Bostezó pausadamente.

A Zetta le revolvió el estómago aquel gesto. Luego se quedó pensativa unos segundos.

- ¿Qué día es hoy? – cortó con un tono hostil.
- Viernes, creo. ¿Por…?
- ¡Me cago en la puta! – exclamó –. Se me había olvidado por completo. Tienes que largarte.
- ¿Adónde tienes que ir tan temprano? – La rodeó entre sus brazos –. Aún podemos repetir lo de anoche, *nena*.

Zetta se deshizo de su abrazo y se incorporó molesta.

- ¡Tú eres tonto o qué te pasa? He dicho que te pires.

El hombre se quedó azorado ante su respuesta. Ella, en cambio, recogió su ropa del suelo y se la lanzó a la cara.

- ¡Que te vayas a tomar por culo de aquí, ostias!

El tío amontonó las prendas en su regazo y cruzó desnudo el dormitorio con la mirada cargada de inquina.

- Estás loca – escupió.

Una vez que se quedó a solas, reparó en el libro que descansaba en la mesilla de noche. Su nombre podía leerse en la parte superior de la sobrecubierta mientras una línea oscura, la misma que parecía dividir la historia en dos perfectas mitades, seccionaba la escena de la portada en un corte limpio y sangriento. Después, se detuvo en el título: *“La Raya”*.

Puede que no atendiera al portazo que resonó en la casa segundos más tarde. Puede que incluso se dejase arrastrar por el susurro que anidaba en su cabeza; pues, para entonces, Zetta había abandonado su habitación con la excusa de regresar a los ojos del asesino.

3

El inspector aparcó el coche delante de la comisaría y se apeó. La niebla se desintegraba en jirones por encima de su cabeza, perlando de gotas frías su cara. Elías se refugió bajo el alero del edificio, una mole de cuatro plantas revestida con piedra de villamayor y situada en la calle Jardines, en la cara sureste de la ciudad.

La propia comisaría de la Policía Nacional contaba con diversas dependencias, entre las cuales se hallaban las Oficinas de Expedición del DNI, Servicios de Denuncias para Turistas Extranjeros, Unidades de Familia y Mujer, así como la Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta (UDEV), de la que derivaba la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas y en la que Elías Falcón se había formado como inspector. Su tarea consistía, principalmente, en la investigación y persecución de los delitos contra la vida, la libertad, los homicidios y también los desaparecidos. Una labor que llevaba desempeñando los últimos cinco años, y en la que aún no se había acostumbrado a las preguntas de los periodistas que se atrincheraban delante de la puerta cada vez que un hecho delictivo caía como un jarro de agua fría en la ciudad. La misma horda de reporteros que contempló en ese instante mientras se acercaba a la entrada.

Un aluvión de flashes envolvió su figura en cuanto se percataron de su presencia.

- ¿Se sabe ya quién es la chica que ha aparecido esta mañana en el Puente Romano?

- Inspector, del Norte de Castilla. ¿Harán una rueda de prensa a lo largo del día?

- ¿Creen que se trata de una estudiante que acudió a la Nochevieja Universitaria?

Solo al alcanzar el pomo de la puerta emitió unas breves palabras.

- Lo siento, pero no pienso hacer ninguna declaración al respecto – manifestó.

Después cruzó el vestíbulo y enfiló una retícula de pasillos sin saludar al resto de agentes con los que se topó en su camino. Al cabo de un minuto se detuvo delante de uno de los despachos, donde una placa anunciaba el cargo de la persona que se encontraba al otro lado: *Subcomisaria Linares*. El inspector llamó con los nudillos un par de

veces y entró sin recibir respuesta.

Marisa Linares era una de esas agentes de la policía que cortaban la respiración con su mera presencia. De estatura media, llevaba una melena corta en tonos platinos, moldeada a base de laca y con el flequillo enhiesto pero curvado hacia un lado. Solía vestir trajes de dos piezas, variando siempre el color de sus camisas, aunque salvaguardando la gama de tonalidades de sus chaquetas y pantalones a juego, siempre inclinados a los grises y negros. Una alta funcionaria de mediana edad y fuerte temperamento.

Sin embargo, aquel día había algo en ella que desentonaba con su aspecto habitual. La mujer se hallaba de pie por detrás de su escritorio cuando Falcón traspasó el despacho y reparó en el pañuelo magenta que cubría en dos vueltas su cuello. La subcomisaria ni siquiera se inmutó al verlo y le ordenó con un gesto que pasase mientras terminaba de hablar por teléfono. Se mostraba bastante seria. Luego le indicó que tomara asiento y se despidió de su interlocutor con un cordial saludo. En cuanto finalizó la llamada, lanzó el móvil a la mesa y presionó con sus dedos el tabique de su nariz. Parecía exhausta.

- ¿Dónde se había metido? – soltó sin rodeos, gratificándole de inmediato con una mirada cortante – Llevo un rato intentando ponerme en contacto con usted. ¿No ha escuchado los mensajes de voz que le he dejado en el contestador?

El inspector negó con la cabeza antes de responder.

- Estaba dirigiendo el operativo junto a los demás agentes. No se imagina la de curiosos que había a esas horas en los alrededores del Puente Romano.

- ¿Me lo dice o me lo cuenta? ¿No ha visto la cantidad de periodistas que tenemos ahí fuera? Putos carroñeros de mierda – mostró sus pensamientos –. Por cierto, ¿ha leído el correo que le envié?

Falcón negó por segunda vez pese a que la lucecita de la Tablet que sostenía en su regazo parpadeaba invariable.

- Acaban de identificar a la chica – Descubrió al fin el motivo de sus llamadas –. Un barrendero encontró su bolso en la calle Hovohambre, un callejón que hay en uno de los laterales del mercado central a escasos metros de la Plaza Mayor.

Las pesquisas que barajaban sobre la posibilidad de que la joven hubiese acudido a la Nochevieja Universitaria empezaban a gozar de consistencia.

- El barrendero sospechó que sería de alguna estudiante que asistió a la fiesta de anoche y avisó a los locales. Han comprobado el DNI y se trata de la misma chica, inspector.

- ¿De quién? – Quiso averiguar.

- De Montaña Bermejo – reveló –. La chica tenía dieciocho años y

era natural de Plasencia. Por ahora desconocemos si vivía aquí o si, por el contrario, se trasladó a Salamanca para ir a la dichosa fiesta. Justo acabo de colgar con el comisario de Plasencia para que informe a la familia de lo ocurrido.

Una vaharada de calor ascendió hacia su rostro mientras se imaginaba la terrible escena que la chica tuvo que soportar en aquel angosto callejón infestado de porquería y orines. No le entraba en la cabeza que a poco más de cien metros de la Plaza Mayor ningún transeúnte, ningún vecino, absolutamente nadie escuchase los espeluznantes gritos que posiblemente emitiría muerta de miedo. Aquel hecho lo enojó.

- ¿Por dónde quiere que empecemos a trabajar? – La tensión se perfilaba sobre sus hombros –. Creo que por ahora deberíamos investigar su círculo más cercano, saber si vino acompañada, si en algún momento se ausentó de la fiesta…

Marisa apoyó ambas manos sobre su escritorio e inclinó el cuerpo hacia delante, como si lo que acababa de escuchar estuviera fuera de lugar.

- ¿Cómo que por dónde? – formuló, afilando la mirada –. Esta vez va a encargarse de llevar el operativo.

- ¿Perdón? – Frunció el ceño contrariado.

- Hace un mes discutió conmigo porque, según usted, lleva la friolera de cinco años en la Brigada y aún no se le ha adjudicado ningún caso de envergadura en el que liderar al grupo de homicidios como inspector jefe.

Falcón recordaba a la perfección sus palabras y se maldijo.

- Pues bien, ya tiene delante su primer caso de envergadura.

- Venga, jefa, sé que metí la pata y le pido disculpas de aquello, pero pensé que con su experiencia iba a asumir el operativo.

- Y lo haré, pero para supervisarlo desde mi despacho.

La obstinación que subrayó con el semblante árido no le animó reconsiderar su postura. El inspector mantuvo su mirada fija en la suya, donde adivinó un poso de resentimiento al fondo de sus pupilas.

- Será mejor que se mueva. Están todos reunidos en la sala – le avanzó –. Hoy mismo quiero algo sobre mi mesa. ¿Estamos? Yo también tengo una hija de la misma edad.

Sus ojos se posaron en la fotografía que descansaba a un lateral del escritorio. En la imagen, la subcomisaria aparecía sonriente junto a su hija, una belleza de tipo nórdica de piel blanca y labios carnosos.

- ¿Estamos, inspector? – insistió tenaz.

- Por supuesto. Yo también soy el primer interesado en atrapar a ese malnacido.

***

Probablemente existía una razón de peso para que la subcomisaria Linares eligiera a Falcón como responsable de la investigación y no a cualquier otro de los inspectores de la policía judicial. Probablemente pensó en él desde un principio y no por el contencioso que mantuvieron semanas atrás en su despacho. Marisa se decantó por él al cerciorarse de que era el mejor agente que tenía en el equipo, aparte del postgrado en antropología criminal que le surtía de herramientas óptimas para centrarse en el estudio de los rasgos físicos, psíquicos y morfológicos del criminal, como era el caso.

Esos fueron los motivos de su elección cuando minutos más tarde, lo acompañó a la sala de reuniones. Dentro, varios miembros del equipo se encontraban reunidos alrededor de una mesa. Todos se callaron de golpe ante la presencia de la subcomisaria y tomaron asiento en las diferentes sillas distribuidas en desorden. Tan solo Falcón se mantuvo en pie a un extremo del proyector, donde una imagen de la chica aparecía en el centro de la pantalla frontal que colgaba de una de las paredes.

Falcón volvió a mirar al frente y se detuvo unos instantes en algunos de los miembros de la Brigada. La subinspectora Reyes Montaner atendía concentrada al retrato de la chica con un bloc de notas de la mano. A su lado, el inspector Tomás Covarrubias parecía no quitarle ojo a su compañera, empecinado en atrapar su atención desde que se enteró por boca de otros que había cortado con su prometido de toda la vida. Una fila por detrás se encontraba el subinspector Antonio Mulas, un tipo de carácter duro aunque acostumbrado a acatar las órdenes a rajatabla. Quizá por ese talante adusto solía tener de acompañante en sus patrullas al inspector Francisco Robledo, el siempre cansino y cascarrabias Robledo; un troglodita extraído de las mismísimas cavernas y no por el pelo que recubría casi todo su cuerpo, como comprobó Falcón en más de una ocasión en los vestuarios. Su cabeza, en cambio, se mantenía despejada de cualquier folículo capilar.

- Buenos días – pronunció en alto tras carraspear repetidas veces.

Por el rabillo del ojo notó el peso de la mirada de la subcomisaria, la cual se mantenía sentada en un extremo de la sala con las piernas y brazos cruzados.

- En primer lugar, quisiera anunciarles que a partir de ahora voy a ser el encargado de llevar la investigación.

- Hay que joderse – rezongó Robledo al fondo.

Todos hicieron caso omiso.

- Acabamos de conocer la identidad de la chica. Se trata de Montaña Bermejo, de dieciocho años y natural de Plasencia. Por ahora

no sabemos si vivía en Salamanca o si estaba de paso y acudió a la Nochevieja Universitaria como los cerca de treinta mil chavales que se congregaron anoche en la Plaza Mayor. Lo único de lo que tenemos constancia es de que su bolso ha sido encontrado en la calle Hovohambre, pero de la ropa aún no sabemos nada. La científica continúa peinando los márgenes del río y los contenedores del parque fluvial por si acaso apareciese.

- El subinspector Castell también se ha desplazado hasta el callejón – le interrumpió Covarrubias –. Me ha escrito hace un momento y han localizado el móvil dentro del bolso. Ya lo han remitido a la sección de informática para que lo analicen.

Falcón cayó en la cuenta de que el agente que le habían puesto a su cargo desde que aterrizó en la Brigada no se hallaba en la sala.

- De acuerdo. Supongo que triangularán la señal para intentar conocer el recorrido que hizo antes de ser asaltada a pocos metros de la Plaza Mayor.

Enseguida pasó otra fotografía en el proyector, apreciándose en la nueva imagen parte de la cadena de eslabones que amarraban sus muñecas y también su cuello.

- Sobre la parafernalia que su agresor decidió dejar sobre el cadáver se encuentra esta especie de correaje que detalla, a mi juicio, un patrón de comportamiento impulsivo y hostil. No sé si se trata de su propia firma, pero algo intenta decirnos al mantener a la chica retenida incluso después de muerta.

- Creo que se llaman esposas *bondage* – anunció Robledo –. Un juguete erótico para mantener relaciones sado o BDSM.

Una nube de murmuraciones eclosionó en la sala como si se tratase del zumbido de un millar de insectos.

- Bueno, eso leí en internet, que parecemos nuevos, ostias – se justificó.

- Está bien – Relajó Falcón la situación –. Esperaremos a conocer los análisis forenses por si la chica hubiese sido violada. Ahora ya sabemos que existe una connotación sexual en el juguete que portaba.

El inspector pasó otra retahíla de fotos, hasta que se detuvo en la cabeza del animal que Montaña Bermejo parecía atrapar entre sus dedos rígidos y con las yemas amoratadas.

- Sin duda, este es otro de los puntos calientes del escenario: el cráneo de una cría de cabra o de ciervo con dos pequeños cuernos bien conservados.

- Son de gamo – despejó Mulas sus dudas –. Mi cuñado es cazador y tiene cabezas de esos bichos repartidas por todo el salón.

- A primera vista, parece que forma parte de un ritual o exvoto. Aunque eso no es todo.

Falcón avanzó otra tanda de fotos, hasta que paró el proyector en

una imagen en la que se apreciaba la boca cosida de la joven en un primer plano. Una urdimbre de hilos negros tensados a propósito y entramados en zigzag.

- Hay que ser muy hijo de puta para hacerle eso a una cría – disparó Robledo.

- Y estoy de acuerdo, pero habrá que esperar a los resultados de la doctora Vázquez para esclarecer si Montaña Bermejo murió por asfixia o ahogamiento. Necesitamos saber cómo actúa su agresor.

El subinspector Castell interrumpió su intervención al hacer acto de presencia en la sala de reuniones. Luego se detuvo por detrás del quicio de la puerta, su rostro contaminado por un sentimiento aciago.

- Le pido disculpas por el retraso, jefe, pero después de estar en el callejón donde ha aparecido el bolso se me ocurrió pasarme por algunas facultades, por si la chica estudiara en Salamanca.

Los demás se giraron en sus sillas para contemplarlo.

- Efectivamente, Montaña Bermejo cursaba segundo curso de Publicidad en la Universidad Pontificia. El rectorado me ha facilitado una dirección y al parecer se alojaba en la residencia Tomás Moro, cerca del Huerto de Calixto y Melibea.

Un inusitado revuelo por parte de los agentes lijó la calma de dentro. Falcón, por el contrario, invitó a Castell a traspasar la entrada con un gesto.

- Escuchadme todos – elevó la voz –. Entiendo vuestro desconcierto, pero por las novedades que están apareciendo en el caso me veo en la obligación de redistribuir recursos. Covarrubias, Montaner, se encargarán de recorrer todas las tiendas eróticas de la ciudad por si alguien hubiese adquirido unas esposas *bondage* en el último mes.

Ambos policías asintieron a la par.

- Robledo, Mulas – nombró a los siguientes agentes –, necesito que revisen las cámaras de seguridad que encuentren de camino al callejón. Hablen con el ayuntamiento o con los propietarios de las tiendas si es necesario, pero sabiendo ahora que la chica residía en Tomás Moro no descartaría que hubiese pasado por la calle de la Rúa. Sería la ruta más lógica. Si alguien estuviese acosándome iría hacia donde hubiera ruido. En este caso, a la Plaza mayor, que era donde se celebraba la Nochevieja Universitaria.

Los dos se levantaron de sus asientos.

- Por último, acudiré con Castell a la residencia para reconstruir las últimas horas de Montaña Bermejo. Nuestra máxima prioridad es conocer cada uno de los movimientos que realizó antes de aparecer muerta en el Puente Romano. ¿Alguna pregunta?

Nadie parecía albergar la intención de contradecirlo.

- Avisaré al juez para que autorice una orden de registro de su

habitación – prorrumpió la subcomisaria – Quiero que la científica revise todas sus pertenencias.

- Está bien – respondió conforme –. Ahora sí, todo el mundo a trabajar.

4

Zetta detuvo el coche delante del aparcamiento y salió apresurada. Entre las intenciones a las que aspiraba aquel día, se encontraba la de causar una buena impresión a su agente. La escritora agitó sus rizos mientras se contemplaba en el reflejo de la ventanilla trasera y carraspeó repetidas veces con el propósito de aclarar su voz de… *¿Cazallera noctámbula? ¿Quizá de teniente Colombo?*, juzgó.

Zetta reparó en el letrero del Centro de Inserción Social. El resacón continuaba martillando sus sienes cuando traspasó las puertas y se internó por un pasillo que hedía a lejía. Nada más alcanzar el despacho, una amplia sonrisa floreció en su rostro. La misma que siempre utilizaba cada vez que tenía que entrevistarse con Catarina Gomes. El personaje que Zetta había pergeñado desde entonces no evitó que su agente de la libertad condicional le dedicase una mirada furtiva al otro lado de su escritorio.

- Llegas tarde – la conminó –. Ya sabes que la puntualidad es esencial si queremos una valoración positiva en el informe de supervisión por parte de la junta.

- Prometo que no volverá a repetirse – Le regaló otra sonrisa cortés –. Lo juro.

La agente la escudriñó por encima de sus gafas de ver. La profusa amabilidad que halló al otro lado de la mesa la animó a buscar la ficha de la reclusa en el ordenador.

- Aquí está. Veamos, ¿has cambiado de domicilio en lo que va de mes? – arrancó la primera de una larga batida de preguntas.

- No – negó igualmente con un cabeceo.

- Ya sabes que cualquier cambio de residencia has de comunicármelo. ¿Sigues manteniendo el mismo trabajo de informática?

- Por supuesto.

- Si por algún casual el contrato fuese rescindido debes traerme una copia al centro.

Zetta respondió con su afable sonrisa.

- ¿Has tenido problemas con alguien de la empresa?

- Ninguno.

- ¿Has trabado amistad con algún compañero o compañera?

- Sí, con la cafetera.

La mujer se asomó por un lateral de la pantalla con cara de pocos amigos.

- Teletrabajo, ¿recuerdas? Ninguno de los programadores acude a la

sede desde la puta pandemia. Perdón por lo de *puta*.

- Está bien – resopló –. ¿Alcohol en las últimas semanas?

- Ni gota, lo aborrezco solo de pensarlo – adujo con convencimiento de causa.

- ¿Drogas?

- No, gracias.

Catarina Gomes dejó de teclear en el ordenador y la taladró con un rictus severo a tenor del sarcasmo que apreció en sus palabras. La escritora se arrepintió *ipso facto*.

- ¿Estás de guasa? Porque te recuerdo que continúas bajo vigilancia y el juez no va a ser tan benévolo la próxima vez.

Zetta se cobijó tras aquella sonrisa ficticia que poco a poco fue difuminándose de sus labios. Tal vez era su manera de liberarse del ominoso pasado que parecía cargar a cuestas y que alguien acababa siempre por recordarle sin opción a reparar. Notó que estaba clavándose las uñas contra las palmas de sus manos.

- Me gustaría ayudarte, aunque solo sea porque fuimos compañeras en el colegio. Pero para eso necesito confiar en ti, estar segura de que me cuentas la verdad.

- Tengo novedades – anunció con la voz profunda –. Voy a visitar a mi madre a Vila Real aprovechando que la empresa me ha concedido las vacaciones de invierno.

La agente arrugó el ceño en señal de desconfianza.

- ¡Es cierto! – clamó –. Puedes comprobarlo si quieres. Llevo una maleta en la parte de atrás del coche, joder. Y perdón por lo de *joder*.

Catarina Gomes recabó la mirada de la escritora en busca de un atisbo de vacilación que confirmara que estaba volviendo a pitorrearse de ella. No halló más que un poso de desconsuelo al fondo de sus pupilas. Luego se removió en su asiento y desplazó con la mano un par de lamas de la cortina. A través de la ventana, examinó la voluminosa maleta de la que hablaba y que descansaba en el asiento trasero de su Renault modelo Modus.

- De acuerdo – dijo convencida –. Por cierto, ¿cómo está?

- ¿Mi madre? Qué te voy a contar que no sepas. Con sus altibajos, como siempre.

- ¿Has vuelto a ver a tu padre? – indagó.

- Aún no estoy preparada. Después de los años que han pasado me cuesta dar el paso.

Una marea de recuerdos arreció contra su memoria a medida que las imágenes de su particular caos se asomaban como espectros danzando en la bruma. Intentó ahuyentarlos al levantarse con brusquedad del asiento.

- ¿Hemos acabado? – preguntó. La resaca tampoco tenía intención de darle una tregua.

- Sí. Nos vemos dentro de un mes. Espero por tu bien que no te metas en ningún lío.

Zetta retomó sus pasos y se internó en el pasillo, sus ojos velados por un brillo acuoso. Ni siquiera advirtió la presencia de la otra agente de la condicional con la que se cruzó en su precipitada huida y que la saludó sin recibir respuesta. La figura de Zetta se evaporó tras las puertas del centro en cuanto la agente traspasó el despacho y se dirigió a su mesa.

- ¿Y a ésta qué mosca le ha picado? – cuestionó a su compañera.

- ¿Tú qué crees? – La pregunta le pareció de lo más obvia –. Madre depresiva, padre interno en un psiquiátrico, malas compañías, trapicheo con drogas… ¿Sigo?

Entonces se incorporó y echó un vistazo por detrás de la persiana. Zetta acababa de entrar en su coche, ansiosa por escabullirse de allí.

- No sé si me habrá mentido, pero algo me dice que no va a ir a visitar a su madre.

5

La fachada sur de la catedral se desdibujaba tras el velo de bruma que tejía el cielo. El inspector dobló la esquina del Patio Chico y se internó con el coche por detrás de la residencia. Enseguida advirtió que varios miembros de la policía científica estaban entrando en el edificio, un cuadrilátero de dos plantas revestido con piedra de villamayor que parecía desentonar, en su opinión, con la atmósfera barroca del lugar. Falcón detuvo el vehículo a un palmo de la entrada y se bajó junto a su agente, el subinspector Castell.

Un hombre con gafas de ver y expresión marchita los recibió en ese instante. Sus hombros, echados ligeramente hacia delante, evidenciaban una carga sin precedentes, al igual que las profundas ojeras que se adivinaban tras sus lentes y que le ofrecían un aspecto de fatiga. Falcón le estrechó la mano y después hizo lo propio su compañero. Una vez hechas las presentaciones, se dio cuenta de que la científica estaba subiendo un entramado de escaleras. Supuso que se dirigían a la habitación de Montaña Bermejo.

- Hemos traído la orden del juez – dijo el inspector con tono apocado.

- No era necesaria – le restó importancia el hombre, de nombre Saúl Briz y director de la residencia para más detalle –. Solo queremos que esto se resuelva cuanto antes. Estamos todos muy afectados. No nos entra en la cabeza lo que ha sucedido.

- ¿Conocía personalmente a la chica? – arrancó su improvisado interrogatorio.

- Por supuesto. Me gusta tener un trato cercano con cada uno de los estudiantes que se alojan en la residencia, aunque a veces las circunstancias me impidan pasar más tiempo del que quisiera. Por fortuna, Tomás Moro es de las pocas residencias de la ciudad que están provistas de un equipo las veinticuatro horas del día.

- ¿Cuántas personas conforman ese equipo? – se adelantó Castell a sus dudas.

- A día de hoy tenemos tres camareras de piso, un cocinero, dos pinches y un par de bedeles que se turnan semanalmente.

- ¿Y cuál de ellos vigilaba anoche las instalaciones?

- Fermín Buendía – aclaró –. Lleva en el centro más de quince años.

- ¿Podríamos hablar con él? – le requirió Castell de nuevo.

- Lo dudo. Fermín se encontraba bastante conmocionado y decidí darle el día libre – señaló la garita que se intuía vacía en la penumbra del recibidor.

- Necesitaríamos revisar las cámaras de seguridad – añadió el inspector, por no decir que más bien para comprobar la coartada del bedel y eliminarlo como sospechoso.

- Descuide. Les puedo enviar una copia a comisaría.

- Perfecto – articuló –. Una cosa más. ¿Cómo era el día a día de la joven en el centro?

- Normal, como el de cualquier otro chaval de su edad. Montaña es…, mejor dicho, era una chica amable, educada, responsable en sus estudios, no me dio la impresión de que estuviera metida en algún lío si es lo que intenta averiguar.

- ¿Sabe si había discutido con alguno de sus compañeros en las últimas semanas? ¿O si le había confesado a alguien que tenía problemas?

- No, que yo sepa – vaciló en su respuesta –. Pero tampoco soy el más indicado para aclararles esa duda. Dense cuenta de que solo estuvo en la residencia tres meses, vino a mediados de septiembre. Era su primer año en Tomás Moro.

- ¿Y con quién podríamos hablar que nos aclare…?

- Con Sheila Guerra – le cortó *ex profeso* –. Era la compañera que tenía enfrente de su habitación, aparte de que estudiaban juntas Publicidad y Relaciones Públicas. Fue Sheila la que se encargó de traer a Montaña a la residencia.

El inspector Falcón y el subinspector Castell calibraron una mirada de connivencia.

- ¿Podríamos hablar con ella? – le aventajó su agente.

- Si Sheila no tiene inconveniente…

Rápidamente sacó el móvil de su gabardina y realizó una breve llamada de espaldas a ellos. Ambos se fijaron en que el hombre hablaba entre bisbiseos, tapando parte del auricular con la mano. Al cabo de un minuto, regresó con una sonrisa templada.

- Ahora viene – les comunicó –. Estaba en la sala de estudios con los demás chicos.

Enseguida resonaron unos pasos por detrás de la penumbra gris que barría el interior del vestíbulo. La luz de la mañana desempañó poco a poco su figura, de talle grueso y estatura menuda. La chica, que llevaba la cabellera rapada, parecía refugiarse por dentro de una amplia sudadera de *skater*. Falcón reparó en sus mejillas arreboladas y en su mirada huidiza, señal de una timidez propia a esas edades.

- Hola, Sheila – Prefirió romper el hielo cuanto antes –. Soy el inspector Falcón y él es el subinspector Castell. Nos gustaría hablar contigo sobre Montaña.

Elías tuvo la corazonada de que no iba abrirse delante del director de la residencia.

- ¿Te parece que demos un paseo y hablemos de ella? – propuso –.

Nos serías de gran ayuda para intentar esclarecer qué le pudo ocurrir a tu amiga anoche.

Sheila evaluó la oferta, sus ojos removiéndose por dentro de sus cuencas.

- Vale – contestó reticente –. Aunque no sé si le seré de mucha ayuda.

- Jefe – los interrumpió Castell –. Si le parece, puedo ir a la sala de estudios a hablar con el resto de chicos.

- De acuerdo. Avíseme cuando acabe.

***

El Huerto de Calixto y Melibea era un recoleto jardín ubicado en la ladera de la antigua muralla y próximo a la residencia. Un romántico arco de piedra los invitó a traspasar sus dominios, donde la alcahueta de la tragicomedia de Fernando de Rojas los recibió a un lateral. Ambos se internaron por un sendero de arena, al abrigo de una techumbre compuesta por hojas de hiedra que los cobijó hasta su desembocadura, delante de un pozo repleto de candados. Desde allí partieron en silencio hacia el fondo, en el que infinidad de parterres con agapantos, plumbagos y otras especies aromatizaban las zonas umbrías del jardín. Falcón advirtió por el rabillo del ojo que Sheila no paraba de secarse la nariz con la manga de su sudadera. Tal vez el recelo que transpiraba su semblante lo animó a sentarse en un recodo de la muralla. La joven lo acompañó en su descenso con la mirada esquiva. Desde aquella panorámica admiró la ribera del Tormes y parte de la ciudad que crecía en dirección sur.

- Entiendo por lo que estás pasando, Sheila, pero necesito que hagas un esfuerzo y que me ayudes a recomponer las últimas horas de tu amiga. Solo así podremos dar caza a quien le hizo eso – Evitó entrar en otros detalles escabrosos –. Saúl Briz, el director de la residencia, nos ha comentado que ibais juntas a clase. ¿Sabes si tenía problemas con alguien de la facultad?

La joven levantó la vista y esbozó una mueca dócil.

- Lo dudo. Monti era una estudiante ejemplar. Si ni siquiera podía permitirse el lujo de suspender alguna por miedo a perder la beca – se exaltó –. Ese era su mayor temor, tener que regresar a Plasencia. A sus padres les estaba costando pagarle la carrera.

Al inspector le rechinó su última frase.

- ¿Y se alojaba en una residencia del centro? – verbalizó sus pensamientos –. Pensé que era más económico compartir piso con estudiantes.

- Por supuesto, pero vivió esa experiencia el año anterior y acabó hasta la seta de las fiestas que hacían sus compañeros – alegó en un impulso por defender la decisión de su amiga –. La residencia ofrece

una serie de comodidades que un piso no te da ni de lejos. Además, Monti se buscaba la vida con trabajos esporádicos para evitarle más gastos a sus padres.

Aquel dato le hizo frenar en seco antes de proseguir con su batería de preguntas.

- ¿Qué tipo de trabajos?

- Pues vendiendo boletos en la hípica, de azafata en algunas discotecas, lo normal.

- ¿Y el último fue…? – Le entró curiosidad.

- Dando clases de inglés a un niño. Pero lo dejó a finales de noviembre para centrarse en los exámenes cuatrimestrales – Dudó de su insistencia.

- ¿Por casualidad te comentó dónde daba las clases?

- Sí, claro. Por detrás de la iglesia redonda que hay en la puerta Zamora, justo encima de una cafetería que hace esquina en una plazoleta.

Plaza San Marcos, cafetería Bécquer, anotó Elías Falcón en su Tablet.

- ¿Cuándo fue la última vez que viste a Montaña? – prosiguió.

- Ayer por la tarde, horas antes de la Nochevieja. Fui a su habitación para comentarle que íbamos a hacer un botellón al parque del Würzburg y que después bajaríamos a las campanadas. Pero me dijo que se juntaría con nosotros más tarde, que prefería adelantar temario antes de marcharse a casa por Navidad.

- Pero jamás se presentó… – Adivinó en sus palabras.

- Por supuesto que no. Por eso le envié varios *wasaps* y la llamé tropecientas veces; me extrañó que no se hubiese puesto en contacto conmigo desde entonces.

- ¿La notaste más inquieta de lo normal, preocupada por algo, con el carácter retraído?

- A ver, dicho así… Es cierto que últimamente se recluía en su habitación y que apenas salía de fiesta, pero de ahí a estar preocupada o más inquieta de lo normal…, no me dio la impresión. Supongo que tendría miedo de suspender alguna y regresar a casa.

Sheila adoptó una mueca seria, como si hubiese hablado más de la cuenta. Sus manos se removían nerviosas por dentro del bolsillo canguro de su sudadera.

- Una última cosa. ¿Sabes si tenía pareja o estaba saliendo con alguien?

- ¿Monti? – Pareció sorprenderle la pregunta –. Ni de coña.

- ¿Y eso? Me extraña que una chica tan guapa no tuviese unos cuantos pretendientes en clase o en la residencia.

- Sí, eso es cierto, pero tampoco estaba entre sus planes conocer a tíos. Quería convertirse en una diseñadora publicitaria y no perder el

tiempo con gilipollas que solo buscan lo mismo. Ese era el objetivo que se había marcado. Y le juro que se esforzaba cada día por llegar a ello.

Su móvil sonó en el bolsillo de su anorak. El inspector se alejó unos metros y descolgó la llamada en cuanto verificó que se trataba de comisaría.

- Jefe, soy Toñito – disparó Mulas al otro lado –. ¿Se encuentra disponible?

- Estaba terminando de interrogar a una de las compañeras de Montaña Bermejo. ¿Pasa algo? – Tuvo el pálpito.

- Revisando algunas videocámaras, hemos localizado a la chica. Será mejor que se pase por comisaría. Tiene que venir a ver esto.

***

A pocos kilómetros de allí, en el depósito del Instituto de Medicina Legal de Salamanca, la doctora Elisa Vázquez estaba terminando de fotografiar la aparatosa parafernalia que portaba la joven, su cuerpo desnudo reposando sobre una camilla de acero. A su lado, el auxiliar forense no paraba de negar con la cabeza. Nico Santamaría continuaba desatando el correaje de sus manos y cuello, como si de ese modo intentase rechazar la brutalidad con la que había sido castigada. Enseguida verificó que el *rígor mortis* seguía instalado en fase de instauración. También que la inflamación de su tráquea anunciaba una muerte por asfixia, visiblemente dañada a la luz de la lámpara cialítica. Santamaría barrió cada centímetro de su piel hasta que se detuvo en su pubis, rasurado a los márgenes y con una pelusilla zahína del grosor de un dedo. Sintió unas ganas irrefrenables de acariciárselo con sus manos enguantadas. Su imagen, casta y virginal, lo cautivó de algún modo.

- Santamaría – Derribó la doctora sus confusos deseos –, ¿se encarga de cortar con un escalpelo los hilos de la boca?

El auxiliar respondió con un *sí* lacónico tras su mascarilla quirúrgica.

- De acuerdo. Voy a la sala a descargar las fotos en el ordenador.

La forense partió bajo la penumbra que goteaba en el depósito, hasta que su figura se consumió tras la puerta batiente del fondo. Una vez que se quedó a solas, Santamaría se armó de valor y tomó uno de los escalpelos de la bandeja donde reposaba el resto del material quirúrgico. Una fina capa de sudor comenzó a perlar su frente al aproximar la hoja por delante de una de sus comisuras. El entramado de hilos que pespunteaban de arriba abajo sus labios era perfecto, como si la bestia que hubiera hecho semejante zurcido tuviese nociones de medicina anatómica. El

auxiliar presionó la hoja contra la urdimbre y escuchó cómo se rasgaba al contacto. La tensión que ejercían los hilos desataba en el aire complejos arpegios. Solo al abrir su boca minutos más tarde, los ojos de Nico Santamaría se llenaron de pánico.

Después corrió apresurado hacia la sala anexa mientras llamaba a voces a la doctora.

6

El encuadre de la cámara es amplio. Un plano ligeramente picado que barre parte de la calzada y los bajos del edificio. La hora, suspendida en la parte inferior de la pantalla, marca los últimos minutos antes de dar la medianoche. De repente, aparece el rastro de una silueta. La imagen se congela y se reproduce a cámara lenta. Montaña Bermejo lleva un vestido en tonos amarillos que asoma por debajo de un abrigo y unos botines de tacón. Su cuerpo empieza a deshacerse en bruscos movimientos a medida que su cabello, lacio y trigueño, ondea por efecto del aire. Sin duda, está corriendo. La joven vuelve la vista y entonces permite ver sus facciones. Está aterrorizada. Montaña continúa acelerando el ritmo hasta que su figura se desvanece por el encuadre contrario, una sombra más en el silencio de la noche.

Falcón se retiró impresionado y lanzó una mirada confusa a los dos policías.

- Esto confirmaría nuestra teoría – articuló todavía en *shock* –. La chica está huyendo de su agresor mientras corre por la calle de la Rúa.

- Hemos rastreado todas las cámaras públicas de la zona y es la única imagen que hemos obtenido de ella – le avanzó el inspector Robledo con los brazos cruzados.

- ¿A qué altura se encuentra?

- Pasando La Casa de las Conchas – se adelantó Mulas –. Justo en ese recodo.

Falcón volvió a ojear la imagen y advirtió la hora en el margen inferior: las 11:47 horas.

- Apenas faltaban quince minutos para las campanadas, no hay duda de que se dirigía a la Plaza Mayor.

- Pero el tipo no sale en la grabación – interfirió Robledo en sus pensamientos.

- Porque debió de tomar un atajo para ganar algo de tiempo y asaltarla más adelante.

Elías se aproximó a la corchera y arrancó un plano de la ciudad. Luego lo extendió sobre la mesa y señaló con la punta de un bolígrafo una zona en concreto.

- Posiblemente cruzó la calle Meléndez y la esperó al inicio de la Rúa – conjeturó –. Pero al verlo, la chica debió de escapar por la Plaza del Ángel y rodear el mercado central, donde el muy miserable le dio caza en la calle Hovohambre. Justo donde el barrendero encontró su bolso horas más tarde.

- No sé, lo veo demasiado enrevesado – soltó Robledo como un

resorte.

Ya está tocando los cojones el maldito enano gruñón, pensó el inspector.

- Da igual, es una hipótesis – zanjó –. Lo suyo sería revisar el resto de cámaras, por si apareciese algún sospechoso merodeando por la zona a esas horas.

- Pero eso nos llevará días – Se molestó esta vez.

Falcón estaba a punto de replicarle cuando asomó por la puerta el responsable de la Sección de Informática Forense. Hassan Maalouf los saludó mientras se acercaba a ellos con el talante inquieto. En su mano llevaba unos cuantos folios que depositó acto seguido sobre la mesa. El inspector reparó en las diminutas marcas de acné que asomaban por encima de su barba. Sus cejas, igual de pobladas, así como su piel cetrina revelaban su ascendencia árabe. El informático vestía unos vaqueros y una camisa de cuadros.

- Tengo los primeros resultados del portátil de la chica – enunció tras su inmaculada dentadura –. Ha sido sencillo al no haber contraseñas de bloqueo, aunque será mejor que vayamos por partes.

Ninguno tuvo objeción de rebatirlo.

- Veamos – Desdobló los documentos –. Según el historial, Montaña Bermejo solía acceder a una página de sexo por webcam. Siempre a la misma hora, entre las nueve y las once de la noche. Hemos comprobado que se inscribió a finales de noviembre y que ganaba bastante dinero. En torno a mil quinientos euros a la semana.

- ¿Cómo que ganaba dinero? – le interrumpió Falcón desconcertado.

- Claro, mostrándose por internet – le aclaró –. La chica era *webcammer*. Muchas personas se desnudan o mantienen sexo en directo por webcam a cambio de dinero. La mayoría realiza las peticiones que les proponen los usuarios a través de un chat público, como era el caso de Montaña.

- Ahora resulta que era más puta que las gallinas – interfirió Robledo.

El inspector lo acribilló con una mirada afilada.

- De todas formas, he sacado un extracto con los mensajes que recibió en las últimas semanas – prosiguió el informático –. Aunque, en realidad, todos versan sobre lo mismo: que saliera con tal modelito, que se quitase el sujetador y las braguitas…

- No lo entiendo, Hassan. ¿Está completamente seguro?

- Al cien por cien – le confirmó –. Pero déjeme que termine. Creo que la clave está en su móvil. Hemos encontrado unos mensajes de texto de alguien que parecía acosarla con capturas de sus sesiones.

Hassan pasó varios folios del informe, hasta que las primeras fotos

de Montaña Bermejo se revelaron como una broma de mal gusto. La chica salía en casi todas ligera de ropa, variando solo el color de la lencería con la que se mostraba desde la webcam. El inspector tensó su mandíbula.

- El tío estaba obsesionado con ella – reanudó el informático –. Es más, la estuvo acosando y obligándola a mantener un encuentro íntimo si no quería que la gente supiera a lo que se dedicaba en Salamanca.

- Vamos, que la chantajeó el muy hijo de puta – resumió Robledo.

- Si siguen el hilo de los mensajes, ella acabó accediendo y se citaron en la Plaza de Anaya ayer por la noche a las 23:45 horas.

Los ojos de Elías Falcón se convirtieron en dos fósforos llameantes.

- Mi equipo continúa rastreando la señal móvil, pero todo apunta a que abandonó la residencia en torno a las 23:30 y que llegó al callejón donde apareció su bolso sobre la medianoche. Es en esa horquilla de tiempo cuando tuvo que ser atacada.

Un silencio incómodo planeó por encima de sus cabezas.

- Entonces, lo tenemos. Necesitamos saber quién es el titular de esa línea.

- No hace falta – Resolvió Hassan –. Acabo de hablar con la compañía móvil y me ha facilitado un nombre. Se trata de Luis García Tabernero.

Mulas salió disparado hacia uno de los ordenadores e introdujo el nombre en el Sidenpol, un fichero donde se almacenaban los datos personales de cualquier ciudadano mayor de catorce años, aunque no contase con antecedentes policiales ni hubiese sido investigado.

- Lo tengo – disparó al cabo de unos segundos –. Luis García Tabernero, cuarenta y tres años, casado y con dos hijos menores. Trabaja en el departamento de cirugía del Hospital Clínico Universitario de Salamanca.

- ¿Dónde reside? – preguntó Falcón.

Los ojos del subinspector se removían por encima de la pantalla a la velocidad de la luz.

- Aquí está. Plaza de San Marcos, 8, 1ºA. ¿Eso no está a la altura de…?

- …de la Puerta Zamora – Lo aventajó Falcón pensativo.

Luego abrió su Tablet y ojeó los últimos apuntes que había tomado en su bloc de notas. El rostro de Elías desgranó un gesto de estupefacción.

- ¿Qué ocurre, jefe? – indagó Mulas.

- Se trata del padre del niño al que Montaña daba clases particulares – aventuró alarmado –. Me lo ha confirmado una de sus compañeras de residencia esta mañana. Comprueben si el tal Tabernero está trabajando en el hospital. Hay que detenerlo cuanto

antes y trasladarlo a comisaría.

7

Zetta leyó el cartel apostado a un margen de la carretera. Vilar Formoso: 14 kilómetros. La escritora calculó que apenas le quedaban escasos minutos para cruzar La Raya y adentrarse en territorio español. Extensos campos de cultivo se prolongaban en suaves ondulaciones, relamidos por una fina capa de escharcha que desprendía destellos azules según avanzaba por la autovía.

El día parecía no tener intención de abrirse cuando cayó en la cuenta de que la entrevista de YouTube continuaba reproduciéndose en su móvil, emplazado desde entonces en el soporte que había sobre la rejilla de la calefacción. Zetta subió el volumen y se distinguió en la pantalla. Su imagen, estudiada a propósito para la ocasión (recordaba el traje de dos piezas que había elegido el día anterior en unos grandes almacenes de Viseu), contrastaba con su melena escarolada y las dos golondrinas de plumaje cromático que llevaba tatuadas en su cuello y mentón. Tan pronto como escuchó la voz del presentador, su mente atravesó la densa bruma de sus recuerdos…

***

Estudios de Viseu TV
(Portugal)
Un año antes.

El piloto de la cámara volvió a emitir una luz rojiza en cuanto regresaron de publicidad. Pedro Vieira, el presentador estrella del canal autonómico, carraspeó tras una ligera caída de párpados. El *teleprónter* se puso en funcionamiento y se dispuso a leer la siguiente pregunta a la invitada que tenía sentada justo al otro extremo del plató.

- El libro ha liquidado la primera edición en menos de dos semanas gracias a un *true crime*: es decir, una historia basada en un crimen real. Zetta, ¿te afectó tener que entrevistarte con los familiares de las víctimas para abordar varios capítulos del libro?

La escritora sintió las miradas de los técnicos (incluida la del presentador y su encomiable audiencia) puestas en ella. Un sudor frío resbaló por su espalda.

- Por supuesto. Uno no se hace a la idea de lo que significa la palabra *duelo* hasta que no conversa con las familias. La mayoría se resiste a pasar página cuando su ser querido aparece muerto o desaparece sin dejar rastro. Quizá esa es la parte más atroz de mi

trabajo, Pedro. Vislumbrar una esperanza que se va consumiendo lentamente.

- Claro – respondió, como si le importase una mierda lo que acababa de decir –, pero en tu libro hablas de un asesino real que en estos momentos está cumpliendo condena por arrebatarle la vida a unos seres inocentes. En tu opinión, ¿la prisión ayuda a la reinserción social? En otras palabras, ¿crees en las segundas oportunidades?

El silencio que precedió después la arrancó de su asiento y la condujo por un vericueto de laberintos oscuros hasta las entrañas de su memoria. Entonces, sintió asfixiarse.

Barrio de Aleixo
(Oporto)
Tres años antes.

La luz del atardecer se filtra entre los postigos de las ventanas rotas. Una balsa de luz que se adentra hasta el sofá que habita en un rincón. Las paredes, cimentadas de arriba abajo, soportan los bosques de *grafittis* con las que han sido conjuradas durante años. Sin embargo, esa tarde sus ocupantes han partido de allí sin mirar atrás. Solo un par de agentes de la *polícia* lusitana se atreven a adentrarse en la última habitación, pertrechados con sendos uniformes y armas reglamentarias. El hedor a basura los derriba hacia atrás. Es tal el estado en el que se halla el edificio *okupa,* que sienten unas ganas tremendas de suspender el operativo y regresar a comisaría. Entonces, al volver de nuevo la vista, el más veterano la ve ovillada en el sofá.

- Hay una tía dentro – susurra a su compañero.

El agente apunta hacia el objetivo y avanza despacio entre los escombros. El otro lo escolta por detrás. Enseguida constatan que no hay nadie más con ella, solo esa chica que continúa dándoles la espalda y que no se ha movido desde que han hecho acto de presencia. Aquello les escama. El agente veterano sospecha que se trata de un cebo y que posiblemente les han tendido una trampa cuando, de pronto, repara en la mancha de sangre que se escurre en varios nudos por el tejido de sus pantalones.

- Creo que está herida.

Luego se fija en la jeringuilla hipodérmica que hay en el suelo junto a una cuchara ennegrecida. A su lado, una mochila muestra varias bolsas con una sustancia blanca en su interior.

- Va puesta de heroína hasta las cejas – Se convence.
- ¿Y los demás?
- Han debido de escapar. Les habrán dado un chivatazo y se han dejado a ésta.

El agente se acuclilla delante de la chica y percibe su respiración pausada. Parece navegar dentro de un sueño

narcótico. Su cabello, largo y oscuro, se escurre por fuera del reposabrazos. El hombre afianza la mirada en sus labios agrietados y atiende a la súplica que arrastra por debajo de su aliento: *Vasco, ¿eres tú…?* Descifra. No tiene reparos en responder a sus dudas.

- Somos de la *polícia* – le aclara –. ¿Te encuentras bien?

El hombre remueve su cuerpo con intención de contemplar sus pupilas anestesiadas. Los ojos del agente se llenan de espanto al comprobar la herida que palpita en su bajo vientre.

- ¡Joder, Duarte, está embarazada! – grita a su compañero –. Llama rápido a una ambulancia. Está perdiendo mucha sangre.

El presentador adoptó un semblante serio al cerciorarse de que su invitada seguía concentrada en la pregunta que acababa de lanzarle. El silencio del plató era sumamente desquiciante.

- La pregunta es simple, Zetta. ¿Crees o no crees en las segundas oportunidades?

La joven escritora volvió en sí.

- Depende – enunció nerviosa –. Depende de cada caso. Aunque las oportunidades se vuelven inverosímiles cuando desciendes a los infiernos y habitas en un submundo de tinieblas. Se necesitan años de terapia y mucha voluntad.

- Y tú como autora, ¿viste esa voluntad? – escarbó un poco más –. Me explico, ¿viste un poso de arrepentimiento cuando te entrevistaste con el asesino de tu libro?

***

El sonido del móvil robó sus pensamientos.

Zetta detuvo el coche y se bajó. Notó que una lágrima rodaba apresurada por su mejilla. Se dispuso a andar por dentro del arcén mientras aquel tormento continuaba latiendo enfebrecido bajo su pecho. Descolgó sin atender al nombre que aparecía en la pantalla.

- *Sim?* – preguntó con la mirada puesta en el horizonte helado.

- ¿Zetta? – Se abalanzó una voz masculina al otro lado –. Soy Ernesto Llamas, el periodista del *Correo de Salamanca*. ¿Dónde estás?

- Llegando a La Raya. Calculo que estaré en Salamanca en una hora.

- De acuerdo. Te envío por WhatsApp las señas de la redacción.

La escritora percibió un amago de misticismo en su voz.

- ¿Pasa algo? – Decidió despejar sus sospechas.

- Tenemos que hablar. Ha habido novedades en el caso.

8

Había pasado una hora desde que el inspector envió a sus agentes a arrestar al presunto agresor de Montaña Bermejo. Elías se preparó para abordar al hombre que aguardaba inquieto en la sala de interrogatorios de comisaría y tiró del picaporte en cuanto escuchó el pitido que desbloqueaba la puerta. Luego franqueó la habitación con su Tablet y otros documentos de la mano.

El detenido le sostuvo la mirada desde un extremo de la mesa mientras jugueteaba con los dedos de sus manos. Apenas disimuló el rictus de animadversión que dibujó en su rostro. Tenía el pelo engominado y repeinado hacia atrás, la nariz huesuda y unos labios belfos. Su actitud, sin embargo, rezumaba cierta clase de chulería impostada de quien se cree superior a sus semejantes. Aquello repugnó al inspector en cuanto tomó asiento y le miró fijamente a los ojos. Unos ojos castaños que parecían devorarlo a corta distancia.

- Sus agentes podían haberse ahorrado el numerito de esposarme delante de mis compañeros. Tengo una reputación como médico en el servicio de cirugía interna.

La pedantería que se gastaba alertó a Falcón del derrotero que probablemente tomaría el interrogatorio.

- Señor Tabernero, imagino que esos mismos agentes le habrán explicado el motivo por el que hemos decidido trasladarle a dependencias policiales.

- ¿Cómo se atreven a detenerme por la muerte de esa chica? – Se enfureció –. Están perdiendo el tiempo. No tienen pruebas, no tienen nada contra mí.

Falcón abrió el informe y extrajo una fotografía de la joven. Tabernero evitó contemplar su sonrisa y el gesto candoroso que recogía la imagen en cuanto deslizó la hoja hacia él.

- No me andaré por las ramas. ¿Qué relación le unía a Montaña Bermejo?

- ¿Qué insinúa? – Se ofendió –. Esa chica daba clases de inglés a mi hijo mayor.

- Tal vez no me he expresado bien. Me refiero al tipo de trato que solía mantener con ella cuando iba a su casa.

- Pues el mismo que puede tener un padre con la profesora de su hijo. Inmejorable. Le pagaba incluso el doble de lo que suelen ofrecer en las academias.

- Entonces, no me explico cómo acabó dejando el trabajo a finales de noviembre con unas condiciones…, tan inmejorables.

- Sus razones tendría – contestó evasivo.

- Yo tengo otra teoría. Creo que usted se excedió en el trato y Montaña acabó dejando las clases al no sentirse cómoda.

El hombre se revolvió en la silla con los ojos desorbitados.

- ¡Cómo dice? – farfulló con rabia –. Soy un padre de familia, ¿sabe? Un respetadísimo doctor en el Hospital Clínico, por lo que de ahora en adelante no contestaré a ni una pregunta más hasta que mi abogado esté presente.

El inspector sacó otro documento. En él podía leerse su número de teléfono, aparte de las capturas que había realizado a la chica durante sus sesiones de webcam y los mensajes que le había enviado a su móvil. Luis García Tabernero se quedó impávido.

- Usted la obligó a citarse anoche en Anaya. La amenazó con publicar las imágenes que había capturado si no acudía a su encuentro – Le asestó un primer golpe –. Señor Tabernero, hemos comprobado algunas cámaras y en ellas se aprecia cómo Montaña corre atemorizada por la calle de la Rúa a la misma hora que usted la citó.

El hombre sacudió la cabeza al tiempo que calibraba la situación tras sus duras facciones.

- ¿De qué huía Montaña la pasada noche? ¿Acaso intentó forzarla?

- Se equivoca – masculló entre dientes.

- Las imágenes no mienten, se lo aseguro. Pero al no conseguir su propósito, la persiguió hasta capturarla en el callejón donde ha aparecido su bolso esta mañana.

- ¡Eso es mentira! – Se encolerizó –. Es cierto que quedamos en Anaya, pero al final no me dio tiempo a ir. Puedo demostrar que a esa hora me encontraba en urgencias.

Falcón esgrimió un rictus de confusión.

- Mi hijo pequeño tenía un principio de apendicitis – alegó en su defensa –. Por eso mi mujer y yo decidimos llevarlo al hospital. ¿No lo entiende? No pude avisar a Montaña delante de mi esposa. Hablen con el médico de guardia si es necesario, pero lo que estoy diciendo es la verdad.

Elías observó cómo el hombre recuperaba la calma tras vaciar desalentado el miedo que lo carcomía por dentro. Tal vez se arrepintiera de lo que había hecho a escondidas de su familia. El inspector se alejó de sus pensamientos y se contempló a sí mismo en el reflejo del espejo espía. Se intuyó con el semblante meditabundo.

- Por supuesto que lo haremos – Se levantó de golpe –. Mientras tanto, queda usted detenido por ser el principal sospechoso de la muerte de Montaña Bermejo. Al menos, hasta que corroboremos su coartada.

El inspector cruzó la sala mientras el detenido lo increpaba de pie,

su voz desgastada por la traición. Una vez que la puerta se desbloqueó, Falcón tropezó en el pasillo con el gesto impaciente de Mulas. Por detrás, el inspector Robledo no salía de su asombro.

- Necesito que comprueben su versión – arrojó disciplinario – y que averigüen si alguien del hospital lo está encubriendo. Me extraña que no acudiese a la cita cuando las puntadas que tenía la chica en la boca son igual de precisas que las de un cirujano.

- Jefe, también puede darse el caso de que su mujer fuese la encargada de acompañar al hijo a la consulta de urgencias – Conjeturó Mulas –. Eso daría margen a que se ausentara un rato del hospital.

- Tiene razón. Hablen con testigos que estuviesen anoche en la sala de espera, incluso con su esposa. Quiero saber dónde estuvo Tabernero en todo momento.

Ambos policías asintieron sin pestañear.

- Avísenme con lo que descubran. Ese cretino miente y estamos a punto de atraparlo.

9

El periodista salió apresurado de la redacción. Oteó con disimulo ambos lados de la avenida hasta que reconoció a la escritora, que parecía hacerle un gesto con la mano desde su coche. Llamas se aseguró de que ninguno de sus compañeros del *Correo de Salamanca* lo descubriera y se coló deprisa en el asiento del copiloto.

- Arranca y gira a la derecha – La apremió.

Zetta acató las instrucciones sin dirigirle la palabra. La estela de tensión que depositó con su aparición los acompañó hasta una calleja repleta de contenedores de basura.

- Buena chica – Le ofreció como respuesta al tiempo que palmeaba su muslo.

La joven portuguesa compuso un gesto aversivo, que el hombre captó al vuelo mientras volvía a dejar la mano en su regazo. No estaba dispuesta a que aquel ser de prominente estatura y extremidades generosas al que tan solo había visto durante la presentación de su libro en Viseu se tomase tales licencias.

- Ya sé quién es la chica – expuso el periodista –. Se trata de Montaña Bermejo, una estudiante de dieciocho años que cursaba Publicidad y Relaciones Públicas en la Universidad Pontificia. Ahora me encuentro en conversaciones con varias de sus compañeras de la residencia y hay una que estaría dispuesta a hablar.

Zetta recopiló en su mente los datos que aportaba en su discurso.

- He traído el resto del material fotográfico que tomé en la escena del crimen. Supuse que querrías ver en detalle el *modus operandi*.

Llamas introdujo la mano en el bolsillo de su americana y extrajo un taco de fotos que le cedió al momento. Los ojos de Zetta atravesaron una especie de marco desordenado y atemporal, donde aquella criatura de cabellos claros y piel aterida se asomaba a la lente de su cámara. Los distintos planos con los que la capturó golpearon de nuevo su memoria.

- Como ves, existen diversas similitudes con los crímenes de tu libro – El hombre dio voz a sus pensamientos –. La posición del cuerpo es la misma, aunque lo más obvio es el cráneo del animal.

- De eso ya me di cuenta cuando me enviaste la otra foto – le aclaró –. Sin embargo, también se pueden apreciar múltiples diferencias.

- ¿Cuáles? – Se interesó.

- La primera de todas, la edad de la víctima. Ya no se trata de un menor de edad. Y la segunda y la más importante, su sexo. Ha habido algo que ha provocado un giro en la selección, si es que hablamos del

mismo individuo.

- Estoy convencido. ¿Te has fijado en la atadura que une sus muñecas con el cuello? Hace veinticinco años hizo lo propio con una soga rudimentaria, y ahora parece que se ha modernizado y utiliza unas esposas *bondage*. Pero, a efectos prácticos, es lo mismo. No ha variado la ritualización, es su firma.

Zetta rebuscó entre las fotografías un plano detalle de su rostro.

- ¿Sabes si dejó una ramita de brezo entre sus labios? – le sondeó.

- Tengo una Canon de cincuenta milímetros. Hace maravillas, pero tampoco milagros.

La portuguesa lo atendió con cara de pocos amigos.

- Lo que sigo sin entender es cómo ha podido hacerlo – Eludió su pulla –. Creo recordar que su condena se cumplía por estas fechas, aunque en realidad le perdí la pista cuando fue trasladado hace un año a la cárcel de Topas.

Ernesto la obsequió con una mirada impaciente. Zetta prefirió cambiar de tema.

- ¿Quién de todos es el encargado de la operación?

- Éste – Señaló a uno de los agentes que pululaban por el escenario.

El policía que se adivinaba bajo un velo de niebla parecía joven y sumamente atractivo a ojos de la portuguesa.

- Se llama Elías Falcón, tiene treinta y seis años y es el inspector de homicidios de la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas.

- Veo que has hecho los deberes… – insinuó.

- Mi informador es cien por cien fiable. Dejémoslo ahí.

- Tampoco iba a pedirte que me revelases tu fuente. Una cosa más, ¿por casualidad no te habrá comentado si el inspector es accesible?

Una sonrisa de gozo se esparció en los labios del periodista.

- ¿Por qué lo preguntas?

- Tú solamente responde.

- Creo que no pierdes nada por intentarlo – la alentó –. Podría convertirse en la llave que llevas tiempo buscando para escribir la segunda parte de tu libro.

Luego dedicó una mirada furtiva por el espejo retrovisor y reconoció a uno de sus compañeros de redacción, que estaba cruzando por delante de la calleja en ese instante.

- Voy a tener que marcharme. Por cierto, ¿tienes dónde alojarte?

- He encontrado unos apartamentos de estudiantes cerca del río. Se llaman *Livensa Living* – Rememoró –. Aunque aún no me has dicho cuál es el plan.

- Si nuestra teoría es cierta y tu hombre ha salido de prisión, tuvo que conocer a la chica antes de cometer el crimen. No escogió la Nochevieja Universitaria de manera aleatoria. Él sabía que toda la

ciudad estaría concentrada en la Plaza Mayor y que las calles aledañas se encontrarían desiertas. Esa es nuestra primera pista: descubrir si coincidieron en otro lugar días antes. Y la respuesta nos la puede ofrecer su amiga.

- ¿Y sobre Topas? Aún desconocemos si se encuentra en libertad.

Ernesto Llamas abandonó el asiento y se cuidó de que nadie lo reconociese al asomarse de nuevo por dentro del vehículo.

- Intentaré tener los deberes hechos para entonces. En cuanto sepa algo, te informo.

Una vez que se cercioró de que la escritora se incorporaba a la avenida, regresó a la redacción y se dirigió con prisa al baño. Minutos más tarde, se masturbó delante del espejo con la última imagen de Zetta asomándose en su recuerdo.

10

Falcón dejó la ciudad de Béjar a sus espaldas y escaló en su coche el último tramo de la montaña. Infinidad de castaños contagiaban ambos márgenes de la carretera, sofocando con sus ramas la luz que intentaba abrirse en la penumbra del bosque. Elías pisó a fondo el acelerador y se dispuso a recorrer los cuatro kilómetros que lo separaban de su destino. Al cabo de unos minutos, leyó el poste situado al principio del pueblo: *Candelario*.

Las primeras casas se elevaban por dentro de una arquitectura serrana, incluidas las *batipuertas* que cada vivienda exhibía con orgullo. Aquel elemento ornamental se había convertido en la seña de identidad del pueblo. Realizadas en madera y seccionadas por la mitad, tenían la función de proteger la entrada. Sin embargo, para Falcón, aquello significaba regresar al lugar del que tuvo que irse años atrás. No le hizo falta comprobar que las *regaderas* seguían jalonando ambos arcenes, el rumor del agua discurriendo por sus estrechos canales. Una sensación de placidez estalló en su pecho al estacionar el coche y apearse. Sus ojos se fueron por inercia a la sólida vivienda que se alzaba delante. El cartel sustentado por encima del dintel atrajo su atención. *Hotel Rural La Chacinera*.

El inspector esbozó una sonrisa y se encaminó hacia la entrada, donde advirtió que su tía Lupe estaba despidiéndose de dos huéspedes. Apenas había cambiado desde la última vez que se vieron, la indumentaria vistosa pero de corte clásica, el peinado sencillo y con algunas canas diseminadas. Lupe era igual de menudita que su hermana, aunque con la diferencia de que nunca paraba quieta en un sitio. Ya fuese la matanza, que la elaboración de quesos artesanales o la recogida de setas en otoño, Lupe tenía claro cuando pararía: *el día que muera*, abreviaba tozuda. Por eso, no le extrañó que todavía siguiese acogiendo a turistas a sus sesenta y un años. La jubilación no existía en su vocabulario.

- ¡Dichosos los ojos! – clamó con los brazos en jarras –. Contenta me tienes. ¿Se puede saber por qué no vienes a visitarme con más frecuencia?

Luego se agarró a sus hombros y le besuqueó las mejillas con arrebatadora sonoridad.

- No empiece, tía, que ya sabe que no me gusta la gente del pueblo.

- ¡Y a ti qué más te da! – Sonó a reprimenda –. Tú vienes a ver a tu tía y punto, no te fastidia… ¡Y el que quiera saber que vaya a la escuela!

Ambos se rieron con la misma complicidad de siempre mientras le invitaba a pasar. Elías reparó en las bolsas de cemento que había amontonadas en el recibidor.

- Tía, ¿qué tiene aquí montado? – le espetó.

- ¿No te había dicho que estoy haciendo obras? Como cada vez recibo más huéspedes desde que me anuncio por internet, la casa de tu abuela se me está quedando chica – Elías desgranó una sonrisa ante su ocurrencia de anunciarse, sospechó, en *Booking* o en cualquier otro portal de alojamientos –. El caso es que le ofrecí a Marcial hacerme la obra, ya que el muchacho me lo dejaba a muy buen precio. ¡Ay, Marcial!

- ¿Qué pasa ahora? – Se alarmó.

- Que lo he dejado solo en la cocina cambiándome los grifos del fregadero.

Lupe partió apurada por el largo pasillo, los muebles arrumbados de cualquier manera con fundas de plástico para protegerlos del polvo. Falcón la escoltó unos pasos por detrás.

- ¿Quién es el tal Marcial? ¿Lo conozco?

- Es el muchacho que me trae los congelados. Trabaja como repartidor por las mañanas, pero como es un manitas, lo contraté para que viniese a repararme las cosas que yo ya no tengo ni idea. Así me hace compañía. Lo sabrías si vinieras más a verme.

Elías adujo que su tía estaba en plena forma cuando traspasaron la entrada y se refugiaron en el delicioso aroma que desprendía la cazuela a fuego lento. Todo se hallaba tal y como recordaba. Falcón observó que por detrás de la pila se hallaba aquel hombre de estatura espigada y complexión magra, que bregaba con el grifo de pared con dos llaves inglesas.

- Marcial, hijo, que me había olvidado de ti. ¿Cómo vas?

El albañil pegó un respingo y se volvió hacia ella. Tenía el cabello corto con algunos mechones entrecanos. También una barba cerrada.

- Lo de siempre, Lupe, la maldita cal – dijo –. Ha obstruido una de las salidas.

- Déjalo para mañana que tengo la casa manga por hombro, dichosa obra… – maldijo por lo bajo –. Por cierto, no sé si conoces a Elías – Lo presentó.

- Hola, ¿qué hay? – Formalizó el hombre el saludo.

Falcón hizo lo propio con un golpe de cabeza. Estimó que tendría más o menos su edad.

- Lo verás a menudo por aquí. Es como si fuera mi hijo, ¿sabes? –. Elías sintió la mirada inquebrantable de su tía –. Entonces, ¿te parece que lo dejemos para mañana? Y ya, de paso, hacemos cuentas.

- Está bien – añadió mientras recogía su caja de herramientas –. No

se olvide de echar un vistazo a la lista de repostería navideña. Cada vez tengo menos en el almacén.

Después retomó sus pasos hasta que el portazo les anunció que se habían quedado a solas.

- Entonces… ¿Su hijo?

- A efectos prácticos lo eres, que para eso le prometí a tu madre que me haría cargo de ti. ¿O es que tienes algo que reprocharme? ¿Eh, *jodío*?

Falcón no se atrevió a decirle que más bien lo contrario.

- Vamos al salón, anda, que estoy heladita con la *manta* que ha caído esta mañana.

Ambos regresaron de nuevo al zaguán. Allí, por delante de la escalera que ascendía a las plantas superiores, se encontraba la entrada por la que se accedía al salón. Falcón traspasó la puerta y echó un vistazo. La chimenea crepitaba con viveza, prestando a la estancia un aroma a resina que contagiaba el ánimo a cualquiera de sus huéspedes. Falcón caminó entre los recuerdos que atesoraba de su niñez y se acercó al trillo que hacía la función de mesa. Una decena de fotos se mostraba en diferentes marcos. Escogió una y la prendió entre sus manos. En ella, Lupe aparecía con treinta años menos junto a su hermana Teresa. Su madre. La misma que perdió por culpa del cáncer y que se la arrebató de su lado siendo aún un adolescente. Lupe y Teresa, ambas mellizas, pero con rasgos físicos compatibles. Su madre más dulce e introvertida, su tía más dicharachera y parlanchina. Hermanas siempre, aunque la enfermedad decidiera dejar a la más fuerte en carácter.

- Estaría orgullosa de saber en lo que te has convertido – afirmó Lupe por su espalda.

- ¿Usted cree? – Se giró para mirarla a los ojos –. A veces me pregunto qué hice mal.

- ¿Tú? – le increpó –. No digas sandeces, por favor. Lo de tu madre fue una cochinada del destino y lo de tu padre…, qué quieres que te diga, cambió mucho a raíz de la enfermedad. No lo soportó y también lo perdiste. Fin de la historia. Así que no quiero volver a escuchar esas majaderías, que para eso soy la que se ha hecho cargo de ti en todos estos años. Al final voy a tener que darte la guantada que no te di de crío.

Falcón trazó una sonrisa templada.

- Venga, cambia esa carita que hoy tengo para cenar patatas meneadas con torreznos, como a ti te gustan. Porque te quedarás a cenar, digo yo.

- Sabiendo el menú, no lo ponga en duda.

- Ese es mi *Corito* – reaccionó, insertando aquel gentilicio con el que solía apodarlo.

***

Habían pasado varias horas desde que Elías apareció en Candelario sin avisar. Tal vez las suficientes como para que su tía se cerciorara de que algo parecía inquietarle mientras encendía y apagaba la pantalla de su móvil. Lupe examinó sus gestos por el rabillo del ojo, Falcón cada vez más serio y retraído. Se figuró que la conversación que habían mantenido por la tarde había dado pie a aquel hermetismo, donde el policía se malograba de su suerte y se culpaba de un pasado del que jamás llegó a tener responsabilidad. Lupe se impacientó al desconocer qué otros fantasmas revoloteaban en su mente y decidió tantearlo.

- ¿Te ocurre algo? – le formuló –. No has parado de mirar el móvil desde que llegaste a la cocina. ¿Qué está pasando? Tú no has venido solo a verme.

Falcón ladeó el rostro por miedo a que descubriese la verdad.

- Corito… – pronunció –. No voy a parar hasta que me cuentes qué está pasando.

- Me han adjudicado el caso de la chica que ha aparecido muerta en el Puente Romano de Salamanca – resumió con atropello –. Estaba maniatada y con un pequeño cráneo de gamo entre sus manos.

Un silencio incómodo se instaló entre ambos al tiempo que se buscaban con la mirada.

- Por ahí no vayas porque sabes que aún continúa entre rejas – Se convenció Lupe.

- Hace años que no sabemos de él.

- Me da igual, Elías. Tú mismo te estás sugestionando por lo que pasó hace siglos.

- ¿Y si se equivoca? – Se impacientó.

- No, no me estoy equivocando. Son tus pensamientos los que ahora están controlando tu cabeza y haciéndote dudar. Estoy convencida de que ha sido obra de otro pirado.

Su teléfono vibró en la mesa. El inspector se levantó y ojeó el número que apareció en la pantalla del móvil. No sabía de quién se trataba cuando descolgó la llamada en el pasillo.

- Inspector, soy la doctora Vázquez – anunció la patóloga al otro lado –. Sé que no son horas, pero ya he terminado con la autopsia de Montaña Bermejo. ¿Podría pasarse por el Instituto? Hay algo que necesito mostrarle.

11

Falcón aparcó el vehículo a pocos metros del Instituto de Medicina Legal y bajó un tramo de escalones hasta alcanzar los sótanos. Un olor nauseabundo hedía tras las corrientes de aire que descargaban los extractores, señal inequívoca de que la muerte acechaba sigilosa. Se cubrió la nariz con la mascarilla que guardaba en su anorak y atendió a la luz que parpadeaba por encima de un letrero. *Depósito*. Acto seguido, entró sin avisar.

- No le esperaba tan pronto – dijo la forense, enfundada en una bata blanca y tocada con unas lentes transparentes –, pero tenía algo que mostrarle antes de entregar el informe pericial.

Elisa Vázquez partió hacia las cámaras frigoríficas y se detuvo delante de una. Luego tiró de la palanca, donde un aliento helado se escabulló en el aire. La forense asió la camilla y la atrajo hacia ella. Los ojos del inspector se llenaron de espanto al contemplar de nuevo el rostro de Montaña Bermejo. Su cabello, rendido por las trazas de humedad, se escurría por encima de su cabeza como si hubiese sido cepillado a conciencia. Elisa tomó una carpeta y la abrió con sus manos enguantadas.

- Veamos, los análisis toxicológicos practicados han resultado negativos – Arrancó a leer sin demora –. Tampoco hemos hallado evidencias de agresión sexual.

- ¿Entonces…? – Se inquietó a falta de otros esclarecimientos –. ¿Cómo ocurrió?

- Creemos que la chica huía de su asesino por lo que hemos advertido en su espalda, a la altura de sus lumbares. Si me ayuda a moverla se lo mostraré.

Elías rodeó la camilla mientras se enfundaba otros guantes. Juntos removieron el cadáver, hasta que vislumbró aquella marca amoratada que delataba el trauma bajo su piel.

- ¿Qué es ese pinchazo? – le lanzó una vez que reclinaron el cuerpo sobre la camilla.

- El hematoma del disparo que recibió a corta distancia – resolvió diligente –. A mí también me pasó inadvertido cuando realicé una primera inspección ocular en la escena del crimen. Pero hemos detectado una alta dosis de pancuronio en su sangre.

El término farmacológico le cogió por sorpresa.

- ¿Pancuronio?

- Es un agente que produce relajación muscular y que se utiliza en las intervenciones quirúrgicas en casos de intubación endotraqueal. En

un principio sospechamos que le fue inyectado mientras huía de su agresor, pero luego llegamos a la conclusión de que la equimosis fue producida *antemortem*. Es decir, se lo inoculó a una distancia de poco más de un metro.

- ¿Cómo? –. No entendía nada.

- Creemos que con un arma anestésica, específica para la sedación de animales y especies salvajes. La mayoría son silenciosas y el pancuronio se puede adquirir en ampollas de cuatro miligramos. No sé si me explico… – alargó la última vocal.

- ¿Esa fue la causa de la muerte?

- Qué va – Negó con la cabeza –. El fármaco tan solo impidió que huyera. Actúa en el cuerpo bloqueando el músculo esquelético.

- ¿Y por qué la querría inmóvil? No tiene sentido si su pretensión era desplazarla más tarde hasta el Puente Romano.

- Sí que la tiene, y la respuesta es que quería que fuese consciente de lo que iba a hacerle a continuación. Espero que tenga el estómago preparado.

La forense introdujo los dedos en su cavidad bucal y desbloqueó en suaves movimientos la mandíbula. Luego extrajo una linterna del bolsillo de su bata y alumbró las paredes de su garganta. Su mirada tropezó con aquella argamasa de apariencia resinosa que taponaba todo el conducto de su laringe. Un nido ambarino y oleoso del que sobresalían pequeños filamentos astillosos, como si se tratasen de hojas machacadas.

- ¿Qué cojones es eso? – Percibió cómo la bilis escalaba por su esófago.

- *Laurus nobilis* y *quercus suber* – Leyó en su carpeta –. En otras palabras: laurel y bellota machacado, y mezclado con abundante miel para elaborar esa especie de pasta que acaba de apreciar en su garganta. La melaza actúa como argamasa, creándose un tapón que provoca la asfixia al instante. Esa sería la causa de la muerte, inspector. La chica fue consciente de todo.

- ¿Pudo habérselo hecho alguien con nociones en medicina anatómica, por ejemplo, un cirujano? – disparó.

En realidad, Tabernero seguía siendo a ojos de Falcón el único sospechoso de la muerte de Montaña Bermejo, el cual continuaba arrestado en los calabozos de comisaría.

- Perfectamente. El tipo de puntadas con que suturó sus labios nos hablan de un tipo con un alto nivel en el campo de la cirugía maxilofacial – pronosticó –. Aunque otra cosa bien distinta es el motivo por el que decidió hacerlo.

- ¿A qué se refiere? – Vislumbró otra razón de peso –. Pensé que la causa era que el aire dejase de circular por su cavidad bucal para facilitar la asfixia.

La forense chascó la lengua a modo de negación.

- Me temo que aún le queda por saber la razón que me llevó a telefonearlo.

Elisa Vázquez dio media vuelta y abrió una pequeña nevera portátil. Después tomó de la primera balda una cajita transparente que le entregó al instante. Falcón pasó el pulgar por el vaho adherido y descubrió en su interior un diente de unos cuatro centímetros, con las caras raídas por la porosidad y teñidas en tonos parduscos.

- ¿Había un diente en su boca? – preguntó en alto, impactado por lo que estaba viendo.

- Un molar de leche – rectificó –. El segundo molar primario para ser más exactos. Imagino que se trata del regalo que ha querido dejarnos su asesino.

- ¿Por qué? No entiendo nada, Elisa.

- Tengo novedades – Detuvo su zozobra –. Hicimos un raspado y lo cotejamos con la pasarela en materia de ADN de la Interpol.

Falcón cazó al vuelo su indirecta.

- ¿De quién se trata?

- De André Guimarães, el niño portugués que desapareció durante los carnavales de Lazarim en 1997.

Su mente intentó encajar la información que acababa de proporcionarle sobre un caso que llevaba sin resolverse en el país vecino la friolera de veinticinco años.

- Pero eso no puede ser – Se negaba a admitir las evidencias.

- Se ha cotejado dos veces – le rebatió –. Es de André Guimarães. Aunque hay algo más.

La doctora retomó los pasos hacia la camilla y le pidió que la ayudase a remover el cuerpo de nuevo. Elías la tomó por los hombros a medida que la forense alumbraba una pequeña marca abrasiva al final de su cuero cabelludo. La mirada de Elías se tornó acuciante al vislumbrar el extraño símbolo en forma de ***V***.

- Nadie de mi equipo reparó en ello hasta que el cadáver fue trasladado al Instituto y apreciamos la discreta abrasión a la altura del axis cervical – se justificó –. Hemos llegado a la conclusión de que se la hizo una vez muerta, imaginamos que con una varilla de marcar a fuego o similar. He visto en internet que algunas se calientan en frío con nitrógeno líquido.

Su móvil comenzó a vibrar en el bolsillo de su anorak.

- De acuerdo – Sonó a despedida –. Manténgame informado con cualquier novedad.

El inspector traspasó la puerta del depósito y enfiló el pasillo bajo una claridad mortecina. Después descolgó la llamada con la tensión perfilada en su mandíbula.

- Jefe, soy Castell – anunció el joven subinspector –. ¿Dónde está?

- Saliendo del Instituto de Medicina Legal. ¿Pasa algo?

- La subcomisaria Linares acaba de soltar a Tabernero. Se ha corroborado su versión y, efectivamente, estuvo toda la noche en urgencias, desde las 21:30 horas hasta las cuatro de la madrugada.

- ¡Pero Linares ha perdido el juicio? Ese tío miente, pudo ausentarse del hospital en algún momento.

- Parece ser que no. Mulas y Robledo lo han verificado tanto por las cámaras de seguridad como por el médico que los atendió – resumió con atropello –. El juez ha solicitado su inmediata puesta en libertad. Por eso mismo le he avisado. Tabernero no mentía, jefe. Simplemente no acudió a su cita con Montaña Bermejo.

El eco de sus pasos rebotaba contra las paredes del corredor.

- ¿Qué hay sobre las esposas *bondage*? – Buscó una nueva ruta por la que tirar.

- Los dos únicos sex-shops que hay en la ciudad vendieron cinco en el último mes. Todos se pagaron con tarjeta y ninguno de los clientes tiene antecedentes. Por lo visto, es más común comprar este tipo de juguetes por internet.

- ¿Entonces…? – continuaba en *shock*.

- Tenemos un problema, jefe. El asesino de la chica sigue suelto.

12

A esa misma hora, a pocos kilómetros del Instituto de Medicina Legal, Zetta terminó de distribuir el extenso mural con recortes de periódico y anotaciones propias en la pared frontal de su nueva habitación.

Con las cortinas echadas y la luz del flexo alumbrando la estancia, la escritora fijó con una tira de celofán la última plana de periódico, la fotografía del niño suspendida en el centro de la noticia. Los demás recortes de prensa parecían asfixiar entre sus columnas aquel rostro angelical. Zetta se retiró unos pasos y se fijó en el titular que encabezaba el reportaje. *"Se cumplen 20 años de la desaparición de André Guimarães. ¿Qué le sucedió al pequeño que acudió a las mascaradas de Lazarim junto a sus padres?"*.

Sintió que había fracasado en su intento por encontrar una respuesta pese a que el *true crime* que había escrito acabó reportándole un suculento beneficio y varias tiradas de ejemplares. Apenas era capaz de mantener la vista en los ojos sonrientes del niño. La portuguesa resopló y posó las manos en su melena escarolada. Después, tiró con fuerza. Zetta dejó caer la peluca al suelo mientras la tenue claridad de la habitación despejaba su cabeza desnuda.

***

Minutos más tarde, Falcón ascendió el ramal de escalones que trepaban hasta la puerta de su casa. Una vez que prendió las luces del hall, entró en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha. Elías se desvistió y se metió en la ducha, permitiendo que el chorro alcanzase sus hombros. Una sensación de vacío empezó a abrirse bajo su piel a medida que escupía unos cuantos improperios y golpeaba repetidas veces las baldosas de la pared. Sintió miedo. Elías sintió miedo en ese instante mientras el agua dejaba entrever la cicatriz que palpitaba sonrojada a escasos centímetros de su nuca.

Entonces, el rastro de aquella *V* comenzó a escocerle.

DÍA 2

13

Falcón dobló la calle Jardines y se adentró en su coche en el aparcamiento de comisaría. La misma hueste de periodistas que lo asaltó el día anterior parecía haberse multiplicado en cuestión de horas cerca de la entrada. Elías abandonó el vehículo y aceleró el paso con la cabeza escondida bajo sus hombros. Supuso que aquel gesto evitaría que lo reconociesen en cuanto traspasó el vestíbulo y se introdujo por una red de pasillos con varias puertas a cada lado. La subinspectora Montaner salió a su encuentro nada más percatarse de su presencia por la ventana de uno de los despachos.

- Jefe – elevó la voz por fuera de la sala –. La subcomisaria Linares anda buscándole.

Falcón esculpió un gesto receloso. Imaginó que querría hablar con él sobre la puesta en libertad de Tabernero y el motivo por el que no comprobó su coartada antes de encerrarlo en los calabozos.

- ¿Le ha comentado algo? – indagó.

- No. Está reunida en su despacho con dos agentes extranjeros – vació con atropello.

- De acuerdo. Gracias, Montaner.

Elías tomó el pasillo contrario y se perdió por otra madeja de salas y departamentos con las mesas atestadas de más agentes. Su cabeza bullía con efusividad. Una sensación de desconfianza se alojó en sus pensamientos a medida que intentaba adivinar con quiénes se habría reunido y por qué no le había avisado siquiera. La respuesta no tardó en aparecer en cuanto abrió la puerta de golpe. Un silencio se instaló en el acto mientras notaba cómo las miradas de cada uno de los allí presentes se volvían hacia él. Linares le gratificó con un rictus severo que cortaba el aliento.

- Le estábamos esperando – Sonó ofensivo.

Elías reparó en la pareja que había sentada por detrás del escritorio y que parecía no quitarle ojo con la espalda ladeada.

- Quiero presentarle a la inspectora Nádia Belmonte y a su compañero, el subinspector Filipe da Sousa, ambos pertenecientes al *Departamento de Investigação Criminal de la Polícia Judiciária* de Guarda. ¿Lo he dicho bien?

- Perfectamente – respondió ella con cierta entonación portuguesa.

La subcomisaria asintió con una sonrisa templada al tiempo que ambos se levantaban con intención de estrecharle la mano.

- Es un placer, inspector – amplió ella por los dos.

La mujer tenía una abundante melena oscura seccionada en perpendicular a la altura de sus orejas. De edad más bien madura, aún conservaba una figura magra y atlética. Sus facciones, afiladas pero armoniosas, contrastaban con la nariz respingona y los labios finos. El hombre, en cambio, era bastante más joven que ella. De tez morena y flequillo alborotado, su trabajada musculatura podía apreciarse por debajo del jersey que portaba. Tenía una mandíbula robusta y cuadrada y unos ojos grises que llamaban poderosamente la atención.

La subcomisaria Linares reanudó la conversación al otro lado de su escritorio.

- Anoche avisé al comisario de Guarda en cuanto la doctora Vázquez me informó de lo que había hallado en el cadáver de la chica – aclaró sentada. Los demás prefirieron mantenerse en pie –. No sé si sabe que la inspectora Belmonte fue la encargada de dirigir la operación de André Guimarães, el niño que desapareció en Lazarim en 1997 y del que no se había vuelto a tener ninguna pista fiable hasta ayer, cuando apareció un diente suyo en la boca de la víctima.

- La verdad es que esto ha dado un giro en el caso – alegó la mujer visiblemente impactada –. Llevamos veinticinco años sin tener un indicio acerca de su paradero y este hallazgo nos abre una nueva línea de investigación que relaciona a la joven del Puente Romano con nuestro niño.

Su castellano era correcto pese al soniquete luso que arrastraba con cada sílaba.

- El caso nunca llegó a prescribir gracias a la resolución que dictaminó la fiscalía y al enorme interés mediático que suscitó en nuestro país – añadió, esta vez, el portugués.

- ¿Usted también estuvo al mando de la operación? – Le extrañó a Falcón por su edad, más o menos similar a la suya.

- En absoluto – precisó la inspectora por él –, pero es mi agente de confianza y sabe tanto del caso Guimarães como yo.

Elías dedujo que la desaparición del niño se había convertido en su propia obsesión, expandiéndola al resto de agentes que tenía a su cargo como si se tratase de una bacteria infecciosa. Una tara que acababa por martirizar a la inmensa mayoría de inspectores y que Falcón rechazó por miedo a perder el juicio, y también las riendas de su propia vida.

- Asimismo, la inspectora Belmonte es experta en psicología criminal. La mejor en su campo haciendo perfiles criminales por lo que he sabido. – arguyó la subcomisaria con conocimiento de causa –. Gracias al acuerdo de cooperación transfronterizo en materia policial, podremos colaborar con la *polícia judiciária* en las actuaciones operativas y en los equipos conjuntos de investigación. La inspectora

se encargará de exponernos todo lo que debemos saber acerca del caso Guimarães.

- He traído el material necesario para que sus hombres conozcan lo que supuso su desaparición en Portugal – agregó –. Esto les ofrecerá una visión más amplia para, primero, establecer una relación entre su investigación y la nuestra, y segundo, conocer al asesino actual. Está claro que sabe algo de lo que le sucedió al menor.

- Y le estamos enormemente agradecidos – retomó Linares la palabra –. Tienen todo dispuesto en la sala que les mostré antes.

- Pues entonces no perdamos más tiempo. Aún hay mucho trabajo por delante.

La mujer retomó el camino hacia la salida, su joven acompañante escoltándola tras su maciza corpulencia unos pasos por detrás. El inspector estaba dispuesto a acompañarlos cuando la subcomisaria decidió interrumpir su propósito.

- Falcón, espere aquí un segundo – dijo –. Me gustaría hablar con usted.

En el fondo, no le apetecía conversar con ella después de la decisión que había tomado sin contar con su opinión como responsable al mando de la investigación.

- He convocado una rueda de prensa para las doce. La Subdelegación del Gobierno está que muerde desde que la noticia se ha vuelto viral.

- Y qué esperaba, si tenemos a una decena de periodistas ahí fuera – replicó.

- Han sido los propios compañeros de la chica – le clarificó –. Están inundando las redes sociales con su foto y pidiendo justicia con el hashtag *TodosSomosMontaña*.

- Bueno, dejémosles que especulen.

- Veo que no lo entiende. Han hecho tanto ruido que la noticia ha llegado a medios nacionales. No me extrañaría que esto se llene de reporteros en las próximas horas.

Falcón no estaba dispuesto a asumir su propio fracaso.

- Teníamos un sospechoso – le lanzó molesto –, pero parece ser que el juez decidió dejarlo en libertad. ¿O le animó usted? Porque, si es así, le recuerdo que ese tío estaba acosando a Montaña Bermejo. Ni siquiera hemos podido investigarlo a fondo.

- No tenía una puta mierda – escupió entre dientes –. ¿Cómo cojones se le ocurrió encerrarlo sin comprobar que tenía una coartada? No sé si sabe que va a emprender acciones legales contra nosotros; por lo que le pido, o mejor dicho, le exijo que aproveche la rueda de prensa para desvincularlo del caso.

- ¿Yo…? – insinuó mordaz –. Pensé que lo harían también los portugueses.

- ¿Se puede saber qué le pasa ahora? – se levantó de su butaca.

- Debió avisarme de que la policía portuguesa iba a colaborar con nosotros. Imagino que para eso me puso al mando, para estar informado de cualquier avance o cambio en el operativo.

- ¿Es eso lo que piensa? Porque no estamos aquí para debatir sobre su orgullo herido. Tiene a todo un equipo esperándole y a un asesino en la calle. ¿O va a ser usted quien se encargue de anunciar a la familia de la chica que aún no tenemos nada?

14

Todos los agentes se encontraban sentados alrededor de la mesa cuando Elías irrumpió en la sala acompañado de la subcomisaria Linares. La tensión que se había desatado tras la inesperada puesta en libertad de Tabernero había ocasionado un ambiente de lo más adverso al descubrirse que el asesino continuaba fuera. Esa misma sensación conminó al inspector de camino al tablero de pruebas, donde se dio cuenta de que el proyector estaba expulsando la imagen de dos niños sobre la pantalla frontal de la pared. Falcón se acercó a los policías portugueses, ambos de pie y flanqueando cada extremo de la pantalla. La subcomisaria se colocó entre medias para dirigirse a sus hombres.

- Buenos días. Como sabrán, la inspectora Nádia Belmonte y el subinspector Filipe da Sousa han viajado desde Portugal para colaborar en nuestra investigación a raíz del diente que la forense halló anoche en el cadáver de la chica. Los análisis han concluido que el molar pertenece a André Guimarães, el niño que desapareció en los carnavales de Lazarim en 1997. Hemos creído conveniente que su ayuda puede arrojar pistas sobre el asesino que está detrás de la muerte de Montaña Bermejo. Así que espero que todos – Miró de reojo al inspector – sean cordiales con nuestros compañeros lusos y formemos un equipo de trabajo. Les dejo con la inspectora.

Linares se retiró y dejó a Belmonte al mando de la reunión.

- Buenos días – Su voz era firme, sin estridencias –. Quisiera comenzar por la imagen que hay en la pantalla. La pregunta que voy a formularles es simple: ¿qué ven?

Mulas apagó las luces mientras los agentes examinaban los rostros de aquellos dos niños sin nombre, sus miradas sonrientes, el cabello castaño, quizá con edades similares, pero sobre todo, con rasgos físicos comunes. Aquello despertó curiosidad en Falcón.

- Nuno Baptista, el niño que se encuentra a mi izquierda – Lo señaló – desapareció en Aguiar da Beira en septiembre de 1996. Su cuerpo apareció dos días más tarde. Un forestal dio el aviso al encontrárselo en el bosque. Un mes más tarde, el 14 de octubre, Martim Oliveira no regresó a su casa cuando volvía del colegio. Su cuerpo apareció en otra zona boscosa a veinte kilómetros del lugar donde se encontró el cadáver del primer niño. Eso, sumado a las pruebas recolectadas en ambos escenarios y al parecido físico de las víctimas, nos reveló que se

trataba de un asesino serial – Contuvo el aliento –. Filipe, ¿le importaría pasar la siguiente imagen?

El hombre acató la petición de su superiora. Al momento, surgió sobre la pantalla un plano que reproducía una extensa área geográfica del centro del país luso, sus coordenadas dispuestas entre los distritos de Guarda y Viseu.

- Si se fijan – prosiguió –, las equis marcadas en el plano representan los lugares donde fueron hallados los cuerpos de Nuno Baptista y Martim Oliveira. Ambos homicidios siempre se cometieron en zonas boscosas de difícil acceso, por lo que nuestro hombre buscaba pasar inadvertido para satisfacer sus deseos. Por cierto, la causa de la muerte fue por estrangulamiento según los resultados forenses. Los asfixiaba con sus propias manos. Filipe, ¿puede cambiar la foto?

Varias fotografías de los escenarios se reprodujeron simultáneamente.

- Como ven, tanto uno como otro niño aparecieron encaramados sobre una roca en posición decúbito abdominal. Sus muñecas habían sido amarradas con una soga de cáñamo con un nudo de dos cotes, al igual que de sus labios asomaba una ramita de brezo. En un principio imaginamos que se trataba de la firma del asesino, pero luego el forense nos confirmó que había dejado una señal en la nuca de ambos: una especie de *V* grabada *postmortem*. Sin embargo, lo más curioso fue que en ambos escenarios localizamos el cráneo de una cría de gamo por delante de sus manos.

- ¿Saben si intentó capturar a más niños? – formuló la subinspectora Montaner.

- Por supuesto. Hubo otros intentos de rapto fallidos por las denuncias que emitieron varias familias en la zona, aunque nunca se obtuvo una pista concluyente. Tan solo un rastro de piel bajo las uñas de Martim Oliveira al intentar defenderse de su agresor. Estas denuncias se filtraron a la prensa y provocó que nuestro hombre suspendiese toda actividad ofensiva durante un periodo de enfriamiento de cuatro meses. Fue entonces cuando decidió volver a actuar – anunció –. Filipe, por favor.

El agente pasó otra tanda de fotos, hasta que se detuvo en la imagen de otro niño con el cabello castaño y ondulado, la mirada despierta y una sonrisa traviesa.

- André Guimarães, ocho años, natural de Lamego – citó de retahíla –. Desapareció el 11 de febrero de 1997 cuando acudió junto a sus padres al *Estrudo* de Lazarim que se celebraba en el pueblo. Como pueden apreciar, comparte un razonable parecido físico y una edad similar con los otros niños, pero, a diferencia de Nuno Baptista y Martim Oliveira, su cuerpo nunca apareció.

- ¿Lazarim se encuentra dentro del mismo radio que los otros dos casos? – preguntó Mulas intrigado.

- Así es. Se comprobaron todas las pistas que llegaron a nuestro departamento en los meses posteriores: cartas anónimas, gente que llamaba afirmando haberlo visto… El caso adquirió una enorme repercusión gracias, en parte, a las intervenciones que su madre ofreció en distintos platós de televisión. Los portugueses se interesaron en el drama que los medios vendían sin escrúpulos hasta que, poco a poco, cayó en el olvido. Sospecho que al estancarse la investigación por falta de pruebas…, hasta ayer – pronunció con un poso de satisfacción –. El diente de leche que se ha encontrado en el cuerpo de Montaña Bermejo arroja luz veinticinco años después.

Un nido de murmuraciones explosionó en el interior.

- Es bastante probable que el agresor de la chica sepa qué fue de su paradero – añadió.

- ¿Durante la investigación en curso se sospechó que el Bejarano, es decir, Mauro Medina, actuaba con un cómplice? – intervino Falcón.

- No hallamos ningún indicio, aunque supongo que habrán leído en los informes que lo atrapamos meses más tarde cerca de aquí, en la sierra de Béjar, de ahí el mote con que lo bautizó la prensa al ser también oriundo del mismo pueblo – resumió –. Una vecina que vivía a las afueras avisó a la comisaría de policía. La mujer se encontraba en el porche de su casa cuando vio que una chica que iba en bicicleta parecía huir de un coche que la estaba persiguiendo bosque adentro. Dos coches patrulla se presentaron en la zona minutos más tarde. Los agentes comprobaron que el Bejarano estaba intentando estrangular a la joven al igual que hizo con los otros niños en Portugal. Nadie pudo entender qué se le pasó por la cabeza cuando descubrieron que la chica era, en realidad, su propia hija: Helena Medina – suspiró –. Las prendas que se encontraron en el maletero del coche, junto con las bobinas de cáñamo y la yerra para marcar confirmaron que Mauro Medina, alias el Bejarano, era el hombre que llevábamos meses buscando.

La sala quedó sumida en un silencio.

- Bejarano fue juzgado en Portugal por los homicidios que cometió y entró en el Centro Penitenciario de Lisboa gracias al jurado popular. Nunca reconoció la autoría de los crímenes pese a que existían evidencias más que suficientes, como el rastro de piel que se halló bajo las uñas de Martim Oliveira o la descripción que ofrecieron los otros niños a los que no llegó a raptar… Sin embargo, jamás confesó qué hizo con el cuerpo de André Guimarães. Prefirió mantener silencio por consejo de su abogado. El juez le atribuyó la culpabilidad por los indicios colegidos, aunque no se le pudo condenar por ello como era el expreso deseo de los padres. Hace tiempo pidió el traslado a España y

el juez se lo concedió tras cumplir veinticuatro años en tierras lusas. Lleva un año en el Centro Penitenciario de Topas, en Salamanca.

Los paneles del techo comenzaron a encenderse por fases cuando la subcomisaria Linares presionó el interruptor. Su rostro reflejaba la misma sensación de malestar que los demás.

- El agente Escribano está hablando con el director de Topas para averiguar si el Bejarano ha recibido alguna visita en el último mes – les avanzó.

Después posó su mirada en la de Falcón.

- Escuchadme todos – tomó el inspector la palabra –. Seguiremos redistribuyendo recursos para establecer una serie de directrices. Mulas y Robledo continuarán rastreando las videocámaras por si en alguna de ellas apareciese la imagen de nuestro hombre. También necesito que alguno se ponga en contacto con familiares y amigos de Montaña Bermejo y que averigüe si se veía con alguien fuera de la residencia, por descartar algún posible sospechoso en su círculo más cercano. Y lo más importante, les pido que sean discretos con los últimos acontecimientos relacionados con el caso Guimarães. No quiero que esto se filtre a la prensa y acabe entorpeciendo la investigación. ¿Alguna pregunta?

Nadie tuvo el valor de alzar la mano.

- Pues entonces, todo el mundo a trabajar.

***

Pero lo que Falcón desconocía era que al otro lado de la pared, con los pies apoyados en la tapa del váter, Escribano cerró la rejilla de ventilación que comunicaba con la sala de reuniones. Rápidamente abandonó la cabina en la que llevaba escuchando varios minutos y sacó el móvil de su uniforme. Después se aseguró de que había echado el pestillo y abrió el grifo del baño en cuanto marcó un número de teléfono.

Esperó impaciente a que su confidente descolgara la llamada.

15

El móvil resonó en su mesa de trabajo. Ernesto echó un vistazo a la pantalla y trazó en su rostro una sonrisa al comprobar de quién se trataba. El periodista se levantó de su asiento y se percató de que ninguno de sus compañeros de redacción le estaba prestando atención. Luego enfiló uno de los pasillos de la sede y descolgó la llamada a un lateral de la máquina expendedora de cafés.

- Dime – Se dirigió a su interlocutor.

- Ha habido novedades, pero antes necesito saber cuánto estarías dispuesto a pagar.

- Me conoces bien. Sabes que eso no es ningún problema.

Una retahíla de crujidos interfirió en la línea.

- Están investigando al Bejarano porque parece ser que el homicidio guarda relación con los crímenes que cometió en Portugal.

- Tampoco me estas contando ninguna novedad. Era evidente que la policía acabaría atando cabos.

- Pero lo que no se ha hecho público, y dudo mucho de que se haga, es que se ha encontrado un diente de André Guimarães en el cuerpo de la chica.

La mirada del periodista se enturbió.

- Eso lo cambia todo… – susurró.

- Ni una palabra o rompemos el trato – lo amenazó –. No quiero que nadie sospeche que hay un topo dentro.

- Descuida, Escribano, mantendré la boca cerrada – Calmó sus ánimos –. Acabo de recibir en la redacción la notificación de la rueda de prensa para dentro de una hora. Lo haremos como siempre, tú y yo no nos conocemos de nada.

- Ok. No se te olvide dejarme el sobre con el dinero en el guardabarros del coche.

Y colgó.

Ernesto se mantuvo pensativo mientras calibraba la información que acababa de proporcionarle su fuente. Sabía que era el momento de actuar, no podía dejar pasar la oportunidad que llevaba años implorando. Entonces, se acordó de Zetta. Llamas reconoció que era la persona idónea para realizar el trabajo y buscó su número en la agenda de contactos. Una vez que pulsó la llamada, volvió a perfilar una nueva sonrisa, esta vez malintencionada. Al cuarto tono, descolgó.

- ¿Dónde estás? – La avasalló impaciente.

- En el apartamento donde me alojo. ¿Pasa algo?

- He descubierto la manera de acercarte a Elías Falcón.

***

Pasaban dos minutos del mediodía cuando Zetta mostró su acreditación a uno de los agentes que custodiaban la entrada a la sala. El hombre ojeó el nombre del medio de comunicación que representaba (*Correo de Salamanca*, atisbó) y le permitió franquear las instalaciones que se habían dispuesto con el fin de ofrecer la rueda de prensa. Zetta esbozó una mueca a modo de agradecimiento, que el agente recogió con un ligero golpe de cabeza. Después atravesó las puertas, convencida de que la indumentaria elegida para la ocasión (*blazer* oscura, pantalones de pinzas y tacones de alta ejecutiva) combinaba a la perfección con el maquillaje y la peluca de rizos voluminosos que llevaba usando los dos últimos años. Zetta observó que casi todos los asientos estaban ocupados y decidió avanzar por el pasillo central, marcando un batir de caderas que no escapó a los ojos del resto de periodistas. Una vez que alcanzó el estrado, se situó a un extremo de la sala. Fue entonces cuando el inspector hizo acto de presencia, su figura fortificada por dos policías. Desde aquella posición Zetta advirtió que se encontraba nervioso, sus manos aleteando entre los folios que sujetaba con esfuerzo. Luego los depositó en la mesa y se sentó. Elías echó un vistazo al frente antes de aproximarse a la decena de micrófonos que tenía por delante.

- Buenos días a todos – dijo tras un molesto pitido que rasgó la calma de la sala. Elías se alejó unos centímetros con cierta aprensión –. ¿Me escuchan bien ahora?

Todos asintieron con un cabeceo.

- Soy Elías Falcón, inspector de homicidios de la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas. Me acompañan a la mesa la subcomisaria de la Policía Judicial, Marisa Linares, y el comisario jefe, Fernando Antúnez – los presentó –. En primer lugar, me gustaría pedir respeto por la familia de la joven. Soy consciente de que las circunstancias que rodean el homicidio han suscitado un enorme interés, pero el caso se encuentra aún bajo secreto de sumario, por lo que habrá algunas cuestiones que no podré aclarar. En cuanto a los hechos, son los siguientes: el cuerpo de Montaña Bermejo fue hallado en la madrugada del 9 de diciembre del 2022 por un civil que paseaba a su perro por los alrededores del Puente Romano. El hombre contactó con nosotros a través del COS, el 062, y enseguida se puso en marcha el dispositivo policial. Tras un primer examen ocular y diversas batidas por las inmediaciones del río, los restos mortales fueron trasladados al Instituto de Medicina Legal. Aparentemente el cadáver no mostraba signos de violencia, aunque por el momento prefiero ser

cauto y no expresar más datos.

Una creciente tensión cortaba el aire de dentro.

- Durante las primeras horas, la Brigada mantuvo ciertas sospechas en torno a un civil que formaba parte de su círculo cercano y que decidimos descartar al no existir relación alguna con el crimen. Desde aquí me gustaría pedirle disculpas en nombre de todo el equipo y también transmitir nuestras condolencias a la familia de Montaña Bermejo, que fue informada el mismo día de los hechos. Igualmente, quisiera apelar en su nombre que no difundan especulaciones ni datos erróneos que provoquen controversias y entorpezcan las líneas de investigación. Por supuesto, les iremos informando debidamente en cuanto tengamos nuevas evidencias.

Un revuelo inusitado se formó entre la horda de reporteros.

- Inspector – Llamó una mujer su atención –. Ana Silva, del Periódico Digital. ¿Cree que se debería haber extremado la vigilancia durante la Nochevieja Universitaria?

- Según los datos que manejo, se llevaron a cabo diversos controles en los principales accesos a la Plaza. La policía local garantizó la seguridad de los treinta mil chavales que se convocaron esa noche.

- Carlos Arranz, del Tribuna de Salamanca – Alzó la mano otro periodista –. ¿Pueden estar tranquilos los estudiantes residentes en la ciudad o, por el contrario, piensa que deberían extremar las precauciones hasta que todo esto se resuelva?

- Comprendo el revuelo que se ha formado, pero desde aquí quisiera apelar a la calma de los ciudadanos y expresarles que estamos trabajando para resolverlo cuanto antes.

- Carmen Ojeda, de El País. ¿Barajan algún sospechoso por el *modus operandi*?

- Aún es pronto para llegar a dichas conclusiones – mintió –, pero por el momento tenemos sobre la mesa varias hipótesis. Es todo cuanto puedo decir.

Castell hizo acto de presencia y se dirigió a la mesa. Su rostro reflejaba un atisbo de incertidumbre. Luego se inclinó a su altura y le susurró algo al oído. Los periodistas se percataron de cómo la mirada del inspector se teñía de oscuridad. Carraspeó antes de dirigirse de nuevo al público.

- Por asuntos que debo atender, la rueda de prensa queda finalizada.

Elías se levantó ante el estupor de los medios y se dirigió precipitadamente hacia la salida. Se fijó en la mujer que parecía examinarlo tras un rictus cargado de determinación. Notó que sus labios se desplegaban despacio, como si quisieran vaciar por fuera del carmín que los recubría un secreto que solo ella conocía. Elías reparó en la acreditación que colgaba de su cuello.

- Están mirando en la dirección equivocada – Lo abordó nada más bajar del estrado.

Falcón frunció el ceño sin detenerse.

- Ahora no tengo tiempo, señorita – arrojó.

El inspector estaba a punto a alcanzar la salida cuando Zetta volvió a insistir y le cortó el paso con valor. Sus ojos se encontraron por sí solos.

- Bejarano – pronunció –. Él es el único que está detrás de la muerte de la chica. No pierdan el tiempo buscando otros culpables.

Acto seguido traspasó la puerta, sus palabras revoloteando como una admonición en su mente. Después tropezó con la pareja de portugueses, ambos con el rostro demudado.

- ¿Ya se lo han comunicado? –. La inspectora se mostraba impaciente.

- Ahora mismo.

- Entonces no hay duda, habría que ir a interrogarlo a prisión. El Bejarano tuvo tres días de permiso cuando se cometió el crimen. Lo tenemos.

16

La torre de vigilancia se elevaba entre campos de alcornoques, soportando la estructura de hormigón sus más de treinta metros de altura. Falcón detuvo el coche delante de la garita del Centro Penitenciario y anunció al guardia que era el inspector de homicidios. El hombre levantó la barrera de control y permitió que estacionara el vehículo en el parking. Uno de los funcionarios de prisión fue a atenderlos con diligencia.

- Inspector, cuánto tiempo – El hombre le tendió la mano para estrechársela.

Elías se percató de que apenas había cambiado desde la última vez que se vieron, el vientre curvado bajo la camisa de su uniforme, el afeitado bien apurado y el pelo, entrecano y ralo, clareando por encima de su frente.

- Qué hay, Casares – le devolvió el saludo –. Quiero presentarle a la inspectora Belmonte y al subinspector da Sousa. Ambos procedentes de la comisaría de Guarda.

- Mucho gusto – se dirigió a ambos –. Por cierto, Medina ya se encuentra en la sala de aislamiento. Si quieren podemos ir pasando.

El grupo traspasó la entrada y se perdió por un entramado de pasillos.

- Ya me han informado de que lleva en Topas cosa de un año – Decidió Falcón romper el hielo –, pero necesitaría saber qué día entró. Por hacer un seguimiento del preso.

- Ahora se lo confirmará mi compañero en el ordenador.

- ¿Qué tal ha sido su comportamiento desde entonces?

- *Pufff*…– Denotó cierta molestia en su interjección –. Es un tipo solitario, reservado, diría que incluso hermético. No se abre ni con los psicólogos el muy hijo de puta. Se las sabe todas y prefiere pasar desapercibido, sobre todo desde que se encarga de la panadería y también del taller de costura donde confeccionan monturas de caballo. Pero yo sé por qué lo hace, a mí no me engaña.

- ¿Y es…? – le cuestionó.

Los portugueses lo escuchaban atentos mientras Casares anadeaba en zancadas cortas.

- Por evitar cualquier encontronazo con alguno de los internos. Ya tuvo sus más y sus menos al poco de ingresar en prisión, por aquello de que los asesinos de niños no están bien mirados. Aunque él nunca se ha quejado. Supongo que por no buscarse problemas con los líderes de las bandas latinas.

Enseguida alcanzaron una garita emplazada entre un cruce de pasillos. Casares les presentó a su compañero, un funcionario de rostro lampiño que se encontraba sentado por detrás de un ordenador de mesa.

- Boyero, entra en el fichero del Bejarano y dime qué día entró en Topas – le solicitó por fuera de la puerta.

El hombre tecleó deprisa mientras localizaba en la pantalla la información requerida. Al momento, detuvo el movimiento de sus ojos.

- El 4 de diciembre del 2021 – les anunció –. Hace exactamente un año.

- ¿Y podría decirnos si ha recibido alguna visita? – Lo abordó Falcón.

Boyero lo observó renuente hasta que decidió comprobarlo sin opción a réplica.

- No, ninguna – respondió –. Aunque por lo que estoy leyendo en el registro del FIES, recibe bastante correspondencia, entre una y seis cartas a la semana.

- ¿De quién?

- De cretinos igual que él – se entrometió Casares en la conversación –. Ahora se hacen llamar admiradores. ¿No es de locos…?

Falcón atisbó un hilo del que tirar.

- Necesitaría una lista de todas las personas que le escriben con asiduidad.

- Sin problema, Boyero se la enviará a la *Intranet* de comisaría.

- Y también qué día salió de permiso, cuándo regresó, quién vino a recogerlo… - enumeró de cabeza.

- Eso se lo puedo aclarar yo, me pilló justo de guardia – dijo –. El juez le dio un permiso de tres días desde el miércoles 7 de diciembre al viernes 9. Es decir, hasta ayer.

El inspector anotó las fechas en su Tablet mientras se aseguraba de que el homicidio se cometió en la madrugada del 8 al 9, cuando Mauro Medina se encontraba fuera de prisión. Aquello le escamó.

- ¿Quién vino a recogerlo? – preguntó.

- Un taxista. Uno de los funcionarios avisó a la centralita.

Falcón levantó sorprendido la vista.

- ¿Realizan servicios hasta aquí? – le costaba admitir.

- Topas está a treinta kilómetros de Salamanca y la carretera tampoco es que sea la M-30, joder. No se tarda nada en llegar a la ciudad.

- Está bien – Terminó de tomar apuntes.

- Pues si me acompañan. La sala de aislamiento se encuentra al

fondo del pasillo.

Casares partió raudo, su silueta recortada entre los muros de la prisión. Elías se acercó a los portugueses a la vez que retomaban sus pasos.

- Filipe va a telefonear al Centro Penitenciario de Lisboa para comprobar si recibió alguna visita antes de ser trasladado a España – le aclaró Belmonte.

- Avise también a comisaría y dígale a Castell que se ponga en contacto con la centralita de taxis. Que averigüe quién vino a recogerlo. Sólo así podremos establecer la ruta que hizo durante su salida y en qué parte de la ciudad lo dejó.

17

Un fuerte pitido desbloqueó la puerta de barrotes. Nádia Belmonte y Elías Falcón traspasaron la entrada bajo la atenta mirada de uno de los guardias, la luz incidiendo sobre el hombre apostado al fondo de una mesa rectangular. El inspector se fijó en sus manos esposadas. Mauro Medina había perdido con los años su hercúlea complexión, pese a que ahora conservaba un atisbo de esa naturaleza vigorosa por debajo de la chaqueta que vestía. El tiempo había alterado el aspecto de aquel tipo que tantas veces apareció en las portadas de los periódicos implorando un perdón bajo un físico macizo y envidiable.

Veinticinco años más tarde, Falcón se dio cuenta de que su desaliño contrastaba con la de un hombre envejecido, las canas escurriéndose por su larga cabellera, la barba descuidada, pero los mismos ojos. Unos ojos de un azul intenso, que una vez se clavaron en los suyos para devorarlo.

Sierra de Béjar (Salamanca)
2 de septiembre de 1997

La luz comienza a fragmentarse en sus ojos. Elías rota el cuello, donde un dolor agudo se expande por sus vertebras como si se tratase de un veneno infernal. Desliza los dedos de su mano y siente cómo la abrasión palpita salvaje por debajo de su nuca, entre tiras de piel renegridas. Se asusta. Elías se asusta mientras intenta adivinar dónde está. Es entonces cuando su rostro se asoma por delante del suyo. Las pupilas de ambos se conectan por dentro de aquel paraje desolador a medida que Elías hunde los dedos en la tierra. Su pecho sacude pequeños espasmos. Nota que sus huesos se pierden en las profundidades del suelo, entre raíces y gusanos. La pesadez se instala de nuevo en sus párpados hasta que lentamente, sin esfuerzo, cae en las sombras.

Su nombre resonó en la sala como un mantra repetitivo.

- Falcón, ¿se encuentra bien?

El inspector volvió en sí mientras Nádia no paraba de observarlo al otro extremo de la mesa. Después intuyó la sonrisa impostada de Medina, sus ojos afianzados a los suyos.

- Lo siento – dijo una vez que se prestó a tomar asiento –. Tenía la cabeza en otra parte.

Desde aquella posición podía sentir su mirada invasiva. Temió bloquearse de nuevo.

- Veamos – acertó a decir –, soy el inspector de homicidios Elías

Falcón y ella es la inspectora Nádia Belmonte, de la policía judicial de Portugal.

- No hace falta que nos presente, ¿verdad, inspectora? – Su tono destilaba una mezcla de recochineo y sarcasmo –. Somos viejos amigos.

- Menos guasas porque sabe a lo que hemos venido – Se mostró a la defensiva.

La autoridad que intentaba demostrar revelaba la herida que no había conseguido cerrar después de tanto tiempo. El fantasma de André todavía merodeaba entre sus recuerdos.

- Ayer apareció el cadáver de Montaña Bermejo en el Puente Romano – disparó a bocajarro –. ¿De qué conocía a la chica y dónde cojones ha pasado los tres días de permiso penitenciario?

Mauro Medina soltó una risotada que rebotó entre las paredes de la sala.

- Yo también me alegro de verla, inspectora – respondió después –. Había olvidado cómo eran sus interrogatorios.

- Déjese de ostias porque ya es demasiada casualidad de que la chica apareciese con el mismo *modus operandi* que hace veinticinco años y encima cuando se encontraba fuera del módulo.

Nádia abrió el portafolio y sacó varias fotografías de la escena del crimen que distribuyó en la mesa. Elías se asombró de la forma con la que intentaba domeñar al interno.

- ¿Mi *modus operandi*? – articuló reticente –. ¿Por qué lo dice, por los cuernos o por sus muñecas maniatadas? Creo que esta vez están muy perdidos.

- Lo que yo veo es que la ritualización es similar a los crímenes de Portugal. Ha dejado el cuerpo exactamente igual que el de Nuno Baptista y Martim Oliveira, salvo por la diferencia de edad y el sexo de la víctima. Por no hablar del cosido de su boca – Señaló una foto en la que se apreciaba el entramado de hilos que encarcelaban los labios de Montaña Bermejo –. Supongo que ha puesto en práctica los conocimientos del taller de costura al que asiste en prisión.

Medina le lanzó una mirada aviesa al tiempo que hinchaba las aletas de su nariz.

- Están perdiendo el tiempo – Se inclinó hacia la mesa –. Son todo conjeturas.

- Pues entonces, explíqueme por qué había un diente de André en la boca de la chica.

Medina compuso una mueca burlona sobre sus labios.

- Dudo mucho de que hubiese un diente – Hizo hincapié, como si en el fondo quisiera darles a entender que sabía del paradero del niño.

- El informe forense dice lo contrario, Bejarano. Las muestras coinciden con las que se recogieron en casa del menor por aquel

entonces. Aunque tengo una teoría.

- ¿Ah, sí...? – Parecía disfrutar con aquello –. Estoy deseando escucharla.

- Es tan sencilla como que después de los años que han pasado, se lo ha pensado mejor e intenta decirnos qué hizo con él – vació Belmonte.

- Y en eso consiste su trabajo, en averiguar qué le ocurrió. Pero llegan demasiado tarde. Faltan nueve días para que el juez autorice mi salida.

- ¿Cómo? – Creyó no entenderle bien.

- En fin, me ha gustado mucho su visita, pero tengo cosas que hacer – Se relamió de la situación –. ¡Guardia!

Acto seguido arrastró las patas de la silla y se levantó.

- Me da igual – Reaccionó la inspectora agarrándolo del brazo –. Tiene dos opciones, Medina. Puede colaborar y contarnos por qué mató a la chica para que el juez lo tenga en consideración y reduzca la pena que le imponga.

- ¿O si no...? – la desafió complacido.

- Volverá a vivir lo mismo de hace veinte años y su rostro saldrá en todos los medios. No se quitará a la prensa de encima cuando salga de prisión. Pero estoy convencida de que deseará volver porque solo aquí se sentirá seguro. Aunque, por lo que tengo entendido, tampoco es que se lleve muy bien con sus compañeros. Es lo que suele ocurrir con los pervertidos, y también con los asesinos de chicas adolescentes.

Una sombra cruzó el rostro del Bejarano.

- No tienen ninguna prueba – masculló. Luego tiró del brazo, dirigiéndose a la salida en amplias zancadas.

- Descuide. Tenga por seguro que acabaré encontrándolas.

***

Los dos agentes abandonaron las instalaciones del Centro Penitenciario. Falcón reparó en la estela de malestar que parecía arrastrar su compañera de camino al parking. Supuso que el nuevo giro retrasaría los avances de la investigación.

- ¿Se encuentra bien? – le lanzó con tacto.

- No se preocupe por mí – Le gratificó con una sonrisa –. Por cierto, ¿qué le ha pasado ahí dentro? Me ha dado la sensación de que se sentía bloqueado.

Elías destapó algunas escenas en su mente, el bosque adormecido, el aire enredándose a las ramas de los pinos…, mientras percibía cómo sus ojos azules volvían a clavarse en los suyos. El recuerdo le quemó la cicatriz de su nuca.

- ¿Falcón? – Notó que volvía a perderle.

- Lo siento. No sé qué me ha pasado – escupió como un resorte.

- Justo era yo la que iba a disculparse por excederme en mi

cometido y boicotear su interrogatorio. Aún tengo algo pendiente con Medina y no he podido evitarlo.

- ¿Tanto le marcó el caso? – Quiso indagar.

- Prometí a su familia que encontraría a André y ya ve que no cumplí mi promesa. Es algo que me atormenta desde entonces, se ha convertido en un asunto personal. Pero si puedo darle un consejo, no permita que la próxima vez vuelva a intimidarlo. Enfréntese a él, marque su territorio desde el principio.

- Lo tendré en cuenta, aunque creo que nuestra visita no ha servido de nada. Medina no va a colaborar a pocos días de su excarcelación.

Enseguida repararon en el subinspector da Sousa, el cual no dudó en partir hacia ellos.

- Acabo de hablar con el director de la prisión de Lisboa y me ha confirmado que Medina recibió la visita de una mujer dos años antes de ser trasladado a España.

- ¿De quién se trata? – le formuló Belmonte.

- De una escritora, Zetta Vaz. Parece ser que el Bejarano accedió a hablar con ella para que incluyese la entrevista en el libro que estaba escribiendo por aquel entonces. He visto en internet que lo publicó hace un año.

- La conozco – reveló la inspectora –. Leí su *true crime* y me dio la impresión de que Medina concedió las entrevistas para limpiar su imagen con patrañas sobre que se arrepentía de lo que había hecho en el pasado o que se había refugiado en Dios. Todo mentiras. Acabamos de estar con él y ese tío no ha cambiado en veinticinco años.

- Espere – solicitó Falcón –. ¿No tendrá por casualidad una imagen de la autora?

Filipe le mostró en su móvil la fotografía de una mujer con el cabello rizado y la sonrisa amplia, que exhibía un tatuaje en su garganta y mentón. Elías arrugó el ceño.

- Esa chica ha estado esta mañana en la rueda de prensa – Mostró sus pensamientos.

- ¿Está seguro? – le cuestionó da Sousa –. He leído que vive en Viseu.

- Es la misma. Me abordó a la salida para recriminarme que estábamos cometiendo un error, que Medina era el único responsable de la muerte de Montaña Bermejo.

- Entonces, deberíamos hablar con ella – intervino Belmonte –. Esa escritora conoce bien al Bejarano, incluso más de lo que posiblemente publicó.

- En su página web hay un número de contacto. Puedo telefonearla para citarla más tarde en comisaría.

Los portugueses miraron a Falcón en busca de una respuesta.

- De acuerdo. Avisaré al juez para solicitarle que paralice su salida.

Necesitamos recabar pruebas que lo inculpen del homicidio antes de que abandone la prisión.

Su móvil resonó en su anorak. El inspector echó un vistazo y comprobó que se trataba del número de comisaría. Se alejó unos metros para poder hablar tranquilo.

- Jefe, soy Castell. Hemos localizado al taxista que recogió a Mauro Medina en prisión y recuerda haberlo llevado a un locutorio de la calle Toro. El *Cyberattack* – nombró en un inglés paupérrimo –. Montaner y yo nos dirigimos al establecimiento para hablar con el dueño. Los de informática ya están de camino.

- Buen trabajo, Castell. Manténgame informado con lo que averigüen.

***

Mauro entró en el obrador de la panadería con el gesto impaciente. Ni siquiera saludó al recluso que se encontraba amasando pan cuando se dirigió al horno y se detuvo delante del saco de harina. Una de las esquinas del papel se asomaba por fuera. Medina se aseguró de que su compañero seguía a lo suyo y extrajo el periódico. Infinidad de partículas blancas se desprendieron de la plana a medida que el rostro de Montaña Bermejo, el mismo que el *Correo de Salamanca* había sacado de sus redes sociales, parecía observarlo. Sin pensárselo, repasó con las yemas el rastro de tinta que había dibujado en sus labios. Su mirada se encendió al notar el trazo de aquellos hilos tensados a propósito. Mauro tiró de la palanca y abrió el horno. El fuego crepitó al contacto del aire mientras depositaba el periódico. Solo al cerrar la compuerta, sintió que había hecho lo correcto.

Después se fijó en cómo el papel alimentaba las brasas, las pavesas revoloteando en un juego oscuro y perverso.

18

El subinspector Castell detuvo el coche delante del número 84 de la calle Toro. A su lado, Reyes Montaner advirtió por la ventanilla que el responsable de la Sección Informática Forense, Hassan Maalouf, estaba esperándoles por fuera del establecimiento junto a dos de sus técnicos. Ambos agentes se apearon a la vez. Castell echó un vistazo y se percató de que la calle más comercial de la ciudad era un hormiguero a esas horas del mediodía. Rápidamente dirigieron sus pasos hacia el locutorio, donde un letrero de gran tamaño anunciaba su nombre: *Cyberattack*.

- Buenas – Saludó a los informáticos –. ¿Lleváis mucho esperando?

La familiaridad con que los trató había derribado ciertos formalismos.

- Acabamos de llegar – le aseguró Hassan –. ¿Vamos entrando?

El equipo descendió un ramal de escalones hasta alcanzar una sala alargada con cinco cabinas de teléfonos, diversas máquinas expendedoras de comida y una hilera de mesas con unos cuantos ordenadores al fondo, separadas por mamparas. Un tipo greñudo salió por la puerta del baño tras tirar de la cisterna. Sus ojos se llenaron de sorpresa al tropezar con las miradas de aquellos individuos que lo observaban a escasa distancia. Se secó nervioso las manos en su pantalón.

- ¿Puedo ayudarles en algo? – preguntó con la voz titubeante.

Bruno Castell dio un paso al frente y tomó la iniciativa.

- Somos de la policía judicial – Lo situó. El hombre bosquejó en su rostro una mueca de incertidumbre –. Queríamos hacerle algunas preguntas acerca de un cliente que, por lo que sabemos, estuvo aquí el pasado miércoles a eso de las once de la mañana.

Castell sacó el móvil y le mostró una fotografía de Mauro Medina que habían recibido, junto con los informes penitenciarios, a la *Intranet* de comisaría. El tipo lo examinó a conciencia.

- ¿Recuerda haber visto a este hombre? – Prefirió ir directamente al grano.

- Por supuesto. A esas horas no suele haber muchos clientes, y menos de esas edades. Los chavales llegan a media tarde para jugar en los ordenadores.

Después se instaló un breve silencio.

- ¿Por qué lo pregunta? – Se interesó por el individuo que seguía mostrándole en la pantalla de su teléfono –. ¿No estará relacionado

con la chica del Puente Romano?

- Esa información no puedo dársela, pero nos sería de gran ayuda si recordase qué vino a hacer aquí – Volvió a guardarse el móvil.

- Estuvo en uno de los ordenadores, en el número cinco.

Hassan Maalouf salió disparado junto a sus técnicos. El propietario, en cambio, parecía no dar crédito a lo que estaba ocurriendo en su establecimiento.

- Traemos una orden de registro por si…

- No es necesaria – Se adelantó, todavía impactado.

- ¿Recuerda qué hizo en el ordenador, algo que nos ayude a entender por qué acudió a su *ciber*? – Castell cayó en la cuenta de que la cuestión sonaba de lo más extraña a falta de ofrecerle otra clase de información.

- No sabría decirle, el tío era muy reservado. Pagó un bono de media hora y estuvo en el ordenador unos veinte minutos. Intenté darle conversación cuando se acercó al mostrador para decirme que ya había acabado, pero, la verdad, parecía tener algo de prisa. Aunque ahora que lo dice… – Hizo una pausa forzada –. Me preguntó dónde estaba la parada de bus más cercana.

- ¿Le dijo qué línea tenía pensado coger o adónde iba?

El dueño del *Cyberattack* negó con la cabeza.

- Le indiqué que se acercara a la Gran Vía porque sé que allí paran casi todas las líneas.

- Una pregunta. ¿Tiene cámaras de vigilancia?

- Sí, fuera de la tienda.

- ¿Podría enviarnos a comisaría una copia de ese día?

- Claro, sin problema – atajó.

Después le regaló un esbozo de sonrisa fingida.

- Castell, ¿puede venir un momento? – los interrumpió el informático al fondo de la sala –. Hemos encontrado algo.

El subinspector partió diligente y se situó por detrás de la silla donde se encontraba Hassan. Sus ojos se fueron por inercia a la pantalla del ordenador, una cadena de números binarios recorriendo el espacio vacío.

- ¿Qué habéis localizado? – le formuló.

- Digamos que Mauro no se molestó en borrar el historial del ordenador – dijo al tiempo que paraba de analizar el sistema –. Sabemos por la hora que se metió en un chat.

- ¿Un chat? – Creyó no entenderlo.

- Sí, el *BadLine*. Es una sala que muy poca gente sabe que existe. La usan sobre todo terroristas, servicios secretos, hackers y traficantes.

- Pero ¿por qué entraría en un chat el mismo día que le concedieron su permiso penitenciario?

- Supongo que habría quedado con alguien para hablar.

Aquello le escoció sin duda.

- El contenido de la conversación desaparece al cerrar la sesión, pero Medina recibió un archivo de su interlocutor que ha quedado almacenado.
- ¿Qué tipo de archivo? – Le entró curiosidad.
- Una foto. La tengo aquí mismo.

El informático atrapó el ratón y cliqueó encima de un icono que había arrastrado hacia el escritorio. Segundos más tarde, los ojos de Bruno Castell se abrieron más de la cuenta.

19

Un dolor agudo y persistente se alojó en mitad de su frente cuando, al cabo de media hora, se internó en la calle de comisaría. Elías estacionó el vehículo y partió hacia la entrada sin perder de vista a los reporteros. Ninguno de ellos tuvo el valor de asaltarlo mientras se sumergía por dentro de aquellos largos corredores infestados de más agentes. Solo cuando alcanzó uno de los despachos vacíos y cerró la puerta, se sintió aliviado. Falcón cerró los ojos y volvió a cruzar los pasadizos de su memoria, de nuevo el bosque, la tierra fría y húmeda bajo su cuerpo… Después, recobró sus ojos azules enfrentados a los suyos. Percibió su aliento a corta distancia. No tenía escapatoria. Iba a devorarle. Quería gritar.

Un escozor relampagueó en la cicatriz de su nuca. Elías volvió en sí y sacó el móvil. Localizó al juez Castillo en la agenda de contactos. Una vez que pulsó el número, resopló.

- Inspector – respondió.

- Buenas tardes, señoría. Imagino que estará al corriente de mi visita en Topas. He estado interrogando a Mauro Medina y resulta que tuvo tres días de permiso cuando se cometió el crimen de Montaña Bermejo. El *modus operandi* es similar al de los niños portugueses por los que fue condenado.

- Espero que no tarde en obtener una confesión del reo. Tengo a la Subdelegación del Gobierno que muerde desde que la prensa se hizo eco de la noticia. Solo espero que no se filtre su vinculación con el caso Guimarães.

- Esa es la razón de mi llamada. Necesito que hable con el fiscal para que suspenda su salida. Hoy he sabido que su condena expira en nueve días.

- ¿Cómo dice? – Su voz se tornó áspera –. ¿Tiene alguna prueba que lo incrimine con el homicidio?

- Por ahora no. Pero habría que retenerlo aludiendo que es el principal sospechoso.

- ¿Sin evidencias? – Parecía no salir de su asombro – No puedo solicitar al fiscal que paralice la salida de ese hombre basándonos en unos indicios o coincidencias. Necesito algo sólido, una prueba irrefutable sobre mi mesa para hacer lo que me pide.

Un silencio aplastante se coló en la línea.

- ¿Algo más? – Dio por finalizada la conversación.

- No, señoría. Lo ha dejado bien claro – mostró su malhumor –. Otra cosa es que lleguemos a tiempo.

- Tengo entendido que está recibiendo ayuda por parte de la Brigada Portuguesa. Imagino que la cooperación de ambas unidades facilitará la resolución del caso en pocos días – Hizo hincapié –. Lo siento, pero no puedo hacer nada más por usted.

Y colgó la llamada.

Una vaharada de calor ascendió hacia su rostro a medida que volvía a guardarse el móvil. Las imágenes que atesoraba en su memoria volvieron a desfilar atropelladamente. Falcón intentó mantener la calma hasta que vació un *joder* de su boca, el puño golpeando repetidas veces la pared del despacho.

20

Zetta se bajó del Renault blanco y se encaminó insegura hacia el edificio de comisaría.

La aprensión que se alojó en su estómago la acompañó desde entonces, cuando recibió la llamada de aquel agente con acento portugués que la invitó a pasarse por dependencias policiales con la excusa de hablar con ella sobre un asunto de extremada urgencia. El hombre ni siquiera le aclaró de qué se trataba. Tan solo se comunicó con Ernesto Llamas para hacérselo saber y se dirigió a la calle Jardines con la convicción de que estaba siendo víctima de una encerrona. Horas más tarde, y con un ardoroso reflujo escalando por su esófago, Zetta cruzó la entrada. El hombre con el que conversó por el móvil la abordó en el mismo vestíbulo.

- Hola, soy el subinspector Filipe da Sousa – dijo con una sonrisa afable.

Zetta no pudo reprimir fijarse en su vigorosa estructura corporal.

- Todavía sigo sin entender qué diablos hago aquí – Soltó como un resorte.

- Si es tan amable de acompañarme… – Esquivó su irritable confusión.

Ambos enfilaron uno de los pasillos mientras la escritora oteaba las distintas salas que iban traspasando en su avance, la mayoría de las mesas ocupadas por otros agentes. Al momento se detuvieron delante de una puerta, donde leyó el rótulo fijado sobre la pared: *Sala de Reuniones*. Un sudor frío se escurrió por su espalda en cuanto el policía abrió la puerta sin avisar.

Zetta atravesó reticente la sala. Apenas tardó unos segundos en reconocer a Elías Falcón; el flequillo revuelto hacia arriba, la barba de tres días y unos labios apetecibles. A su lado, aquella mujer de talle espigado parecía no quitarle ojo. Zetta se sintió intimidada.

- Puede sentarse – La invitó el inspector señalando una de las butacas.

Zetta accedió sin apartar la vista de la suya. A Elías, en cambio, había algo en ella que le suscitaba cierta curiosidad.

- Soy el inspector Falcón y ellos son la inspectora Belmonte y el subinspector da Sousa, ambos de la Brigada de Investigación de Guarda – Hizo las presentaciones desde el otro extremo de la mesa.

- Creo que ha habido un malentendido. Sé que me han citado en comisaría por lo que insinué al acabar la rueda de prensa.

- Se equivoca – La frenó –. Aunque quisiera saber por qué acudió en representación del *Correo de Salamanca*. Leí el nombre del medio en la acreditación que llevaba, pero, por lo que tengo entendido, usted reside en Viseu. ¿No…?

Zetta dudaba de cómo salir del embrollo.

- Es cierto – se retractó con una sonrisa –. Suelo viajar allí donde se ha cometido un homicidio y pueda interesarme a nivel profesional. Soy escritora. La acreditación me la cedió un viejo amigo – se arrepintió al momento de lo último.

Tampoco estaba entre sus planes desenmascarar al periodista.

- Sin embargo, ese no es el motivo por el que hemos decidido avisarla – continuó el inspector –. Ha llegado a nuestros oídos que hace un par de años se entrevistó con Mauro Medina en la prisión de Lisboa para la elaboración de su libro. Sabemos que se vieron con bastante frecuencia en la sala de visitas.

- Así es – Falcón percibió la tensión sobre sus hombros –, pero sigo sin entender por qué me han hecho venir.

- Me figuro que sospechará que detrás de la muerte de la chica del Puente Romano se encuentra el sello personal del Bejarano. Las evidencias que ha dejado en el cuerpo son más que evidentes.

El inspector deslizó la carpeta que había en la mesa, hasta que detuvo su avance delante de sus manos. La escritora retiró las gomas con precaución y afianzó su mirada en la hoja mecanografiada que encontró en su interior.

- ¿Qué es esto? – formuló a los tres agentes que la contemplaban callados.

- Un acuerdo de confidencialidad – Despejó Elías sus dudas –. Si continúa interesada en conocer el resto de la historia, antes debe comprometerse a no revelar ni publicar nada acerca de lo que se trate en este despacho.

Una sombra de inquietud cruzó el rostro de Zetta. Por un lado necesitaba averiguar qué sucedió, descubrir qué fue del paradero de André Guimarães tras investigar el caso por su cuenta sin hallar una pista fiable. Pero por otro, no estaba convencida de lo que el inspector le estaba proponiendo con el semblante serio.

Finalmente cogió la estilográfica y lo rubricó.

- Perfecto – verbalizó Falcón mientras recogía el documento.

- Y ahora, ¿me van a decir de qué va todo esto?

- Medina tuvo tres días de permiso cuando se cometió el crimen de Montaña Bermejo. Esta mañana hemos hablado con él, pero en todo momento se ha mostrado evasivo.

- El mismo comportamiento que mostró ante el juez cuando se le

juzgó en Portugal hace veinticinco años – Rememoró la inspectora Belmonte.

- El caso es que necesitamos una prueba, una evidencia que nos ayude a inculparle antes de que expire su condena en nueve días. La prensa aún lo desconoce, pero se ha localizado un diente de André Guimarães en la escena del crimen.

Sus palabras provocaron que Zetta viajase a la prisión de Lisboa. Todavía podía sentir la mirada punzante del Bejarano tras el cristal de seguridad que los separaba. La confianza que depositó en ella se tornó con las semanas en un angosto callejón del que no podía salir, las descripciones que aportaba sobre cómo asesinó a los niños en el bosque cada vez más angustiantes.

- Siempre tuve claro que él estaba detrás de su desaparición – Volvió en sí –, pero si el motivo de su llamada era para averiguar si me confesó algo durante mis visitas a la cárcel, ya les digo que se equivocan. Medina es un tío astuto, nunca va a confesar que tuvo algo que ver.

- Pero a usted le permitió que fuera a visitarlo – la persuadió Belmonte –. Es la única que sabe cómo piensa, cómo actúa ahora, cuáles son sus puntos débiles.

- Medina muestra hasta donde él está dispuesto a ofrecer. Calcula al detalle cada paso, no le tomen por un tipo desprovisto de recursos.

- Entonces, ¿cómo se las ingenió para que colaborase en su libro?

- Si lo ha leído sabrá de que su único objetivo era lavar su imagen, por eso accedió a entrevistarse. Medina estaba dispuesto a confesarme que ya no era la misma persona porque en el fondo le interesa saber lo que se opina de él fuera. No deja de ser un manipulador y un narcisista.

Ninguno de los allí presentes tuvo el amago de contradecirla.

- Zetta – retomó Falcón la palabra –, nuestra prioridad es recabar pistas para acusarlo del asesinato de la joven.

- Sigo sin entender adónde quieren llegar.

- Hace tres días, cuando abandonó la prisión, un taxista lo trasladó hasta un *ciber* del centro de la ciudad. Es decir, acudió a un locutorio para comunicarse con alguien. Y si reconstruimos sus pasos, quizá podamos deducir qué le llevó a asesinar a Montaña Bermejo.

- ¿Y qué pinto yo en todo esto?

- Averiguar qué pudo hacer. Analizar de nuevo sus intervenciones, si tenía algún plan cuando saliera de prisión. Algo que nos ayude a enfocar el caso con el fin de saber a dónde pudo ir o con quién.

- Ahora mismo tenemos la oportunidad de condenarlo por el homicidio de la chica y de reabrir la investigación de André Guimarães – añadió Belmonte.

- Pero, lo más importante, es si estaría dispuesta a cooperar – le

propuso Falcón.

Zetta se tomó unos segundos antes de responder, las miradas del resto puestas en ella.

- Por supuesto – resolvió –. Soy la primera interesada en conocer la verdad, pero dudo de que consigan obtener una confesión después de veinte años de silencio. Imagino que no dará un paso en falso a pocos días de ser libre, y mucho menos admitir qué fue de André Guimarães.

Bruno Castell irrumpió en el despacho en ese instante.

- Lo siento, no sabía que estaba reunido. Los de informática han encontrado algo en uno de los ordenadores del locutorio – Prefirió no hablar más de la cuenta.

- De acuerdo, ahora mismo voy.

Después extrajo de su abrigo una tarjeta personal que le entregó a Zetta.

- Si por algún casual recuerda algo, póngase en contacto conmigo.

- Eso haré – le aseveró –. ¿Puedo marcharme ya?

Elías asintió de buen grado.

La escritora se levantó, partiendo de la sala bajo un pronunciado batir de caderas que impregnó el aire de una estela enigmática y sugestiva.

21

Durante el breve intervalo de tiempo que transcurrió desde que Zetta abandonó las dependencias policiales hasta que el despacho volvió a despertar de su aura hipnótica, Elías Falcón apenas pudo resistirse a rememorarla de camino a la sala de ordenadores. Había algo en ella, en su manera de gesticular, en su aspecto combativo y provocador que le llamaba poderosamente la atención. Tal vez por ello decidió verbalizar sus pensamientos a los dos agentes que flanqueaban su paso a cada lado.

- ¿Creen que esa escritora es de fiar? – los interpeló.

Filipe da Sousa y Nádia Belmonte cruzaron sus miradas.

- Me refiero a que si no se irá de la lengua al estar relacionada la muerte de la chica con la desaparición de André Guimarães.

- ¿Y perder la oportunidad de estar informada de los avances del caso? – aportó el subinspector –. Supongo que cuando todo esto acabe querrá la exclusividad para, me figuro, escribir un nuevo libro.

Al momento, franquearon la sala de ordenadores y se encaminaron hacia el pequeño grupúsculo de agentes que se había formado en torno a una de las mesas. Elías reconoció de inmediato al inspector Robledo y también a Mulas, ambos fortificando con sus cuerpos el ordenador de mesa mientras examinaban con curiosidad la pantalla.

- ¿Alguien puede explicarme qué está pasando?

Los policías se retiraron gradualmente hacia un lado al escuchar su voz.

- Jefe – pronunció Castell –, hemos descubierto que Mauro Medina utilizó uno de los ordenadores. Hassan ha comprobado que se conectó a la sala de un chat, el *BadLine*.

- Lo conozco – alegó –. Suelen utilizarlo terroristas y traficantes por su difícil rastreo.

- Eso es – recordó las palabras del informático –. El caso es que una vez que se cierra la sesión, la conversación es irrecuperable. Aunque Medina recibió una fotografía que descargó minutos antes de marcharse.

- ¿Qué fotografía?

- La tiene justo delante – le indicó Robledo.

Falcón dirigió la mirada hacia el ordenador. Una niebla parecía exudar de la balsa de agua que exhibía la imagen en el centro de la pantalla. El inspector escrutó aquel extraño ser de extremidades infinitas y cuerpo de bronce, que intentaba sobresalir de la cortina neblinosa junto a su compañera, una suerte de *lamia* de

pechos turgentes que navegaba en la dirección opuesta.

- ¿Qué diablos es eso? – Se dirigió a los agentes con el ceño fruncido.

- *El Baño de Ataecina*, una escultura situada en Arenas de San Pedro, en Ávila – le ofreció Castell a modo de respuesta – Parece ser que en un principio estuvo ubicada en la plaza del pueblo, pero un partido político presentó una moción al alegar que representaba a una pareja desnuda realizando el acto sexual.

- Hay que joderse – Escupió Robledo con vehemencia.

Falcón lo miró de hito en hito, recriminándole su actitud.

- El caso es que el consistorio la retiró del pueblo y fue trasladada hasta ese pantano, donde se encuentra actualmente.

- ¿Y por qué la persona con la que chateó Medina le enviaría esa foto? – se preguntó.

- He estado investigando y la escultura representa a dos divinidades vetonas – prosiguió Castell –. Ataecina, pero también a Vaélico: un dios de la Edad de Hierro adorado por el antiguo pueblo de los vetones al oeste de la península ibérica, entre las provincias de Salamanca, Ávila, Cáceres y la propia Raya con Portugal.

- ¿Portugal? – Le chirrió aquel dato.

- Por lo que he leído, Vaélico simboliza el inframundo y el más allá, pero también es protector de la naturaleza, los bosques y las montañas. En muchas ocasiones se le ha identificado con Endovélico, dios principal de los lusitanos.

El inspector giró el cuello y buscó con la mirada a Nádia Belmonte.

- No tenía ni idea – Se excusó la mujer negando con la cabeza.

- Jefe, hay una cosa más. Buscando algunas imágenes en internet, he visto que se le personificaba con rasgos lobunos, aunque también de esta manera.

Castell le cedió el móvil y le permitió observar aquella extraña criatura de mandíbula prominente y ojos endiablados, que portaba sobre su testa una cornamenta de varias puntas. Su mente le retrotrajo al cuerpo desnudo de Montaña Bermejo.

- Puede que exista una relación entre el pequeño cráneo de gamo que encontramos en la escena del crimen y Vaélico – arrojó el agente después –. Es decir, que se trate de una ofrenda.

- Por ahora no descarto ninguna posibilidad. Buen trabajo, Castell. Siga tirando por ahí y averigüe quién más puede saber del tema de los vetones. Debemos agotar todas las líneas de investigación que se nos planteen.

- ¿Y sobre el ciber? El dueño nos confirmó que Medina estaba buscando una parada de bus cercana. Lo mandó a la Gran Vía.

- Mulas y Robledo se encargarán de revisar las cámaras de

seguridad de la zona para saber qué hizo el Bejarano tras abandonar el locutorio. Si se citó con alguien en un chat, es porque previamente tuvo que concertar la cita. Llamen a Topas y pregunten a Casares si pudo haberse puesto en contacto con el exterior. Ahora debo marcharme, pero infórmenme de cualquier novedad. Tendré el teléfono operativo.

Falcón retomó sus pasos hacia la salida. Justo cuando se disponía a cruzar la puerta, la portuguesa apresó su hombro.

- Estoy sorprendida – expresó.

El inspector no entendía nada.

- Hace veinticinco años no encontramos nada que relacionase las muertes de los niños con una ofrenda, y ahora todo parece cuadrar. Estamos a un paso de atraparlo.

22

La noche se precipitaba fría y silenciosa a las afueras de la ciudad.

Zetta enfiló el último tramo de la avenida y se internó con su Renault en el puente de la Universidad. Las farolas que jalonaban ambos lados de la pasarela pespunteaban la ribera del río de una claridad fantasmagórica. El GPS volvió a activarse en su móvil y le indicó que siguiera recto. Enseguida distinguió la hilera de chalets unifamiliares que el periodista capturó vía satélite y le envió por WhatsApp para que no se perdiera durante el trayecto. Minutos más tarde, se adentró en el Paseo Florencio Marcos y estacionó el coche delante del número 14. Nada más bajarse, vio que la luz del porche acababa de encenderse. Zetta empujó la cancela y recorrió un estrecho camino de cemento. Antes de pulsar el timbre, la silueta sombreada de Ernesto Llamas se formó al otro lado de la puerta. Después encendió la luz del hall, dejando entrever su semblante de satisfacción.

- ¿Es cierto? ¿El inspector se ha puesto en contacto contigo? – la cuestionó solícito.

- Localizaron mi número de teléfono en mi página web – abrevió, como si aquello no le hubiese hecho la menor gracia –. Tenías razón, la policía española está colaborando con la portuguesa. Han hallado un diente de André Guimarães en la escena del crimen. Las sospechas que tenías sobre que Medina estaba detrás del homicidio son ciertas. Tuvo un permiso de tres días cuando Montaña Bermejo fue asesinada.

El periodista prefirió no revelarle que su fuente ya le había informado por la mañana.

- Pasa, no quiero que nadie te vea aquí – dijo, asegurándose después de que no había ningún vecino merodeando por la calle.

Zetta cruzó la entrada y se refugió por dentro del hall al tiempo que el periodista candaba la puerta. Un ligero aroma a tabaco flotaba en el ambiente. Luego enfiló el pasillo según iba prendiendo las luces del techo y franqueó una puerta abierta. Al momento, se recluyeron en el salón. Llamas se adelantó para adecentar la estancia e invitó a la escritora a que tomara asiento.

- ¿Te apetece beber algo? – Le ofreció.

Zetta negó con la cabeza. En el fondo, no se sentía cómoda quedándose a solas con él. No lo conocía lo suficiente pese a que fue ella quien lo avisó para verse.

- Por cierto, aún no me has comentado de qué quería hablar contigo ese inspector.

- Resulta que la condena del Bejarano expira en nueve días.

- ¿Ya…? – Se sorprendió.

Luego se sentó a su lado, dejando caer el brazo por encima del respaldo del sillón. Notó que sus ojos se relamían gozosos a un palmo de distancia.

- Eso parece. La policía está intentando recabar pruebas antes de su salida. Quieren que colabore en el caso al ser la única que se entrevistó con él en prisión. Me han hecho firmar un contrato de confidencialidad.

- ¡Pero eso es estupendo! – exclamó –. Ahora te encuentras en primera línea de playa.

- No estoy del todo convencida. Creen que pudo haberme confesado qué planes tenía para cuando saliese de prisión y les ayude a involucrarlo con la muerte de Montaña Bermejo.

- Quizá yo sepa la respuesta… – dejó caer –. Hace un rato he hablado con una de sus amigas y parece ser que acudió a una *rave* clandestina que se celebra de vez en cuando en el antiguo *MercaSalamanca*; un polígono industrial que se encuentra pasando la estación de tren.

- Sigo sin pillar adónde quieres llegar.

- ¿No te das cuenta? Cuadraría con la salida del Bejarano y ambos pudieron coincidir allí. Ese sitio pasa inadvertido y acude todo tipo de gente: pijos, camellos, yonkis…

La descripción que le ofreció le recordó al bar en ruinas *Szimpla Kert* de Budapest, en el que estuvo con Vasco (el miserable y abominable Vasco, atribuyó) años atrás.

- Los tipos que llevan la *rave* tienen sobornados a los dos guardias de seguridad que vigilan el recinto – prosiguió.

- ¿Y a qué estás esperando? Tienes que averiguar si alguien que asistió a la fiesta vio a Mauro hablando con la chica.

- Por supuesto, aunque había pensado en ti para hacer el trabajo.

Su propuesta le resultó de lo más arbitraria.

- No lo entiendo. Tienes en tus manos la primicia que llevas tiempo buscando. ¿Dónde está el problema?

- No quiero levantar sospechas al trabajar en un medio local. Supongo que recuerdas lo que te conté cuando nos conocimos en la presentación de tu libro.

Zetta no estaba segura de a qué se refería. Negó con la cabeza.

- Hace años, cuando el caso Guimarães traspasó fronteras, escribí un artículo que acabó publicándose en un diario nacional. Por aquel entonces, era un respetadísimo periodista que conducía un programa de noticias y debates en un canal de televisión de Salamanca – Se ahorró el nombre de dicho canal –. El caso es que hice mis propias averiguaciones e insinué que la clase política portuguesa parecía no tener intención de gastar más recursos en la desaparición de ese niño,

pretendiendo así ocultar pruebas que no saliesen a la luz. Esa declaración provocó una avalancha de críticas y el canal decidió rescindir mi contrato. Por eso no me la quiero volver a jugar de nuevo, aún hay gente que me recuerda del programa.

- Comprendo – alegó.

- No puedo dar un paso en falso si lo que pretendo es escribir otro artículo sobre el caso Guimarães para recuperar…, digamos que mi credibilidad como periodista. Yo saldría ganando, y por supuesto, tú también.

La escritora le miró a los ojos mientras se tomaba unos segundos para meditar la cuestión.

- Entonces, ¿cuál es el plan? – le inquirió.

- Necesito que te infiltres en la *rave* y que averigües si Montaña Bermejo conoció allí a nuestro hombre. He sabido que esta noche se organiza otra.

- ¿Ese es el plan? – Dudó.

- Más bien si estarías dispuesta a bajar a los infiernos. ¿Qué me dices? ¿Te atreverías?

23

Una hora más tarde, Falcón atravesó en su coche una madeja de calles en cuesta. Un silencio sepulcral barría cada rincón de Candelario, generando la luz de las farolas un aura fantasmagórica que aclaraba parte de la calzada. El rumor del agua bajaba con brío por las *regaderas*; largos canales excavados al suelo de piedra, donde contempló algunas de las *batipuertas* que se asomaban desde la entrada en distintas alturas y tonalidades. Elías frenó el coche delante de la casa de su tía y vio que la luz del salón estaba encendida. Enseguida se apeó y observó el cartel de la fachada: *Hotel Rural La Chacinera*. Después sacó las llaves del bolsillo de su anorak y abrió el portón de madera.

Una horquilla de claridad se abría a través de la puerta entornada del salón.

- ¡Tía? – alzó la voz.

Sus pasos resonaron en el silencio de la vivienda, hasta que su figura quedó velada por la penumbra del recibidor. Vestía una bata de coralina beis y unas pantuflas de talón abierto. Su expresión, en cambio, arrojaba un sobresalto difícil de disimular.

- Virgen Santísima, ¿tú sabes el susto que me has dado? – rezongó mientras prendía la lamparita del aparador –. Casi se me sale el corazón por la boca. ¿Se puede saber qué haces en el pueblo a estas horas?

- He estado con él en Topas – descerrajó sin previo aviso.

Lupe arrugó los labios en un intento por refrenar el impulso de sus pensamientos.

- Lo sabía – De nada le sirvió –. Estaba convencida de que acabaría pasando desde que me dijiste que te habían adjudicado ese caso. Pero dime, ¿cómo estás?

- Mal – resopló –. Tenía que haberme visto, estaba completamente bloqueado. Me miró a los ojos y sentí que no había pasado el tiempo. Era como si reviviese todo de nuevo.

- Pero ¿crees que te ha reconocido?

- No, no lo creo. Aunque me he dado cuenta de que no lo he superado aún.

Un silencio pertinaz se instaló entre ellos.

- Me da igual – Decidió salir al paso –. Tú no hiciste nada. ¿Me oyes? Fuiste una víctima más de ese malnacido. Tienes que olvidar lo que ocurrió con Helena en el bosque, Corito. Han pasado más de veinte años.

- Lo sé, tía, pero verlo me ha removido muchas cosas. Y sé lo que va a decirme, que soy un afortunado porque no ocurrió nada y estoy aquí para contarlo.

- Y es cierto. Pero escúchame. La vida te está dando la oportunidad de hacer lo que no pudiste cuando eras un niño. Por eso decidiste hacerte policía, ¿recuerdas? Para que otros no pasasen por lo mismo que tú. Para que nadie más sufriera como le tocó a Helena, que, a fin de cuentas y con mayor motivo, no deja de ser su padre, aunque haya perdido el contacto con él desde entonces.

Falcón se mantuvo pensativo mientras notaba que aquella señal en forma de *V* renunciaba a cicatrizar bajo su nuca. La picazón se volvió insoportable.

- Tiene razón – dijo finalmente –. Y siento haberla asustado, pero necesitaba hablar con alguien. ¿Le importa si me quedo a dormir esta noche?

- Eso ni se pregunta. Esta sigue siendo tu casa, aunque a veces reniegues del pueblo por lo que pasó.

Una lágrima rodó por su mejilla hasta la comisura de sus labios.

- Ni se te ocurra, Corito. No quiero que llores más, que ya hemos tenido nuestra dosis de sufrimiento para lo que nos resta de vida.

Entonces se acercó a él y se fusionaron en un cálido abrazo a medida que la puerta de *La Casa Chacinera* se cerraba bajo el tibio resplandor de un pueblo adormecido.

***

A esa misma hora, una mujer se contoneaba por una calle solitaria a las afueras de la ciudad. La joven, que llevaba un vestido ajustado y unos tacones de vértigo, robó la atención de los dos guardias de seguridad apostados en la entrada del *MercaSalamanca*. Ambos no pudieron resistirse a darse un codazo mientras la chica ondeaba su larga melena oscura. Antes de que pudiera preguntar si era allí donde se celebraba la *rave*, ninguno tuvo reparos en dejarla pasar. Zetta lo achacó a la explosiva indumentaria que había trazado a conciencia y que en tantas ocasiones le había reportado más de un rendimiento favorable.

Enseguida se adentró en aquel lugar solitario, el sonido de la música *techno* atronando por detrás de las primeras naves industriales. El fulgor evanescente que se dibujaba en el cielo guio sus pasos. Zetta se internó en un callejón infestado de basura y viejos bidones de gasolina, hasta que se percató de que no estaba sola. Un grupo de tíos comenzó a piropearla. Entonces, supo que no podía dar marcha atrás.

- ¿Adónde vas tan sola? – soltó uno –. Si quieres podemos ayudarte.

Zetta hizo acopio de una seguridad ficticia y se mimetizó con

su personaje en cuanto se paró delante de ellos. Un sudor frío comenzó a adueñarse de las palmas de sus manos.

- ¿No tenéis otra cosa mejor que hacer? – respondió evasiva.
- ¿Nos das alguna idea? Porque yo tengo unas cuantas.

Los demás le rieron la gracia.

- Claro, a ver qué os parece ésta – los desafió con descaro –. El que sepa decirme dónde puedo encontrar al Bejarano le dejo que me coma la *buceta*.

Todos enmudecieron al unísono.

- ¡Por quién has dicho que preguntas? – dijo otro con un porro entre sus labios.
- Por el Bejarano, tronco. ¿No sabes quién es?
- Ni puta idea.
- Joder… – Intentó parecer malhumorada –. ¿Sabéis a quién puedo preguntar?
- Habla con el Richi, es el que organiza las *raves*. Estará en el despacho con alguno de sus camellos.

Zetta se alejó tras un acentuado golpe de caderas mientras el grupo insistía a voces en que no se fuera. Solo al doblar la esquina del callejón y adentrarse en una nueva explanada, se sintió a salvo. Las luces de la *rave* desempañaban las siluetas de las naves contra la noche oscura. Zetta llegó al final de la calle y dobló a su derecha. Descubrió que la música retumbaba por fuera de una de las puertas abiertas de una fábrica.

Rápidamente aceleró el paso y entró en el recinto. Una marea de chavales la engulló entre movimientos arrítmicos y miradas anestesiadas de estupefacientes. La sensación de ahogo la forzó a atravesar la pista mientras echaba un vistazo a su alrededor. Mucha más gente bailaba enfebrecida por detrás de las barras portátiles. Al fondo, el *dj* parecía aspirar una raya de cocaína desde su equipo de mandos. Aquella suerte de *Sodoma* parecía navegar en otra realidad paralela cuando, de pronto, reparó en los dos hombres trajeados que hablaban por un pinganillo a un lateral de la pista. Ambos desentonaban en la *rave* por la sobriedad de su indumentaria y supuso que trabajarían para el famoso Richi. Se acercó a ellos con intención de averiguarlo.

- Hola – Intentó elevar la voz por encima de los decibelios. Luego les brindó con una de sus mejores sonrisas.

Los dos tíos la examinaron de arriba abajo.

- Estoy buscando a Richi, no sé si andará en su despacho.
- ¿Quién lo pregunta? – la cuestionó uno de ellos con la voz ronca.
- Catarina – Se acordó de su agente de la condicional –. Soy amiga del Bejarano. Habíamos quedado esta noche para tratar un asunto.

Notó que ambos se confabularon con un gesto de connivencia.

- El despacho está al fondo, pasando la cortina roja – La señaló a propósito.

La escritora se largó sin despedirse y volvió a cruzar la pista de baile. No tardó en reconocer la cortina al otro lado de la muchedumbre. Zetta aceleró el paso y traspasó el espeso cortinaje, donde enseguida se topó con un largo pasillo con varias salas dispuestas a los márgenes. El eco de la música la envolvió en su avance. Tan solo los paneles del techo parecían iluminar su camino mientras parpadeaban por dentro de aquel submundo inhóspito. Se dejó llevar por su instinto y gritó su nombre. *¡Richi?* Nadie contestó en su infierno imaginado. Zetta atravesó la primera sala y reparó en su propia imagen, reflejada en la multitud de espejos que forraban sus paredes. Entonces, alguien se abalanzó por detrás, taponando su boca con un pañuelo. Zetta aspiró la oleosa fragancia sin prestar atención a la sombra que se manifestó de pronto sobre los espejos. Únicamente se dejó vencer a la vez que se desplomaba en el suelo con la vista nublada. La sensación de ingravidez se apoderó de sus músculos. Nadie más parecía habitar en su cabeza; pues, segundos antes de perder el conocimiento, distinguió una boca atiborrada de dientes. Unas fauces hambrunas que la condujeron por multitud de pasadizos, hasta que se convenció de que aquella criatura adolecía de rostro.

Después, su risa la acompañó en la oscuridad.

DÍA 3

24

En el sueño, la luz le concede al bosque una textura vaporosa. Rayos de polvo en suspensión que se cuelan por dentro de un estrecho camino cuando, de pronto, alguien pronuncia su nombre. Falcón se aventura en la bicicleta a buscar el rastro de su voz mientras pedalea fatigado. Su respiración se vuelve irregular. No sabe qué dirección tomar. De nuevo, aquel grito desesperado que rasga el silencio del atardecer. «¡Ayuda!». Elías reconoce la voz de Helena. Quiere salvarla de las garras del monstruo, necesita encontrarla antes de que sea demasiado tarde. «¡Helena! ¿Dónde estás?», desgarra sus cuerdas vocales. «¡Estoy aquí, Elías! ¡Aquí! ¡Aquí!». El eco procede de todas partes. Continúa adentrándose en el bosque mientras el sudor corretea por su espalda. «¡Ya viene a por mí!», la escucha. Está completamente desorientado. Sin embargo, no puede abandonarla a su suerte. Esta vez tiene que salvarla; tiene que ampararla y protegerla como no pudo hacer hace veinticinco años. Aquella sensación le lleva a frenar en seco cuando su rastro se evapora con las primeras ráfagas de aire. «¡Helena, dónde estás?», brama. «¡Helena! ¡Helena!». Hasta que la oscuridad de la noche se cierne sobre él...

… y el sonido del móvil lo arrancó sobresaltado del sueño. Elías cogió el teléfono de la mesilla y ojeó la pantalla. Ni siquiera reconoció el número cuando descolgó al instante.

- ¿Diga? – Deslizó con la lengua de trapo.

- Buenos días. Le llamo del Hospital Clínico. ¿Es usted familiar o amigo de Zetta Vaz?

- Bueno, sí, digamos que la conozco – Dudó de su respuesta –. ¿Por…?

- Esta madrugada unos vecinos se la han encontrado inconsciente en un descampado. La paciente se encuentra estable, pero sería conveniente que alguien de su entorno se pasara a recogerla. Los técnicos de emergencias encontraron en su bolso una tarjeta con su nombre.

Falcón recordó habérsela dado la tarde anterior cuando acudió a comisaría.

- Por supuesto, me hago cargo. Gracias por avisar.

Después colgó la llamada y salió disparado de la habitación.

***

Cuarenta minutos más tarde, el inspector contempló a lo lejos

la silueta recortada de la catedral. Apenas había probado bocado desde que abandonó la casa de su tía Lupe tras recibir la llamada del hospital. Tan solo un café con leche que apuró de camino a la cocina y que ahora regurgitaba en su estómago mientras era incapaz de quitarse la imagen de Zetta de su cabeza. La duda sobre si la joven escritora habría tenido un percance tras su visita a comisaría le barrenaba los sesos. Necesitaba respuestas, y por ello no dudó en acelerar el último tramo antes de incorporarse a la glorieta de Vettones y Vacceos.

Aquel nombre lo empujó a repasar mentalmente los últimos avances del caso. Vaélico, dios del antiguo pueblo de los vetones. Un pequeño cráneo de gamo entre los dedos de la chica. Mismo ritual que orquestó Medina en Portugal veinticinco años atrás. Exvoto similar veinticinco años después. Su salida de prisión durante tres días y el cadáver de Montaña Bermejo en el Puente Romano. ¿De qué iba todo aquello?, se planteó.

La llamada que entró por el manos libres disipó sus enrevesados pensamientos.

- Buenos días, inspector. Soy Linares – abrevió la subcomisaria –. ¿Dónde está?

- Me pilla saliendo de la ducha – mintió.

Tampoco estaba dispuesto a confesarle que había pasado la noche en Candelario tras entrevistarse con el Bejarano, y mucho menos sobre la llamada que había recibido del hospital acerca de Zetta. Necesitaba hablar con ella antes de pasarse por comisaría.

- ¿Por casualidad ha entrado en el diario digital del *Correo de Salamanca*?

Aquella cuestión le dejó sin habla.

- Ya veo que no. Le leo el titular: «*"Mauro Medina tuvo un permiso penitenciario cuando se produjo el brutal crimen de Montaña Bermejo el pasado viernes"*».

Un silencio abrasivo se coló en la línea.

- ¡Mierda! – escupió el inspector segundo después –. ¿Cómo cojones se ha filtrado?

- No lo sé, pero varios medios nacionales se están nutriendo de la información. Información que, por cierto, firma Ernesto Llamas.

- ¿Quién? – Ni siquiera le sonaba el nombre.

- Hace años ese hombre escribió un artículo donde implicaba a varios políticos portugueses con la desaparición de André Guimarães – le resumió –. Me lo acaba de confirmar la inspectora Belmonte. Ese imbécil no va a parar hasta resarcir su maldito orgullo herido con el mismo caso que le arruinó su carrera.

- ¿Cómo ha podido enterarse? Somos un grupo reducido; pocos agentes de la Brigada sabemos de la implicación de Medina y del

permiso penitenciario que se le concedió.

- Eso me gustaría saber, pero como se acabe filtrando a la prensa que ha aparecido un diente de André Guimarães en la escena del crimen estamos perdidos. Le recuerdo que un niño desaparecido vende mucho más que un muerto – elevó la voz alterada –. Me niego a que la ciudad se llene de reporteros y se convierta en un circo mediático.

- Haré todo lo que esté en mis manos – vació sumamente estresado.

- Veo que no me ha entendido. Tiene que volver a prisión y atornillarlo. Solo así podremos adelantarnos a la prensa, acallar rumores y cerrar el caso de una maldita vez. ¿Estamos?

Las imágenes que conservaba de su paso por la sala de aislamiento le ocasionaron una irrefrenable picazón en la *V* tejida a la altura de sus cervicales.

- ¿Estamos…? – insistió de nuevo.

- Por supuesto.

Pero solo cuando se cercioró de que la subcomisaria había colgado la llamada, Elías no pudo por menos que golpear el volante repetidas veces en un arranque de furia.

25

El Hospital Clínico de Salamanca era un gigantesco complejo asistencial que llevaba en funcionamiento pocos meses. Elías tardó varios minutos en recorrer sus interminables pasillos cuando alcanzó finalmente la habitación donde se hallaba la paciente. Luego tocó con los nudillos un par de veces y se asomó precavido.

Una pelusa de luz se deslizaba por algunas de las baldosas del suelo a través de la ventana. Elías compuso una sonrisa y echó un vistazo a la estancia; el baño privado a un lateral, dos armarios metálicos al fondo y una cortina azul que le impedía ver el rostro de la escritora. El inspector atendió al movimiento de sus piernas por debajo de la tela y se aproximó. Su sonrisa se desdibujó de golpe al observar a aquella otra mujer que en nada se le parecía pese a conservar sus mismos rasgos.

- Hola – vertió Zetta al hombre que continuaba mirándola impresionado –. Me dijo la enfermera que vendría.

Falcón era incapaz de apartar la vista de su cabeza, sin rastro de aquel cabello profuso y escarolado que había apreciado el día anterior.

- Padezco alopecia areata – le aclaró, como tantas veces había tenido que hacer en los últimos años. Su deseo de ocultar la calvicie con distintas pelucas estaba más que justificado –. Es una enfermedad autoinmune provocada por el estrés, que causa la pérdida del pelo en la cabeza y en otras zonas del cuerpo.

- Lo siento – Apenas le salían las palabras.

- Tuve que perder la peluca cuando esos capullos me abandonaron en el descampado. Dice el médico que no se explica cómo he resistido las bajas temperaturas de anoche.

- Pero ¿qué demonios ha pasado?

Los ojos de Zetta se removieron presurosos por dentro de sus cuencas.

- Fui una estúpida. Acudí a esa fiesta en el antiguo recinto del *MercaSalamanca* porque me enteré de que Montaña Bermejo había ido junto a sus compañeros de la residencia la noche antes del asesinato.

- ¿Cómo? – Tensó su mandíbula. No daba crédito a lo que estaba escuchando.

- Supuse que Medina coincidiría allí con ella y por eso la seleccionó – intentaba explicarse en vano –. El caso es que quise acercarme a Richi, el responsable de la *rave*, pero debí de levantar sospechas en su entorno. Imagino que ordenó a alguno de sus gorilas que me drogasen

con esa mierda.

La escritora no paraba de cruzar y descruzar los dedos de sus manos intranquila.

- ¿Y por qué no me llamaste? – la amonestó, perdiendo cualquier clase de formalismos para pasar a tutearla –. Richi es un viejo amigo de la comisaría, joder. Organiza esas fiestas para traficar con droga y hacer negocios.

- Tampoco lo sabía – elevó la voz.

- Igualmente daré el aviso para que echen un vistazo por el *MercaSalamanca*, aunque me figuro que con tu presencia cambiarán de zona. Te has arriesgado mucho, Zetta.

- De acuerdo, ya lo he entendido, he sido una imprudente.

Sus palabras ayudaron al inspector a recapacitar y prefirió no seguir ahondando en el tema. La portuguesa se mostraba de lo más reacia.

- Puedes emitir una denuncia, aunque necesitaríamos una descripción de tu agresor.

- El problema es que tengo algunas lagunas de lo que sucedió. Recuerdo que me asaltó por detrás y que me tapó la boca con un pañuelo; pero por más que intento hacer memoria, no consigo ver su cara. Era como si no tuviese rasgos, como si su rostro se compusiera únicamente de una boca grande y llena de dientes que parecía sonreírme mientras perdía el conocimiento.

- Sería por el efecto de la droga – conjeturó –. ¿Te han dicho qué fue lo que inhalaste?

- Supongo que cualquier sustancia psicotrópica con la que trafican.

En ese instante entró un doctor en la habitación. El hombre se sorprendió al comprobar que la paciente tenía visita y se acercó a los pies de la cama con unos informes de la mano. Falcón calculó que tendría aproximadamente unos cuarenta años.

- Buenos días – Los saludó –. Ya tengo los resultados de la analítica. Todo parece estar en orden, salvo por la alta cantidad de escopolamina que había en sangre.

- Burundanga… – masculló Zetta.

- Exacto. Es una droga de rápida absorción donde al poco de su ingesta se experimenta un efecto depresor en el sistema nervioso central y periférico, provocando un estado de somnolencia y amnesia grave. Si se administra una alta dosis puede ocasionar convulsiones, colapsos vasculares, y en casos extremos, la muerte – divulgó –. Ha tenido mucha suerte, pero me veo en la obligación de dar parte a la policía.

- Me hago cargo – Falcón enarboló su placa por fuera del bolsillo de su anorak –. Soy inspector de la policía judicial.

- De acuerdo. Pues entonces, puede irse cuando quiera.

- Gracias, doctor – Se despidió Zetta por los dos.

El hombre retomó sus pasos y se largó de la habitación con algo de prisa. Solo cuando se percataron de que volvían a quedarse a solas, Elías retomó la palabra.

- Vístete, te espero fuera – dijo.

La escritora se fijó en que había adoptado un semblante serio.

- Me gustaría invitarte a desayunar – prosiguió –. Aún tenemos que hablar.

***

Un sol invernal se abría entre los restos de la niebla cuando traspasaron una de las entradas de la Plaza Mayor. La vida parecía no detenerse nunca en aquel cuadrilátero irregular asombrosamente armónico (decía don Miguel de Unamuno) mientras vecinos y estudiantes caminaban de aquí para allá por dentro de sus soportales. Fuera, el ágora presumía de su arquitectura churrigueresca, recreando la luz temprana un prodigio de texturas y matices. Un espectáculo de luces y sombras, donde la vista de Zetta se enredó a la profusión de balcones que escalaban sus cuatro caras en distintas alturas, y también a la hilera de medallones esculpidos entre las enjutas de cada arco. Ni siquiera atendió a los camareros que estaban desmontando las pilas de sillas para preparar las terrazas o a los repartidores que descargaban de sus furgones el género fresco. Simplemente se limitó a seguir los pasos de Falcón, hasta que cruzaron la entrada del Café Novelty.

Zetta hizo un barrido somero y se dejó cautivar por sus lámparas decimonónicas y veladores de mármol. No tardó en percibir cómo las miradas de varios clientes se posaban en ella, atribuyéndole una sufrida enfermedad a causa de la calvicie que exhibía en público. Elías se percató de lo que estaba ocurriendo y la invitó a sentarse en la primera mesa, la escultura de Torrente Ballester presidiendo una de las cabeceras con el gesto concentrado. Decidió no hurgar en la historia que probablemente escondía tras su alopecia areata y pidió al camarero dos cafés con leche y un par de tostadas que dispuso al cabo de unos minutos sobre el velador.

Un silencio cargado de desconfianza se instaló entre ellos.

- ¿Por qué me has traído aquí? – le espetó la escritora.

- Se ha filtrado información del caso a la prensa – No se anduvo por las ramas –. Lo que menos nos conviene ahora es que se enteren de que ha aparecido un diente de André Guimarães en el escenario del crimen y se forme otro circo mediático como el que hubo en Portugal.

Elías se dio cuenta de que hablaba como la subcomisaria

Linares. Detestó la idea.

- La noticia la ha firmado un tal Ernesto Llamas, trabaja en el *Correo de Salamanca*. ¿Tú sabes algo?

- ¿Debería…? – Esquivó la indirecta mientras removía el café –. Podéis confiar en mí, no voy a romper el acuerdo de confidencialidad. Soy la primera interesada en conocer la verdad.

En el fondo, Zetta era consciente de que no podía contar nada acerca de su relación con el periodista, ningún detalle que la perjudicara y echase por la borda todo lo que había conseguido en apenas dos días. Deseaba averiguar qué le ocurrió al protagonista de su libro en aquellos carnavales de Lazarim y para ello necesitaba ganarse su confianza, ayudarlos a atrapar a Medina tal y como se había comprometido al firmar el documento. Sin embargo, sintió que se había convertido en una impostora, en una puta estafadora desde que comenzó a perfilarse delante del espejo otras identidades imaginadas, nuevas mujeres que en nada se le parecían.

- Si lo dices por lo que pasó anoche en el *MercaSalamanca* te pido disculpas – Se esforzó también en tutearle –. No volveré a investigar por mi cuenta.

- Te lo agradezco – Zanjó el asunto –. Para otra vez, prefiero que me lo comuniques.

La escritora se limitó a asentir. A Elías, en cambio, continuaba suscitándole curiosidad el halo de misterio que parecía imantar su presencia.

- Por cierto, aún no te he preguntado por qué decidiste escribir un *true crime* sobre el Bejarano – Intentó escarbar un poco más en ella.

- Me interesaba contar la historia del revés. Es decir, desde el punto de vista del malo, entrar en su psique y comprender qué le llevó a raptar a varios niños y arrebatarles la vida con sus propias manos.

- ¿Alguna conclusión?

- Dudo de que exista. Creo que cuando el infierno late en tu corazón es imposible escapar de sus llamas. Medina estaba condenado a hacer lo que hizo. Su infancia, sus vivencias personales, todo aquello que lo conformó como persona también lo convirtió en un monstruo. No tenía escapatoria.

- ¿Crees que es la llave que resolvería la desaparición de André Guimarães?

- Lo creo. Tanto su edad como sus rasgos físicos eran similares a los de los niños de Portugal, aparte de que el pueblo de Lazarim se encuentra en el mismo radio donde cometió sus crímenes – expuso –. De eso tratará mi segundo libro. No pararé hasta saber qué fue del menor.

El inspector percibió un poso de animadversión en sus palabras.

- Tengo entendido que el libro fue un éxito en tu país.

- La verdad es que sería una necia si dijera lo contrario – consideró mientras mordisqueaba una esquina de la tostada –. Provocó mucha controversia en cuestión de semanas, aunque no solo vivo de los libros. También soy informática; implanto softwares y sistemas de seguridad en varias empresas lusas. Soy una tía con muchos recursos, una buscavidas. Me independicé muy joven y siempre he estado de un lado para otro, pero reconozco que mi verdadera pasión son los libros, más concretamente los *true crimes*.

- Y yo, a diferencia de ti, soy un lector voraz. Prometo que lo leeré, si es que soy capaz de entender alguna palabra en portugués – Se rio.

El móvil del inspector sonó en el bolsillo de su anorak. Rápidamente lo sacó y echó un vistazo a la pantalla. Reconoció el número de comisaría.

- Jefe, soy Castell – anunció el subinspector –. He localizado a un experto sobre vetones que estaría dispuesto a recibirnos hoy mismo. Es archivero y trabaja en la Biblioteca General Histórica de la Universidad de Salamanca, en la calle Libreros.

- De acuerdo. Salgo para allá.

Una vez que colgó la llamada, tropezó con la mirada recelosa de la escritora.

- Debo irme – le confesó al tiempo que se levantaba.

- ¿Ha habido novedades? – Se interesó suspicaz.

- Eso espero – calibró la respuesta –. En fin, ¿seguimos en contacto?

- Por supuesto. Seguimos en contacto.

Y sin más partió del Café Novelty, su figura intuyéndose por fuera de los ventanales. Su rastro se perdió después bajo aquel sol de invierno que reverberaba en la Plaza Mayor.

26

Quince minutos más tarde, Falcón encaminó sus pasos por la calle Libreros.

Los bares y tiendas de suvenires llevaban un rato abiertos cuando alcanzó el Patio de Escuelas y atendió al millar de turistas que se agolpaban delante de la fachada de la Universidad en busca de la famosa rana sobre una de sus calaveras. El inspector traspasó el portón y mostró al guardia de seguridad su placa para evitar los controles. El hombre le permitió pasar y enlazó un pasillo con las paredes desnudas. Al cabo de unos minutos, desembocó delante del claustro de la Universidad. La luz de la mañana resbalaba entre sus amplios ventanales, desdibujando la centenaria secuoya que se alzaba robusta en el centro. Apenas tardó en reconocer a Castell en uno de los ventanales, la espalda reclinada hacia el alféizar de piedra. Le acompañaba un hombre de edad incierta y cabello oscuro, tocado con unas gafas de ver e indumentaria modesta.

El eco de sus pasos robó la atención de ambos.

- Jefe – anunció el subinspector –. Quiero presentarle a Jesús Vallbona. Justo le estaba explicando el motivo de nuestra visita.

- No sabía que lo que buscan está relacionado con la chica que ha aparecido muerta en el Puente Romano – exteriorizó todo cuanto le había comunicado Castell.

A Falcón no le hizo gracia que le pusiera en antecedentes sin su permiso.

- Su agente me estaba preguntando por el *Baño de Ataecina*, la escultura que fue traslada a las afueras de Arenas de San Pedro, y efectivamente se trata de una representación moderna de Vaélico, un dios vetón.

- Señor Vallbona, la persona a la que investigamos recibió un archivo donde aparece esa figura abulense, algo que no tiene nada que ver con la cultura de nuestra ciudad.

- Se equivoca – lo interrumpió –, veo que desconoce de nuestra historia.

El archivero extrajo del interior de su chaqueta un bloc de notas y un bolígrafo y bosquejó sobre una hoja una suerte de mapa de la península ibérica. Luego marcó con un círculo parte de las provincias de Salamanca, Ávila, Cáceres y también de Portugal.

- Los vetones fueron un conjunto de pobladores prerromanos que

ocuparon la parte occidental de la península ibérica entre los ríos Duero y Tajo. El asentamiento tuvo lugar entre las actuales provincias de Ávila, Salamanca y Cáceres.

- Y también Portugal – Señaló la hoja que el archivero había colocado sobre la repisa.

- Exacto. Aún sigue habiendo vestigios de la cultura vetona al otro lado de La Raya, como por ejemplo los verracos de piedra.

- ¿Se refiere al mismo verraco que hay al inicio del Puente Romano de Salamanca?

- Buena apreciación, inspector. Esas esculturas zoomorfas que datan del siglo quinto antes de cristo no solo se encuentran en esta parte de Castilla, también se han hallado restos en las regiones portuguesas de Beira Interior Norte y Trás-os-Montes. Aunque en algunas se desconoce con exactitud qué animal representaron debido a la deformidad de la piedra por el paso del tiempo. Las que predominan son el toro, el cerdo y el jabalí, y menos frecuente las que tienen forma de oso.

Elías trazó en su mente la imagen del verraco que observó cerca del cadáver de Montaña Bermejo y recordó de pronto las estrofas que memorizó de niño del Lazarillo de Tormes: «*Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro. El ciego me mandó que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo: Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él*».

El mismo rugido que en ese preciso instante atronó con furia en su cabeza.

- ¿Se sabe qué simbolizan? – Se alejó paulatinamente de su tormenta interior.

- Hay varias teorías al respecto. Algunos creen que servían para delimitar los terrenos dedicados al pastoreo. Otros se inclinan a que tenían un significado místico al estar emplazados en caminos que llevaban a las necrópolis. Pero si lo que busca es mi opinión, diría que se trata de un exvoto, una especie de rito funerario.

Ambos agentes cruzaron sus miradas.

- ¿Y qué le lleva a pensar eso? – se adelantó Castell.

- Es bien sabido que la cultura vetona controlaba parte de sus recursos, en especial la del ganado. No dejaban de ser pueblos seminómadas dedicados a la recolección de miel y bellotas, entre otros.

El mismo ungüento que encontró la forense en la boca de la chica, pensó Falcón.

- Sin embargo, se han localizado en algunos yacimientos varios altares escalonados realizados en piedra – siguió instruyéndoles –. Parece ser que se consagraron al sacrificio de animales para contentar

a los dioses, sin que exista unanimidad entre los investigadores sobre posibles sacrificios humanos. A mi juicio, creo que servían para la iniciación de los jóvenes guerreros.

El inspector encendió la Tablet con intención de que centrase su análisis en el caso que llevaba entre manos y le mostró algunas fotografías de la escena del crimen.

- El cadáver de la chica apareció delante del verraco del Puente Romano, y a mayores, la patóloga encontró restos de bellotas, laurel y miel en su garganta – La mirada de Vallbona se tiñó de espanto –. La pregunta es simple, ¿cree que puede tratarse de algún tipo de ritual funerario relacionado con los vetones?

El hombre pasó algunas imágenes hasta detenerse en una en concreto.

- Más bien con una ofrenda – Señaló el cráneo de gamo que se adivinaba entre los dedos de la chica –. Puede que me equivoque, pero diría que representa a Vaélico, uno de los mayores dioses del panteón vetón. Y si me acompañan se lo demostraré.

***

La Biblioteca General Histórica de la Universidad de Salamanca era una de las más antiguas de España y de Europa, fundada en 1254 por Alfonso X el Sabio.

Situada en el claustro alto del edificio de las Escuelas Mayores, la portada de acceso era de estilo barroco. Sus amplias estanterías estaban destinadas a acoger numerosos manuscritos e incunables de gran valor bibliográfico, como el *Liber Canticorum* de la reina Doña Sancha o el *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita.

Falcón se maravilló con aquella arquitectura de ensueño, aderezada con recias mesas de trabajo y esferas armilares. Un prodigio de la era de los grandes exploradores, que invitaba a rastrear entre sus legajos las rutas hacia las Américas entre antiguos mapas cartográficos y astrolabios. Vallbona tiró del cajón de una mesa auxiliar y sacó una caja con guantes de tela que les ofreció voluntarioso.

Ambos agentes acataron la orden mientras el archivero partía hacia una de las estanterías laterales y extraía un libro de la balda inferior. Regresó con un volumen encuadernado en piel marrón y de considerable tamaño.

- Aunque se desconoce quién fue el historiador, existe una clara alusión a los textos recogidos en la Hispania Antigua de Claudio Ptolomeo y Plinio el Viejo – arrancó su estudio documental –. No obstante, el autor nos muestra su amplio conocimiento sobre la cultura vetona y sus tradiciones.

El archivero abrió el tomo y deslizó los dedos entre sus hojas,

moteadas con cercos de humedad que amarilleaban el papel. El hombre se concentró tras sus gafas de ver a medida que pasaba las páginas. Al cabo de unos segundos, detuvo el movimiento de sus manos. Aquella deidad de facciones demoníacas portaba sobre su testa una extraordinaria cornamenta de varias puntas, producto de la imaginación atormentada de su ilustrador.

- Dios hispano de la Edad de Hierro, a Vaélico se le ha relacionado con Endovélico, divinidad principal del panteón lusitano de atributos infernales y ctónicos. Es cierto que los animales sagrados eran el jabalí y el lobo, a los que se les identificaba con el tránsito al más allá; pero también con seres de apariencia humanoide e incipientes cuernos sobre su cabeza. Existen representaciones de otras culturas que les atribuían las mismas cornamentas, aunque en realidad todos los pueblos se retroalimentaban unos de otros.

- ¿Qué tipo de ofrendas estaban relacionadas con Vaélico? –. El inspector prefirió ir al grano.

- Sería difícil de especificar, hablamos de ofrendas realizadas hace más de dos mil años. Es cierto que casi todas las culturas de la época compartían ciertos rituales de sangre. Pero en el caso de los vetones, la práctica se llevaba a cabo sobre una roca que simbolizaba, a mi entender, el altar y que conllevaba un ritual de evisceración para que el dios atendiera a su petición. Sin embargo, y al ver las fotos de la chica, creo que su agresor ha realizado una ofrenda más modernizada, aunque con claras evidencias al pasado.

- Por lo que puede existir una conexión entre el crimen y la cultura vetona.

- Es una posibilidad. Al menos, el puente y el verraco de piedra me ofrecen esa visión. Pero ya no sabría decirles la motivación que llevó al asesino a cometer el crimen, pues las ofrendas que se realizaban estaban enfocadas a la mejora de cosechas, evitar enfermedades o buscar la prosperidad. Designios más bien atávicos y ancestrales.

- Sigo pensando que el puente no está escogido de manera aleatoria –. Le permitió entrever sus pensamientos.

- Es obvio. Los puentes significan el paso de la vida a la muerte. Y si nos ceñimos a que las necrópolis vetonas estaban próximas a corrientes de agua, sabrá que el lugar donde dejó el cadáver junto al río no era, ni mucho menos, baladí.

El hombre cerró el tomo, instalándose de inmediato un silencio hostil.

- No sé si puedo ayudarles en algo más – formuló con la voz cortante.

- Es todo – Se dio cuenta de que los estaba invitando a salir –. Gracias por su tiempo.

Después se despidieron con un apretón de manos y retomaron

sus pasos hacia la salida, el eco resonando por fuera de la puerta entornada de la Biblioteca Histórica.

En cuanto el archivero se convenció de que se habían ido, sacó el móvil de su chaqueta y realizó una llamada. Esperó impaciente. Al segundo tono, escuchó su respiración.

- Soy yo – murmuró –, han venido dos agentes interesados en la cultura vetona. Habría que quemar todo tipo de pruebas. Avisa a los demás.

***

Los grupos de turistas iban incrementándose por fuera de la Universidad cuando Elías abandonó el edificio junto al subinspector Castell. El agente se percató de que su superior continuaba enredado en la conversación que acababan de mantener con el archivero, su mirada clavada al fondo de la calle Libreros. Decidió inmiscuirse en sus pensamientos.

- Jefe, ¿se ha quedado con el detalle de que al igual que Endovélico, los niños que asesinó Medina eran también portugueses? – Lo asaltó –. Sus cuerpos fueron encontrados sobre una roca en el bosque, una especie de altar como los que utilizaban los vetones para hacer sus ofrendas.

Falcón se detuvo para mirarle a los ojos.

- Investigue si en los alrededores donde cometió los crímenes había algún verraco o vestigio relacionado con el antiguo pueblo vetón. Aún sigo sin entender de qué va esto, pero algo me dice que vamos por el camino correcto.

Su teléfono sonó y se retiró unos metros para averiguar quién lo reclamaba. Le extrañó leer el nombre de la inspectora portuguesa en la pantalla.

- Dígame, Belmonte.

- Buenas, inspector. ¿Podemos hablar?

La petición que le lanzó con la voz grave le hizo sospechar.

- ¿Sucede algo? – se ahorró los prolegómenos de su paso por la biblioteca.

- Acaba de llamar a comisaría el director de Topas. Parece ser que Medina mantenía contacto con el exterior – descerrajó –. Han localizado un móvil en su celda.

27

Una hora más tarde, Falcón traspasó los controles del Centro Penitenciario. Belmonte lo esperaba en el nuevo pasillo que surgió tras la última puerta acorazada, su actitud rezumando un poso de malestar con los brazos cruzados. Ni siquiera la acompañaba Filipe da Sousa. Supuso que se habría desplazado ella sola en su coche.

- La científica se encuentra recogiendo el terminal – le avanzó mientras retomaban sus pasos –. Han llevado a Medina a la sala de aislamiento para que podamos tomarle declaración. Ya le han informado de nuestra visita.

A Elías le alivió saber que la cadena de custodia parecía acatar el protocolo marcado.

- ¿Dónde estaba el teléfono?

- En su celda. Un guardia lo encontró escondido en una zapatilla.

- Por eso acudió al locutorio la mañana que salió de prisión – conjeturó –. Imagino que no quiso arriesgarse a sacar el teléfono y que no pasara los controles. ¿Ha dado alguna explicación al respecto?

- Más bien se niega a hablar – le esclareció –. Esta vez habría que presionarlo.

- Me parece bien. Y en caso de no colaborar, tal vez haga cambiar de opinión al juez.

***

Un pitido prendió en el aire cuando la puerta de barrotes comenzó a traquetear. Medina se encontraba en el lugar que lo dejaron la vez anterior con las manos esposadas. Falcón tomó asiento y se esforzó en mantener su mirada. Miles de fotogramas desfilaron en su mente a medida que volvía a sumergirse en el bosque. La inspectora lo rescató de las sombras en cuanto posó la mano en su rodilla por debajo de la mesa.

- No me andaré por las ramas. ¿De quién es ese móvil y cómo ha llegado a sus manos?

- ¡Y a mí qué me cuenta! Algún hijo de puta lo escondería en mi celda, qué sé yo.

- Será mejor que baje esos humos – lo reprendió –. Le recuerdo que no solo está siendo investigado por el homicidio de Montaña Bermejo, también ha incumplido una de las normas de prisión. Imagino que sabrá que se enfrenta a una sanción muy grave.

- Vaya con el pollito – Dibujó una sonrisa –, al final va a resultar que tiene el mismo carácter que la puta de su amiga la inspectora.

- Tenga cuidado con lo que dice – Se levantó Belmonte. Su mirada desató una furia irrefrenable –. Esto es más que suficiente para que el juez ordene paralizar su salida.

- ¿Me va a detener, inspectora? – Parecía disfrutar del momento.

- Me cuesta entender que aún tenga la osadía de reírse cuando sabemos que contactó con su cómplice en ese locutorio de la ciudad.

El rostro de Mauro Medina quedó velado por un sentimiento desazonador.

- ¡Eso es mentira! – gritó amenazante –. Alguien dejó el teléfono en uno de los sacos de harina del obrador. Lo guardé porque detrás venía un usuario y una contraseña junto con mi nombre y una página web.

- Supongo que se refiere al *BadLine* – intervino Falcón –. Lo hemos comprobado en el historial de uno de los ordenadores del locutorio. ¿Quién era el tipo con el que se puso en contacto?

- No lo sé, jamás se identificó. Solo me dijo que quería verme, que tenía que hablar conmigo sobre un asunto que me concernía. Le dije que iba a salir de prisión al día siguiente, pero que antes necesitaba saber quién era.

- ¿Qué respondió?

- Me citó en ese locutorio y acto seguido cerró la sesión. No volví a saber de él…

- …hasta que decidió acudir a su encuentro una vez que abandonó el Centro – dedujo el inspector –. ¿Qué quería? ¿De qué hablaron?

- Me insistió en vernos en persona para proponerme un trato, pero me negué al no conseguir que se identificara. No me fiaba de ese cabrón. Después me envió una foto y me aseguró que volvería a tener noticias suyas.

- ¿Y por qué le enviaría una imagen de Vaélico?

Medina compuso un gesto de vacilación.

- ¿Vaélico? – Dudó –. Ese maldito embustero solo intenta sabotear mi salida.

- Yo tengo otra teoría. La persona con la que habló conoce el motivo que le llevó a matar a esos niños en Portugal, y también a Montaña Bermejo. Todo se resume a ofrendas vetonas: el lugar donde abandonaba los cadáveres, los verracos...

La risa ronca del reo se expandió en la sala como una telaraña oscura.

- ¿A eso se dedica ahora la policía? – los cuestionó con una sonrisa lobuna.

- Me da igual que intente negarlo. Vi cómo en cada uno de los escenarios en los que estuve presente se repetía la misma ritualización.

- Se equivoca, inspectora, al igual que hace veinticinco años.

- Demuéstreme lo contrario – lo retó.

- Primero, maté a esos niños porque en el fondo sentía placer arrebatándoles la vida. No me arrepentí de ello hasta que entré en prisión y purgué mis pecados con el castigo que se me impuso –resumía fuera de sí –. Y en cuanto a la chica del Puente Romano, siguen sin tener pruebas; y hasta que no demuestren lo contrario, siento decirles que soy inocente.

Mauro se levantó de la silla y llamó al guardia a voces para que le abriese la puerta. Su rastro se extinguió al fondo del pasillo. Una vez que se quedaron a solas, Falcón decidió exteriorizar sus conclusiones de aquel encuentro.

- Estoy convencido de que está protegiendo a alguien fuera.

- No creo que intente protegerlo, sino más bien que cargue con toda la culpa para que su salida de Topas no quede entorpecida.

- Entonces, habría que averiguar quién se esconde detrás del móvil. Solo espero que los de informática den con el titular de la línea.

Belmonte se mantuvo pensativa unos instantes.

- ¿Ocurre algo? – Se interesó el inspector.

- Me acaba de dar una idea. Creo que ya sé cómo sacar al cómplice de su agujero.

28

Zetta llegó a comisaría a la hora prevista. Unos cuantos agentes pululaban por el vestíbulo cuando Falcón salió a su encuentro y se fijó en su peluca de rizos voluminosos. Supuso que tendría otra de repuesto.

- Y bien, ¿vas a decirme de qué va todo esto? – desembuchó la escritora.

- Ahora lo entenderás – Ambos continuaron tratándose de tú –. Es por aquí.

Juntos atravesaron una madeja de pasillos y traspasaron la sala de reuniones. Zetta reconoció a los dos policías portugueses con los que había conversado la tarde anterior. Ambos se levantaron con intención de saludarla a medida que el inspector la invitaba a tomar asiento. Después, sintió el peso de sus miradas puestas en ella.

- Esta mañana se ha localizado un móvil en la celda del Bejarano – Se adjudicó Falcón la primicia –. Parece ser que alguien, supuestamente, se lo dejó en el obrador de prisión. El laboratorio ha encontrado restos de harina en algunas partes del terminal.

- ¿Con quién mantenía contacto? – les formuló.

- Esa es la parte que aún desconocemos, pero estamos convencidos de que cuenta con un cómplice fuera. Los técnicos de informática han estado rastreando la conversación que mantuvieron por un chat, aunque no es posible recuperarla una vez que se cierra la sesión. Los mensajes se eliminan del servidor automáticamente.

- Tan solo sería posible con un programa de recuperación de mensajes – admitió la escritora con conocimiento de causa –, pero, aun así, la cosa está jodida.

Ninguno de ellos se lo discutió.

- El caso es que el terminal se encuentra en dependencias policías – prosiguió Nádia Belmonte –. Hace un rato hemos entrado en el chat con el mismo usuario que utilizó Medina con el fin de iniciar una conversación con su enlace.

- ¿Ha respondido?

- Por ahora no – retomó Elías la palabra –. Pero nos gustaría proponerte algo.

Zetta replegó desconfiada el ceño.

- Por lo visto su cómplice tenía intención de citarse con él durante su salida de prisión, pero el encuentro no llegó a producirse. Estamos seguros de que el Bejarano nos está mintiendo y solo intenta salvarse

el pellejo a pocos días de expirar su condena.

- Quizá lo esté protegiendo – pronosticó Zetta.

- O traicionando. Pero si fuésemos capaces de provocar un nuevo encuentro, es posible que lo hiciéramos salir de su agujero. Necesitaríamos que te hicieses pasar por él con la excusa de concertar una cita.

Su rostro quedó suspendido en una mueca mientras los demás analizaban su reacción.

- ¿Yo…? – alargó la última vocal en *shock*.

- Eres la que mejor conoces su comportamiento – Se afanó en convencerla –. Sabes cómo piensa, cómo actúa, cómo se expresa en cada situación. Fuiste la única que se entrevistó con Medina antes de abandonar el centro penitenciario de Lisboa.

- Me parece una locura. Se daría cuenta de que no hablo como él.

- Tampoco perdemos nada por intentarlo – sugirió Belmonte –. Además, no estaría sola. Recuerde que yo también lo entrevisté hace veinticinco años.

- ¿Y eso qué más da? – replicó –. Medina es un tipo que…

La inesperada aparición de Castell dejó a Zetta con la palabra en la boca.

- Jefe, ha picado el anzuelo – arrojó apurado –. Se ha conectado al *BadLine* y acaba de responder al saludo que escribimos.

- No perdamos más tiempo, hay que retenerlo en el chat como sea.

El inspector se giró sobre sus talones para averiguar que pensaba Zetta al respecto. Se encontró a una mujer vulnerable, dominada por sus propios fantasmas.

- Tienes la última palabra – la disuadió de su hermetismo –. ¿Aceptas el reto?

***

Un inusitado revuelo había contagiado el ánimo de la Brigada cuando Falcón hizo acto de presencia en la sala de ordenadores. Los demás parecían emular su ritmo unos pasos por detrás a la vez que avanzaban hacia una de las mesas con varios agentes. Todos se hicieron a un lado mientras Hassan Maalouf, el responsable de la Sección Informática Forense, conectaba el terminal a un portátil en busca de la señal de ubicación. La tensión que se respiraba dentro era sumamente asfixiante.

- Escuchadme todos – Se dirigió al grupo –. Ya conocen a Zetta Vaz. Ella se encargará de hablar con la persona que se esconde en el chat. ¿Alguna pregunta?

Ninguno se atrevió a alzar la mano. Luego buscó la mirada de la escritora.

- ¿Lista? – Quiso saber.

Zetta asintió renuente mientras tomaba asiento, su cuerpo fortificado por el escuadrón de agentes que se posicionó de pie alrededor de la mesa. No tardó en descubrir el mensaje que había escrito la persona anónima en la sala privada del *BadLine*.

«Runner»: Hola – Leyó. Ni siquiera se planteó porqué había escogido aquel *nick* en inglés: corredor.

«Bejarano»: Hola de nuevo – Tecleó deprisa por miedo a perderlo.

Después atendió al mensaje que apareció en la parte inferior de la pantalla. *Escribiendo…*

«Runner»: ¿Qué tal?

Una nube de murmuraciones resquebrajó el silencio que habitaba en la sala.

- De acuerdo, el cómplice desea iniciar una conversación – atajó Falcón –. ¿A alguno se le ocurre qué podemos responder?

Zetta se adelantó a las conjeturas de los demás.

«Bejarano»: He cambiado de opinión.

Todos enmudecieron.

- ¿Por qué has escrito eso? – El inspector se mostró molesto.

- Medina no se andaría con rodeos. Tiene que decirle que se encuentra fuera de prisión para poder forzar el encuentro.

El terminal emitió un breve pitido al recibir un nuevo mensaje.

«Runner»: Algo tarde, ¿no crees…?

La tensión podía palparse en el ambiente.

- Nos está tanteando – emitió Castell –, quiere saber por qué ha cambiado de opinión.

- Tiene ciertas sospechas, de eso no hay duda – intervino la inspectora Belmonte.

- Voy a intentarlo – anunció Zetta.

Al cabo de unos segundos, escribió.

«Bejarano»: El juez me ha concedido un permiso de 24 horas.

Todos comprobaron que *Runner* estaba respondiendo hasta que el aviso desapareció del comando inferior. Un insólito alboroto restalló entre los agentes.

- No contesta, joder, lo vamos a perder – farfulló Elías nervioso –. ¿Hassan…?

El informático analizaba la situación con varios programas abiertos en su portátil.

- Sigue conectado – les anunció.

- Habría que formularle otra pregunta, nos está poniendo a prueba – dijo da Sousa.

- ¿Tú qué dices, Zetta? – Se atrevió a indagar Falcón.

La escritora cerró los ojos y se concentró en las imágenes que atesoraba de su paso por la prisión de Lisboa. Volvió a escucharlo al

otro lado del interfono que sostenía en su mano. La voz del Bejarano se arrastraba por su organismo como un veneno oscuro.

Al momento, se dispuso a teclear.

«Bejarano»: ¿Lo tomas o lo dejas?

«Runner»: Espera – contestó.

Ninguno de los allí presentes se arriesgó a distraerla.

«Runner»: ¿Cómo sé que no me la vas a jugar?

«Bejarano»: Tú decides.

El cómplice volvió a tomarse unos segundos antes de responder.

- Ahora la pelota está en su tejado – expresó Zetta convencida –. Si realmente conoce a Medina, sabe que no se mostrará comprensivo.

Otro nuevo pitido anunció su aparición.

«Runner»: Te espero a las 22:00 horas en la Plaza de Anaya. Yo me acercaré a ti.

Todos se entusiasmaron al ver que había picado el anzuelo. A Zetta ni siquiera le dio tiempo a responder cuando vio que su interlocutor acababa de abandonar la sala del chat.

- Está bien – Intentó Falcón disipar el alboroto –. Yo también me alegro, pero tenemos que organizar el dispositivo. Varios de vosotros os distribuiréis por Anaya vestidos de paisano. No podemos levantar sospechas en nuestro hombre, por lo que se me ocurre que Mulas se encargue de hacerse pasar por el Bejarano. Creo que ambos tienen la misma estatura. Buscad en los ficheros fotografías de Medina y haceos con un atuendo similar, pelucas, lo que sea que dé el pego, ¿entendido?

- Inspector – pronunció alguien por su espalda.

Elías se volvió rápido y tropezó con la expresión seria de Robledo. Mulas lo acompañaba a su lado.

- Jefe, acabo de escucharlo todo – le indicó –. Me pongo a ello.

Acto seguido encaminó sus pasos hacia el grupo.

- Inspector, ¿podemos hablar? – llamó Robledo su atención una vez que se quedaron a solas –. Hemos rastreado las videocámaras que hay desde que Medina salió del locutorio hasta que cogió la línea 1 de buses en la Gran Vía.

- ¿Adónde lleva?

- A Buenos Aires.

El nombre de aquel barrio situado a las afueras de la ciudad le trajo malos recuerdos. En más de una ocasión tuvo que patrullar por sus calles, expuestas al menudeo constante de droga. Había leído que aquel desastrado arrabal, encajonado entre carreteras y rodeado de hierba pajiza, vendía la heroína más barata de toda España.

- ¿Han descubierto qué fue a hacer allí? – le sondeó implacable.

- Hemos visto en las imágenes que se apeó en la Plaza de Extremadura y después se dirigió a la calle Coria, donde se le pierde la pista. Aunque hemos sabido que en esa misma calle, en el portal número 6, vive Armando Torres, *el Pelirrojo*.

- ¿De qué me suena ese nombre? – Intentaba recordar en vano.

- Aparece en la lista que recibimos de Topas, es uno de los admiradores con los que se carteaba el Bejarano.

- Buen trabajo, Robledo – Le felicitó a su pesar –. Averiguad por qué aprovechó su salida para ir a visitarlo. Es posible que el tal Armando sepa algo de su paso por ese locutorio. Y ahora, vayamos con el resto. Aún hay que preparar el dispositivo.

Pero lo que el inspector desconocía era que Zetta había escuchado la conversación de espaldas a ellos. Rápidamente cogió un bolígrafo de la mesa y apuntó en la palma de su mano el nombre de Armando *el Pelirrojo* y su dirección. Luego se levantó y se dirigió a Falcón con intención de despedirse. La sonrisa que trazó de camino la animó a considerar que se había olvidado de lo que significaba la palabra lealtad. Le estrechó la mano con aquel mensaje garabateado con tinta azul y se dio cuenta de que se había convertido en un ser despreciable que se alimentaba de los demás.

29

El reloj marcaba las 21:55 horas. Un viento furibundo barría la terraza en la que se hallaba, la torre de la Catedral Nueva ligeramente escorada desde que un terremoto originado en Lisboa sacudiese la ciudad en 1755. Falcón atendió a la Plaza de Anaya desde aquella encomiable posición y observó tras los prismáticos el resto de edificaciones que atalayaban aquel bello rincón presto a la vida estudiantil. Por un instante sintió el rastro de Montaña Bermejo. Cerró los ojos y se la imaginó esperando a Tabernero a esas horas de la noche mientras alguien la vigilaba de cerca: su agresor. El mismo que horas más tarde la condenó a habitar en la oscuridad, con los labios cosidos y el cuerpo desnudo.

El *walkie* emitió una serie de interferencias en el bolsillo de su abrigo. Sacó el pocket con su otra mano y abrió el canal.

- Aquí Falcón. Dadme posiciones.

Después cortó para recibir respuesta.

- Montaner – Se adentró la subinspectora en el canal –. Me encuentro delante de la facultad de Documentación. Ningún sospechoso en los alrededores. Cambio y corto.

Elías localizó a su agente con los prismáticos mientras paseaba un carrito de bebé.

- Aquí Castell. Continúo sentado en el banco sin perder de vista a Mulas. Lo tengo a escasos diez metros. Cambio y corto.

El inspector no tardó en encontrarlo al abrigo de un robusto cedro.

- Robledo. No he cambiado de posición desde que subí a Anayita. Por la calle Tostado solo han llegado grupos de turistas. Cambio y corto.

- De acuerdo. Seguid atentos. Apenas faltan dos minutos para que den las diez. No creo que nuestro hombre tarde mucho en aparecer.

De pronto, un par de trenes procedentes de la calle de la Rúa enfilaron la plaza a toda velocidad hasta detenerse a los pies de la catedral. Falcón contempló que una horda de turistas comenzó a descender de ellos. Varios guías, vestidos con ropas semejantes y sujetando un paraguas en alto, intentaban atrapar su atención.

- ¿Alguien puede decirme qué hace toda esa gente ahí? – emitió furioso por el *walkie*.

- Imagino que vendrán a hacer el recorrido del *Ieronimus* – reconoció la voz de Castell.

El inspector no cayó en la cuenta de que habían habilitado

varias visitas nocturnas a las torres de la catedral. Se maldijo.

- Aquí Montaner – Entró la subinspectora –. Es cierto. Han ampliado el horario por Navidad. Ahora mismo se encuentra un grupo en la terraza norte.

Elías apuntó con los prismáticos al mirador, donde un grupo de figuras recorría el trazado irregular entre arbotantes, pináculos y gárgolas. El inspector reguló la rueda de enfoque e hizo un barrido minucioso en cada uno de ellos. La mayoría tomaba fotos a las excepcionales vistas que se perfilaban en el horizonte como un prodigio de torres y campanarios. Falcón se detuvo en un individuo emplazado a un lateral del mirador, que lo estaba observando con otros prismáticos. Le escamó.

- ¿Quién está en la terraza del *Ieronimus*? – formuló por el pocket –. Viste ropa oscura y una gorra granate.

- Nadie – respondió Covarrubias al momento –. No ha subido ningún agente.

Entonces volvió a mirar por los prismáticos y descubrió que el tipo había echado a correr.

- ¡Mierda! ¡Es él! – vociferó en el canal –. ¡Se escapa!

El tiempo que transcurrió desde que Elías se aventuró a descender las escaleras de caracol hasta que alcanzó la cara sur de la catedral se le hizo interminable. El hombre huía en dirección a la calle de la Rúa con la zancada ágil. El inspector lo acechó varios metros por detrás mientras la gente se apartaba de su camino. Solo el resuello de su respiración pareció acompañarlo en aquella trepidante persecución al tiempo que sobrepasaba la Plaza del Corrillo y sorteaba las distintas terrazas. Luego cruzó uno de los arcos de la Plaza Mayor y aminoró la marcha en cuanto fue consciente de que le había perdido la pista. Elías miró desalentado a su alrededor, integrándose después en el ritmo cotidiano de la ciudad.

DÍA 4

30

Ninguno de los agentes se explicaba qué había podido pasar. Tampoco el inspector, que prefirió mantenerse de pie en la sala de reuniones delante del resto. Todos parecían arrastrar desde entonces un cansancio desalentador, fruto del nefasto operativo que había dejado en evidencia la mala praxis de la Brigada.

- Pensábamos que el sospechoso había mordido el anzuelo, pero lo que hizo fue reírse en nuestra propia cara – articuló Falcón con la voz áspera –. Nos citó anoche en Anaya porque sabía que la catedral iba a estar concurrida de turistas. Es evidente que ha estado jugando con nosotros. Sin embargo, por la persecución que emprendimos, diría que se trata de un hombre joven, de unos treinta o cuarenta años, atlético y bastante ágil.

Todos se mantenían atentos a su discurso.

- Por lo que dicho esto, me planteo tres opciones. La primera, que intente ponerse en contacto con Medina. Es posible que le haga llegar cualquier información del exterior. Por ejemplo, mediante su admirador, Armando Torres, alias *el Pelirrojo*.

- Inspector – soltó Robledo al fondo –, Mulas y yo hemos pensado no volver a llamar la atención en el Barrio de Buenos Aires, por si *el Pelirrojo* creyese que el Bejarano se ha ido de la lengua y quisiera extorsionarlo por medio de algún interno. Ya sabe lo que hacen en prisión con los chivatos.

- De acuerdo. Pero aun así, manténgale vigilado. No me fio de ese tipo ni tampoco conocemos sus intenciones. Por ahora sabemos que Medina acudió a su casa una vez que se largó del locutorio. Intenten averiguar el motivo sin levantar sospechas.

Robledo asintió con un cabeceo.

- La otra opción que barajo es que vuelva a comunicarse con nosotros a través del móvil del Bejarano – sugirió –. El sospechoso sabe que le hemos tendido una trampa y quizá le apetezca seguir jugando un poco más.

El silencio de dentro quedó eclipsado por las murmuraciones de los agentes.

- Aunque también cabe como última posibilidad – alzó la voz – lo que la inspectora Belmonte me ha comentado esta mañana – Le cedió la batuta con la mirada.

- Buenos días – Se dirigió al grupo –. Visto lo ocurrido, el peor escenario que se nos plantea es que el cómplice se retire por miedo a ser capturado y entre en un periodo de enfriamiento, lo que

provocaría que nos encontrásemos en un punto muerto de la investigación. Tal vez sería conveniente volver a…

La irrupción de Castell en la sala dejó a la portuguesa con la palabra en la boca.

- Jefe, el dispositivo se ha encendido. El sospechoso ha entrado en el chat.

***

A esa misma hora, de camino al barrio de Buenos Aires, Zetta volvió a echar un vistazo a la peluca oscura que había escogido en su apartamento. De algún modo se propuso pasar inadvertida, pese a que ahora un manojo de nervios regurgitaba en su estómago desde que tomó la determinación de descubrir quién se escondía tras el nombre de Armando Torres, alias *el Pelirrojo,* cuando anotó la información en la palma de su mano.

Enseguida avistó un entramado de viviendas de ladrillo caravista que se alzaba entre extensos campos pajizos. Zetta giró a su derecha y se adentró por una retícula de calles estrechas. Varios grupos de chavales traficaban con hachís a pequeña escala y tarareaban con sus móviles canciones de reguetón. La camaradería que exhibían entre risas y palmas la obligó a seguir hacia delante por miedo a meterse en un lío. Zetta buscó un lugar seguro donde aparcar y localizó una explanada de arena con otros dos vehículos estacionados.

Una vez que se bajó del coche, resopló. Necesitaba averiguar por qué Mauro Medina fue a visitar a su admirador la mañana que salió de prisión y decidió ir a su encuentro – por su cuenta, sin ningún tipo de arma defensiva, a lo loco – antes de que los hombres de Falcón cometiesen la torpeza de levantar sospechas en su entorno.

Segundos antes de partir hacia la calle Coria, miró al cielo. Posiblemente, el único lugar donde estaría a salvo. Su figura se diluyó después en aquel mar de ladrillo y cemento.

***

Todos los agentes entraron en la sala de ordenadores mientras Hassan Maalouf conectaba un cable desde su portátil hasta el teléfono móvil.

- ¿Alguien puede explicarme qué está pasando? – reclamó Falcón al resto de policías.

- El sospechoso está grabando un vídeo en directo – arrojó el informático.

El inspector reparó en la escena que enfocaba en un plano

medio a dos chicas de espaldas, sus contornos delineados por la tibia luz de un proyector. Ambas con el cabello largo y trigueño, la de la izquierda lucía una sudadera blanca y una mochila fucsia a sus hombros; la de la derecha, un vestido amarillo. Parecía haber más gente en aquel habitáculo sin sonido. Hassan señaló con el dedo la parte superior de la imagen, donde aquel techo abovedado recargado de constelaciones y signos del zodiaco lo sacó de dudas.

- Es el Cielo de Salamanca – reveló el informático –, la sala del Museo de la Universidad que hay en el Patio de Escuelas Menores.

- ¿Y a qué estamos esperando? Quiero a todo el mundo cagando ostias hacia allí.

Los agentes empezaron a abandonar la estancia a medida que Falcón restregaba los dedos en su barba. No podía evitar sentirse sobrepasado. La portuguesa intentó aplacar aquel *tic* nervioso posando la mano en su hombro. Elías se volvió con el semblante preocupado.

- Ahora ya conocemos la respuesta – Dejó entrever Belmonte –. La persecución de anoche lo ha cabreado y el sospechoso ha decidido jugar. Nos está retando, inspector.

31

La puerta del portal estaba abierta. Zetta se asomó precavida y presionó el interruptor. Una burbuja de luz prendió del techo a medida que se acercaba a los buzones y leía los nombres que se asomaban por dentro de las placas de identificación. *Armando Torres*, *1º derecha*. La escritora miró hacia arriba y coló la vista por el hueco de la escalera. Los sollozos de un niño rasgaban el silencio aplastante. Luego se aventuró a subir los primeros peldaños, la tarima de madera restallando bajo las suelas de sus botas.

De repente, escuchó cómo una de las puertas del primer piso se abría tras el quejido de sus bisagras. Zetta se arrimó a la pared y adivinó entre las sombras la figura de un hombre. El tipo estaba guardándose una bolsa con pastillas en su cazadora cuando se detuvo para contemplarla. Las pintas que ofrecía con la barba desarreglada y los dedos cargados de anillos la animaron a seguir subiendo sin apartar la vista de la suya. Él también retomó el camino a la inversa, hasta que ambos se posicionaron a la misma altura. Entonces, se decidió a abordarlo.

- ¿Sabes en qué piso vive *el Pelirrojo*? – le formuló con un rictus indolente.

En el fondo quería adivinar si el hombre al que estaba buscando trapicheaba con droga, como era a lo que parecía haber venido el sujeto.

- Claro, es justo la puerta que está cerrándose – La señaló alargando el brazo.

Zetta se apresuró a subir el último tramo de escaleras. Tampoco estaba muy segura de lo que se proponía a hacer; pero cuando comprobó que estaba a punto de cerrase, un impulso la llevó a detenerla con la mano. La chica que se manifestó al otro lado puso cara de circunstancias.

- ¡Qué coño haces? – La asesinó con la mirada –. No ves que casi me jodes la muñeca.

- Lo siento – balbució.

La chica, que continuaba observándola con los ojos furiosos, debía de tener unos veinte años. Llevaba el cabello recogido en un moño y vestía un chándal rosa con estampado de leopardo. Diversos *piercings* resaltaban en su nariz y boca.

- ¿Vas a quedarte ahí toda la mañana? – arrojó después –. ¿Qué quieres?

- Estoy buscando al *Pelirrojo*.

La muchacha esbozó una mueca de recelo.

- ¿Para qué? ¿Tú quién eres? – Arrugó los párpados, permitiendo apreciar la raya de ojos que se perdía hacia los confines de sus sienes.

- Soy amiga de Medina – No tuvo más remedio que hacerle partícipe.

- Acompáñame. Armando se encuentra en el salón.

Ambas enfilaron un pasillo y entraron en la primera habitación que se asomaba a la derecha. Su mirada se perdió en aquella suerte de mausoleo con sofás tapizados en crepé, mobiliario con luces de led y una mesa de metacrilato en el centro. Aquella escenificación la aterrorizó a medida que el dueño de la casa hacía acto de presencia por detrás de unas cortinas y se acomodaba en un sillón.

- Esta tía pregunta por ti – resolvió la muchacha –. Dice que es amiga del Bejarano.

Zetta arrastró los pies por el salón, como si una fuerza mayor le impidiese marchar hacia la plaza vacía que el tipo tamborileó con sus dedos para que se sentara a su lado. Había algo en su mirada que la repelía. Su pelo, de color bermejo, contrastaba con su piel blanquecina y las pecas diseminadas por el tabique de su nariz. Lucía una perilla cuidada y unas cejas igual de pobladas que sus pestañas. Le impresionaron las gruesas cadenas de oro que soportaban sus cervicales, donde reconoció el rostro de Camarón en una de sus placas. Se arredró sin excusas.

- Entonces… ¿Dices que eres amiga del Beja? – Emergió su voz aguardentosa.

Zetta se convenció de que había llegado el momento de dejar salir su nuevo personaje.

- Sí, es un tipo de puta madre – Intentó ser de lo más convincente con el cruce de piernas que le ofreció.

Al *Pelirrojo* se le fueron los ojos a sus *push-up*.

- Entiendo… – Arrastró la última vocal –. El problema es que nunca te he visto por aquí, no me suena siquiera tu cara. ¿Cómo sé que estás diciendo la verdad?

- Es que llevo poco en la ciudad – admitió, insegura.

El admirador de Mauro Medina calibró una mirada de desconfianza.

- Soy de Vila Formoso, un pueblo que hay pasando La Raya –. No supo por qué diantres había dicho semejante estupidez.

- ¿Portuguesa entonces? Qué curioso – Parecía disfrutar –. Y una pregunta más, cielo. ¿De qué conoces al Beja?

- Llevamos un tiempo carteándonos – Se le ocurrió –. Justo la otra noche nos vimos cuando tuvo unos días de permiso.

- También estuvo aquí, aunque no me dijo que fuera a venir una

portuguesa.

- Seguramente se le pasaría. Le pregunté dónde podía pillar farlopa de la buena y me recomendó la tuya. Me dijo que eras de confianza, que todo el mundo acude a ti.

El Pelirrojo le brindó una mirada ceñuda. Zetta se percató de que se había cerrado en banda. Le iba a costar averiguar por qué Mauro Medina había ido a visitarlo.

- ¡Ah, sí…? – Se hizo el sorprendido –. ¿Y qué más te dijo?

- Que eras como de su familia, que acudiese a ti si me encontraba alguna vez en apuros.

Un silencio perturbador conquistó cada rincón de la vivienda. Zetta dedujo que la habría cazado y que posiblemente no tendría escapatoria cuando, de pronto, dejó escapar una carcajada herrumbrosa que le erizó el vello. Lo acompañó en su risa.

- Por supuesto, los amigos del Beja son también los míos.

Armando se levantó del sofá y se aproximó al mueble-bar, de donde sacó una bandeja de plata que colocó acto seguido sobre la mesilla. Varias rayas de cocaína se alineaban en su interior como un prodigio de inusitada armonía.

- Tengo la mejor farlopa del mercado – dijo de pie. Notó un extraño bulto por dentro de su pantalón.

A Zetta le repugnó la visión.

- Me llevo un par de gramos.

- Mejor pruébala antes – La animó con apetito.

El tipo sacó del bolsillo un billete de cien euros y se lo cedió en forma de canuto.

- Verás qué textura.

La escritora atrapó el billete entre sus dedos y se maldijo para sus adentros. Sabía que no podía rechazar la invitación. Encasquetó el canutillo al inicio de su fosa nasal e inclinándose en el asiento, aspiró el polvo blanco. Un breve cosquilleo relamió el conducto de su nariz al tiempo que otras imágenes comenzaban a desfilar en su mente.

- De sobresaliente – dijo con la garganta rasposa.

El timbre de la vivienda resonó en ese instante.

Zetta escuchó cómo los pasos de la chica retumbaron en el pasillo a medida que se dirigía a la puerta. El quejido de las bisagras la advirtió después de la visita. No tardó en percibir algunas voces mientras *el Pelirrojo* perfilaba un rictus de confusión. Se encaminó por el salón para descubrir de quién se trataba, cuando la chica lo abordó por fuera del quicio.

- Tienes compañía – anunció a regañadientes.

Luego se hizo a un lado y permitió pasar al hombre que tenía a su espalda. Ambos se fundieron en un fuerte abrazo que

manifestaba la camaradería que existía entre ellos.

- ¡Cuánto tiempo, *Bro*! – exclamó Armando –. ¿Qué haces tú por estos barrios?

- Vengo a pedirte ayuda – declaró el chaval.

Zetta calculó que no tendría más de treinta años. Con la cabellera rapada y teñida en un rubio platino, el tipo lucía unos *grills* dorados que recubrían al completo el arco superior de sus dientes. Vestía un chándal de marca y un abrigo de tres cuartos de piel sintética. La indumentaria que exhibía desenvuelto le hacía parecer un cantante de reguetón latino.

- No sabía que estabas reunido – alegó al percatarse de la presencia de la escritora, que seguía sentada en el sofá.

- Ya habíamos terminado, ¿verdad? – Notó la mirada punzante del *Pelirrojo*.

Zetta asintió incómoda.

- Perfecto, porque tenemos que hablar – continuó el chico –. Ha habido problemas.

- Lo que necesites, Richi. Sabes que esta es tu casa.

El nombre que pronunció la hizo retroceder a la famosa noche de la *rave*. ¿Se trataba del mismo Richi que organizaba esas fiestas en el *MercaSalamanca*?, se planteó angustiada.

- Por cierto, he venido con mis hombres.

- Diles que pasen, joder. Ahora le digo a Saray que nos prepare unas copas.

Richi los llamó a voces, hasta que traspasaron el salón dos tipos altos y uniformados con cara de pocos amigos. Ambos se situaron por detrás de su patrón, la complexión que ostentaba cada uno igual de maciza que un par de armarios roperos. La escritora reconoció a uno de los gorilas, el cual no le quitaba ojo tras un rictus severo. Zetta se impacientó en el sofá y tomó la decisión de escabullirse de allí antes de que fuera demasiado tarde. Se levantó y se dirigió a ellos sin más. Armando le brindó una mueca confusa.

- ¿No vas a querer la farlopa?

- Sí, claro – Despejó sus dudas –. ¿Podría ir antes al baño?

El Pelirrojo la escrutó de arriba abajo.

- Cosas de mujeres – Adobó la mentira.

- Tienes uno al fondo. No tardes.

Zetta abandonó el salón y se refugió deprisa en el pasillo. La conversación que ambos retomaron tras su ausencia la animó a fisgonear en busca de respuestas. Se convenció de que no era casualidad que los dos tipos se conocieran y formasen parte de las amistades de Medina fuera de prisión. Debían de saber algo de lo que ocurrió la noche que fue asesinada Montaña Bermejo, incluso

del sospechoso que se puso en contacto con él a través del chat. ¿Acaso podría tratarse de alguno de ellos? El halo rojizo que se escurría por debajo de una puerta atrajo su atención. Acto seguido, se coló en su interior.

Aquel pañuelo tendido por encima de un flexo generaba en la estancia una atmósfera amenazante. Los muebles, arrumbados contra las paredes, parecían haber sido desencajados por la furia de un tornado. Rápidamente comenzó a hurgar entre los cajones de una cómoda mientras atendía al murmullo que se escurría por la puerta entreabierta. Bajo el embozo de unas sábanas, halló varias bolsas con cocaína y un par de pistolas. No tuvo ninguna duda de que el *Pelirrojo* era un peligroso traficante que mercadeaba desde su piso y abastecía a otros camellos. Enseguida reparó en un sobre acolchado que había sobre un escritorio. Una cinta de VHS rebasaba unos centímetros por fuera. Se acercó con curiosidad y la sacó de su envoltorio. Sus párpados se abrieron de golpe al leer la pegatina adosada a un lateral: *André Guimarães, marzo de 1997*. Sin pensárselo, la ocultó bajo su plumífero, su mente todavía enredada en lo que acababa de descubrir. ¿Quién habría escrito *marzo de 1997*, es decir, un mes después de la desaparición del niño? Su propia confusión la llevó a retomar sus pasos hacia la salida. Con una mano sujetó la cinta por dentro de su abrigo al tiempo que con la otra asía el pomo de la puerta. Estaba a punto de alcanzar el pasillo cuando la silueta de la joven se interpuso en su camino.

- ¿Qué coño haces aquí? – Sintió la amenaza bajo el brillo lacerante de su mirada.

- Estaba buscando el baño – Salió al paso –, ya ves que me he equivocado.

La muchacha la agarró del brazo y la condujo hasta la puerta de enfrente, donde las tuberías bisbiseaban una melodía de borbotones y goteos.

- Te espero fuera – Sonó intimidante.

Zetta echó el cerrojo y abrió el grifo del lavabo. Su mirada quedó eclipsada por la imagen que reflejaba el espejo. Ni siquiera llegó a reconocer a la mujer de mirada temerosa que la observaba al otro lado de la pared. Tan solo apreció un dolor inmenso al fondo de sus pupilas, que se acrecentó al percibir las voces del resto por el pasillo.

- Que es ella, estoy seguro – Reconoció la voz de uno de los gorilas –. Es la misma que dejamos en el descampado, pero con otra peluca. ¿Dónde ostias se ha metido?

- ¿Quién, la tipa ésa? – preguntó la chica.

- Sí, ¿dónde está? – intervino el *Pelirrojo*.

- En el baño. La sorprendí en la habitación de enfrente.
- Me cago en la puta.

Después comenzó a aporrear la puerta.

- ¡Abre de una maldita vez! – vociferó.

Una sensación de ahogo se apoderó de ella. Zetta se puso cada vez más nerviosa a medida que los golpes se acentuaban. Sintió pánico. No sabía qué hacer. Estaba casi segura de que si avisaba a la policía tampoco acudirían a su rescate. ¿Cuándo fue la última vez que patrullaron las calles de ese barrio? Imaginó que no tendría escapatoria en el momento que los impactos contra la madera se intensificaron. *¡Abre la puerta!*, gritaba *el Pelirrojo*. Zetta se echó hacia atrás, hasta que la manilla de la ventana detuvo su avance. Aquella idea planeó en su cabeza. Abrió la ventana y echó un vistazo a la calle. A pesar de ser un primero, había varios metros de altura. Se aupó en el borde y descolgó las piernas por fuera. Solo cuando arrancaron el cerrojo tras una fuerte embestida, decidió saltar.

Varias bolsas de basura amortiguaron la caída. Rápidamente se incorporó y recogió el VHS del suelo. Un dolor relampagueó en su cadera. Luego alzó la vista y observó a uno de los gorilas por fuera de la ventana.

- ¡Está ahí! – Alarmó al grupo.

Zetta huyó corriendo del lugar con el miedo aún impreso en su mirada.

32

A esa misma hora, varios coches rebasaron la calle Libreros hasta detenerse por delante de la fachada de la Universidad. Nuevos grupos de turistas buscaban la famosa rana en su fachada plateresca, cuando unos cuantos agentes vestidos de paisano salieron de sus vehículos. El grupo traspasó la estatua de Fray Luis de León que se alzaba en el centro y se encaminaron a las Escuelas Menores. La verja de acceso se abría tras un arco de piedra.

En ese momento, entró una llamada en su móvil. El inspector descolgó en el acto.

- Inspector – emitió Mulas desde comisaría –. El sospechoso ha dejado de emitir las imágenes en directo. Hemos vuelto a ponernos en contacto con él, pero no da señal. Hassan cree que debe de haber perdido cobertura en la sala del Cielo de Salamanca.

- Vamos para allá – le comunicó.

Luego colgó la llamada y se dirigió al equipo.

- Necesito que se distribuyan en parejas y que vigilen todos los accesos a la Universidad y a la Casa Museo de Unamuno. El tipo ha cerrado la sesión del chat. Tiene que estar en alguna parte.

Todos asintieron cuando Elías traspasó junto a Castell la entrada a las Escuelas Menores y se perdieron por un patio con multitud de turistas morando por el jardín. Enseguida accedieron a la sala donde se hallaba el Cielo de Salamanca, atribuido a Fernando Gallego y basado en el *Tetrabiblos* de Ptolomeo. Observaron que el público se concentraba en lo alto de una tarima para apreciar la extraordinaria pintura mural que se conservaba en la bóveda de tres cuerpos. Aquel ensueño pincelado de planetas y constelaciones zodiacales parecía hipnotizar a sus visitantes, cuando los agentes se afanaron en encontrar a las dos muchachas que apreciaron en el vídeo.

- Aquí no están – susurró el inspector –. Han tenido que abandonar la sala.

Ambos retomaron el camino de vuelta. Falcón no dudó en redistribuir recursos.

- Eche un vistazo por la derecha, que yo iré por el lado contrario. Nos encontramos a la salida.

Partieron por fuera de los soportales en la búsqueda de las dos chicas que el sospechoso había grabado en aquel mismo lugar minutos antes. Por las pocas descripciones con las que contaba la Brigada, el inspector se dedicó a observar a las chicas jóvenes con

las que se cruzó en su camino (tampoco calibraba una edad aproximada), llegando a asaltar a varias turistas que grababan con sus teléfonos la arquitectura de las Escuelas Menores. La confusión que poco a poco fue atrayendo a más gente le obligó a suspender su examen ocular. Después traspasó el arco de medio punto, donde Bruno Castell parecía esperarlo. Se acercó con el rostro contagiado por el desánimo.

- Nada, jefe. Ni rastro de ellas.

- ¿Dónde diablos han podido meterse? No pueden haber ido muy lejos.

Su móvil volvió a sonar. No tardó en leer en la pantalla el nombre de Montaner.

- Dígame, Reyes – Abordó a la subinspectora.

- ¿Dónde se encuentra?

- Acabo de salir con Castell de las Escuelas Menores.

- Lo estoy viendo.

Falcón se giró y vio que su agente estaba alzando la mano por detrás de la estatua de Fray Luis de León. Cortó la llamada y se desplazó junto a su hombre hacia los policías que aguardaban la espera con el semblante circunspecto.

- ¿Qué ocurre?

- Hemos localizado esto – Señaló la repisa de mármol en la que se erigía la escultura.

Luego comprobó que se trataba de un dispositivo con la batería desarmada y la pestaña de la tarjeta vacía.

- El informático nos avisó de que la señal se perdía por esta zona. La científica ya se encuentra de camino – prosiguió Montaner –. Lo siento, jefe. Lo hemos perdido.

Un impulso lo llevó a soltar un taco. Los demás se mantuvieron expectantes.

- Esto era un aviso – Se convenció –. Va a ir a por ellas.

- A lo mejor solo intenta jugar con nosotros – Se entrometió Castell en su malhumor.

- Lo dudo. Creo que la inspectora Belmonte tenía razón. El cómplice de Medina está cabreado.

- ¿Avisamos a la local para que intensifiquen los controles en el centro?

- Antes habría que analizar las imágenes y averiguar quiénes son esas chicas – Caviló a toda prisa –. Ahora sí que sus vidas corren peligro.

33

La luz del día otorgaba al chalet un aspecto diferente al que recordaba. Zetta apagó el motor del coche y se deshizo de la peluca con la que había acudido a casa del *Pelirrojo*. Atendió sin querer al reflejo que le devolvió el espejo retrovisor. La alopecia areata había barrido cualquier folículo capilar en cuestión de meses. La escritora se resistió a seguir mirando y sacó de la guantera su cabellera de rizos. Luego se apeó y traspasó la verja con la sensación de que había hecho lo correcto avisando al periodista. No estaba en disposición de telefonear a Falcón sobre lo ocurrido en el barrio de Buenos Aires tras la conversación que habían mantenido en el Café Novelty.

Su mente distraída la llevó a pulsar el timbre. Zetta esperó una señal por dentro del porche, hasta que intuyó unos pasos al fondo. Ernesto Llamas desatrancó la puerta al momento.

- Buenas – emitió con la voz seca.

Después echó un vistazo a ambos lados de la calle y se aseguró de que nadie se hubiese percatado de la presencia de la escritora. La hizo pasar rápido al descansillo.

- ¿Qué ha pasado? – preguntó al echar el cerrojo –. Te note muy nerviosa por teléfono.

- Unos tíos me han perseguido por el barrio de Buenos Aires – desembuchó, todavía impresionada –. Por poco no lo cuento. Eran los mismos gorilas de la *rave* a la que me mandaste. Me han reconocido, joder. Ahora saben que voy tras ellos.

Llamas cabeceó varias veces – señal de la imprudencia que había cometido por su falta de práctica – y se internó en el pasillo, prendiendo las luces en su trayecto. Zetta se fijó en la remarcada curvatura de sus cervicales, fruto de esa acromegalia que le atribuía una estatura colosal y unas extremidades fuera de lo común. Nada más franquear el salón, la portuguesa tomó asiento y reparó entonces en la actitud desdeñosa que Ernesto calibraba sobre sus facciones, como si la llamada de atención que intentaba transmitirle tuviera algo que ver con su desastrosa visita a casa del *Pelirrojo*.

- ¿Ocurre algo? – Le trasladó sus dudas.

Llamas se sentó a su vera, encajonando el brazo izquierdo por encima del respaldo. Su lenguaje corporal la indujo a pensar que intentaba controlar la situación.

- ¿Tú qué crees? – Se la devolvió a modo de retórica –. He visto que estás haciendo muy bien tu trabajo en comisaría, pero ese no fue el trato que acordamos. Si ese inspector te ha pedido que colabores ha

sido gracias a que te di el chivatazo.

La escritora supo el motivo por el que lo notó distante nada más llegar. Era consciente de que la firma del documento de confidencialidad le había reportado una serie de beneficios en torno a la investigación. Tal vez ahora supiera mucho más que el resto de reporteros de la ciudad, pero tampoco estaba dispuesta a cruzar la línea de fuego que Ernesto parecía proponerle. Todo cuanto le informase acabaría publicándolo en el diario para el que trabajaba. Ahora, más que nunca, debía dar los pasos certeros.

- Confía en mí. Te juro que la investigación se encuentra en un punto muerto.

- ¡Mientes! – Se exaltó. A Zetta no le gustó su reacción –. Al menos, reconócelo. Sé que anoche hubo una persecución en Anaya y no me he enterado por ti precisamente.

- Pensaba contártelo – Se excusó.

Él la contemplaba con suma arrogancia.

- Al final va a resultar que es cierto lo que averigüé en Viseu y que no eres más que una mentirosa que utiliza a los tíos en su propio beneficio.

- Eso ha sido un golpe bajo – Le recriminó –. Además, ¡tú qué ostias sabrás? Hago con mi vida lo que me sale de la mismísima *buceta*. ¿Te enteras?

El dolor que llevaba adosado a su cadera desde que se lanzó por la ventana volvió a sacudir su carne como si se tratase de una descarga eléctrica.

- ¿Te encuentras bien? – Se interesó.

- No es nada. Creo que me hice un rasguño cuando escapaba de esos tíos.

- En el baño tengo un botiquín. Acompáñame.

Llamas se adentró en el pasillo y se dirigió a la puerta del fondo. Zetta, en cambio, se mantuvo por fuera y esperó a que sacara del armario un cajetín de primeros auxilios.

- Ahí encontrarás todo lo que necesitas – dijo una vez que abandonó el baño.

Zetta entornó la puerta y se miró al espejo. Unas profundas ojeras surcaban sus párpados inferiores. La escritora se bajó los *push-up* y reparó en los arañazos que palpitaban a la altura de su cadera. Extrajo del botiquín un bote de agua oxigenada y varias nubes de algodón. Después las impregnó con la solución cristalina y desinfectó la herida. Repitió la operación durante unos minutos, asegurándose de que la rozadura había dejado de sangrar. Luego abrió el grifo para lavarse las manos cuando, al asomarse en el espejo, sorprendió al periodista observándola por detrás de la puerta.

- ¿Qué cojones haces ahí? – dijo atendiendo al reflejo.

Llamas forzó una sonrisa de gozo a medida que deslizaba la puerta y entraba en el baño. Le intimidó su prominente estatura.

- Será mejor que te largues – farfulló al intentar subirse los *push-up* –. Me estás po…

Pero antes de que pudiera terminar la frase el periodista se abalanzó sobre ella, cayendo ambos al suelo junto con el resto de utensilios que almacenaba el botiquín. El estruendo dio paso a los sollozos de Zetta. El hombre se colocó encima y comenzó a desabrocharse los pantalones. Llamas deslizó sus bragas sin esfuerzo y palpó parte de su pubis. Su miembro, duro y turgente, comenzó a presionarla. Zetta se refugió por fuera de su mirada voluptuosa y reparó en el bote de agua oxigenada que yacía en el suelo. Entonces lo apresó y le asestó un golpe contra una de sus sienes. Ernesto cayó hacia un lado al tiempo que Zetta se incorporaba atemorizada.

Ni siquiera se giró para saber si estaba herido. Simplemente huyó de allí con lágrimas en los ojos mientras su voz se deslizaba por el pasillo como un eco infernal.

- ¡Pagarás por lo que has hecho, maldita zorra!

34

El inspector no había vuelto a dirigirle la palabra a su agente desde que la científica se personó en el Patio de Escuelas y recogió el terminal que apareció sobre la repisa de la estatua de Fray Luis de León. Uno de los técnicos lo introdujo en una bolsa isotérmica y lo etiquetó como prueba informática para, posteriormente, trasladarlo al laboratorio. Una vez que se despidieron y retomaron sus pasos por la calle Libreros, Castell percibió el malhumor que profesaba su jefe. Imaginó que la huida del sospechoso y, por ende, la falta de pruebas en torno a las dos chicas, le había retraído en un mutismo adverso. No fue hasta que entraron en el coche y comenzó a sonar su móvil cuando disolvió aquel gesto de su rostro.

- Aquí Falcón – dijo tras carraspear un par de veces.

- Jefe, soy Mulas. No sé si ha recibido el correo que acabo de enviarle a la *Intranet*.

- No, que yo sepa – Dudó –. Voy a comprobarlo. Un segundo.

Elías encendió la Tablet ante la mirada atenta de Castell. Entró en la bandeja de entrada y pulsó en el último correo recibido. No tardó en descargar la fotografía que el agente le había adjuntado al correo y que capturaba en un primer plano la mochila de color fucsia que portaba una de las jóvenes.

- Lo tengo – le anunció –. ¿Qué habéis averiguado?

- Analizando de nuevo las imágenes, hay algo que quizá hayamos pasado por alto. Si amplía la foto, verá que la mochila tiene uno de esos compartimentos exteriores hechos con redecilla que hace la función de bolsillo.

- Sí, lo veo – le indicó.

- Pues justo en ese compartimento sobresale un plano de la ciudad – Falcón aumentó la imagen y se fijó –. Plano que, por cierto, tiene algunas rutas trazadas a boli. Ahora bien, ¿es capaz de ver el logo que hay en la parte superior del plano?

El inspector volvió a ejecutar un nuevo zoom y reparó en el dibujo de una cama. Un poco más abajo, tres palabras anunciaban el nombre del establecimiento: *Hostal Entre Visillos*.

- Lo conozco. Ese hostal está en el centro, creo recordar que en la calle Miñagustín.

- Exacto – le ratificó –. Es muy probable que ambas chicas se hospedasen allí, por eso he decidido avisarle.

- Buen trabajo, Mulas. Salimos para el hostal.

***

Muy próximo al Palacio de la Salina, el hostal *Entre Visillos* – en alusión a la novela costumbrista de la ilustre escritora charra, Carmen Martín Gaite – se hallaba en el primer piso de un inmueble castizo, con la fachada revestida en tonos amarillos y con varias ménsulas sustentadas sobre las acroteras y balcones.

Falcón estacionó el vehículo delante del inmueble y se apeó a la vez que su agente. Se fijó en que una de las hojas del portón estaba abierta. Ambos accedieron al interior y ascendieron por un ramal de escalones con las tablillas de madera abombadas. Una vez que llegaron al primer piso, un cartel les anunció que habían llegado a su destino. El inspector pulsó el timbre y esperaron impacientes en la penumbra del rellano, de paredes lisas y suelos ajedrezados. Al momento, un pitido les advirtió que la puerta se había desbloqueado y se internaron en la recepción del hostal. Falcón escrutó al hombre que, emplazado por detrás de un mostrador, le ofrecía una sonrisa de anuncio aprendida a base de pericia. Los agentes se acercaron con el gesto contumaz.

- Buenos días – Los saludó con maneras relamidas.

Su empaque contrastaba con su actitud pulcra y estudiada.

- Buenos días – Intercedió Falcón –. Somos de la policía judicial. ¿Podríamos hablar con el dueño del hostal?

- En estos momentos no está, pero yo mismo puedo atenderlos. Me encargo de la recepción y también de la parte administrativa.

- Está bien – No tuvo inconveniente.

Después encendió la Tablet y reprodujo el vídeo que Mulas le había enviado al correo de la *Intranet*. El hombre arqueó las cejas mientras atendía a la grabación.

- ¿Reconoce a alguna de estas chicas? – le cuestionó.

- Difícil si solo me ofrecen su espalda – Sonó a reprimenda –, pero diría que se trata de las *guiris* que se alojan en el hostal.

Luego volvió a observarlas con detenimiento, inclinando el cuello hacia la Tablet.

- Sí, estoy seguro, son ellas – dijo finalmente –. Llevaban la misma ropa cuando las atendí esta mañana. Me acuerdo perfectamente de esa mochila fucsia.

Falcón y Castell se devolvieron una mirada de complicidad.

- Necesitaríamos que nos facilitase sus nombres.

- Por supuesto – acotó disciplinado –. Es más, creo recordar que se alojan en la habitación del fondo, en la número nueve.

El hombre aleteó los dedos por encima del teclado del ordenador y con la vista puesta en la pantalla. Al cabo de unos segundos, perfiló una sonrisa.

- Aquí están. Heidi Müller y Sophie Christen. Ambas de veintitrés años y naturales de Ginebra, Suiza.

El inspector apuntó los nombres en la lista de notas de su dispositivo.

- ¿Cuándo dice que fue la última vez que las vio?

- Esta mañana temprano, alrededor de las nueve. Me preguntaron qué lugares podían visitar en la ciudad y les anoté en un plano diversos monumentos de interés.

- ¿Entre ellos el Cielo de Salamanca? – Se inmiscuyó Castell en la conversación.

- Claro, y también la Universidad y el Patio de Escuelas. ¿Por…?

Era evidente que el recepcionista se sentía la mar de confuso en tanto que los policías no albergaban ninguna duda al respecto.

- ¿Por casualidad no tendrá el número de contacto de alguna de ellas?

- Sí, el de Sophie Christen – resolvió al girar la pantalla.

El subinspector marcó el número en su móvil y se desplazó unos metros para realizar la llamada.

- ¿Le comentaron algo más, algún plan que quisieran realizar a lo largo del día?

El hombre arrugó el ceño tras la siguiente cuestión.

- Ahora que lo dice, me preguntaron si había alguna pista de esquí cercana – Ladeó la vista hacia un punto incierto de la recepción –. Les indiqué que tenían La Covatilla a poco más de una hora. Les anoté los horarios de las pistas y la autovía que debían tomar, pero lo que ya no me dijeron es si irían hoy u otro día.

- ¿A qué se refiere? – lo interpeló.

- A que ambas pagaron una estancia de dos noches y mañana tienen que dejar la habitación antes del mediodía. Aunque imaginó que acudirían hoy porque sacaron el coche del garaje que el hostal tiene a disposición de sus huéspedes.

El inspector esgrimió un gesto de recelo.

- ¿Dispone del modelo y la matrícula? – Se interesó.

- Lo tiene justo ahí, debajo de sus nombres – Señaló con un lapicero.

Buscó la información en la pantalla hasta que localizó en un recuadro las características del vehículo, un Seat Ibiza azul oscuro con matriculación: 7105DRL.

- Jefe, el móvil no da señal – dijo Castell –. Está apagado o fuera de cobertura.

- Habrá que seguir insistiendo – sugirió como única salida.

Luego cerró la tapa de su Tablet y la colocó bajo su antebrazo. Se dirigió al recepcionista antes de largarse de allí.

- Si por casualidad apareciesen póngase en contacto con la

comisaría de la Policía Nacional – lo instruyó. El hombre lo miraba sin pestañear –. Es bastante urgente.

- Por supuesto – añadió confuso –, no le quepa la menor duda.

Una vez que abandonaron el hostal y retomaron la escalinata del edificio, Falcón sacó el móvil y marcó el teléfono de comisaría. Al segundo tono descolgó Mulas.

- Jefe – emitió el subinspector.

- Acabamos de estar en el hostal donde se alojan las chicas. Apunte. Se llaman Heidi Müller y Sophie Christen. Ambas tienen veintitrés años y son de Ginebra. Parece ser que disponen de un coche, un Seat Ibiza azul oscuro con matrícula 7105DRL. Compruebe si pertenece a alguna de ellas o si lo arrendaron en una agencia de alquiler de coches. Sabemos que tenían intención de acudir a esquiar a La Covatilla, por lo que sería conveniente avisar al puesto de la Guardia Civil de Béjar para informar del hecho y que alguna patrulla se pase por las pistas.

- De acuerdo – señaló el agente con la voz concentrada –. ¿Más?

- Sí, que alguien se ponga en contacto con la policía de Ginebra y que averigüe si les habían comentado a familiares o amigos qué planes tenían pensado hacer hoy. Estoy seguro de que esas chicas corren peligro.

- Perfecto, me pongo a ello.

Pero justo cuando percibió que Mulas había colgado la llamada, Falcón tuvo la sensación de estar sumando un fracaso tras otro en los días que llevaba al mando de la investigación.

***

Horas más tarde, los faros de la quitanieves alumbraban el camino que se prolongaba hacia las profundidades del parque forestal. Nadie parecía haber transitado por su senda blanca, despejada de cualquier marca o rastro animal. El operador continuó apartando los terrones de nieve en el arcén al tiempo que tatareaba una canción de moda que estaban poniendo en la radio. *«I've opened my eyes and counted the lies and now it is clearer to me…»*, cantaba a pleno pulmón la estrofa de *Muse*. El hombre parecía concentrado cuando, de pronto, sus párpados se abrieron más de la cuenta y frenó el vehículo de golpe.

- Pero qué demonios… – expulsó impresionado.

La silueta que intuyó al fondo se transformó en una joven de cabellos rubios que estaba cruzando desnuda el camino, con restos de sangre en su piel y los brazos alrededor de su pecho. La chica detuvo su desplazamiento y giró atemorizada la cabeza hacia la burbuja de luz que la rescató de su oscuridad. El operador se bajó de la cabina y se acercó a ella con el rostro

demudado, la zancada precavida, el susto aún en el cuerpo. Pero solo cuando sus miradas tropezaron por dentro de aquel paraje frío y solitario, la chica vació de su garganta un grito desgarrador que se perdió en el silencio de la noche.

Los pájaros huyeron en bandada de los árboles.

DÍA 5

35

Un resplandor rasgó la oscuridad de la habitación cuando el móvil comenzó a sonar en la mesilla de noche. Elías Falcón se giró molesto en la cama y emitió un sonido gutural a la vez que atrapaba el teléfono y consultaba la pantalla. El número de la comisaría lo alertó.

- Jefe, soy Castell. Espero no haberle despertado.

Falcón ojeó el despertador digital y comprobó que eran las seis de la mañana.

- El puesto de la Guardia Civil de Béjar acaba de avisar a comisaría. Unos senderistas han encontrado muerta a una de las chicas.

El inspector se incorporó rápido de la cama.

- ¿Dónde? – le requirió.

- En el puente de la Malena, cerca de Valbuena. La comitiva ya se encuentra allí.

- De acuerdo, salgo para allá.

Falcón cortó la llamada y comenzó a vestirse apresuradamente. Las imágenes que conservaba de las dos chicas volvieron a emerger en su memoria. No hacía ni 24 horas que aquel tipo las grabó en el Cielo de Salamanca y ahora una de ellas estaba muerta. Elías se maldijo en cuanto cerró la puerta de su casa y descendió las escaleras con el ánimo derrotado.

***

Las primeras luces del amanecer despuntaban tras el contorno ensombrecido del valle. Falcón detuvo el coche en un claro del bosque y se bajó. Las diversas lámparas que se intuían al fondo generaban un aura fantasmagórica en aquel lugar solitario, como si el agresor lo hubiese escogido a propósito a tenor del silencio que recogían sus árboles. Elías echó a andar campo a través, sintiendo cómo la tierra se hundía bajo las suelas de sus zapatos. Avanzó por un suelo alimentado de musgo y helechos hasta que reparó en la presencia de la comitiva, la cual trabajaba por dentro del perímetro que habían acotado con unas balizas. Reconoció a los técnicos de la doctora Vázquez, que recogían muestras enfundados en sus trajes de bioseguridad criminalística y lentes transparentes. También al juez Castillo, que parecía haber entablado una conversación con el secretario judicial y otros miembros de la policía. Falcón descendió el terreno y vio los pequeños islotes de arena que el agua había formado hacia los

márgenes de un puente de piedra. Cortinas de vapor que exudaban de sus orillas como espectros errantes.

El subinspector Castell lo abordó a pocos metros del hallazgo.

- Buenas, jefe – Lo saludó con la actitud reservada –. La científica acaba de encontrar la mochila con su pasaporte. Se trata de Sophie Christen.

Elías sospechó que se refería a la joven que portaba en el vídeo una mochila a su espalda.

- ¿Qué hay de la otra chica? Creo recordar que se llamaba Heidi Müller.

- Todavía no ha aparecido su cadáver. Varios agentes están peinando los alrededores con una unidad canina y otros están tomando declaración a los testigos.

- De acuerdo. Avise al puesto de la Guardia Civil de Béjar y dígales que la víctima iba acompañada de otra joven de nacionalidad suiza. Sería conveniente redistribuir los efectivos e intensificar el trabajo en otras áreas del bosque. ¿Sabemos algo del Seat Ibiza que conducían?

- En el aparcamiento de la estación de esquí de La Covatilla no se ha localizado el modelo. Tan solo hemos averiguado que el vehículo pertenece a una empresa de alquileres de coches de Salamanca. Creemos que el agresor debió de atacarlas en otro lugar para, después, abandonar aquí sus cuerpos. O al menos uno de ellos.

- Sigo sin entender por qué nuestro hombre se ha tomado la molestia de cometer el siguiente crimen tan lejos de la ciudad – Se barrenó los sesos en busca de respuestas –. En fin, manténgame informado. Voy a hablar con la doctora.

Falcón partió hacia la escena del crimen, donde los auxiliares forenses continuaban recabando pruebas con el reactivo quimioluminiscente. Supuso que albergarían la esperanza de hallar restos de sangre al mezclar el luminol con una solución diluida en peróxido de hidrógeno. Otro estaba tomándole la temperatura a su hígado mientras su compañero fotografiaba el cuerpo de la joven en posición genupectoral; la misma que contempló días atrás en el cadáver de Montaña Bermejo. El inspector constató que las evidencias eran de lo más obvias; edad similar, idéntica complexión corporal, color de cabello…, y lo más inquietante: otro puente de piedra. ¿Por qué?, se cuestionó al levantar la cinta de balizamiento y acceder al escenario. No tardó en descubrir que sus muñecas habían sido maniatadas con otras esposas *bondage*. También reparó en el pequeño cráneo de gamo que yacía por delante de sus manos.

Falcón se acuclilló a escasos metros y volvió a repetir el ritual con los ojos cerrados. Miles de fotogramas asaltaron su mente mientras evocaba a Sophie Christen huyendo despavorida de su

agresor. Después abrió sus párpados y comprobó que la doctora le estaba gratificando con una sonrisa forzada, la cual denotaba una mezcla de asombro y resignación. Decidió incorporarse del suelo.

- Buenos días, doctora – La saludó en su ascenso –. ¿Alguna novedad?

- Varias. Me pilla justo haciendo el cronotanatodiagnóstico – Se retiró la mascarilla quirúrgica –. No sé si se ha fijado en la *V* que tiene grabada por debajo de su nuca.

Falcón desvió la mirada hacia el cadáver, donde intuyó aquel símbolo trenzado a su carne entre el revuelo de mechones. No cabía duda de que se trataba del mismo tipo.

- Supongo que se la realizó con la misma varilla de marcar al igual que hizo con la primera víctima – prosiguió –. He comprobado que ha vuelto a coser sus labios. Imagino que me habrá dejado otro regalito en su cavidad bucal. Pero hasta que no ejecute la autopsia, me temo que no podré ser más precisa.

- ¿Sabemos al menos cómo la mató? – Quiso averiguar.

- Tras un primer examen ocular, diría que la disparó con otro cartucho de pancuronio con intención de inmovilizarla. Luego debió de taponar su garganta con esa extraña melaza que le mostré en el depósito, lo que tuvo que provocarle la asfixia al instante. Pero son simples conjeturas que no podré resolver hasta que realice la autopsia.

El inspector atendió a la pequeña marca que se revelaba en su piel y que alguien de su equipo habría rodeado con tinta para no perder de vista el pinchazo. Aquella imagen le revolvió el estómago.

- Lo que sí puedo confirmarle es que éste no es el lugar de los hechos – Atrajo de nuevo su atención –, lo mismo que ocurrió en el caso de Montaña Bermejo. Por la búsqueda y tratamiento de las evidencias, estamos convencidos de que la asaltó en otro punto para, posteriormente, trasladarla aquí y colocar en su cuerpo la misma parafernalia.

Supo que se refería tanto a las esposas *bondage* como al cráneo del animal.

- Yo también lo creo – Le dio la razón –. El coche que alquilaron aún no ha aparecido.

- Ni tampoco la amiga por lo que me han informado – Dejó caer.

Falcón cabeceó resignado.

- ¿Conocemos la data de la muerte?

- Difícil por las condiciones climáticas y el enfriamiento del cadáver, aunque por la lectura que ha revelado la medición del recto me atrevería a establecerla en torno a doce horas, quince a lo sumo.

- Es decir, a primera hora de la tarde de ayer – calculó.

- Más o menos, pero son solo hipótesis. Prefiero reservar mi

dictamen para cuando efectúe la necropsia – atajó –. Estamos todos trabajando bajo presión.

- Se lo agradezco, doctora.

- Por cierto, creo que lo reclamaba el juez de instrucción.

El inspector se volvió rápido y observó que Castillo estaba alzando el brazo por fuera del área acordonada. Elías ni siquiera se despidió de la patóloga cuando partió de la escena del crimen y se internó en la penumbra que relamía el paraje. Solo el rumor del agua se ofreció a acompañarlo mientras atendía al semblante meditabundo del juez. Las bolsas que surcaban sus párpados le dieron una idea de lo que iba a encontrarse.

- Buenos días, señoría – Le estrechó la mano.

- Supongo que habrá caído en la cuenta de que no va a poder llevarse a cabo lo que me planteó el otro día por teléfono – soltó a bocajarro. Percibió en su aliento los restos del cigarro que acababa de fumarse –. Me temo que no voy a poder paralizar la salida de prisión de Mauro Medina.

- Soy consciente de que esto ha dado un giro en la investigación, pero sabemos que cuenta con un cómplice y que está igual de pringado que él.

- Lo siento, inspector, pero la realidad es otra – le aclaró –. Tiene a un asesino fuera, a la prensa tocando los cojones y a la amiga de esa joven desaparecida. ¿Sigo…?

Falcón estuvo a punto de replicarle cuando su agente irrumpió al momento con el rostro desencajado. La mirada de Castell imprimía un profundo desconcierto.

- Jefe, acabo de recibir un aviso de la comisaría de Béjar – dijo desalentado –. Parece ser que la otra chica, Heidi Müller, lleva en el hospital desde anoche.

- ¿Está viva? – alzó impresionado la voz.

- Tuvieron que sedarla por el estado en el que apareció. Hace una hora ha despertado y varios agentes están tomándole declaración. Los portugueses ya están de camino.

36

Minutos más tarde, Falcón aparcó el coche y se dirigió deprisa a la entrada del hospital de Béjar. Nada más franquear el vestíbulo y preguntar en Admisiones por la paciente, le indicaron la habitación en la que se hallaba Heidi Müller. Tomó el ascensor y esperó impaciente a llegar al primer piso. No se resistió a contemplarse en el espejo, donde sus mejillas se habían arrebolado fruto del nerviosismo que le carcomía por dentro. Una vez que las puertas se desplazaron, se abrió ante él un largo pasillo. Falcón retomó sus pasos y atendió a los distintos números que se asomaban por encima de las puertas, la mayoría cerradas. Apenas tardó en reconocer a la inspectora Belmonte, que mantenía una charla con un hombre de edad madura y uniformado para la ocasión. Supuso que se trataría de un alto mando de la comisaría por las medallas que exhibía en su pechera.

- Hola, inspector – La portuguesa fue la primera en saludarlo –. Quiero presentarle al inspector Rosales, de la comisaría de la Policía Nacional de Béjar.

- Mucho gusto – Le estrechó la mano –. ¿Y el resto? Tenía entendido que estaban tomándole declaración a la chica.

- Se está encargando mi hombre, da Sousa – Lo puso en antecedentes –. Parece ser que ninguno hablaba inglés con fluidez.

- Estuvimos a punto de llamar a un traductor – prosiguió Rosales –, pero el portugués se prestó a colaborar. Me refiero al subinspector – rectificó rápido por temor a haber metido la pata.

- ¿Dónde está?

- Con ella, en la habitación – Señaló el ventanuco que había en mitad de la puerta.

Falcón echó un vistazo a través del cristal y reparó en Heidi Müller, que removía inquieta sus piernas por dentro de las sábanas. Atendió a su cabellera rubia y revuelta y también a sus labios cuarteados, señal de haber sido expuestos a bajas temperaturas. Da Sousa se fijó en él por el ventanuco y se levantó de la silla. Luego se encaminó por la habitación, dejando al otro hombre de espaldas a la puerta y con un bloc sobre su regazo.

- ¿Quién está con ellos? – formuló en voz alta.

- Es un dibujante de la Escuela de Bellas Artes – le confirmó Rosales –. La muchacha insistió en hacer un retrato de su agresor por miedo a olvidarse de su aspecto.

En ese momento, Da Sousa salió al pasillo con la mirada fatigada.

- ¿Y bien? ¿Qué ha dicho? – Lo urgió delante de los demás –. ¿Recuerda algo?

- Bastante, la verdad. La chica me ha asegurado que ella y su amiga se dirigían a La Covatilla cuando decidieron hacer un alto en el camino y tomar unas fotos. Allí apareció un hombre que se bajó de su furgón y les preguntó si necesitaban ayuda. Ambas le dijeron que solo estaban de paso y le dieron las gracias. Pero el tipo se abalanzó sobre ella y la pinchó con una jeringuilla a la altura del cuello. Desconoce qué era lo que le inyectó.

- Pancuronio – Se adelantó Elías –. La sustancia que encontró la doctora en el cadáver de Montaña Bermejo. Es un agente bloqueante que produce relajación muscular.

- Los médicos nos sacarán de dudas en cuanto dispongan de los análisis, aunque en su caso no servirá de mucho. Afirma que su agresor no llegó a inocularle la dosis completa porque asestó la aguja contra su clavícula. En cambio, su amiga no tuvo la misma suerte. Dice que antes de perder el conocimiento, vio que Sophie Christen había echado a correr…

- … hasta que interrumpió su huida disparándola con un arma anestésica, específica para la sedación de animales –. Hilvanó el inspector a medida que atendía al relato.

Da Sousa asintió a modo de respuesta.

- Al despertar, Heidi se dio cuenta de que se encontraba en el interior de su furgón.

- ¿Recuerda algo del vehículo? – Se inmiscuyó Rosales.

- Que había bastantes herramientas colgadas de sus paredes, serruchos, cuerdas..., pero no del modelo. Tan solo que era blanco.

- Daré orden para que intensifiquen los controles tanto en carreteras principales como en secundarias – El inspector de Béjar dio voz a sus pensamientos–. Continúe.

- Cuando la chica recobró la consciencia, descubrió que estaba tumbada en el suelo del furgón completamente desnuda. A su lado, Sophie ni siquiera podida moverse; solo emitía sonidos guturales y removía sus ojos como si, y cito textualmente: *estuviera animándome a salir de allí para pedir ayuda*.

- Lógico – acuñó la portuguesa –, y más sabiendo que no había perdido la movilidad.

- Según cuenta, era ya noche cerrada cuando salió del vehículo. No estaba del todo convencida de dejar a su amiga sola, pero al intuir al fondo del camino la luz de una linterna, supuso que se trataría de él y se aventuró a escapar bosque adentro.

- Se ha salvado de milagro – aseveró Rosales –. Recorrió desnuda

dos kilómetros con nieve hasta las rodillas. La encontró el operario de la quitanieves.

- Lo que ahora nos urge es localizar el vehículo de las chicas para la toma de huellas dactilares, por si a nuestro hombre le hubiese dado por entrar y fisgonear.

- ¿No le han avisado sus agentes? – se dirigió Rosales al inspector –. Una patrulla de la Guardia Civil ha hallado el Seat Ibiza en un descampado, cerca de La Covatilla.

A Falcón le resultó extraño que Castell no le hubiese telefoneado siquiera.

- Infórmenme con lo que averigüen – ordenó –. Ahora quiero hablar con ella.

Ninguno se interpuso en su camino cuando asió el pomo de la puerta y se aventuró a entrar. Heidi Müller rotó el cuello sobre la almohada y observó al inspector, permitiéndole entrever el rastro de la hipotermia que conservaba en sus labios cuarteados. Su mirada, por el contrario, expelía el miedo de lo que jamás llegaría a olvidar. Elías se situó por delante del dibujante y esgrimió un gesto compasivo.

- Hola, Heidi – pronunció con suavidad –. Soy el inspector Falcon, de homicidios.

Da Sousa tradujo al inglés a su lado.

- Me gustaría saber si recuerdas algo de tu agresor que nos ayude a atraparlo, algún rasgo físico que te llamara la atención, una cicatriz, un tatuaje, cualquier cosa…

El subinspector terminó de trasladar el mensaje mientras la chica atendía callada.

- No – respondió –. Ya les he dicho que el hombre llevaba una mascarilla quirúrgica, no pude verle el rostro. Era más alto que usted. Tenía el cuerpo atlético, como si hiciese ejercicio regularmente, no sé si me explico.

- Perfectamente. Lo único que no sé por qué han avisado a un dibujante para hacer un retrato robot si ni siquiera pudiste apreciar su cara.

- El suyo no – Se puso nerviosa –, pero sí el que vi en el furgón.

Falcón pergeñó una mueca de extrañeza.

- Será mejor que eche un vistazo – anunció el retratista desde su silla.

Elías se volvió y atendió al hombre que le estaba tendiendo su bloc de dibujos.

Entonces apresó el cuaderno y se perdió entre los trazos a lápiz que se entrecruzaban por dentro del papel, recreando bajo las sombras del grafito una especie de máscara de mirada hueca. Un rostro alargado, con la barbilla picuda y la sonrisa colmada de

dientes, de cuya frente sobresalían dos protuberancias que imitaban a una cornamenta tosca y atávica.

Sus ojos se llenaron de espanto a medida que levantaba la vista y tropezaba de nuevo con el gesto amilanado de Heidi Müller.

- *He had a mask* – alzó la voz, presa del pánico –. *¡He had a mask!*

***

Falcón era incapaz de quitarse de la cabeza aquel rostro de facciones demoníacas. Nádia Belmonte se percató de la impresión que le había causado el retrato que sostenía en su mano y franquearon las puertas mecánicas para salir al exterior. El aire los embistió nada más bajar las escaleras del hospital en dirección al aparcamiento. La inspectora decidió inmiscuirse en sus pensamientos antes de alcanzar su coche.

- Sería conveniente volver a pedir una orden al juez para interrogar a Medina – Planteó –. Es posible que sepa algo de la máscara y nos abra una nueva línea de investigación.

El inspector asintió y tomó una foto al retrato robot. Luego le cedió la lámina a Belmonte.

- ¿Podría entregarla en comisaría para que se encarguen de distribuirla por las distintas comandancias y puestos de la provincia? – le pidió –. Yo me pasaré en un rato, antes tengo que hacer unas gestiones.

En el fondo, no le apetecía compartir con ella la idea que planeaba en su mente.

- Está bien, seguimos en contacto ante cualquier novedad – respondió la portuguesa.

Elías se despidió y entró en su coche. Solo cuando se cercioró de que podía hablar tranquilo, buscó a Zetta en su móvil y pulsó la llamada. Los tonos se sucedieron a través del manos libres mientras arrancaba el motor y se alejaba de allí a toda prisa.

- *Quem é?* – La voz de la escritora se asomó en el interior como por arte de magia.

- Zetta, soy Falcón. ¿Te parece que nos veamos en el Café Novelty en una hora? Hay algo que necesito mostrarte. Es sobre el individuo que te asaltó la noche de la fiesta *rave*.

37

Faltaba un minuto para que el reloj de la Plaza Mayor marcase las doce del mediodía. Falcón tiró de la puerta y se adentró en el rumor de la cafetería. Descubrió a Zetta sentada en el mismo velador de la vez anterior, la escultura de Torrente Ballester presidiendo uno de los laterales. Elías quedó preso del extraño magnetismo que parecía imantar con los brazos cruzados y la sonrisa dócil, su voluminosa cabellera enmarcando aquellos rasgos suaves y aguerridos. Después la saludó de camino a la barra, donde pidió al camarero una caña y un copete de ensaladilla rusa. Fue entonces, al regresar a la mesa, cuando se fijó de nuevo en las dos golondrinas que tenía tatuadas. Tal vez era su manera de advertir al mundo que no solo habitaba una recóndita oscuridad bajo las capas de su dermis.

Al momento, apareció el camarero con la consumición.

- ¿Quieres probar la paloma? – dijo mientras ensartaba el tenedor en la ensaladilla y la volcaba en el cuero abarquillado.

- No, gracias – Prefirió dar un sorbo a su tazón de té –. ¿Y bien, qué era eso que querías mostrarme? La verdad, me quedé bastante intranquila después de recibir tu llamada.

El inspector cogió una servilleta de papel y se la pasó por la boca antes de responder.

- Ha habido novedades – Se mostró serio –. Esta mañana ha aparecido otra chica. Se trata de Sophie Christen, una joven suiza que estaba de paso en Salamanca junto a una amiga, Heidi Müller. Al menos, ella ha sobrevivido. Se encuentra en el hospital de Béjar restableciéndose de las contusiones que sufrió durante su huida.

- Mierda… – balbució impresionada.

- Sabemos que se trata del mismo individuo por el *modus operandi* que ha dejado en el cadáver. Idéntica ligadura en las muñecas, otro cráneo de gamo… El caso es que Heidi Müller pidió ver a un dibujante para que realizase un retrato robot de su agresor.

- ¿Ya lo tenéis? – Se asombró.

- No del todo, pero quizá te suene su cara.

Elías encendió su móvil y se lo cedió. Zetta se escudó en un gesto de estupor al examinar aquel rostro que trazaba una sonrisa colmada de dientes. Su mirada, oscura y vacía, parecía presagiar un mal augurio tras la rigidez de sus facciones. La escritora se removió en la silla.

- No me lo puedo creer – dijo entre aspavientos –, es el mismo que me abordó en la *rave* y me adormeció con esa mierda. Por eso no

recordaba su rostro, era una puta careta.

- Pues siento decirte que tenemos un problema – la cortó adrede –. No sé si te has parado a pensar que el hombre que estamos buscando te atacó en esa fiesta porque te reconoció. No era nadie del entorno de Richi como conjeturamos. Creo que el asesino te conoce y te siguió los pasos.

Su teoría la hizo dudar sobre si Ernesto Llamas estaba detrás de su agresión. Zetta era consciente de que el periodista era la única persona que había seguido su carrera literaria con anterioridad, y la única también que conocía en España. ¿Por qué decidió enviarla? ¿Por qué no se encargó él de buscar el rastro de Montaña Bermejo en aquella fiesta como era su deseo? Decidió mantener silencio por miedo a que Falcón rompiera el acuerdo de confidencialidad y la apartase del caso.

- Es posible que te conozca del libro – Su voz la devolvió a la cafetería –. Supongo que se informaría del *true crime* que escribiste.

- ¿Y eso qué significa? – Dudó hasta de la pregunta.

- Eso significa que a partir de ahora debes cubrirte las espaldas. No pretendo asustarte, pero prefiero que me avises si notas algo raro, a la hora que sea. ¿De acuerdo?

Zetta asintió renuente mientras su cabeza volvía una vez más al baño de su chalet. Sintió el peso de su cuerpo sobre el suyo, sus ojos encendidos de placer, el sexo duro intentando abrirse hacia ella. Zetta abrió los ojos cuando notó que su presencia deseaba conquistarla.

- Hay algo que me gustaría contarte – desembuchó. Iba a hacerlo, iba a hablarle de ese miserable, del intento de violación que padeció la tarde anterior.

- Te escucho – Reaccionó al percibir cierta sombra en su entonación.

El sonido de su teléfono interrumpió toda acción. Falcón ojeó la pantalla y se disculpó, levantándose del asiento y desplazándose unos metros en la cafetería. Después descolgó.

- ¿Belmonte? – Le extrañó su llamada.

- Hola, inspector. No sé si le pillo en mal momento, pero me gustaría hablar con usted. Revisando el expediente de André Guimarães, he caído en un detalle que se me pasó esta mañana. ¿Nos vemos en comisaría en quince minutos?

- De acuerdo. Allí estaré – Y colgó.

Luego retomó sus pasos hacia la mesa, donde Zetta estudiaba concentrada el lenguaje corporal que transmitía en su desplazamiento. Notó cierta tirantez en sus hombros.

- ¿Tienes que irte? – se aseguró. Él decidió quedarse de pie.

- El deber me llama, pero antes quisiera saber qué era eso que

tenías que contarme.

- Nada sin importancia – Cambió de parecer –. Ya ni me acuerdo.

Zetta esbozó una amplia sonrisa con el fin de convencerlo.

- De acuerdo. Entonces me marcho. Pero si presientes que te encuentras en apuros o que necesitas conversar, llámame. ¿Trato hecho?

- Trato hecho – Estrechó su mano para sellar la promesa.

Después, cuando se alejó de la mesa y observó cómo su silueta se desintegraba tras el amplio ventanal del Novelty, se percató de que no había pagado su consumición. Zetta introdujo la mano en su bolso, donde sus dedos rozaron una especie de carcasa de plástico. Lo extrajo del interior sin saber qué era el objeto, hasta que la luz desempañó el VHS que usurpó de la casa del *Pelirrojo*. Ni siquiera había vuelto a acordarse tras la horrenda experiencia que vivió en el chalet del periodista. Entonces se levantó de golpe, dispuesta a averiguar qué escondía la cinta con aquella estremecedora pegatina adosada a un lateral: *André Guimarães, marzo de 1997*.

***

La conversación que había mantenido con Belmonte le estaba devorando las entrañas. No era capaz de relacionar la aparición del nuevo cadáver con el expediente de André Guimarães, tal y como le aseguró por teléfono hacía escasos minutos. Elías aceleró el último tramo del Paseo de Canalejas y tomó enseguida la calle Jardines. Intuyó por la luna el semblante circunspecto de la inspectora, que estaba esperándole por fuera del parking alejada de la turba de periodistas. Aparcó el coche en batería, se bajó deprisa y partió hacia ella con cierto reparo en sus movimientos. Se encontraron en mitad de la pista.

- ¿Qué era eso tan urgente que tenía que decirme? – Prefirió ir directamente al grano.

- Después de salir del hospital, estuve examinando el retrato robot que me dio para que entregase a sus hombres. El caso es que había algo en esa máscara que me resultaba familiar, no sé si el color, sus facciones oscuras y angulosas…

- ¿Adónde quiere llegar? – la apremió, consciente de lo que hacía.

- Revisando algunos informes que guardo en mi *nube*, resulta que ese tipo de máscaras solo se fabrican en Lazarim, el pueblo donde André Guimarães desapareció en 1997 cuando acudió con su familia a los carnavales.

- ¿Está al cien por cien segura? – le formuló contumaz.

- De todas las personas a las que se les tomó declaración, había un sospechoso que tenía antecedentes por pederastia. Acabo de leer la

declaración y adivine qué.

- Soy todo oídos.

- Regenta un taller de máscaras a las afueras de Lazarim – soltó sin tapujos –. Puede que exista una conexión entre nuestro asesino y ese hombre.

- ¿Cómo no me había dicho nada? Eso lo cambia todo. Hay que interrogar a ese tipo cuanto antes.

- Estoy de acuerdo. ¿Prefiere que vayamos en su coche? Aún tenemos unas tres horas por delante.

Y sin más dilación se montaron en el vehículo, alejándose a toda prisa del aparcamiento.

38

Media hora más tarde, cruzaron La Raya que delimitaba ambos países mediante un cartel fronterizo. Belmonte acababa de informar al Departamento de Guarda su intención de interrogar al nuevo sospechoso, mientras el inspector gestionaba los permisos pertinentes con el juez Castillo. Una vez hechos los trámites, Elías se deleitó con las vistas de Portugal que alcanzaba a ver por la ventanilla. Los extensos campos de cultivo se intercalaban con los bosques de coníferas que se prolongaban hacia las montañas, sus crestas escarpadas teñidas por la nieve.

Al volver la cabeza, se percató de que la inspectora no paraba de mirar su móvil. Decidió robar su atención.

- ¿Nunca sospechó de él en todos estos años? – le lanzó prudente –. Me refiero a Danilo Costa, el tipo al que vamos a visitar en Lazarim.

Nádia cogió el café que reposaba en el soporte plegable y le dio un sorbo antes de responder. Apenas estaba caliente.

- En un principio, creímos que se trataba del principal sospechoso de la desaparición de Guimarães al ser de la misma aldea y tener antecedentes como pederasta. Pero una vez que atraparon a Medina intentando matar a su hija, se le desvinculó del caso. Se cotejó su coartada con la de otros testigos que estuvieron en los carnavales y confirmamos que decía la verdad.

- Entonces, ¿cómo está tan segura de que la máscara salió de su taller? Imagino que si es tan popular el *Estrudo* de Lazarim habrá en el pueblo otros talleres.

- Por supuesto. Es más, ahora que lo dice, recuerdo que por aquel entonces había diecisiete familias que elaboraban los *catetos* en sus propias casas. Pero deje que le muestre una fotografía que he localizado en el expediente y que se tomó el mismo día que fuimos a interrogarlo.

La inspectora encendió de nuevo su móvil y localizó en un PDF la foto que acababa de mencionarle. Al momento, le permitió ver un taller de pueblo con las paredes atestadas de herramientas y el suelo a rebosar de virutas de madera. Al fondo del mostrador vio varias máscaras alineadas contra la pared, con el mismo matiz que le otorgó el dibujante a su retrato robot. No tuvo ninguna duda de que eran similares a la descripción que Heidi Müller ofreció desde la cama del hospital.

- La foto fue tomada por un agente de mi unidad cuando procedimos a hacer un registro pensando que poseía alguna

vinculación con la desaparición del niño. Sin embargo, es evidente que algo se nos escapó. La imagen que ha visto demuestra que existe una conexión entre nuestro asesino y Danilo Costa.

- Como también cabe la posibilidad de que tenga un registro de los clientes a los que vende sus máscaras y nos dé una pista sobre el cómplice que mantiene el Bejarano en el exterior.

- Puede, si es que no lo conoce personalmente y hayan mantenido un pacto de silencio en todos estos años.

Ambos se mantuvieron callados unos instantes.

- Hay algo que me gustaría preguntarle – disparó el inspector a bocajarro –. ¿Por qué ese empecinamiento personal? Es decir, ¿Por qué André Guimarães y no el resto de casos que ha cubierto a lo largo de su carrera?

Nádia lo atendió con cara de circunstancias. Su ceño se contrajo involuntariamente.

- Tal vez se deba a que fue una de las primeras operaciones que cubrí nada más salir de la academia – consideró con la voz opaca –. Sé que el caso me afectó bastante a nivel emocional. Nunca he podido quitarme de la cabeza las caras de esos niños que parecían dormir plácidamente sobre una roca en mitad del bosque. La investigación fue muy dura, estuve sometida a mucha presión; pero a pesar de conseguir atrapar a Medina y devolver a las familias un soplo de consuelo, no ocurrió lo mismo con André. Él nunca apareció, su desaparición sigue siendo un misterio y reconozco que con los años se ha convertido en mi propia obsesión.

El inspector advirtió que una lágrima rodaba por su mejilla con la mirada perdida al fondo de la carretera.

- Le prometí a su familia que lo encontraría vivo o muerto, pero me equivoqué.

- No es necesario que continúe – terció. Tampoco deseaba implicarse más de la cuenta en sus propios fantasmas.

- Da igual. El hecho de que la forense encontrara ese diente en el cadáver de Montaña Bermejo me ofrece la esperanza de saber qué ocurrió y dónde está su cuerpo. Estoy convencida de que el cómplice sabe algo y necesito llegar hasta el final. Necesito cerrar de una maldita vez una herida que lleva años sin cicatrizar.

Su empeño por aclarar qué fue de André Guimarães los devolvió de nuevo a un silencio hostil. Ninguno abrigaba la intención de volver a retomar la conversación y adentrarse por tales vericuetos emocionales. Elías arbitró con tacto la situación dada en el interior del coche.

- Lo resolveremos juntos – dijo con ambas manos al volante –. Cerraremos juntos esa herida.

- Lo estoy deseando – Le salió del alma a la portuguesa.

Después trazó una sonrisa, incapaz de disimular la pesadumbre que la corroía por dentro.

***

Lazarim era una *freguesia* del *concelho* de Lamego de poco más de 600 habitantes y encajonada en la garganta de un valle.

La vida en la aldea parecía haberse detenido entre sus calles desiertas cuando Falcón atravesó la vía central y atendió por la ventanilla al rastro de humo que planeaba por encima de los tejados de algunas casas. Se fijó en la fuente de piedra con un *careto* ornamentando su caño, al igual que en las sábanas extendidas en varios recodos de la acera, donde una desmesurada cantidad de nueces se tostaban al sol del invierno. Decenas de carteles incrustados en las marquesinas de los buses anunciaban el último *Estroido* celebrado en febrero de ese año. Leyó el eslogan escogido para la ocasión: *"é Carnaval, ninguém leva a mal"*. *Es carnaval, nadie se lo toma a mal*, interpretó. Siguió avanzando hacia el final del pueblo, hasta que Nádia señaló un camino sin asfaltar que se perdía al fondo. Un rótulo clavado en el arcén les anunció que habían llegado a su destino: *"Loja de carpintaria da família Costa"*.

Al momento sobresalió entre la vegetación una especie de cobertizo alargado y de una sola planta, con la techumbre metálica y las paredes de cemento. Elías estacionó el coche delante y encaminaron sus pasos hacia la entrada. El tintineo de una campanilla prendió en el aire. Lo primero en lo que reparó Elías fue en la cantidad de serrín que alfombraba el suelo de tarima, formándose en las esquinas pequeños montículos de apariencia arenosa. Luego levantó la vista y se perdió en las caretas que acicalaban el frontal de la pared por detrás del mostrador. Brujos y criaturas mitológicas, la mayoría con cuernos retorciéndose a voluntad, que mostraban al público la abyecta imaginación de su artesano. El dueño de dichas creaciones desplazó la cortina de la trastienda y salió a recibirlos con una sonrisa, que se desdibujó de su rostro al contemplar a Belmonte. Tenía tanto el pelo rizado como el jersey que vestía moteado por una capa de polvo blanco. El hombre se deshizo de las gafas de seguridad, sus lentes cubiertas por las mismas partículas blanquecinas.

- ¿Qué hace usted aquí? – Sonó ofensivo.

- Tranquilo, solo hemos venido a hacerle unas preguntas. Él es el inspector Falcón, de la Brigada de homicidios de Salamanca.

Danilo ni siquiera atendió a su saludo.

- ¿Unas preguntas sobre quién – Se mantenía a la defensiva –, sobre

ese niño que desapareció? Creo que quedó bastante claro que yo no tuve nada que ver cuando me interrogaron en comisaría y me retuvieron en el calabozo.

- Es cierto que cometimos un error, pero su implicación en aquella red que traficaba con material pornográfico infantil nos hizo sospechar.

Un silencio por parte de todos eclosionó en la carpintería. Falcón retiró la mirada por fuera del ventanuco y atendió a la furgoneta aparcada a pocos metros.

- ¿A qué han venido? – preguntó en un castellano paupérrimo.

Belmonte extrajo el móvil de su plumífero y le mostró la foto del retrato robot.

- ¿Es suya esta careta?

Danilo Costa contempló la imagen con un amago de repulsión.

- Es posible – respondió conciso.

- Creo que no me ha entendido bien. ¿Esta careta ha salido o no de su taller?

- Sí – resopló –. Se trata de Endovélico, un modelo que lleva reproduciéndose hace casi un siglo desde que mi bisabuelo fundó la *loja*. ¿Por qué lo pregunta?

- Digamos que forma parte de una prueba relacionada con la desaparición de André Guimarães.

- Mire, inspectora, estoy cansado de repetir que soy inocente. No sé qué pudo ocurrirle a ese niño.

- Se equivoca. Nadie lo está juzgando.

- La que se equivoca es usted. No tiene ni la más mínima idea de lo que viví hace años. La prensa se atrincheró fuera de mi casa, ¿recuerda? Mi cara salió en todos los putos periódicos del país por su culpa, por no hacer bien su trabajo – se encolerizó –. Llegaron a pintar la palabra *assassino* en la puerta de mi taller y nadie, ni siquiera usted, vino a pedirme disculpas cuando atraparon al verdadero culpable.

Su mirada se tiñó de brasas.

- Tan solo nos gustaría que colaborase, nada más.

- ¿Para qué, para que vuelvan a formarse los mismos corrillos en la calle? Ni hablar, señora, no pienso volver a pasar por lo mismo. He tardado mucho tiempo en recuperar la confianza de los vecinos y que se olvidaran del asunto.

- Le prometo que esta vez no será como entonces – Intercedió Falcón con intención de calmar los ánimos –. Solo queremos saber a quién le vendió esa máscara. Después nos iremos y no le molestaremos más.

El artesano resopló por segunda vez al tiempo que se pasaba las manos por su cabello. Cayeron sobre sus hombros infinidad de partículas de serrín.

- Vale – Claudicó –. La transacción de los *caretos* suelo hacerla tanto en venta física como por la página web de la que dispongo.

- ¿Anota en algún libro de registro el nombre de los que han adquirido dicho modelo?

- Todo queda almacenado en un fichero del ordenador. Puedo sacarles una copia.

- Le estamos muy agradecidos – Remató con una sonrisa cortés.

Danilo Costa arqueó las cejas y se dirigió a la trastienda con el peso de sus miradas sobre sus hombros. En cuanto se aseguraron de que volvían a quedarse solos, Falcón aprovechó para compartir sus impresiones con la portuguesa.

- Creo que no deberíamos dejar constancia de nuestra visita – murmuró –, no me parece justo que reviva de nuevo el calvario que padeció hace veinticinco años.

- Estoy de acuerdo, pero aún no hemos descubierto por qué el asesino guardaba en su furgón una máscara de este taller.

- Quizá encontremos la respuesta en la lista de clientes que la adquirieron.

El rugido de un motor entorpeció de pronto la conversación. Elías se acercó a la ventana y comprobó que la furgoneta salía estrepitosamente de allí. Sin pensárselo, dobló la tarima del mostrador y traspasó la cortina de la trastienda. Una penumbra devoraba a su paso los maniquíes que se sustentaban de pie sobre una base de aluminio, sus rostros sepultados por otros caretos infernales y vestidos con ropajes de paja. Algunos portaban en sus manos azadas y palos de vid. Rápidamente verificó que no había nadie cuando sus ojos se posaron en la ventana abierta con un taburete reposando bajo el alféizar. Elías abandonó la trastienda y regresó junto a la inspectora Belmonte.

- Ha huido, joder – la informó de camino a la salida.

- Estaba segura de que escondía algo – agregó Nádia imitando sus pasos.

- Voy tras él, no debe de andar muy lejos.

- De acuerdo. Voy a informar al cuartelillo más cercano.

Falcón ni siquiera respondió cuando entró en su coche y arrancó el motor. Después, los neumáticos arrastraron una nube de polvo a medida que iniciaba la persecución.

39

La imagen carece de sonido, tan solo el crujido de la nieve que reproduce miles de puntos blancos y negros en la pantalla de la televisión. De pronto, aparece una habitación; un lugar frío e inhóspito que alterna escopetas y serruchos, cabezas de animales disecados y mapas, donde la fecha queda reflejada en la esquina inferior: 5 de marzo de 1997. Tres semanas después de la celebración de los carnavales en Lazarim. La cámara abre el plano y recoge en su avance al niño sentado en el suelo, con los pies descalzos y el mismo abrigo rojo que llevaba cuando desapareció. La mirada, situada por encima del encuadre, se mantiene fija. Luego se adivina en la imagen muda cómo pronuncia la palabra: agora? (¿ahora?), en su lengua materna. El niño introduce los dedos de su mano en una especie de cuenco. Tiñe sus yemas de una sustancia viscosa para, después, esparcir distintas líneas por sus mejillas y frente de lo que a simple vista parece sangre. La cría de jabalí que yace muerta a su lado confirma la realidad que se esconde tras el escabroso ceremonial. André vuelve a mirar a la pantalla y dibuja un gesto aterrador difícil de imaginar en un niño de tan solo ocho años. Entonces la imagen se disuelve, fragmentándose de nuevo en la nieve que ruge en la pantalla del televisor.

Segundos más tarde, Zetta cortó el vídeo en el salón del apartamento, sus ojos abrasados por las lágrimas. Apenas era capaz de controlar los hipidos que embestían su diafragma. Nadie podía salvarla de la fuerza del ciclón a medida que desmontaba de su cabeza la historia a la que había dedicado sus dos últimos años; los encuentros con familiares y amigos, las visitas a la cárcel para entrevistarse con Medina, sus tempranas sospechas sobre qué le ocurrió a André Guimarães. Nada era como había pensado mientras volvía a reescribir en su mente aquel fragmento que situaba al niño en una habitación tres semanas después de su desaparición. ¿Por qué? ¿Por qué no se había deshecho de él como hizo con los otros menores en Portugal? ¿Por qué no lo había abandonado en otro bosque igual de frondoso, recostado sobre una roca y con las muñecas amarradas?

La necesidad de compartir con alguien lo que acababa de ver la disuadieron de avisar a Falcón tras la conversación que mantuvieron en el Café Novelty. No estaba entre sus planes volver a sabotear su confianza, y mucho menos revelar a Ernesto Llamas la información que poseía después de la agresión que sufrió por su parte. No sabía a quién recurrir cuando se acordó de Catarina Gomes, su agente de la libertad condicional y compañera del colegio. Tal vez variando algunos elementos de la narración (adujo), podría llegar a desahogar

la pesada carga que continuaba alojada en su pecho. Recogió el móvil de la mesa y buscó su número personal. Después pulsó la llamada y esperó a que descolgara. Al cuarto tono, escuchó su voz.

- ¿Zetta? – preguntó sorprendida, como si le costara admitir que se trataba de ella –. No esperaba tu llamada. ¿Te encuentras bien?

- He tenido un día de mierda y no sabía a quién recurrir.

- ¿Has discutido con tu madre? – Presintió.

En ese instante, Zetta fue consciente de que no podía contarle la verdad. No podía hacerla partícipe de lo que había descubierto en el VHS, por más que deseara gritar al mundo entero que había localizado una pista del niño que copó las portadas de todos los periódicos y abrió los informativos de su país hacía más de dos décadas. Se retiró las lágrimas con la manga de su sudadera intentando recuperar la calma.

- No sé hasta qué punto me ha compensado venir – Amplió sus sospechas –. Al final te das cuenta de que la familia no es la que te viene de serie, sino la que uno escoge.

- Cierto – Le dio la razón –, pero a veces es imposible alejarse de donde procedemos, de nuestras raíces, por mucho que nos duela.

- Y según tú, ¿qué debería hacer?

- Afrontar la realidad de cara y tomar la mejor decisión. No solo para con tu madre, como es el caso, sino también para ti, Zetta.

- Gracias, Catarina – Le agradeció –. Necesitaba escuchar una voz amiga.

- Hazme caso y guíate por tu instinto. En ocasiones es nuestro mejor consejero, pero intenta no meterte en líos. ¿Estamos?

- Descuida. Así lo haré.

Entonces reparó en la cinta que había expulsado el aparato de vídeo y sin saber por qué, se acordó de Falcón. Tal vez era el momento de dejarse llevar por su instinto.

40

El inspector escalaba en su coche la falda de la montaña en busca del rastro de Danilo Costa. Lo había visto de lejos entre los árboles que se descolgaban a los márgenes de la carretera mientras se afanaba en acudir a un lugar seguro a toda velocidad. Elías dedujo que su inesperada visita al taller había destapado la tormenta que guardaba celosamente en un rincón de su corazón. Sacó el móvil y envió a la portuguesa su ubicación. Se percató de que estaba en línea pese a no responder. Supuso que seguiría informando al cuartelillo cuando, de pronto, reparó en la furgoneta estacionada al fondo de una explanada. Falcón tomó el camino de arena que se abría a un lado de la carretera y se adentró entre la vegetación. Los neumáticos levantaron una espesa polvareda al frenar a toda prisa y bajarse del coche. Se sobrecogió al observar a Danilo Costa a escasos centímetros de un precipicio. Elías corrió tras él, hasta que el hombre se giró y le devolvió una mirada amenazante.

- No se acerque más o me lanzo – Le mostró la advertencia tras dar un paso al frente.

Falcón suspendió el avance, extendiendo los brazos en señal de conformidad. La aldea se desdibujaba en la garganta del valle entre pinceladas de acuarela.

- Está bien, pero aléjese del precipicio. Esta vez no va a ser como hace veinticinco años. Se lo prometo. Solo intentamos averiguar a quién le vendió esa máscara.

- ¡Miente! – sollozaba nervioso –. Están buscando otra excusa para joderme. ¡Yo no tuve nada que ver en la desaparición de ese niño! ¿Por qué nadie me cree?

- Yo si le creo – Intentó convencerlo para que no hiciera ninguna estupidez –, pero si huye, siempre dará la impresión de que esconde algo.

Danilo lo contempló con la mirada perdida hasta que expulsó un grito desgarrador que rompió la calma del bosque. Tal vez vació de sus pulmones el miedo que lo atenazaba desde que aparecieron en su taller y que se resistía a reconsiderar con los puños cerrados. Falcón vio la oportunidad de seguir escarbando un poco más y aliviar la ansiedad que lo consumía a pasos agigantados.

- Es cierto – Empleó a su juicio otras herramientas psicológicas –, solo queremos que nos diga a quién se la vendió. Después nos iremos

y no volverá a saber de nosotros.

- ¿Por qué? – Le carcomía la duda –. ¿Qué tiene que ver la persona que me compró el *careto* con la desaparición de ese niño?

- Le juro que si se aleja del precipicio le contaré todo lo que hemos averiguado hasta la fecha. ¿Qué me dice? ¿Acepta mi oferta?

Ni siquiera le dio a tiempo a responder cuando el sonido de varias sirenas atronó en las inmediaciones. Un par de patrullas de la *Guarda Nacional Republicana* irrumpió en el descampado, sus torretas salpicando el horizonte boscoso de luces estroboscópicas. Los agentes salieron de los coches apuntando al sospechoso con sus armas. La inspectora Belmonte valoraba la situación unos pasos por detrás. Una remarcada tensión se perfiló en la mandíbula de Falcón.

- ¿Qué hacen ellos aquí? – Buscó una explicación en la expresión severa de Nádia.

- ¡Nos ha engañado! No existe ningún ordenador en la trastienda del taller. Esconde algo.

- Me da igual. ¿No se da cuenta de que esto es una locura? ¡Por el amor de Dios, dígales que bajen las armas!

- ¡Les he dicho la verdad! – se desgañitaba Danilo –. Nunca tuve nada que ver en la desaparición de ese niño. ¿Me oye? ¡Nunca!

Todos hicieron caso omiso mientras continuaban encañonándolo.

- Sabía que era una trampa – pronunció al borde del precipicio –. Solo espero que sus padres sean capaces de perdonarme algún día.

Entonces, saltó al vacío.

- ¡Nooooo! – gritó Falcón.

Pero para entonces, el cuerpo de Danilo yacía sobre el suelo pedregoso con las piernas dislocadas y el rostro deformado por el impacto.

***

El viaje de vuelta no les ayudó a adivinar si Danilo Costa ocultaba algo en relación a la máscara que salió de su taller o si, por el contrario, la situación que se dio a las afueras de Lazarim lo llevó a suicidarse. Aquella duda los acompañó durante el resto del trayecto, ambos inspectores enrocados en un mutismo difícil de derribar.

Tres horas más tarde, y una vez que dejó a Belmonte en el hotel donde se alojaba, Falcón regresó a su apartamento de la calle del Prior, 15. En cuanto abrió la puerta y enfiló el pasillo, no dudó en tumbarse en el sofá del salón hasta quedarse traspuesto. Unos golpes a la puerta lo alertaron. El inspector se sobresaltó y retomó sus pasos a tientas. La penumbra que halló al asomarse

por la mirilla lo convenció de que no había nadie. Abrió la puerta y descubrió que una bolsa de plástico colgaba del pomo. Elías la asió confuso y miró a ambos lados del rellano. ¿Quién le habría dejado aquello?, se cuestionó una vez que introdujo la mano y extrajo su contenido. La cinta que sostenía receloso lo animó a voltearla entre sus dedos. Entonces reparó en la pegatina: *André Guimarães, marzo de 1997*.

Ni siquiera se planteó por qué echó a correr y retiró las cortinas del salón. Tampoco por qué se fijó en el coche que había delante de su portal, donde una mujer con el cabello escarolado se metió deprisa. Pues, en ese instante, Falcón acababa de reconocer a Zetta mucho antes de que arrancase el motor y se perdiera por la calle de arriba.

Sin embargo, una sensación extraña se removió en su interior, preguntándose una vez más quién era aquella escritora y por qué seguía ocultándole información.

DÍA 6

41

El timbre de la puerta resonó en el apartamento. Zetta se sobresaltó con telarañas aún en los ojos y salió de la cama para averiguar quién la reclamaba a esas horas tan tempranas. Se fijó en el despertador: las 07:45 de la mañana. Luego abandonó el dormitorio, sin olvidarse de deslizar la puerta corredera para que el gilipollas de turno – adjetivó – que volvió a presionar el timbre por segunda vez, no reparara en el mural del caso Guimarães que había extendido en el frontal de la pared. Una vez que se cercioró de que todo estaba en orden, partió hacia la entrada. Echó un vistazo por la mirilla, hasta que la lente le devolvió la imagen del inspector un tanto deformada. Intuyó a lo que había ido.

Zetta deslizó el picaporte y entreabrió la puerta. Una horquilla de luz atravesó el suelo a medida que sus ojos se concentraban en el semblante circunspecto que halló al otro lado. Falcón le devolvió una mirada severa con los brazos cruzados, como si tras aquel gesto deseara implicarla en el motivo de su visita. Zetta no tuvo más remedio que dejarlo pasar, sus jugos gástricos arremetiendo contra las paredes de su estómago.

- Tenemos que hablar – dijo al mostrarle el VHS –. Anoche te vi salir del portal.

- Te aseguro que todo tiene una explicación – Inclinó la mirada hacia abajo.

La escritora retomó sus pasos y se dirigió al sofá. Elías no pudo eludir el contorno de sus muslos que vislumbró un metro por detrás, su camiseta blanca ciñéndose a sus caderas. Admitió que tenía un físico de escándalo cuando decidió sentarse a su lado, consciente del *tic* nervioso que exhibía sin pudor al voltear la cinta entre sus dedos.

- He sido una estúpida – soltó sin previo aviso –. Fui a visitar al admirador del Bejarano por mi cuenta.

- ¿Cómo dices? ¿Cuándo? – la interpeló. Zetta se retrajo en el sofá –. Espero por tu bien que me cuentes la verdad.

- Al día siguiente de escuchar a uno de tus hombres que Mauro Medina había acudido al barrio de Buenos Aires durante su salida penitenciaria.

- ¡Pero has perdido el juicio? – Se enfureció, fruto de la mala noche que había pasado tras su paso por Lazarim.

- Solo quería adelantarme y averiguar los motivos que llevaron al Bejarano a visitarlo. Ahora sé que *el Pelirrojo* se dedica a la venta de

droga. Richi, el tío que organiza esas fiestas, apareció por allí junto a sus matones. Uno de ellos me reconoció y por poco me matan. Tuve que lanzarme por una ventana con la cinta que encontré en una de las habitaciones.

La crudeza con la que detalló su paso por casa de Armando Torres la sumió en una confusión que intentaba disipar con la respiración entrecortada.

- Entiendo que estés enfadado – prosiguió –, pero al menos he conseguido una prueba que vincula a ese puto camello con la desaparición de André Guimarães.

Falcón se mantuvo pensativo unos instantes.

- Lo tomaremos como un golpe de suerte, aunque debiste avisarme. Esa gente no se anda con ostias, Zetta. Es muy peligrosa.

- Tampoco quería defraudarte, por si pensabas que me estaba aprovechando de mi situación en el caso – admitió, sabiendo que no le estaba contando toda la verdad.

- Vuelvo a repetir que ha sido un golpe de suerte. De haber solicitado una orden para que mis hombres registraran su domicilio, dudo de que hubiesen encontrado el VHS. *El Pelirrojo* se habría encargado de ocultarlo en otra parte.

Zetta sospechó que tenía razón.

- Hoy mismo la entregaré en comisaría para que la analice la científica – Elías advirtió en su mirada un atisbo de vacilación –. Puedes estar tranquila, no pienso delatarte. Diré que alguien la dejó anoche en la puerta de mi casa.

- Gracias – suspiró aliviada.

- Pero sigo sin explicarme por qué un niño de ocho años se pintaría la cara con la sangre de un jabato. ¿Qué es, una especie de ritual macabro?

- No lo sé, aunque yo me preguntaría por qué hizo una excepción con él. La grabación fue tomada tres semanas después de su desaparición. El 5 de marzo de 1997.

- ¿Y…? – la alentó, imbuido en su análisis.

- Pues que Medina no se deshizo de él nada más raptarlo, ni siquiera imitó el mismo patrón que con los otros niños de Portugal. Por algún motivo prefirió mantenerlo con vida. ¿Por qué? ¿Qué tenía él de especial? ¿Y hasta cuándo duró su cautiverio?

Las preguntas que le lanzó ofrecieron a Falcón un panóptico de evidencias que ampliaron su visión.

- Por lo tanto, hay algo en esas imágenes que no somos capaces de ver. Algo como para que Medina decidiera custodiar la cinta durante dos décadas – conjeturó –. ¿Nunca te habló del ritual cuando lo entrevistaste en prisión?

- Jamás. Pero la cuestión sigue siendo otra. ¿Por qué ese tío tenía el

VHS en su casa?

- Sencillo: era, es y seguirá siendo su admirador. Esa calaña está hecha de otra pasta.

- Veo que no lo entiendes. Alguien se la hizo llegar al *Pelirrojo* mientras su ídolo cumplía condena en Topas. Alguien del entorno del Bejarano que conocía también su secreto. Descubrí la cinta dentro de un sobre acolchado con un matasellos. Debió de recibir el paquete a raíz de saltar la noticia de la primera chica.

El inspector calibró su teoría, intentando desgranar posibles rutas por las que avanzar.

- Entonces, existe una tercera persona que se nos escapa de la ecuación. Medina no ha recibido ninguna visita desde que fue trasladado hace un año a Topas.

- Pero mantenía contacto con su cómplice, el asesino de los crímenes actuales – alegó la escritora –. El móvil que encontraron en su celda así lo atestigua, ¿no?

Falcón reaccionó como si le hubiesen administrado una descarga de adrenalina.

- Tienes razón, debo regresar a comisaría. Pero antes prométeme que no volverás a actuar por tu cuenta.

- Con lo que viví en casa del *Pelirrojo* se me han quitado las ganas – lo acompañó hasta la puerta.

Después, tras formalizar la despedida con un apretón de manos, el inspector no pudo evitar acordarse de sus muslos, la carne firme y torneada bajo la camiseta que se pegaba irremediablemente a su piel.

42

El niño deja caer la mirada e introduce sus dedos en el cuenco que encuentra en el suelo de la habitación. Esparce por su cara pinceladas de sangre de la cría de jabalí, que yace muerta por delante de sus piernas. No parece tener miedo, ni siquiera se aprecia en sus gestos un atisbo de repulsión. El niño embadurna su piel con brochazos de plasma, hasta que decide levantar la vista y refugiarse en una sonrisa estremecedora.

Un instante después, el sonido de la nieve enturbió el silencio de la sala. Uno de los agentes presionó el interruptor y los tubos desempañaron el estupor que oscilaba en los rostros de cada uno de los miembros del equipo. Falcón paró el reproductor y decidió permanecer de pie a un extremo de la mesa.

- Alguien lo dejó anoche en la puerta de mi casa – Los miró de hito en hito.

Todos se resistieron a hablar, como si la escena que acababan de presenciar les hubiera robado el ánimo y las ganas de averiguar otros detalles de su embuste.

- La grabación fue tomada tres semanas después del secuestro de André Guimarães. Es decir, alguien intenta advertirnos que Medina no asesinó al niño la tarde que lo raptó en los carnavales de Lazarim. Algo tuvo que hacer con él después, pero por alguna razón prefirió mantenerlo en cautiverio. ¿Alguna hipótesis?

- Ninguna – ofreció Robledo visiblemente contrariado –, pero lo que hace el chaval en el vídeo me ha revuelto el estómago, joder.

- Creo que se trata de un *noviazgo de montería* – Despejó Mulas sus dudas.

El resto lo atendió con cara de circunstancias.

- Eso me explicó una vez mi cuñado – prosiguió –. Por lo visto, es una tradición que tiene lugar a puerta cerrada en los cotos de caza de algunas localidades de la provincia de Salamanca. A los críos que han abatido su primera pieza los atan a los postes mientras los demás vierten sobre su cabeza la sangre y las vísceras del animal.

- ¿Para qué? – No salía Falcón de su asombro.

- Para celebrar *su propio bautismo de sangre* – Entrecomilló con ambas manos –. Es una especie de ceremonia que se celebra tras la montería y en la que se condena *al novio* por haber cobrado su primera res.

- ¿Y a quién cojones se le ha ocurrido semejante gilipollez? – farfulló Robledo.

- Y a mí qué me cuenta – le replicó el subinspector –, hable si no con la Federación de Cazadores.

- Da igual – Arbitró Falcón –. Quiero que ambos analicen las imágenes y que averigüen por qué el Bejarano guardaría esa cinta a buen recaudo.

- ¿Le importa que hable antes con mi cuñado? – lo reclamó su agente.

- De acuerdo. Investigue más acerca de esos *noviazgos*.

- ¿También vamos a entrevistarnos con cazadores? – rezongó el *enano gruñón*.

- ¿Y qué propone?

- Volver a presionar a ese hijo de puta en Topas hasta que cante la traviata.

El inspector le devolvió una mirada furibunda.

- Eso ya lo había pensado – Zanjó el tema –. Pero ahora quiero que todo el mundo se ponga a trabajar.

Elías abandonó la sala y encaminó sus pasos por uno de los pasillos en busca de algo de intimidad. No quería realizar la llamada delante de sus agentes para comprobar si la teoría que Zetta le había expuesto – que alguien del entorno del Bejarano había hecho llegar al *Pelirrojo* el VHS –, era cierta. Dedujo que tan solo su admirador podría estar detrás del asunto; el único que desearía protegerlo desde el exterior. Falcón sacó el móvil y entró en un despacho. Luego marcó la extensión asociada a la garita de Casares. Al segundo tono, apareció una voz.

- Centro penitenciario de Topas – Intercaló en la línea a modo de muletilla.

Elías arqueó sus cejas al advertir que se trataba del joven funcionario con cara de pocos amigos, que lo atendió la última vez que estuvo en la cárcel junto a los portugueses.

- Soy el inspector de la sección de homicidios de la Brigada de Policía Judicial.

- Sí, lo recuerdo – Sonó con retintín –. Casares no se encuentra en estos momentos. Se incorpora a las tres. ¿Quiere que le deje algún mensaje?

- Solo necesitaría que me confirme si Mauro Medina ha recibido alguna visita durante el tiempo que lleva en prisión.

El hombre pareció extrañarse cuando intercaló un dilatado silencio en la línea.

- Creo recordar que ya les envié esa información a la *Intranet*, incluida la lista con los nombres de las personas que le escriben regularmente.

- Y yo le estoy pidiendo que vuelva a revisarlo una vez más – Volvió a la carga.

El hombre se mantuvo a la espera, dejando escapar un resoplido.

- Espere, no se retire.

Luego escuchó cómo tecleaba en el ordenador.

- Aquí está – dijo al cabo de un minuto –. Ninguna visita en el último año, listado de nombres con los que mantiene correspondencia personal y…., un momento.

- ¿Qué pasa ahora? – Se impacientó.

- Estoy leyendo que ha tenido varios vis a vis con Katia Pávlov, *La Rusa*.

Aquel apelativo desencadenó en su rostro una expresión de lo más incierta.

- *¿La Rusa?* – Se limitó a repetir.

- Es una vieja conocida del Centro. El juez la envió la última vez por trabajar como enlace para una red de proxenetismo que explotaba sexualmente a medio centenar de mujeres latinas en diversas ciudades de Francia y España.

- Y con semejante currículum, ¿no se le ocurrió avisar a comisaría?

- Solo me pidieron el listado de visitas y de su correspondencia – Escurrió el bulto.

Falcón prefirió morderse la lengua por no llamarlo: *inepto chupa sueldos*.

- ¿Qué más sabemos de la tal *«Pipirrusa»*? – decidió ir al grano.

- Tengo entendido que se convirtió en su fulana durante el tiempo que estuvo en prisión – Aparte de imbécil, faltón, admitió el inspector –. Estoy leyendo que el último vis a vis tuvo lugar el 30 de noviembre, la semana antes de disfrutar de su permiso de tres días.

Sus ojos se abrieron más de la cuenta.

- ¿Por casualidad no tendrá una dirección dónde poder localizarla?

- En la base figura la calle Wences Moreno, 37, segundo izquierda – Leyó de retahíla.

Elías anotó las señas en un trozo de papel. Cayó en la cuenta de que el domicilio se hallaba en el barrio del Oeste, no muy lejos del centro de la ciudad.

- Perfecto. Gracias por su tiempo – Se despidió sin más.

Una vez que cortó la llamada, abandonó el despacho. Tropezó en el pasillo con Belmonte, su rostro demudado por los últimos acontecimientos.

- Sus hombres acaban de mostrarme la grabación – dijo –. Ya me han explicado que alguien lo dejó anoche en su casa. No sé si se ha parado a pensar que esta prueba nos ofrece un nuevo enfoque en la investigación. Creo que el hecho de que no matase al niño el mismo día que lo raptó nos ayuda a entender sus patrones de comportamiento.

- ¿Cuál es su diagnóstico? – Quiso averiguar al ser una de las mejores en el campo de la psicología criminal elaborando perfiles.

- La violencia que muestran las imágenes nos habla de un tipo peligroso. Medina no se conformaba con arrebatarles la vida, también disfrutaba grabando a sus víctimas.

- Pues tenemos un problema, inspectora. He telefoneado a Topas y me han confirmado que tuvo varios encuentros en el vis a vis con una ex convicta. Tampoco estoy seguro, pero algo me dice que está detrás del VHS. Me han facilitado una dirección.

- Lo acompaño – Se animó a visitarla.

Ambos retomaron sus pasos por el pasillo.

- ¿Ha pensado en avisar a la familia del niño?

- Quizá sea demasiado pronto – vaticinó de camino a la salida –. Tampoco quiero que se hagan falsas ilusiones, y más aún sin saber qué hizo con el cuerpo de André.

43

Veinte minutos más tarde, el inspector estacionó el coche delante de la vivienda. Nádia reparó en el colorido edificio que se alzaba a un margen de la Plaza del Oeste, con varios emoticonos del *WhatsApp* acicalando su fachada. Un lugar de lo más singular, que sus vecinos habían optado por darle una nueva apariencia gracias a los grafitis que asomaban de las puertas de los garajes o los trajes de punto que revestían los troncos de algunos árboles. El barrio se había dispuesto a amenizar sus calles si no fuera porque en el portal 37 de la calle Wences Moreno, vivía una mujer que con toda seguridad conocía los entresijos de la mente de Mauro Medina. Ella era Katia Pávlov, alias *La Rusa*.

Los policías traspasaron el umbral y subieron en ascensor hasta la segunda planta. La luz atravesaba el ventanuco del rellano, situado entremedias de dos puertas enfrentadas. Elías se aproximó a la de su izquierda y timbró. Percibieron que unos pasos comenzaron a corretear al fondo del pasillo. Su contorno quedó velado por fuera del quicio.

- ¿Qué queréis? – Se mostró a la defensiva después de encender la luz del hall.

Falcón no pudo reprimir su estupor al descubrir a aquella mujer entrada en carnes con el rostro tocado por las filtraciones de *bótox*, la nariz respingona y una gruesa capa de maquillaje. Estimó que sobrepasaba la cuarentena.

- Somos de la policía – anunció el inspector –. ¿Es usted Katia Pávlov?

- Sí, soy yo. ¿Qué pasa?

Notaron que las bisagras de la puerta que tenían a su espalda chirriaron ligeramente.

- Nos gustaría hablar con usted acerca del Bejarano – La situó Belmonte –. Sabemos que mantuvieron un vis a vis la semana antes de su salida de prisión.

- ¿También estoy obligada a dar explicaciones cada vez que follo? – soltó furiosa.

Ambos se quedaron atónitos ante su respuesta.

- ¡Y tú, bruja embustera, quieres cerrar la maldita puerta? – Se dirigió esta vez a la vecina, que husmeaba en silencio tras la puerta entornada.

Los goznes volvieron a rechinar en el silencio del rellano.

- *Gryaznaya suka* – murmuró para sus adentros –. Esa vieja bruja es

una envidiosa.

- ¿Podemos pasar mejor? – le propuso Falcón desconcertado.

Katia Pávlov se resistió a mirarlos con desprecio mientras hacía pequeñas pompas con el chicle que mascaba con voracidad.

- No veo por qué – dijo –. Después de las mentiras que anda publicando la prensa, estaba segura de que llegaría este día.

La Rusa enfiló el pasillo y traspasó la primera puerta que encontró de camino. Ambos la acompañaron unos pasos por detrás mientras curioseaban el desarreglo que ofrecía su cocina. Una pila de cazuelas crecía por dentro del fregadero, conquistando el agua parte de la encimera. Las puertas de algunos armarios se encontraban abiertas, exhibiendo el revoltijo de especias, botellas de aceites y demás aparejos culinarios apilados a su suerte. Katia tomó asiento y les hizo un gesto con la mano para que hicieran lo propio, retirando los platos con sobras que moraban por la mesa.

- Al grano – Los apremió cruzando su bata de seda por encima de su pecho.

Nádia se fijó en sus cejas *micropigmentadas*, dos hilos negros y curvos que enfatizaban su expresión.

- Nos gustaría saber si cuando tuvieron el vis a vis el 30 de noviembre – recordó –, le comentó qué pensaba hacer cuando saliera de prisión una semana más tarde.

- Ya les digo que solo follamos – reiteró su descaro –. Además, una hora en la cárcel tampoco da para mucho.

- ¿Y sabría decirnos dónde estuvo los tres días de permiso? – Intercedió Belmonte –. ¿O también los pasaron retozando en la cama?

Katia le ofreció una mirada punzante. Luego sacó un paquete de tabaco y se encendió un cigarro. Expulsó el humo con arrogancia, recreando en el aire un juego de arabescos.

- Lo que haga con él es asunto mío.

- Le recuerdo que está siendo investigado por la muerte de la chica que apareció hace unos días en el Puente Romano.

- No me chupo el dedo, ¿vale? – Se hizo la ofendida –. Todo el mundo le culpa de la muerte de esa *jamba*, pero yo sé la verdad. El Beja no se la jugaría a una semana de ser libre. Aún tenemos muchos planes por delante.

- ¿Y entre esos planes no estaría la de enviar a un viejo amigo suyo una cinta con unas imágenes comprometedoras de André Guimarães? – la abordó, tajante.

En el fondo, no estaba dispuesto a implicar a Zetta delante de la portuguesa y desvelar que había estado en casa del *Pelirrojo* cuando usurpó la grabación.

- ¿Qué cinta? – bramó, desechando la ceniza del cigarro dentro de

la lata de un refresco –. ¡Qué obsesión con ese niño! Que no fue él, ¿te enteras?

- Será mejor que baje ese tono – la reprendió.

- En mi casa hablo como me sale del coño. Y si no estás conforme, cortamos aquí el puto *«interrogatorio»* – Entrecomilló con los dedos de una mano –. *¿Capisci?*

La inspectora decidió lanzarle un salvoconducto.

- Solo deseamos averiguar si le habló de Guimarães estando con él en prisión.

- Sí, claro. Pero le jodía un huevo que todo el mundo le preguntara por ese tema.

Nádia se dio cuenta de que no iba a delatar a su novio por mucho que insistiera.

- ¿Y sobre los crímenes por los que fue condenado? – resolvió Elías–. ¿Le dijo algo?

- Alguna vez me comentó que se arrepentía de lo había hecho. Quizás nadie le crea, pero todos tenemos derecho a una segunda oportunidad y él se la ha ganado a pulso. Aunque todos parecen haberle dado la espalda.

- ¿A quién se refiere? – Dudó el inspector.

- A su hija, evidentemente.

- ¿Helena Medina? – Se sorprendió Belmonte.

- ¿Quién sino? En veinticinco años no ha ido ni una sola vez a visitarlo.

- ¿Y le extraña? Estuvo a punto de estrangularla en ese bosque, joder – Se revolvió.

- Pero le gustaría disculparse y explicarle la razón que le llevó a hacerlo.

- Hay cosas en la vida que no tienen ni el perdón de Dios.

La mera presencia de Helena Medina retuvo a Falcón en la silla. Su mente atravesó de nuevo el atardecer del bosque mientras pedaleaba desalentado en su bicicleta. La voz de Katia Pávlov lo rescató de las sombras.

- ¿Alguna pregunta más? – Forzó la despedida con el cigarrillo prendido a sus labios.

- Es todo – respondió Nádia por los dos.

Después se levantaron y retomaron en silencio el mismo pasillo arrumbado de trastos. Una vez que *La Rusa* les abrió la puerta, no dudó en prestarles una última advertencia.

- Estáis perdiendo el tiempo – dijo cuando salieron al descansillo – Sé que no tuvo nada que ver en la muerte de esa chavala.

- ¿Qué insinúa? – acertó a preguntar Elías.

- Nada. Solo digo que tal vez exista alguien fuera que no desee que salga de Topas. Por ejemplo, un imitador. Buenos días.

Y cerró la puerta de golpe.

***

Tan pronto como se aseguró por la mirilla de que *la pasma* se había largado de su casa, Katia Pávlov retomó el pasillo de vuelta y giró el picaporte de la habitación del fondo. Armando Torres seguía igual que como lo había dejado, tumbado en calzoncillos en la cama de matrimonio y con un cigarro que sostenía entre las yemas de sus dedos. *El Pelirrojo* ni siquiera se inmutó cuando Katia se aproximó a él con el rostro desencajado. Simplemente cruzó sus piernas la mar de tranquilo y le dio una calada a su cigarro.

- Por poco nos pillan. ¿Para qué cojones haría caso al Beja y te enviaría el VHS? Sospechan algo.

- Tranquila, mujer, Richi ya se ha encargado de pedir a sus hombres que busquen a esa tipeja. Por ahora sabemos que se trata de una escritora portuguesa.

- Más os vale, porque como se entere de que hemos perdido la cinta y que encima te acuestas conmigo, te saca hasta las entrañas el día que salga de Topas.

- Pues entonces mantén la boca cerrada. Sabes que lo admiro demasiado.

La Rusa lo miró con una mezcla de escepticismo y recochineo.

- Por mucho que quieras parecerte a él no le llegas ni a la suela de los zapatos.

- ¿Tú crees? – la desafió –. Porque visto así, ambos nos cepillamos a la misma golfa.

- Eres un hijo de puta – masculló entre dientes.

- No, querida. Solo intento ser mejor que él. Es solo cuestión de perseverar.

44

Las primeras gotas de lluvia caían como balines sobre el asfalto. Los dos policías abandonaron el portal y caminaron deprisa por debajo de los balcones de los edificios. Elías desbloqueó el coche y corrieron a refugiarse en su interior. Los regueros de agua empezaron a escabullirse por el cristal de la luna una vez que arrancó el motor y salieron de allí en dirección a comisaría.

El recuerdo de Katia Pávlov continuaba merodeando en la mente del inspector.

- Creo que nos ha mentido – pronunció en alto mientras se incorporaba al Paseo de Carmelitas –. Esa «*Pipirrusa*» sabe algo de la cinta. Lo presiento. Pero no va a delatar a Medina y exponerse a sí misma cuando lleva seis meses fuera de prisión.

Luego giró el cuello y se percató de que hablaba solo. Belmonte parecía imbuida en sus pensamientos con la mirada ausente.

- ¿Nádia? – Atrajo su atención.

La portuguesa recobró el sentido y lo atendió con cierta confusión en sus gestos.

- Estaba pensando en lo que nos ha dicho sobre Helena, la hija del Bejarano – Disipó sus dudas –. Tengo la sensación de que ese es su punto débil, su talón de Aquiles. Se dice así en castellano, ¿verdad?

Falcón asintió con un cabeceo, ahora mucho más confuso que ella.

- ¿Qué intenta decirme? – la interpeló.

- ¿No se da cuenta? Tendríamos que interrogarlo para hablar con él de la máscara que vio Heidi Müller en el furgón de nuestro agresor, y también para sacarle el tema de su hija.

- No va a servir de nada – vaticinó a su lado.

- Inspector, llevo más de veinte años recabando pistas en torno a la desaparición de André y le aseguro que las evidencias de los últimos días han arrojado un nuevo enfoque al caso.

- ¿Y qué propone, preguntarle directamente por una hija a la que lleva sin tratar más de la mitad de su vida? No tiene sentido.

- Más bien localizar a Helena Medina – rectificó –. Quizá ella sea la clave para que el Bejarano se abra y decida hablar de una vez por todas.

Los nudillos de Elías se tensaron al volante. Tal vez no estaba dispuesto a asumir la realidad, el hecho de que podía llegar ese momento. Pero llegó, y una vez más volvió a remover los fantasmas de su pasado, la luz de aquel atardecer abriéndose

entre las copas de los pinos. Entonces escuchó la voz de Helena en su cabeza. La misma voz que le repetía que no estaba a salvo de las garras del monstruo.

***

Minutos más tarde, los inspectores franquearon la sala común de comisaría. Afuera, la lluvia golpeaba los cristales de la ventana. Falcón se situó en mitad del pasillo que se dibujaba entre las diversas mesas de trabajo y miró a sus agentes.

- Escuchadme todos – Se dirigió al grupo – Traigo novedades del caso.

- Nosotros también – Se adelantó Mulas –. He telefoneado a mi cuñado y por lo que le he descrito de las imágenes del VHS se trataría de un *noviazgo de montería*.

- ¿Algo interesante? – alzó la voz para permitir que el resto de la Brigada se uniera.

- Se trata de una tradición que se practica en cotos de caza privados con un número de miembros bastante limitado. La Oficina Nacional de Caza ha recogido denuncias de algunos movimientos animalistas a raíz de una publicación en un portal digital. El periodista adjuntó a su crónica varias fotos donde se aprecia cómo unos niños son embadurnados con la sangre y las vísceras de la pieza que han cazado. Algunos no tienen ni doce años, joder. Incluso les obligan a posar con la cabeza del animal mientras los adultos les reprochan los errores que han cometido al abatir su primera res. Si escribe en internet *noviazgo montero* podrá ver las imágenes. Son asquerosas.

- ¿Por qué? – soltó Covarrubias –. ¿Tanto escandalizan unos sesos y unos higadillos?

- Resulta repulsivo – Se entrometió Montaner –. Aparte de que una experiencia de esa magnitud en un niño de tan corta edad puede traumatizarlo de por vida.

- Pero esa no es la cuestión – Falcón optó por intervenir en el debate –, ni tampoco valorar si anula la empatía del niño al ver sufrir a otro ser vivo. La cuestión que nos interesa ahora es seguir analizando el VHS y rastrear nuevas pistas.

- Que va a ser igual que buscar una aguja en un pajar – refunfuñó Robledo.

- Haremos todo cuanto esté en nuestras manos. La inspectora Belmonte y yo hemos estado con *La Rusa* y asegura no saber nada de la cinta, aunque ambos creemos que miente. No descartamos que mantuviese contacto con Armando Torres. Posiblemente fuera él quien dejara anoche el VHS en la puerta de mi casa.

Sintió que era la única forma de contar parte de la verdad sin delatar a Zetta.

- También hemos decidido contactar con Helena Medina – Se adelantó Belmonte.

- ¿Pero esa no es la hija del Bejarano? – preguntó uno de los agentes.

- Así es – respondió Falcón poco convencido –. No la hemos tenido en cuenta hasta la fecha y creemos que puede ser determinante en la investigación.

- Quizá ella sepa ayudarnos a desmontar la historia que su padre nos ha contado en todos estos años – añadió la portuguesa –. En aquella época era menor de edad y si decidiera colaborar, estoy segura de que nos ofrecería una nueva perspectiva de los hechos.

Nadie se atrevió a contradecirla.

- Si le parece bien que antes nos pasemos por Topas para hacerle una visita… – Dejó caer después.

Falcón notó el peso de sus miradas puestas en la suya.

- De acuerdo – No vio otra salida – Aviso al juez de camino.

45

La puerta de barrotes se desplazó tras un leve traqueteo.

Mauro Medina se cobijaba entre las sombras raídas, la sonrisa trenzada en su rostro como una broma de mal gusto. Los dos inspectores franquearon la sala de aislamiento y tomaron asiento a cada extremo de la mesa. Ninguno apartó la vista del reo, los mechones de su melena escurriéndose por sus hombros. Despacio, inclinó el cuerpo hacia delante, atravesando con sus pupilas celestes los ojos temerosos del inspector. Elías sintió un ligero escozor en la cicatriz, como si el dolor volviese a remarcar la *V* tejida a sus cervicales. Luego decidió apartarse de su vista y abrió la Tablet que llevaba en su mano.

- Imagino que le habrán informado de nuestra visita – pronunció. Podía sentir sus ojos, fijos y voraces, atravesándolo a corta distancia.

- Estoy al tanto de la muerte de esa joven extranjera. Lo que sigo sin saber es cómo pude hacerlo estando entre rejas.

- Esto no es ningún juego – Se arriesgó a sostener su mirada –. La amiga que la acompañaba sobrevivió y nos ha ayudado a hacer un retrato robot de su agresor.

Entonces le mostró aquella máscara contaminada de sombras, sus facciones perfiladas bajo los trazos gruesos del grafito.

- El *careto* fue elaborado en un taller de Lazarim – prorrumpió Belmonte –, pueblo donde hace veinticinco años desapareció André y cuyo cuerpo sigue sin aparecer.

- Porque llevan veinticinco años mirando en la dirección equivocada. ¿Hasta cuándo voy a tener que repetir que yo no tuve nada que ver?

- Pues la persona que está fuera intenta emplumarle el paquete – retomó el inspector la palabra –. Tenemos unas imágenes que fueron grabadas tres semanas después de su desaparición y en las que se aprecia cómo el niño se unta la cara con la sangre de un jabato. Un ritual bastante común en la zona, que es conocido con el nombre de *noviazgo montero*.

Elías localizó el vídeo en su Tablet y presionó el *Play*. Los primeros segundos de la grabación comenzaron a correr deprisa en la esquina inferior del encuadre.

- ¿Qué sabe del *noviazgo de montería*? – le formuló esta vez la portuguesa.

- Poco. Mi padre era cazador y su cuadrilla hizo lo mismo cuando abatí mi primera pieza con diez años. Se trata del primer baño de

sangre para los recién iniciados, una tradición que honra la muerte de la res. ¿Por qué les interesa?

- Porque hemos hablado con Katia Pávlov y nos ha confirmado que la cinta le pertenece – Falcón aclaró sus dudas –. Usted la obligó a cambiarla de lugar a raíz de saltar en la prensa la noticia de la muerte de Montaña Bermejo.

Las imágenes de André Guimarães continuaban reproduciéndose mientras el inspector buscaba una reacción sincera a su embuste.

- Eso es mentira – Se revolvió en la silla –. Dudo de que les haya insinuado tal cosa.

- No se esfuerce. El que está grabando el vídeo es usted, no intente negarlo.

- Y yo le digo que no he visto esas imágenes en mi vida – recalcó enfurecido.

- Pues entonces, explíqueme que hacía el VHS en casa de su amigo.

- ¿Qué amigo? – se perdió en su laberinto de palabras.

- Ya sabe, su admirador. *El Pelirrojo.* El mismo al que fue a visitar después de pasarse por el locutorio la mañana que recibió su permiso. ¿Va recordando…?

El rostro de Nádia Belmonte quedó suspendido en una mueca de estupor al desvelar su compañero parte de una historia que ambos parecían conocer de antemano.

- A lo mejor resulta que ese hombre es mi imitador – Dibujó una sonrisa.

Falcón lo escrutó con rabia antes de responder.

- ¡Déjese de ostias y cuente la verdad de una maldita vez! – Golpeó la mesa.

- Vaya con el pollito, si ya no se caga en los calzoncillos ni se esconde bajo las faldas de la inspectora – Desató una carcajada herrumbrosa.

- Ríase todo cuanto desee, pero me encargaré personalmente de que el juez revise las pruebas y detenga su salida – lo amenazó la portuguesa.

- ¿Qué pruebas? ¿Se refiere a ese vídeo donde ni siquiera aparezco ni se me escucha? Se lo advierto, inspectora, no pienso pasar ni un día más entre rejas. No por algo que llevan más de dos décadas intentando emplumarme. Atrapen a quien lo haya hecho, pero dejen de venir aquí a tocarme los cojones.

- Ese es el tema, algo hizo con el cuerpo aunque no sepamos dónde está. Pero que lo secuestró es un hecho.

Medina arrastró la silla hacia atrás, lijando con las patas la tensión de dentro.

- Se acabó el interrogatorio. ¡Guardia! – voceó en la sala.

- Está bien, usted mismo. Ahora entiendo porque Helena no se ha dignado a visitarlo en todos estos años.

- ¿Cómo dice? – Se incorporó de la silla.

Ambos inspectores lo acompañaron en su ascenso.

- Sí, su hija, la misma a la que no consiguió matar cuando la policía lo atrapó en ese bosque.

- No tiene ni puta idea de lo que habla, inspectora…

- Se equivoca. Usted es el que no tiene ni idea. Helena lleva días colaborando con nosotros.

Sus ojos parecían sobresalir de sus órbitas.

- Exijo hablar con ella – emitió impactado –. ¡Quiero hablar con mi hija!

- Ya no está en disposición de exigir nada, Mauro. Como ha dicho, hemos terminado. Guardia, abra la puerta.

Un fuerte pitido retumbó en la sala cuando los dos policías se dirigieron a la salida. Ni siquiera tuvieron el valor de girarse y advertir la conmoción que vibraba en aquel rostro picado por la incertidumbre. Únicamente siguieron avanzando, hasta que escucharon su voz por la espalda.

- ¡Esperen! No tienen ningún derecho a hacerme esto. ¡Quiero hablar con ella! ¿Me oyen? ¡Díganle a mi hija que venga a verme!

Ambos se alejaron por el corredor mientras unos cuantos golpes resonaban en la distancia.

- ¡Quiero hablar con Helena! – Estaba fuera de sí –. ¡Helena! ¡Helena! ¡Helenaaaaa!

Sus gritos se transformaron en un amasijo de recuerdos oscuros y chirriantes que sacudieron la memoria del inspector.

***

Una cortina de mojabobos perló sus rostros nada más abandonar las instalaciones penitenciarias. Ninguno aguardaba la intención de sacar el tema a relucir a medida que encaminaban sus pasos hacia el aparcamiento. Aún impresionados por la agresividad que había mostrado el reo, no fue hasta que entraron en el vehículo cuando Falcón resopló aliviado y miró de soslayo a la portuguesa.

- ¿Por qué le ha presionado con lo de su hija? – Su voz sonó grave.

- Quería comprobar lo que nos aseguró *La Rusa* y ya ha visto que lo ha desestabilizado a nivel emocional. No pensé que fuera a reaccionar de esa manera. Creo que acabará cediendo y terminará contando lo que sabe.

Elías no las tenía todas consigo después del desastroso interrogatorio. Ahora, más que nunca, se convenció de que iba a estar reacio de volver a recibirlos.

- Por cierto – continuó –, hay algo que no me ha quedado claro. ¿Por qué dijo que Katia Pávlov había escondido el VHS en casa del admirador?

- Porque es la verdad – se lamentó de confesar algo que no le apetecía hacer –, o más bien parte. Zetta se coló en su piso y encontró la cinta. Lo de *La Rusa* me lo inventé.

- *Desculpe?* – Le salió en su lengua materna.

- No quise decir nada por no poner a Zetta en un aprieto. Sé que no está bien lo que ha hecho, pero de no haber sido por ella dudo de que hubiésemos conseguido esa prueba.

Belmonte lo contemplaba con un rictus de sorpresa.

- Deberían arrestar al *Pelirrojo* – Le salió del alma.

- Al contrario. Ese camello se relaciona con gente de Topas y en estos momentos no estamos en disposición de perder a Medina por un mal paso – Si es que no lo habían perdido ya, pensó –. Prefiero reforzar la vigilancia en el barrio de Buenos Aires y que me comuniquen todos sus movimientos.

- Sigo pensando que la clave es Helena. No pretendo presionarlo, pero sería conveniente localizarla y hablar con ella.

El inspector no se atrevió a ofrecerle su mirada.

- Descuide – pronunció finalmente –, hoy mismo me pongo a ello.

46

Media hora más tarde, Elías abandonó la autovía y se incorporó a la glorieta del estadio del Helmántico. Unos cuantos hoteles y restaurantes se alzaban solitarios cuando su móvil vibró en el soporte prendido a la rejilla de la calefacción. Leyó en la pantalla el nombre de la doctora. Luego atendió a la mirada confusa de la portuguesa y permitió que la llamada entrara por el manos libres.

- Hola, inspector. ¿Podemos hablar? Ya tengo los resultados de la autopsia de Sophie Christen.

- ¿Ha habido alguna novedad?

- El *modus operandi* coincide con el de la primera víctima. No cabe duda de que se trata del mismo agresor. La inmovilizó con una alta dosis de pancuronio por lo que ha revelado el análisis toxicológico. Imagino que recuerda el pinchazo que le mostré en la escena del crimen.

- Por supuesto – rememoró aquella lesión que pasaba inadvertida a la altura de sus lumbares.

- Sin embargo, esa no fue la causa de la muerte – prosiguió –. Al igual que hizo con Montaña Bermejo, el asesino introdujo en el conducto de su laringe la misma pasta hecha a base de miel, bellota y laurel. En otras palabras, provocó su asfixia para que la joven fuese consciente de todo.

Su cerebro se puso en funcionamiento a la vez que se imaginaba a Sophie Christen en el suelo del furgón, incapaz de expulsar de su boca la extraña melaza envuelta en filamentos astillosos. Detestó la imagen.

- Doctora – Volvió en sí –, ¿ha comprobado si había un nuevo diente?

- Esa es la razón de mi llamada – lo alertó –. Sí, había otro.

- ¿Pero…? – Alargó los puntos suspensivos, convencido de que se guardaba algo.

- Le he realizado un raspado y lo he cotejado con el molar de leche que apareció en el primer escenario. El resultado es negativo. El diente no pertenece a André Guimarães

La bomba que soltó por el altavoz sumió a los inspectores en un extraño silencio, sin poder apartar la mirada uno del otro.

- Al ver que la muestra era incompatible, decidí hacer una comprobación con la pasarela en materia de ADN de la Interpol como la vez anterior. El caso es que el banco no ha ofrecido ningún resultado coincidente. Digamos que no sé a quién pertenece el nuevo

molar. Aunque lo que sí puedo asegurarle es que se trata de otro diente de características similares, tanto en tamaño como en antigüedad.

- Hola, doctora – Se entrometió la portuguesa en la conversación –. Soy la inspectora Belmonte. ¿Podrían ser de alguno de los niños que asesinó Medina en el bosque? Se trata de Nuno Baptista y Martim Oliveira, ambos estrangulados a finales de 1996.

- Hola, inspectora. Es posible, aunque desconozco si el acusado les extrajo alguna pieza dental *post mortem*.

La portuguesa se mantuvo pensativa unos instantes.

- Tendría que revisar los informes, pero no me consta que el patólogo que llevó a cabo las autopsias hiciera hincapié en dichas extracciones. De todos modos, las fotografías que aportaron las familias eran recientes y podía apreciarse en la sonrisa de cada niño la pérdida de alguna paleta o incisivo – rememoró –. Aun así, habría que hablar con el patólogo.

- Eso ya lo había pensado – Se adelantó la doctora –. Le escribiré hoy mismo para compartir muestras e impresiones. Supongo que los resultados tardarán unos días.

- Ok. Avisaré al *Departamento de Investigação Criminal de la Polícia Judiciária* de Guarda para agilizar los trámites.

- De acuerdo. Les mantendré informados.

Y colgó. Falcón desconectó el aparato y bordeó en su coche las inmediaciones del centro de la ciudad en dirección a la Plaza de España.

- Esto lo cambia todo – Se apresuró a declarar Belmonte –. Medina guardaba en algún lugar los dientes de los niños como si se tratasen de reliquias. Pero el asesino actual, su propio imitador, debía de conocer su secreto.

- Para involucrar al Bejarano en sus crímenes – Remató –. Creo que lo que intenta es joderlo desde fuera, inspectora. Por alguna razón no quiere que salga de la cárcel.

Ambos se ofrecieron una mirada de complicidad a medida que se internaban en la calle de comisaría. Falcón redujo la velocidad y detuvo el coche a pocos metros de la entrada. Se fijó en la horda de periodistas acampados a un lateral de las instalaciones policiales y se preguntó en qué momento se filtraría a la prensa la aparición del segundo cadáver.

- ¿Le apetece venir con nosotros? – Robó la inspectora su atención.

Elías giró el cuello y se percató de que Belmonte se había bajado del coche, aguardando una respuesta con la espalda reclinada. Unos metros más al fondo el subinspector da Sousa la estaba esperando, cobijado del calabobos bajo el alero del edificio.

- Se lo agradezco – Rechazó la oferta –. Prefiero seguir trabajando en casa y ponerme en contacto con Helena.

Nádia arrugó el ceño al intentar adivinar a qué se refería con la expresión *«en casa»*. Falcón pilló al vuelo su incertidumbre.

- Tengo acceso a los ordenadores de comisaría desde la Tablet – Señaló el dispositivo que sobresalía entre los dos asientos del coche.

- Avíseme si tiene alguna novedad. Tendré el teléfono operativo.

Elías arrancó el motor y se alejó rápidamente de allí. Las luces de los semáforos inundaban la luna de ráfagas rojizas mientras los limpiaparabrisas rechinaban en su vaivén. Solo cuando estaba a punto de continuar el trayecto hacia su casa, decidió girar el volante y abandonar la ciudad. El cartel apostado a un lateral del arcén le indicó cuánto faltaba para llegar a su siguiente destino. *Candelario: 76 kilómetros*.

47

Era ya noche cerrada cuando Falcón borró el encabezamiento de la carta. Ni siquiera sabía cómo formalizar el saludo. La hoja de *Word* se mantenía a la espera, el cursor parpadeando por dentro de la pantalla en blanco. *«Buenas noches, Helena»*, escribió. Lo eliminó de inmediato. Los fantasmas de su niñez habían regresado para quedarse. Solo el gorgoteo de las cañerías del hotel rural intercedía en su indecisión al otro lado del muro. *«Querida Helena»,* redactó. Lo desechó también. Elías sintió que no tenía escapatoria, que la investigación lo había devuelto al mismo bosque, donde el atardecer nunca se extinguía entre las copas de los árboles. *«¡¡Elías!!»*, escuchó la voz de Helena. Necesitaba rescatarla y huir de allí antes de que fuera demasiado tarde; antes de que el monstruo volviese a aparecer. El ruido que percibió a lo lejos lo atrajo de la bruma.

El inspector se levantó del escritorio y se dirigió a la ventana. La luz del flexo lo guio entre las sombras a medida que sus manos alcanzaban la repisa de mármol. Las calles que se adivinaban desde la segunda planta se mantenían solitarias. Solo el contorno de los coches estacionados en hilera se perfilaba bajo la claridad de las farolas. Entonces, lo vio. Falcón creyó reconocer la silueta sombreada de un individuo. Lo estaba mirando; sintió que lo devorada escondido entre los pliegues de la noche oscura. Su corazón comenzó a bombear estrepitosamente. Sabía que era él; su mente lo convenció de que se trataba del asesino. Bajó la mano y palpó su arma. Tenía que disparar, no podía permitir que se cobrara la vida de otra joven. La puerta cedió a su espalda tras un breve quejido. Elías se volvió como un resorte y empuñó la pistola en un acto reflejo.

El rostro de Marcial palideció con los ojos desorbitados y dejó caer el cubo metálico que llevaba cogido del asa. El ruido se propagó por toda la casa.

- ¡¡¡Por el amor de Dios, qué está haciendo!!! – gritó fuera de sí.

El inspector captó rápido la señal y bajó el arma. Le temblaba el pulso.

- Lo siento, Marcial – balbuceó –. No sé qué me ha pasado. Pensé que estaba solo.

- Su tía me encargó venir a su habitación para vaciar el aire del radiador – dijo aún en *shock* –. Me dijo que iba a quedarse a dormir.

No tuvo más remedio que asentir ante su propia torpeza.

- ¡¿Qué ha sido eso!? – Escuchó la voz de su tía al fondo del pasillo. Las tablas de madera restallaban según caminaba.

Lupe apareció en la habitación y se detuvo en cuanto tropezó con el cubo metálico. Acto seguido levantó la vista y reparó en la pistola que sujetaba su sobrino de la mano.

- No ha sido nada – dijo Marcial con la voz queda.

- Me extraña… – Sonó ofensivo –. ¿Te importaría dejarnos un momento a solas?

- Iba a preguntarle si puedo marcharme un poco antes.

La propietaria del *Hotel Rural La Chacinera* percibió una tirantez en sus facciones.

- Vale, te espero mañana a la misma hora – reaccionó deprisa –. Y siento lo ocurrido.

El hombre negó con un cabeceo, retirándose con los hombros echados hacia delante. Solo cuando se cercioraron de que estaba bajando las escaleras, Lupe le lanzó una mirada que le cortó el aliento.

- ¿Pero tú has perdido el juicio o que te pasa? – murmuró agitando las manos al aire.

Falcón se fijó en el pequeño álbum de fotos que sujetaba en una de ellas.

- ¿Cómo se te ocurre sacar la pistola? – le reprochó, sacudiendo con cada embiste el mandil que llevaba anudado a su cuello y cintura –. Solo espero que el muchacho no me deje tirada porque te juro que…

- Lo siento, tía. De veras que lo siento – Sintió un fuerte remordimiento.

- ¿En qué diablos estabas pensando? No puedes ir sacando el arma como si nada.

- Lo sé, y tiene toda la razón; pero creí ver a alguien fuera y me asusté.

- Creí, creí… – repetía indignada –. Y yo lo que creo es que esa investigación te está superando. Porque si hablamos con propiedad, que es como me gusta hablar las cosas, tú no has vuelto a ser el mismo desde entonces. ¿Sí o no, Corito?

Falcón se mordió el labio inferior sin saber qué responder

- Mira, dudaba de enseñarte algo, pero visto lo visto, hoy es el mejor día para hacerlo.

Lupe abrió el álbum y extrajo una fotografía que había por fuera de la hoja adhesiva. No hizo falta que se la tendiera cuando observó el rostro de aquella chica de unos doce años, con el cabello largo y rubio y la mirada sonriente, que se mantenía en el centro de la imagen bajo un sol cegador de principios de verano.

- ¿Qué hace usted con una foto de Helena? Le dejé bien claro que quería que destruyese todo lo de aquel verano – Se molestó.

- Bueno, pues decidí guardarla – Le hizo frente –. Es más, te voy a pedir que la lleves contigo.

- ¿Cómo dice? – Se alarmó –. Sabe que no puede pedirme eso.

- Escúchame. Yo no sé si ese…, quien tú ya sabes, tuvo algo que ver en el asesinato de esa cría. Pero de ser así me gustaría que llegases hasta el final y lo resolvieras. Que lo hagas por ella, por lo que le ocurrió a Helena, pero también por ti. ¿Estamos?

Elías era consciente de que su tía solo intentaba quitarle hierro al asunto. Aun así, no estaba del todo seguro.

- ¿Y si no sé? – le expuso temeroso sus pensamientos –. ¿Y si no soy capaz?

Lupe tomó sus manos y se las apretó fuerte.

- Sabrás hacerlo. El destino te está regalando una segunda oportunidad. Por eso quiero que lleves contigo la foto, para que nunca olvides por qué te hiciste policía. Sigue tu instinto, encuentra la verdad, pero no permitas que los fantasmas de ese día continúen persiguiéndote.

Ambos se fundieron en un largo abrazo.

- ¿Mejor…? – Le sondeó tras colocar la fotografía delante del ordenador.

- Sí. Te prometo que voy a intentarlo. No dejaré que Medina vuelva a intimidarme.

- ¡Ese es mi chico! – Se alegró.

Falcón trazó una sonrisa templada en su rostro.

- Te dejo haciendo tus cosas. No tardes en bajar. Hoy tenemos para cenar hornazo y un poco de chanfaina que me sobró anoche.

Los pasos de su tía se alejaron por el pasillo cuando se dispuso a encabezar el *email*. *«Hola, Helena. Imagino que no me recuerdas, pero nos conocimos hace años…»*.

La joven de la foto continuó observándolo desde aquella tarde de verano de 1997.

***

La música atronaba por fuera de algunas habitaciones. Zetta enfiló el pasillo y sacó la tarjeta magnética de su apartamento. Una hebra de luz se escurría a través de la moqueta, como si alguien la estuviese esperando en su interior. Zetta se arredró y entornó precavida la puerta. Sus ojos se abrieron de golpe al comprobar el estado en el que se hallaba su alojamiento. El salón estaba completamente revuelto, su ropa esparcida por todas partes y el portátil encendido sobre el sofá. *¡Merda!*, balbuceó impotente. Entonces se acordó del *collage* con el que forró una de las paredes de su habitación y echó a correr. Sorteó como pudo cada uno de sus enseres personales y deslizó apurada la puerta. Después, se resignó a contemplar el desorden que habitaba en su cama y parte del suelo.

El mural de noticias sobre la desaparición de André Guimarães se

encontraba hecho trizas. Zetta no pudo reprimir la llantina que le sobrevino al fijarse en los documentos que había esparcidos de cualquier manera; también en las distintas pelucas con las que le gustaba camuflarse mientras perfilaba delante del espejo otras apariencias diametralmente opuestas a la suya. Todo aquello había quedado reducido a un montón de escombros, al igual que los pasaportes falsos con los que contaba para variar sus identidades. Leyó algunos: Catrina Santos. Nela Preto. Meçia Fernandes… Ni siquiera se reconoció en las fotografías de tipo carnet que acompañaban a sus nombres ficticios.

Su teléfono vibró en ese instante. Alguien con *número oculto* intentaba ponerse en contacto con ella. Descolgó y acercó el auricular con curiosidad. Percibió una respiración pausada al otro lado.

- *Quem é?* – preguntó en portugués.
- Eres una maldita embustera, Zetta – escupió su interlocutor.

Enseguida reconoció la voz de Ernesto Llamas.

- ¿O debería llamarte Sabela? – continuó –. Te lo advierto, esta vez no te saldrás con la tuya. ¿Me oyes? Muy pronto la gente sabrá quién eres.

Y colgó.

DÍA 7

48

Elías contempló el horizonte desde uno de los despachos de comisaría y sacó dos copias del portafolio que entregó en mano a los agentes portugueses. Ambos se limitaron a recoger el folio, entregándose de inmediato a la lectura de los dos *emails* que el inspector había adjuntado en la misma cara. Una raya negra dividía la batida de preguntas del remitente de las respuestas del destinario. Falcón se sentó en una esquina del escritorio y echó un vistazo a los párrafos intercalados en la hoja. Había subrayado a conciencia la información más relevante.

- Ha tenido suerte de que Helena Medina contestara a su correo – intervino Belmonte.

- Mucha, aunque si leen con atención las líneas subrayadas comprenderán que la hija del Bejarano se ha mostrado reticente a la hora de colaborar.

- Aquí solo leo que reside en Bristol, que da clases de español en un centro para extranjeros y que contrajo matrimonio con un irlandés, con el que ha tenido dos críos – recitó de retahíla el subinspector da Sousa.

- Me refiero un poco más abajo, donde escribe que Mauro Medina dejó de ser su padre el mismo día que la atacó en el bosque. Dice que tuvo que acudir a varios terapeutas para superar el trance que vivió siendo una niña, pero que por prescripción médica prefiere no saber nada del asunto. No quiere verse envuelta en, y cito textualmente: *«aquella pesadilla que me condenó a vivir durante bastante tiempo en una sombra que parecía siempre acecharme»*. En otras palabras, Helena ha rechazado colaborar.

En el fondo, se sintió aliviado de no tener que prestarse a dar explicaciones sobre algo que él también vivió y que deseaba enterrar en lo más profundo de su alma. Decidió borrar algunas frases de su *email* por miedo a que lo delatasen.

- Creo que si la persuadiésemos alegando que su ayuda sería clave para que Medina hablase, tal vez cambiara de opinión – soltó da Sousa.

- Me parece cruel – le rebatió su superiora –. Ese hombre no deja de ser su padre, por el amor de Dios. Aunque sea un psicópata, sigue siendo su padre. Al menos, pudo librarse marchándose lejos; pero comprendo su negativa de cooperar, y por supuesto, la de revivir un episodio de su pasado que únicamente le traería dolor.

- Entonces, nos encontramos en un callejón sin salida al no poder

contar con ella.

- No del todo – Se adelantó –. El Bejarano desconoce que le hemos tendido una trampa y ha reaccionado como queríamos. Se está derrumbando.

- ¿Piensa que deberíamos seguir presionándolo con el tema de su hija? – le lanzó Elías.

- Sin ninguna duda. Puede que me equivoque, pero estoy casi segura de que acabará cediendo y nos contará lo que sabe. Helena es nuestra única baza.

Alguien aporreó la puerta en ese instante. Mulas apareció con la mirada ceñuda.

- ¿Qué ocurre? – Lo tanteó.

- Jefe, ¿puede venir a la sala de ordenadores? Hemos encontrado algo en el VHS.

Todos se levantaron de golpe y acompañaron al subinspector por un pasillo que desprendía un ligero aroma a café. Falcón se rebanó los sesos intentando averiguar qué habrían descubierto sus agentes. El grupo traspasó la última sala y se dirigió a una de las mesas, donde Robledo observaba la pantalla de un ordenador. Solo al aproximarse, Falcón cayó en la cuenta de que estaba dividida en dos perfectas mitades. A un lado, los policías habían capturado un fotograma de la película, la escena congelada en el mismo instante en que el plano se abría para tomar una imagen completa del niño. Al otro, el encuadre había quedado suspendido al fondo de la pared, intuyéndose entre el paño de pixeles una suerte de plano topográfico.

- ¿Qué tenemos? – Se dirigió a ambos.

- Después de limpiar la imagen, nos llamó la atención ese mapa que hay en la pared del fondo y que muestra a vista de pájaro la zona fronteriza entre Salamanca y Portugal – Señaló Robledo la pantalla –. La línea trazada hacia abajo no es otra que La Raya que divide ambos países.

- Continúe – le pidió el inspector.

- Pues bien, lo extraño del asunto eran esas circunferencias trazadas en el plano y con un número escrito por fuera. El caso es que hemos llegado a la conclusión de que los puntos que convergen son los lugares donde el Bejarano raptó y asesinó a cada niño en Portugal.

- Pero todas las circunferencias parecen coincidir en un mismo punto de anclaje – Observó Falcón.

- Sería la distancia equivalente entre el lugar desde el que operaba Medina hasta las zonas boscosas donde abandonaba los cuerpos. O lo que es lo mismo, la guarida de nuestro asesino. Posiblemente la misma habitación de la grabación. Los números que escribió a mano son, me atrevería a decir, los kilómetros que recorría cada vez que viajaba a

Portugal.

El inspector admitió en silencio su teoría.

- ¿Dónde está? – le formuló.

- En La Fuente de la Mora, cerca de El Cabaco.

Todos se mantuvieron a la expectativa sin atreverse a interrumpirlo. Continuó.

- Hemos contacto con el guardabosque y nos ha asegurado que existe una edificación en el mismo punto donde confluyen las líneas. Un búnker que lleva años abandonado y que solía utilizarse por un grupo de cazadores para desollar allí sus piezas.

Una nube de murmuraciones eclosionó en la sala como si se tratase de un enjambre de insectos.

- Escuchadme un momento – Ordenó a sus hombres –, quiero que todos, incluida la científica, parta de inmediato al lugar. Tampoco estamos seguros, pero de ser cierto, sería probable que encontrásemos allí alguna pista del niño. ¿Alguna pregunta?

Nadie tuvo intención de cuestionarlo a medida que el grupo se disolvía de camino a la salida. Después, tropezó con la mirada confusa de Belmonte.

- ¿Ocurre algo, inspectora? – la interpeló.

- Ojalá me equivoque, pero tengo la sensación de que el cuerpo de André Guimarães lleva en ese búnker desde entonces.

49

Había transcurrido una hora desde que Falcón organizó un improvisado protocolo de actuación con el fin de averiguar si el plano que se adivinaba en la grabación estaba relacionado con un búnker situado a las afueras de El Cabaco. Aquella duda lo acompañó durante el trayecto mientras advertía en la hojarasca que sitiaba el camino a ambos lados. Falcón condujo sin atender a las indicaciones del GPS, hasta que reconoció a sus hombres agrupados a un lateral. El inspector detuvo el coche y se bajó. El viento helado lo embistió nada más echar a andar por la tierra arcillosa, permeándose la humedad bajo las suelas de sus zapatos. No tardó en reconocer la edificación levantada sobre un altozano de escaso relieve, su estructura cilíndrica hundiéndose en la corteza entre pinceladas ocres. Tan solo la puerta de chapa desentonaba con el propio entorno, percatándose en los dos guardias civiles que intentaban romper el candado con unas tenazas. Imaginó que Robledo se habría encargado de informar al puesto más cercano para proceder a la inspección ocular. Varios miembros de la científica aguardaban la espera, vestidos con sus característicos trajes de bioseguridad y gafas de protección.

Elías se aproximó al equipo y se entrometió con su presencia en la conversación que mantenía Castell con un hombre, uniformado con camisa y pantalón verde y tocado con una gorra de la misma tonalidad.

- Jefe, quiero presentarle a Vicente Cobos, coordinador medioambiental de la comarca de Béjar – Realizó el subinspector las presentaciones.

- Buenas – Lo saludó el agente forestal –. Le estaba comentando que no tengo constancia de que el búnker haya vuelto a utilizarse.

- ¿Conocía al grupo de cazadores que lo construyó?

- Qué va, siempre lo he conocido abandonado. Ya ha visto en qué estado se encuentra.

Falcón asintió al examinar de nuevo su deterioro.

- Jefe, los guardias acaban de romper la cadena de eslabones – Se inmiscuyó Montaner.

- No perdamos más tiempo – requirió a la Brigada –. Vayamos a echar un vistazo.

El grupo partió hacia el búnker, donde un par de técnicos forcejeaban con la puerta hasta conseguir arrancarla de sus goznes. Falcón sorteó los regueros de agua que manaban de la tierra, arrastrando en su avance hojas secas y diminutas

cagarrutas de oveja de apariencia solidificada. Elías sacó el teléfono y encendió la linterna. Una urdimbre de peldaños descendía hacia lo que supuso los confines del submundo. El resto de linternas alumbró aquella habitación vacía con las paredes de cemento y una puerta ubicada al fondo. Todos se aproximaron atraídos por la incertidumbre de lo que escondía al otro lado. Los técnicos deslizaron el pasador ante la atenta mirada del resto y tiraron del picaporte. Un aliento putrefacto los embistió de frente.

- Pero ¿a qué ostias huele? – rechistó Robledo tapándose la nariz.

Falcón permaneció estoico ante el resuello de putrefacción que seguía vertiendo la nueva sala. Sin pensárselo, introdujo la mano y palpó el interruptor. Nada más presionarlo, una serie de tubos fluorescentes comenzó a encenderse tras un molesto zumbido. Comprobó que el búnker contaba con un generador propio. El grupúsculo se dispuso a traspasar la entrada, distribuyéndose por aquella habitación que de pronto le resultó familiar. No tuvo ninguna duda de que se trataba del mismo emplazamiento que examinó en las imágenes del VHS. Allí mismo, mientras miraba a cámara con el rostro pincelado de sangre, había estado André Guimarães. ¿Por qué había decidido Mauro Medina trasladarlo a la provincia de Salamanca? ¿Y por qué lo había escondido allí? La repuesta ni siquiera acabó por llegar cuando se percató de que los restos de su cuerpo seguían sin aparecer.

Los miembros de la científica recogían muestras en bolsas transparentes y fotografiaban todo aquello que encontraban de camino. Elías, en cambio, se dirigió hacia una de las mesas que había en la estancia. Reparó en los restos orgánicos desperdigados alrededor de una artesa de gran capacidad situada bajo una de sus esquinas. Una nube de moscas moraba entre las rebañaduras de las vísceras, la cabeza de un cerdo sobresaliendo entre los desperdicios. Le sobrevino una primera arcada. El olor que despedía el barreño era nauseabundo. Se armó de valor y pulsó la cámara de su móvil. Se fijó en la trama de hilos cosidos alrededor de su hocico. Las puntadas que atravesaban su carne le devolvieron la imagen de las chicas, sus labios encarcelados por la misma urdimbre oscura y aparatosa. ¿Quién había estado ensayando con la cabeza del animal? El inspector se retiró asqueado.

Después, sus ojos se posaron en los artilugios expuestos por las paredes de cemento. Varias herramientas y otros planos topográficos se intercalaban con las cabezas disecadas de unos cuantos animales. Sin embargo, había algo en la pared que desafinaba con el resto de elementos decorativos. Falcón se aproximó y arrastró con la manga de su anorak el polvo

suspendido sobre el cristal. Su curiosidad desveló una imagen en la que se podía apreciar a un grupo de cazadores posando en un paraje frondoso con varias reses dispuestas a sus pies. Leyó la placa engarzada al marco: *«Club de caza Vaélico. Marzo de 1995»*. Tomó algunas capturas con su móvil.

- Inspector – Robó su atención un agente de la científica –, vamos a proceder a embalar el ordenador que hemos hallado en el escritorio del fondo – lo señaló a propósito.

- Que los de informática se encarguen de analizar el disco duro.

- Claro – respondió ante semejante obviedad –. Por cierto, quería mostrarle el libro que había junto al monitor.

El hombre le tendió una libreta con las tapas combadas y entelada con motivos florales. Distinguió la flor de lis bajo su tonalidad cerúlea, algo desgastada por el paso del tiempo.

- ¿De qué se trata? – Quiso averiguar.

- Será mejor que le eche un vistazo – le lanzó antes de regresar a la cadena de custodia junto al resto de sus compañeros.

El inspector trazó una mueca al extraer el libro de la funda de plástico y deslizar los dedos entre sus hojas apergaminadas. Su mirada se tensó al perderse por las diversas fotografías de tipo *cabinet*. Distintos niños de color yacían muertos como si se tratasen de piezas de caza, el miedo adensado al fondo de sus pupilas. Elías examinó a conciencia cada detalle, percibiendo la misma ritualización en cada una de las imágenes que conformaban el álbum: las muñecas apresadas con una soga, también sus cuellos y una cabeza de gamo fijada a la frente como si se tratasen de inofensivos cervatillos. La luz desempañó aquellas torturas africanas que contempló más de cien años después, el cariz en blanco y negro que le otorgó el retratista atravesando sin dificultad el túnel del tiempo.

La aparición de Belmonte lo atrajo de nuevo al búnker.

- ¿Qué sucede? – la cuestionó.

- Prefiero que me acompañe – dijo tapándose la nariz. El olor continuaba merodeando en la sala –. Tiene que venir a ver esto.

Juntos traspasaron la antesala de cemento y retomaron la escalera al exterior. Fuera, el aire de la sierra limpió cualquier impureza de sus pulmones. Aún le costaba advertir las notas de humedad mezcladas con légamo que danzaban en el ambiente. Falcón se reunió con sus hombres, donde enseguida descubrió que atendían a las explicaciones del agente forestal mientras señalaba un castaño. En su mano llevaba el libro protegido con la funda transparente.

- No sé cómo ha podido aguantar ahí dentro – refunfuñó Robledo –. Qué puto asco.

- Sin duda – Prefirió no contrariarlo –. Y bien, ¿qué ocurre?

- Hemos localizado una pequeña cámara de vigilancia en lo alto de ese árbol – soltó da Sousa.

Falcón alzó la vista y observó aquel diminuto artilugio de color negro, asegurado con alambres por debajo de una rama. Advirtió que la lente enfocaba la entrada del búnker.

- ¿Y esto…? – prorrumpió.

- Se trata de una cámara espía que se activa con un sensor para detectar cualquier movimiento anómalo. Posiblemente esté vinculada a un móvil o un ordenador.

- ¡Mierda! – escupió después.

Los demás lo atendieron expectantes.

- Quiero que alguien avise a Hassan y que localice el terminal al que está conectado.

- Inspector – Lo interrumpió Nádia. Su semblante era un espejo que reflejaba su propio desorden –, creo que el tipo al que buscamos conocía la guarida del Bejarano. Se ha tomado muchas molestias en proteger este lugar.

- Porque sospecha que nos estamos acercando demasiado y…

Ni siquiera le dio tiempo a terminar la frase cuando una fuerte detonación estalló en el búnker, atrayendo consigo una bocanada de fuego que los derribó sin esfuerzo. Las llamas atravesaron la superficie por una suerte de cráter, colonizando en su avance las ramas de los pinos. Una columna de humo se desprendió de sus copas, deslizándose hacia el cielo como un presagio de la muerte que los acechaba.

Falcón se dejó vencer en el suelo por la oscuridad.

50

Un batiburrillo de recuerdos se entremezclaba en la mente de Elías Falcón.

La detonación que estalló en el interior del búnker lo lanzó a varios metros de distancia, donde un pitido largo y continuo se resistió a abandonarle bajo las capas de oscuridad en las que se perdió. No supo cuánto tiempo estuvo flotando en aquella ingravidez esponjosa; ni siquiera se planteó como regresó a la luz cuando, minutos más tarde, abrió los ojos y descubrió a una joven paramédica llamándolo repetidas veces por su nombre. La sirena de la ambulancia se entreveraba a su visión borrosa. Nada parecía real; pues la sensación de absoluta calma siguió acunándolo hasta que fue consciente de lo que había sucedido.

Varios boxes del hospital se habilitaron con urgencia para la decena de heridos. Los más graves fueron trasladados a las salas de quirófano ante la complejidad de las lesiones y quemaduras que revestían. Al resto de agentes de la científica que se hallaban en el búnker en el momento de la explosión los ingresaron en la Unidad de Cuidados Intensivos, donde dos de ellos perecieron al cabo de las horas. Aquel batiburrillo de recuerdos que asaltaba la mente de Elías Falcón acabó dando paso a un sentimiento lóbrego cuando, a media tarde, convocó a sus hombres en la sala de reuniones. Ningún policía de la Brigada daba crédito a su petición tras lo vivido en El Cabaco. Todos acataron la orden sin rechistar y se dejaron caer por las sillas con el ánimo por los suelos.

- Me acaba de comunicar el laboratorio que había un explosivo colocado en el PC del ordenador – Se dirigió al grupo de pie –. Parece ser que se accionó al retirar el cable de la toma de luz. Por las muestras obtenidas hasta el momento, se trataría de una bomba artesanal realizada con peróxido de acetona, la más común entre los terroristas yihadistas, químicos aficionados y fabricantes de explosivos.

La Brigada atendía a su relato en el más absoluto de los silencios.

- Por supuesto, hemos perdido la información almacenada en el disco duro y también la cámara de vigilancia situada fuera del búnker – prosiguió desalentado –. Está claro que alguien sigue nuestros pasos. Supongo que de no haber solicitado a la científica que retirase el ordenador nada de esto habría ocurrido.

- Jefe, formaba parte de la cadena de custodia – Quiso Covarrubias

quitarle hierro a lo sucedido –. El ordenador habría detonado de igual manera.

- Lo sé, y entiendo lo que ha supuesto la pérdida de los dos agentes, pero creo que el mejor ejemplo para honrar su memoria es seguir investigando y atrapar al malnacido que ha hecho semejante barbarie –. Trituraba sus muelas con ahínco.

Después se fijó en cada uno de los rostros que conformaban su equipo – algunos con la mirada vacía, otros con la piel renegrida a causa del humo –, y se dio cuenta de que aquello acabaría pasándoles factura tarde o temprano. Sintió la necesidad de continuar alentándolos para que no se dejasen vencer por el desconsuelo que flotaba en el ambiente.

- Veamos – dijo mientras conectaba su Tablet al proyector –, por las fotos que tomé en el búnker, ahora sabemos que no llevaba años deshabitado. La respuesta me la dio esta cabeza de cerdo – Mostró la imagen –. Nuestro hombre había pespunteado el hocico con hilo; posiblemente, el mismo con el que cosió los labios de Montaña Bermejo y Sophie Christen. Esto me lleva a pensar que el asesino es un cazador y tiene nociones de taxidermia. Ha estado experimentando antes de lanzarse a matar.

- Lo que demuestra que estábamos equivocados – se aventuró a decir la portuguesa al fondo de la sala –. Las muertes no tienen nada que ver con ofrendas al pueblo vetón. Era algo mucho más simple: rinde culto a la caza.

- Es posible, pero de ser así… ¿Dónde ha escondido el cadáver del niño en todos estos años? Le recuerdo que el Bejarano abandonaba los cuerpos en un bosque. Escogía los lugares con antelación para que fuesen vistos.

- Nos estamos olvidando de un detalle – profirió Robledo alterado –. ¿Quién cojones tiene la foto del grupo de cazadores?

- ¿Se refiere a esta…? – lo cuestionó Falcón.

La imagen se visualizó en la pantalla, donde todos atendieron a la camarilla de monteros pertrechada con indumentaria gris, zahones de cuero y escopetas en mano que posaba delante de las piezas cazadas.

- ¿Nadie reconoce al segundo por la izquierda? – Se dirigió a los demás refunfuñando, como de costumbre –. Joder, es Medina, pero con bastantes años menos.

Una nube de murmuraciones impregnó la sala mientras observaban a aquel muchacho de apariencia risueña, cabello corto y barba cuidada. Su físico se ajustaba a las primeras imágenes que los medios lusos tomaron de él cuando fue apresado veinticinco años atrás.

- ¿De qué año es la foto? – prosiguió.

- De marzo de 1995 – respondió Falcón –. ¿Por qué? ¿Adónde quiere llegar?

- Pues a que si era uno de los integrantes del club, los tuvo bien gordos para esconder allí a un niño que había secuestrado en Portugal y encima a escondidas del resto.

Su dictamen le resultó factible.

- También cabe la posibilidad de que la cuadrilla se hubiese disuelto por aquel entonces y el búnker estuviera abandonado – dijo la subinspectora Montaner.

- Buena apreciación – Señaló el inspector –. Robledo, necesito que investigue junto a Mulas a los miembros del club de caza *Vaélico*. Es posible que fuera registrado como sociedad y exista alguna lista con sus nombres.

- ¡Pero si estábamos vigilando los movimientos de *La Rusa*! – Se molestó.

- Me da igual, necesito que se centren en esto. Nuestra máxima prioridad es averiguar por qué nuestro asesino conoce el búnker, si mantiene relación con algún miembro de la cuadrilla, cuándo se disolvió… Lo quiero saber absolutamente todo, y lo más importante, cómo supo que estaba deshabitado.

Robledo asintió con los brazos cruzados mientras su compañero tomaba notas.

- Y, a mayores, rastreen qué relación existe entre el club de caza y estas fotos antiguas.

Elías cambió de imagen y mostró a un grupo de señoritos vestidos con indumentaria safari que posaba en un entorno selvático. Por delante, un niño de color se asomaba semidesnudo a la lente de la cámara con los hombros vencidos, la mirada aterrada y una cornamenta aderezando su cabeza. Después pasó la fotografía y ofreció al mismo grupo de cazadores, pero con el niño muerto bajo sus pies, como si desearan anunciar la pieza que habían abatido durante su excursión cinegética, amarrándole las muñecas con una soga y depositando en su boca una ramita de brezo.

- *Santo Deus*… – No pudo disimular la portuguesa su espanto.

- Entiendo el sentimiento que inspiran ambas fotos – reanudó Falcón su discurso –. Las encontré en un álbum que pude rescatar antes de la explosión. Diría que fueron tomadas a finales del siglo XIX o principios del XX.

- Hay que joderse con lo que hacían nuestros abuelitos – masculló Robledo.

- El caso es que después de analizar las imágenes, diría que Medina reprodujo la misma escena con los niños de Portugal. Al menos, su esencia. No hay duda de que se trata de la misma ritualización, pero

desconozco si esta práctica era común hace más de cien años.

- Jefe – dijo Montaner con la vista puesta en su móvil –, estoy leyendo que estas costumbres se popularizaron a mediados del XIX por los comerciantes y aristócratas que viajaban a las colonias africanas. Algunos niños eran traídos a Europa para exhibirlos en los zoológicos y parques de las grandes capitales o, en el peor de los casos, para darles caza como mero divertimento. Según el artículo, la caza de seres humanos será un *hobby* para los multimillonarios en el año 2200.

- Definitivamente, el mundo ha perdido la puta cabeza – apostilló Robledo.

- No voy a negárselo, pero necesito que pregunten a los miembros de la camarilla qué saben de estas antiguas torturas africanas. ¿Alguna pregunta?

Solo la portuguesa alzó la mano con intención de intervenir. Le dio paso.

- Basándonos en lo que tenemos, diría que estamos ante un asesino que desea imitar a Medina, pero con enormes rasgos diferenciadores – dijo de pie –. Nuestro agresor es metódico, incluso paciente. Ha esperado a cometer los crímenes a pocas semanas de su salida de prisión. Disfruta con el poder y la manipulación, salvo cuando se siente acorralado. Por eso mató a Sophie Christen tras la persecución en la catedral. Era su manera de castigarnos. Quizá el Bejarano nos haya dicho la verdad en este aspecto y no conozca a su imitador. Imitador que, por cierto, mantiene hacia él un extraño sentimiento de idolatría-odio.

- ¿Por qué? – Elías se interesó en su elaborado perfil criminológico –. ¿Qué más nos puede decir?

- Nuestro hombre se ha preparado antes de cometer su primer crimen, por lo que dispone de tiempo para planificarlos. Sin embargo, tanto la escenificación del cadáver como los símbolos muestran una fuerte tendencia narcisista. La *V* que graba es una señal, un aviso, y no le basta con que nosotros lo veamos. Quiere público, disfruta sabiendo que la prensa hablará de él. Es la respuesta a un episodio traumático de su pasado que lo lleva a destruir. Una pulsión que lo resarce al buscar en cada víctima el dolor y el miedo que experimentan antes de arrebatarles la vida. Y no parará hasta que le demos caza.

El móvil del inspector vibró en su abrigo. Sin más preguntas a la vista, abandonó la sala y descolgó la llamada de Zetta una vez que alcanzó el pasillo.

- ¿Estás bien? – soltó con atropello –. Acabo de leer en internet lo de la explosión.

- El muy hijo de puta nos tendió una trampa. Han caído dos agentes de la científica.

- Lo siento – mudó la voz –. Imagino que no es buen día para

pedirte que nos veamos.

- ¿Pasa algo? – Sospechó.
- Alguien entró anoche en mi apartamento.

51

La luz de las farolas recreaba sombras contra la torre del Palacio de Monterrey. Zetta se aproximó al portal número 15 de la calle del Prior y se animó a pulsar el telefonillo. Entonces, una duda la paralizó sin excusas.

Desde que Llamas la amenazara por teléfono el día anterior algo, una especie de ciclón, arremetió contra ella. No podía perder la oportunidad de seguir investigando. No quería quedarse fuera del caso Guimarães, aunque el periodista se encargara después de delatarla por no dejarse follar como era, y había sido siempre, su propósito. Por eso no tuvo más remedio que picar el interruptor que señalaba el segundo derecha; porque de no hacerlo, sabía que se arrepentiría el resto de su vida.

La puerta se accionó tras un breve pitido. Zetta traspasó el portal y subió por la escalera. Todo parecía hallarse bajo un silencio turbador mientras alcanzaba el rellano y pulsaba el timbre. La campanilla prendió al fondo. Zetta esperó impaciente una señal, hasta que percibió el sonido de sus pasos al otro lado de la puerta. Una ampolla de luz se arrastró por su cuerpo, despejándola de las sombras en las que se había enredado.

- ¿Cómo estás? – Se interesó Falcón con el rostro picado por la incertidumbre.

- Llevo todo el día dando vueltas – Le ofreció el primero de sus embustes –. Me daba miedo regresar a mi apartamento, por eso te llamé.

- Has hecho lo correcto – Intentó calmarla –. ¿Sospechas de alguien?

- No, aunque después de mi visita al barrio de Buenos Aires… Ya te dije que uno de los matones de Richi me reconoció.

- Lo importante es que estás bien, solo intentan asustarte. ¿Te apetece pasar?

La escritora respondió con una sonrisa y cruzó el umbral. Un pasillo con dos láminas como único aderezo daba paso a un modesto salón-cocina. Imaginó que la decisión de insertar una barra entre los dos espacios, un armario en el lado opuesto y una cómoda junto al balcón habría sido diseñado por una conocida cadena sueca. A Zetta le agradó el ambiente al que se prestaba su apartamento y se atrevió a dejar la mochila en el sofá.

- Puedes quedarte unos días – Le ofreció –, hasta que encuentres donde alojarte.

- Te lo agradezco, pero tampoco pretendo ser una molestia.

- Insisto, estás en tu casa. Me gustaría ayudarte.

Zetta no pudo soportar la punción de su mirada.

- Está bien, pero solo esta noche – Se apartó. Después deslizó la cremallera de su mochila –. Por cierto, he comprado una botella de vino.

- Tampoco era necesario – Se sorprendió al entregársela –. Este oficio me ha enseñado que, a veces, uno no sale indemne si decide luchar contra la tormenta.

- Tengo la piel curtida de estar tantos años bajo la tempestad, créeme. Solo pretendo encontrar respuestas y que se haga justicia.

- ¿Por qué? – la cuestionó, deslumbrado por el magnetismo que desprendía.

- Porque soy una insensata y me gusta llevar siempre la contraria.

La tensión los redujo a un silencio incómodo.

- Tienes pijamas en el armario de mi dormitorio – Señaló la puerta que se adivinaba al fondo con la excusa de cambiar de tema –. Puedes dormir en mi cama.

- ¿Y tú?

- Descuida, siempre me quedo traspuesto en el sofá. Me gusta leer con la tele puesta.

Zetta bosquejó en su rostro una sonrisa templada.

- De acuerdo, voy a cambiarme.

Falcón aprovechó su ausencia para entrar en la cocina y descorchar la botella de vino. De vez en cuando colaba la mirada por la puerta entreabierta de su habitación. Algunas partes de su cuerpo se intuían a través de la luz mientras se deshacía de sus ropas. Aquella situación le excitó. Sus ojos se mantenían fijos por la estrecha abertura a la vez que intentaba imaginársela; los muslos torneados, los senos recogidos bajo el sostén. Le dio placer seguir proyectándola en su imaginación, hasta que notó que el vino se escurría por fuera de la copa. El inspector se maldijo y corrió a secar la encimera con un paño. Luego le dio un trago y se dispuso a rellenar la de su invitada. Entonces, apareció en el salón.

Zetta llevaba una chaqueta que le llegaba por medio muslo, sus piernas batiéndose con cada embiste de cadera. La seguridad que trató de imprimir con cada movimiento la animó a perfilar una sonrisa disfrazada de intencionalidad. Los párpados de Falcón se tensaron por sí solos. No estaba seguro de lo que se proponía hacer cuando tomó una de las copas y la apuró de un trago.

- ¿Te sirvo otra? – Ni siquiera supo por qué preguntó semejante gilipollez.

Ella asintió, sus ojos devorándolo por detrás de la isla.

- ¿Encontraste en el armario el resto del pijama? – dijo al ofrecerle la nueva copa.

- Sí, claro. Pero nunca me pongo la parte de abajo. No te molesta, ¿verdad?

Elías se limitó a cabecear mientras abandonaba la cocina y regresaba con ella al salón. Su proximidad le intimidaba.

- ¿Mejor…? – Buscó el pretexto de entablar una conversación trivial.

- No hay color – Manejaba la situación a su antojo –. De no haber sido por ti, no sé qué hubiera hecho cuando entraron en mi apartamento. Gracias.

- No hay nada que agradecer. Ahora ya no tienes de qué preocuparte.

- Por eso mismo me gustaría olvidarme del tema – Comenzó a acariciar su mano.

Sus miradas descargaron una sacudida electrizante.

- ¿Qué haces? – Su instinto contradecía a la razón –. Sabes que no podemos.

- Nadie tiene por qué enterarse.

- Zetta, estás cooperando en la investigación, es una puta locura.

- Te equivocas. Es lo que ambos llevamos deseando desde hace una semana.

Entonces, se abalanzó sobre él. Zetta se aferró a sus hombros y deslizó la lengua por la cobertura de su boca. Tal vez necesitaba liberar los miedos que retumbaban en su cabeza a medida que se despojaba de su chaqueta de camino a la habitación. La escritora filtró las manos bajo la tela de su camisa y sintió la compacta constitución de su tórax. La musculatura de su espalda se hinchó de aire y la ayudó a deshacerse de sus *culottes*. Sus dedos continuaron adentrándose en ella, hasta que la encarceló con su cuerpo y la giró con urgencia. Un húmedo escozor se propagó por sus terminaciones nerviosas cuando Elías acarició su pubis y se dispuso a masturbarla. El movimiento de sus falanges se transformó en una sucesión de sacudidas que la rompió por dentro en mil pedazos. Zetta se resistió a contemplarse en el espejo, donde el reflejo de la luna desveló la pequeña cicatriz en forma de *V* que se intuía por debajo de la nuca de su amante. El mismo símbolo que tantas veces admiró mientras escribía su *true crime*.

***

La Tablet le confirmó que había terminado de implantar el programa. Zetta se fijó en el reloj digital y advirtió que apenas quedaba una hora para que amaneciese. Rápidamente cerró la

tapa y lo devolvió a la mesa con cuidado de no alterar el sueño del inspector, que dormía plácidamente en el sofá-cama después de lo vivido en su dormitorio. Algunas escenas asaltaron su mente. Aún era capaz de percibir el sabor de su saliva; también sus dedos introduciéndose en su sexo y la mecánica sucesión de embestidas que la llevaron hasta el espejo de la puerta. El reflejo trazó aquella *V* en sus cervicales. ¿Por qué?, se preguntó mientras lo observaba. ¿Por qué tenía el mismo símbolo que los niños de Portugal?

Zetta se incorporó confusa y se puso el abrigo. Ahora era consciente de que podía acceder a la investigación por control remoto si el periodista decidía joderla publicando algo de ella. Entonces encaminó sus pasos por el pasillo y se largó de allí con la consabida de que, por muchos personajes en los que intentara camuflarse, siempre la acompañaría esa sensación de falsedad. La misma que pronunció mientras bajaba las escaleras del portal.

- Te has convertido en una puta estafadora.

***

A esa misma hora, en una de las salas de comisaría, el teléfono móvil de Mauro Medina se encendió. La nueva chica gemía desnuda en el suelo de un furgón con las muñecas maniatadas y los mechones de su cabello agitándose con cada sacudida. La joven intentó incorporarse en vano, arrastrando consigo un quejido que rasgó inútilmente su garganta. No tenía escapatoria, nada podría refrenar el ansia voraz de su secuestrador; pues, en ese instante, giró bruscamente el encuadre y se asomó a la cámara.

La luz de la linterna arrancó las sombras de su máscara. El placer que sentía al grabarse podía apreciarse en la imagen. Giró la cabeza de izquierda a derecha, como si tras aquel gesto se escondiese la misma tempestad que estaba a punto de desatarse. Un diluvio que horas más tarde, se transformaría en una lluvia fina y mansa.

Después, la grabación cesó.

DÍA 8

52

Ni siquiera le había dado tiempo a tomarse el primer café del día.

El inspector acudió temprano a la sala de reuniones y se limitó a analizar el vídeo que habían recibido en el móvil del Bejarano. La grabación apenas duraba catorce segundos. Despacio, fue pasando los fotogramas con el ratón, como si en los nuevos planos que se iban incorporando a la pantalla fuese capaz de apreciar el mensaje que deseaba transmitir el agresor. Notó que aún tenía la mente aletargada. Por alguna extraña razón, las secuencias que atesoraba de la noche anterior volvieron a conquistar su sistema límbico.

Elías regresó una vez más a su dormitorio. Recordaba con precisión aquel encuentro furtivo mientras el vídeo volvía a reproducirse. No había vuelto a saber de Zetta desde entonces. Tampoco había respondido al WhatsApp que le envió al despertarse, cuando se cercioró de que se había ido. Supuso que la cagada – en mayúsculas – que había dinamitado su relación profesional acababa de crear una brecha entre ambos.

La inesperada aparición de Robledo y Mulas lo rescataron del abismo. Falcón se levantó y los acompañó con la mirada hasta el otro extremo de la mesa. Atendió en sus gestos una señal de incertidumbre.

- Qué hay, inspector – Lo saludó Robledo –. ¿Tenemos algo?

- Los de informática están rastreando la señal móvil, pero está resultando complicado. El terminal era otro prepago.

- Hijo de puta – masculló entre dientes –. Traemos novedades. No sé si ha recibido el documento que le hemos enviado a la *Intranet*.

Falcón negó con la cabeza.

- El club de caza fue inscrito en el Servicio Territorial de Cultura, Turismo y Deporte en 1981 por un tal Aurelio Urbina, un prestigioso abogado por lo que hemos averiguado en LinkedIn.

El inspector arqueó sus cejas.

- Según el documento, se disolvió a principios de 1997 a raíz de la detención de Mauro Medina cuando intentó estrangular a su hija; de ahí que el agente forestal nos asegurara que el búnker llevaba años abandonado. El caso es que tras hacer algunas llamadas, obra en nuestro poder la lista de miembros que conformaban la cuadrilla.

- ¿Y…? – lo interpeló.

- Uno de ellos es hermano de Vallbona, el experto en cultura vetona que lo recibió en la Biblioteca General Histórica de la Universidad de Salamanca.

La información que habían recabado lo llevó a desplegar los

párpados más de la cuenta.

- Cierto – Lo rescató de su memoria –. Recuerdo que nos mostró un viejo manuscrito que hablaba sobre los ritos del pueblo vetón.

- Pues resulta que informó a su hermano de su visita a la Universidad. Tenía miedo a que la posible implicación del Bejarano en la muerte de Montaña Bermejo volviese a salpicarlos como entonces. Nos hemos pasado por la finca en la que vive con su mujer y los hemos sorprendido quemando en un bidón lo poco que conservaban del club. ¡Su puta madre! – resolvió exasperado.

El inspector se dio cuenta de que el caso estaba empezando a pasarles factura.

- Buen trabajo – Los felicitó igualmente –. Y sigan investigando. El asesino pudo hacerse con una copia de las llaves del búnker de alguno de los miembros. Ese candado llevaba años sin remplazarse por uno nuevo.

- De acuerdo – intervino Mulas por los dos –. Por cierto, el de Correos ha dejado en recepción este sobre a su nombre.

Elías lo apresó y se dispuso a voltearlo en busca del remitente. Ni siquiera lo encontró. Una vez que los agentes retomaron sus pasos hacia la salida, no dudó en rasgar el sobre. Extrajo unas cuantas fotografías de tamaño estándar y papel satinado.

No pudo evitar emitir un improperio cuando descubrió de quién se trataba. Un secreto que lo paralizó por detrás de la mesa de la sala de reuniones.

***

Apenas había podido pegar ojo desde que se largó de casa de Falcón a hurtadillas. Un sentimiento de desánimo la acompañó hasta el apartamento en el que se alojaba, incapaz de conciliar el sueño. Zetta se arrancó la peluca presa del agobio y se dispuso a entrar en su portátil. El programa que había implantado en su Tablet horas antes le mostró por control remoto varias carpetas ubicadas a ambos márgenes. No tardó en copiar el material por miedo a que Elías detectase su programa espía.

En cuanto se cercioró de que la descarga se había completado con éxito, vio que Elías había recibido un nuevo archivo. Su nombre: *«Miembros del club de caza Vaélico»*. Enseguida descubrió que se trataba de la inscripción de la sociedad de cazadores por un tal Aurelio Urbina; un jurista con despacho propio en la calle Zamora. Rápidamente pegó el nombre del abogado en el buscador. El resultado la derivó a varios enlaces de prensa de la época. Leyó algunos titulares: *«Varios vecinos se concentran delante del bufete de Aurelio Urbina por defender al asesino que acabó con la vida de dos niños en Portugal»*. *«La recogida de firmas presionan al abogado Urbina a que*

disuelva el club de caza del que era miembro Mauro Medina».

Zetta dedujo que el abogado debió de ceder ante la avalancha de noticias que vincularon su despacho con los crímenes que había cometido Medina en el pasado. Sin embargo, sospechó que de ser así, tuvo que mantener un trato personal con el resto de miembros. Se convenció de que era el hombre que estaba buscando; el único que guardaría bajo llave los secretos de una cuadrilla que se vio envuelta en el implacable ciclón que desató el Bejarano con su crueldad. Zetta anotó el teléfono de su bufete y llamó. Al noveno tono, la llamada expiró. Sin pensárselo, apuntó las señas y se levantó del sofá. Había decidido pasarse a ver al abogado.

53

El inspector era incapaz de apartar la vista de la tanda de fotografías que alguien le había hecho llegar a comisaría de manera anónima. El impacto visual que arremetió contra su cerebro le llevó a examinar de nuevo las imágenes. En varias, reconoció algunos ángulos de su apartamento. También las prendas de vestir que admitió como parte del atuendo personal de Zetta. Los sentimientos que profesaba hacia ella se volvieron en su contra. No podía imaginarse que tras la puerta de su dormitorio hubiera extendido un enorme *collage* con diversos recortes de prensa sobre la desaparición de André Guimarães. ¿Por qué?, se cuestionó. ¿Por qué se había extralimitado de las funciones que le encomendaron, dejando al descubierto una clara obsesión por el caso? ¿Acaso se trataba de una vulgar escritora en busca de fama gracias a la repercusión que suscitó su *true crime*?

La duda continuó carcomiéndole mientras seguía pasando el resto de fotos. Leyó los nombres que figuraban en varios pasaportes falsos con otras identidades igual de falsas. Las mismas que debió de utilizar durante un tiempo para esconderse del mundo: Catrina Santos. Nela Preto. Meçia Fernandes… Ni siquiera reconoció a las mujeres que aparecían en cada uno de los pasaportes, todas ellas asomándose a la lente del fotomatón con nuevas pelucas. Las variantes de Zetta quedaron reducidas a una sola cuando llegó a la última. Entonces, supo que la joven que aparecía con su alopecia areata y la mirada cargada de resentimiento era la real. La que había conocido por primera vez en la rueda de prensa. La misma que seguía ocultándose de su pasado bajo una sombra imaginada.

No le hizo falta volver a releer su nombre; pues, en ese instante, se dio cuenta de que las casualidades tampoco existían. Ella era, y había sido siempre, Sabela Guimarães.

La hermana de André Guimarães.

Debió de habérselo imaginado, de ahí su interés por la evolución del caso. No le entraba en la cabeza que Belmonte, la misma que llevó durante años la investigación en curso y se entrevistó con sus padres, no hubiera sospechado lo más mínimo. Llegó a la conclusión de que Zetta era tan solo una adolescente por aquel entonces. Sin embargo, sentía que los había traicionado; que de algún modo los había utilizado en su propio beneficio. Eso era Zetta – asumió enojado –, una mentirosa y una estafadora. Pero ¿por qué se le insinuó en su casa la noche anterior?, se indignó aún más. Algo le hizo entrever que solo se entrevistó con Medina con la excusa de sacar sus propias pesquisas. Y

lo peor de todo, que su farsa podía haber puesto en riesgo toda la operación.

La subcomisaria entró en la sala sin avisar. Falcón recogió el material fotográfico y lo guardó en su anorak. Atendió al rictus de contrariedad que rezumaba su rostro.

- Le estaba buscando – dijo tras detenerse delante de la mesa –. Imagino que no habrá entrado en el *Correo de Salamanca*. Ya se ha filtrado la noticia de Sophie Christen.

- Era de esperar – admitió convencido.

- Aunque no le buscaba por eso. Ha aparecido la chica de la última grabación en uno de los tramos del Camino de Hierro.

- ¿Se sabe quién es?

- Aún no ha aparecido su documento de identidad. Pero el sargento que me ha telefoneado dice que tiene la boca cosida y un cráneo de animal junto a sus manos. No hay duda, inspector. Se trata de la nueva víctima.

***

Diminutos copos de nieve caían sobre el cuerpo desnudo de la chica. Su piel, cubierta por una fina capa de escarcha, translucía las bajas temperaturas que había recogido durante la noche. Los auxiliares comenzaron a señalar las evidencias que fueron hallando en su inspección ocular mientras los demás tomaban fotografías desde distintos ángulos. Nadie del equipo podía aún creerse que su asesino hubiese abandonado el cadáver en medio de aquella faraónica construcción de ingeniería ferroviaria, ahora empleada para que los turistas disfrutasen de la antigua línea alpina de la Estación de Fregeneda. Un singular paraje para los amantes del senderismo que truncó los ánimos de los primeros visitantes cuando, al amanecer, se toparon con un extraño bulto que yacía bajo la tormenta.

Horas más tarde, y tras personarse en el escenario varios agentes de la Guardia Civil, Elías estacionó su coche y se apeó junto a la subcomisaria. No tardaron en localizar al resto de los miembros de la comitiva. Las rachas de viento que asolaban aquel rincón de Las Arribes desprendían del cielo gráciles copos de nieve. Ambos se encaminaron por el sendero que se perfilaba al inicio de las vías ferroviarias, extendiéndose ante ellos un vasto horizonte de valles y lomas. La Raya con Portugal se intuía velada a causa de la ventisca. Después traspasaron la cinta que acordonaba ambos extremos del puente, donde algunos curiosos inmortalizaban la escena con sus móviles.

- ¡No se acerquen! – gritó la forense –. ¡Quédense donde están!

Elisa Vázquez se retiró las gafas de protección, dejando a la

vista aquel rictus de dolor impreso en su mirada. Ninguno daba crédito a lo que estaba sucediendo.

- ¿Qué ocurre, doctora? – La apremió Linares una vez que se detuvo delante de ellos.

La mujer posó la mano en su pecho. Apenas era capaz de coger aire en sus pulmones.

- Lo siento, Marisa – articuló fatigada –. Inspector, encárguese de que vuelva al coche.

- ¿Pero por qué? ¿Qué sucede? ¿Alguien puede explicarme qué está pasando?

Entonces se dispuso a acercarse, reteniéndola la doctora por el brazo. La subcomisaria se revolvió a empellones al tiempo que la forense giraba la cabeza hacia su equipo.

- ¡Que alguien tape el cuerpo, joder! – Ordenó.

Uno de los técnicos cubrió el cadáver con una manta isotérmica. Los demás dejaron de procesar el escenario, mudos por la situación.

- ¿Es mi hija…? – balbució –. ¡Dígame que no es mi hija, por lo que más quiera!

La patóloga se resignó a asentir con la barbilla temblorosa. Nadie de los allí presentes tuvo la osadía de interceder en el silencio que se formó de inmediato, quebrado tan solo por el sonido de la nieve. Falcón se llevó una mano a su boca.

- ¡Noooo! – chilló después.

Sus rodillas comenzaron a flaquear a la vez que Elías la sujetaba por la cintura.

- ¡Blanca! – Lloraba desconsolada –. ¡Blancaaaa!

El juez Castillo se alejó de la comitiva y corrió a socorrerla. La subcomisaria se deshacía desde el suelo en un llanto atroz.

- Marisa, lo siento de veras – Arbitró el juez de pie.

Falcón se fijó en las diminutas gotas cristalinas que coronaban la punta de sus pestañas, y también en su abrigo de paño oscuro con trazas de nieve por sus hombros.

- Entiendo que no es el mejor momento para preguntarle esto, pero… ¿A qué hora vio por última vez a su hija?

- Ayer por la tarde – tartamudeó a causa del frío y de los propios nervios –. Sobre las ocho, cuando se despidió de mí para irse a dormir a casa de…

- ¿A casa de quién? – continuó interrogándola.

- A casa de mi exmarido.

La subcomisaria se incorporó con ayuda de Falcón y sacó el móvil de su gabardina beis.

- ¿Qué va a hacer? – Se dirigió el inspector. Ella se retiró hacia un extremo.

- Llamar a mi exmarido. Ese cabrón tiene la culpa de todo.

- Cálmese primero – Se inmiscuyó el juez –. Todavía no sabemos qué ha pasado.

Ella hizo caso omiso cuando al cuarto tono escuchó su voz.

- Eres un miserable – vació por el auricular –. ¿Por qué no me dijiste que la niña no había dormido en tu casa? ¿Cómo dices? ¡Hijo de puta, Blanca está muerta! ¿Me oyes? ¡Muertaaa! – chillaba –. ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Por qué a mí?

La subcomisaria cayó de rodillas, dejando escapar el teléfono de su mano. El dolor por la pérdida de su hija se reveló en su irrefrenable llantina, las lágrimas descendiendo con rapidez hasta la curvatura de sus comisuras. Solo la doctora se acuclilló para consolarla, mientras el juez recogía el móvil y ofrecía al inspector una mirada que le cortó el aliento. Supo que lo culpaba de lo ocurrido por no haberse dado prisa en capturar al asesino. Por no hacer bien su trabajo. Luego se ausentó con intención de hablar con el exmarido, que aguardaba dando voces al otro lado de la línea.

Elías también se retiró, triturando sus muelas de camino. La sensación de angustia que se había alojado en su estómago lo llevó a sacar el teléfono y buscar el número de Zetta. En cuanto lo localizó, no dudó en pulsar la llamada.

- ¿Podemos vernos? – soltó como un resorte.

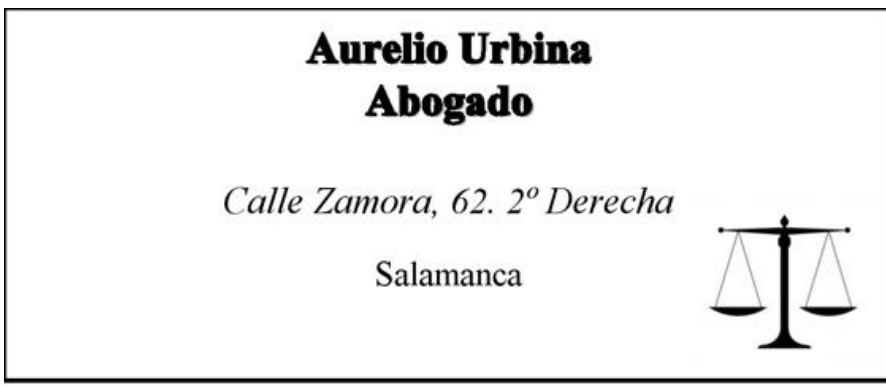
- Sí, claro. ¿Pasa algo? – Intuyó.

- Ahora no puedo hablar. Te espero en una hora en el Café Novelty. Sé puntual.

Y colgó la llamada con la consabida de que algo se había roto entre ellos.

54

Zetta no estaba segura del motivo que había llevado a Falcón a colgarle la llamada. Tampoco se planteaba la posibilidad de que hubiese destapado su ardid cuando decidió implantar en su Tablet un sistema espía para estar al corriente de la investigación. Zetta se resignó a mirar su móvil un tanto extrañada y volvió a guardárselo. Después, sus ojos tropezaron con aquella placa de considerable gramaje y situada a un lateral del portal.



Enseguida se dio cuenta de que una de las puertas estaba abierta. Zetta entró en la finca y se apresuró a tomar la escalera del inmueble. Su silueta se fundió en la penumbra que, a ratos, se disolvía gracias a unos discretos ventanucos. No tardó en descubrir que se trataba del patio de luces, sus paredes ennegrecidas por las lluvias y con tendederos en forma de aspa. Continuó subiendo con cuidado de no hacer ruido, hasta que alcanzó la segunda planta. Había dos puertas enfrentadas con mirillas de cobre. Zetta llamó al timbre y esperó impaciente. Nadie contestó. Luego apoyó la oreja y escuchó el gorgoteo de las tuberías. Se extrañó.

- No está – dijo una voz por su espalda.

Zetta se volvió asustada y sorprendió a una mujer con el busto recargado de bisutería y maquillada con determinación, que la observaba tras la puerta entreabierta de su hogar.

- Imagino que estará buscando a Urbina – continuó.
- Parece que no está en su despacho.
- ¿Despacho...? – soltó con retintín –. Querrá decir su casa. Ese viejo chiflado lleva años viviendo entre la porquería que guardaba desde que ejercía como abogado.
- Pensé que seguía en activo.

- ¿Urbina...? – Ahora era ella quien parecía extrañada –. Qué va. Siempre ha sido un hombre raro, muy huraño. No sé si me explico. Tampoco pretendo insinuar que fuera un mal abogado, pero qué quiere que le diga, apenas tenía clientes, sobre todo a raíz de involucrarse con aquel club de caza y el pirado que mató a unos niños en Portugal. ¿Conoce la historia?

- Estoy al tanto – Creyó que sería mejor no darle vía libre.

- Nunca debió de mezclarse con esa gentuza. Arruinó su carrera. Pero como decía mi madre, cada cual se ahorca en el árbol que quiere.

Zetta no pensaba lo mismo, aunque prefirió no verter su opinión al respecto.

- ¿Sabría decirme a qué hora puedo encontrarlo?

- Supongo que a media tarde. Sé que estuvo trasladando unas cajas al viejo palacete que heredó de su familia. Él mismo me lo comentó en el rellano la semana pasada.

- ¿Qué palacete? – Le asombró que alguien hubiese recibido una herencia tan dispar.

- Uno que hay en la Avenida Italia. Pero no se vaya a pensar que es un lujo, ni mucho menos. El edificio está que se cae a cachos.

- Entonces, me acercaré.

- Sí, vaya a echar un vistazo – Bajó la voz –. Otra cosa es que lo encuentre. Ya le digo que es un hombre muy suyo. Lleva un tiempo bastante alterado, moviendo los muebles de un lado a otro, incluso hablando solo. Ése esconde algo, se lo digo yo.

- Gracias por atenderme – Motivó la despedida.

Zetta retomó sus pasos y salió a la calle con la sensación de que el abogado vivía desde entonces en un destierro forzado cuando sus vecinos – sospechó – le dieron la espalda. Tal vez aquello lo condenó a no relacionarse, a resignarse a ver cómo su carrera se hundía mientras la prensa local de la época publicaba titulares que lo ligaban a la sombra imperecedera de Mauro Medina.

La escritora sacó el móvil y buscó en Google el antiguo palacete de la familia Urbina. Al momento, el programa le indicó la dirección: Avenida Italia, 36. Las imágenes que venían asociadas le erizaron el vello de su nuca. Había localizado la guarida en la que se ocultaba del mundo.

55

Había transcurrido una hora desde que se pasó por el despacho de Urbina. Una hora en la que se rebanó los sesos de camino a la Plaza Mayor, mientras buscaba una respuesta al papel que había jugado el abogado en la defensa y posterior absolución del grupo de cazadores. Zetta sospechó que el jurista debía de guardar en su palacete las pruebas que implicaban al Bejarano con los crímenes perpetrados en Portugal y la desaparición de André. Tal vez estuviera equivocada y todo fuesen figuraciones suyas; pero en aquel instante, supo que había llegado la hora de enfrentarse a su propia verdad.

Una sensación extraña la guio por dentro de los soportales. Diminutos copos de aguanieve caían sobre las mesas de las terrazas, vaciándolas en cuestión de minutos. Zetta apretó el paso y tiró del picaporte del Café Novelty. Reconoció a Falcón de espaldas, esperando en el velador de la vez anterior. La escultura de Torrente Ballester presidía la cabecera con la mirada perdida en aquel juego modernista de espejos esmerilados y lámparas de bronce. Uno de los camareros se detuvo a su lado y le preguntó qué quería tomar. Zetta pidió una tila para calmar sus nervios y se acercó al velador. El inspector levantó la mirada en cuanto notó su presencia, recibiéndola con un rictus prudente. La escritora se sentó después, sus miradas enfrentadas bajo el rumor de la cafetería.

- ¿Qué quieres tomar? – preguntó serio.

- Ya he pedido – dijo cortante –. Por cierto, he entrado en *El Correo de Salamanca* y acabo de leer que ha aparecido una nueva chica en el Camino de Hierro.

Falcón hizo caso omiso cuando introdujo la mano en su anorak y depositó sobre el velador la tanda de fotos que había recibido a primera hora. Los ojos de Zetta recorrieron los distintos ángulos de su apartamento, donde tuvo el fatal presentimiento de que había descubierto su verdadera identidad. Agachó la cabeza en un acto reflejo. Elías, por su parte, rebuscó una fotografía y la arrastró hacia ella en cuanto la localizó. Su aspecto no variaba mucho de la imagen que ofrecía, salvo por la alopecia areata y el nombre impreso en una esquina del pasaporte: Sabela Guimarães.

Zetta fue consciente de que Ernesto Llamas se la había jugado.

- Todo tiene una explicación, te lo aseguro.

- ¡Ah, sí…? – Estaba a la defensiva –. Pues estoy deseando escucharla.

El camarero quebró la tensión con su inesperada aparición y

dejó la tila sobre la mesa. Solo cuando se marchó, la escritora se atrevió a sostener su mirada.

- Sí, es cierto, mi nombre real es el que figura en ese documento – Apuntó con el dedo hacia la foto –. Me llamo Sabela y soy hermana de André Guimarães.

Un breve silencio se instaló entre ambos.

- ¿Por qué te haces llamar Zetta? ¿O Catrina? ¿O Nela? – Buscaba respuestas.

- Porque llevo años escondiéndome bajo otras identidades para no llamar la atención.

- Te refieres… ¿A un seudónimo?

- Me refiero a que ese hijo de puta destrozó a mi familia – masticó cada palabra con denuedo –. Yo tenía diez años cuando mi hermano desapareció en esos carnavales de Lazarim. Nadie supo con certeza qué había ocurrido; era como si la tierra lo hubiese engullido delante de todos mientras el desfile de *caretos* pasaba por la calle principal. Eso es lo poco que recuerdo de aquel día; los gritos de desesperación de mi madre, las voces de mi padre llamándolo por su nombre, algunos vecinos organizando una batida por el bosque horas más tarde – Cogió aire en sus pulmones –. Aunque lo que vino después… Lo que vino después no se lo deseó ni a mi peor enemigo.

Una lágrima rodó por su mejilla al evocar algunas escenas en su mente.

- Habían pasado varios meses y la policía no tenía ni una sola pista. Mi madre decidió acudir al plató de un conocido programa de televisión que investigaba, entre otras cosas, las desapariciones de menores. En un principio pensó que podría ayudarnos a que cualquiera que hubiese estado en aquellos carnavales y tuviera alguna pista, avisase al número que proporcionaba la cadena. Por supuesto, recibieron un aluvión de llamadas. Miles de espectadores creyeron haberlo visto en diferentes puntos de Portugal, pero ninguna prueba sólida. Eso provocó que mi madre se obsesionara aún más con su búsqueda, sobre todo a partir de la detención del Bejarano y su posible implicación al coincidir algunos rasgos físicos de André con los de las otras víctimas. Imagino que sabrás que la Audiencia unificó las tres causas contra Medina, pero su abogado le aconsejó que no dijera dónde estaba el cuerpo. Solo aspiraba a que se respetase su presunción de inocencia.

- Lo recuerdo – la cortó adrede –. Tengo entendido que no contestó ni a la fiscalía ni a la acusación particular, sino únicamente a las declaraciones de su abogado.

- Lo que provocó que mis padres acabaran por divorciarse después de la presión que soportaron durante demasiado tiempo – Ladeó la vista hacia el ventanal –. A mi padre lo ingresaron en un sanatorio tras

perder su empleo y darse a la bebida. Mi madre, en cambio, padece desde entonces una depresión de la que no se ha restablecido. Tiene momentos mejores y otros…

- Entiendo – La detuvo por miedo a escarbar más de la cuenta.

- Por eso me obcequé durante años en su desaparición. Pensé que si encontraba una pista, algo acerca de su paradero, todo volvería a ser como antes. Aunque, como ves, me equivoqué. Mis padres se resignaron a vivir sin André, pero también se olvidaron de mí. Se olvidaron de la otra hija que les quedaba, la misma que empezó a pirarse las clases, a juntarse con malas compañías, a delinquir. Se olvidaron de preguntarme en qué ambientes me movía cada vez que seguía intentándolo por mi cuenta.

- Y por eso cambiabas tan rápido de identidad – arguyó –, para no pillarte los dedos y que nadie te reconociese como la hermana de Guimarães.

- Lo que provocó, en parte, mi puta alopecia – Remató –. Prefiero no hablar de esa época. Me metí en más de un lío.

A Falcón no le hizo falta comprender el motivo por el que se escondía del mundo bajo una peluca. Tampoco la razón de su actitud, siempre en rebeldía y dispuesta a batallar. Sin embargo, intuyó al fondo de sus pupilas una fragilidad de la que no podía escapar.

- Solo espero que no me juzgues – intervino tras un largo silencio –. Mi único propósito fue siempre acercarme a Medina, de ahí la excusa de entrevistarme con él para la elaboración de mi libro. Creo firmemente que estuvo implicado en la desaparición de mi hermano y solo busco respuestas.

- Pero eso no te exime de tu propia responsabilidad – Se dirigió a ella con dureza –. Me has engañado, Zetta. Me mentiste cuando te ofrecí la oportunidad de colaborar. ¿A qué cojones juegas? Di, ¿también tenías planificado lo de anoche?

La escritora sabía que tenía razón. No podía confesarle que la intención de acudir a su casa la proyectó horas antes, cuando decidió implantar en su Tablet un programa espía y estar al tanto de la investigación. Por eso se acostó con él, para aprovechar a hacerlo mientras dormía. Se sintió una mezquina; una cobarde, estafadora y embaucadora mezquina por temor a que el periodista la delatase, como había sido el caso.

- No sé qué decir… – balbució, removiendo el contenido de la taza con la cucharilla.

- Yo sí – Se armó de valor –. Estás fuera del caso, y por supuesto, no quiero volver a saber nada más de ti.

Después se levantó de golpe, su móvil vibrando en la palma de su mano.

- Espera – Se atrevió a decir cogiéndolo del brazo –. ¿Piensas delatarme?

Su mirada traslucía un profundo remordimiento.

- No, Zetta. Ahí también te equivocas. No soy como tú.

Entonces replegó el brazo de un tirón y se dirigió a la salida. Los copos de nieve se desprendían del cielo como si tratasen de plumas de algodón. Elías percibió en su aliento cómo la bilis recorría su tráquea mientras se retiraba del ventanal y descolgaba la llamada. Le temblaba el pulso.

- Jefe, soy Castell – prorrumpió la voz del subinspector –. ¿Puede venir a comisaría?
- ¿Qué ocurre? – disparó.
- Tenemos un problema.

***

Pero lo que ambos desconocían es que a escasos metros, resguardado tras una columna de la Plaza Mayor, Llamas terminó de vaciar el disparador de su cámara, capturando el encuentro que habían mantenido en el Café Novelty. No le cupo la menor duda de que el envío del material fotográfico no había surtido el efecto esperado y que Zetta continuaría cooperando en la investigación.

El periodista se maldijo entre dientes y farfulló:

- No te escaparás, maldita zorra.

Segundos más tarde, su figura se diluyó tras la cortina de nieve.

56

Un aluvión de flases clareó el cuerpo de Falcón a medida que los reporteros lo hostigaban con una batida de preguntas relacionadas con la aparición de la nueva chica. Elías aceleró el paso y cruzó el vestíbulo, donde sus ojos tropezaron con los del subinspector Castell. El agente caminó hacia él con los hombros vencidos y la mirada nerviosa, impulsado por las voces que, de pronto, se percibieron al fondo del pasillo. Elías frunció el ceño.

- ¿Qué está pasando? – soltó rápido, como si el alboroto formado en cualquiera de las salas de comisaría lo hubiese puesto en alerta.

- Linares lleva un rato discutiendo con el subinspector da Sousa.

Castell encendió su móvil y se lo cedió.

- Acaba de publicar la noticia ese periodista del *Correo de Salamanca*.

Falcón se asomó a la imagen y reconoció al portugués, sentado en el interior de una cafetería y entrelazando sus manos con las de una chica de cabellos claros. No tuvo ninguna duda de que la joven que se reía a mandíbula batiente y que lo acompañaba en el velador era Blanca, la hija de la subcomisaria. Sus ojos se abrieron al reparar en el escabroso titular: *«¿A qué se dedica la policía portuguesa mientras hay un asesino suelto en la ciudad? El Departamento de Investigação Criminal de Guarda coopera con la policía judicial española a raíz de los homicidios ocurridos recientemente»*. Elías se fijó en que la noticia la firmaba Ernesto Llamas. El mismo que albergaba un enorme interés en la resolución del caso tras perder su programa de televisión años atrás. Sospechó que le movía un sucio remordimiento.

- Por eso le avisé, jefe. Las fotos fueron tomadas anoche antes de... – Castell prefirió no verbalizar: *antes de que fuese atacada y su cuerpo abandonado en un tramo del Camino de Hierro*.

- ¿Sabe ya la prensa que se trata de la hija de la subcomisaria? – se preocupó.

- Aún no, pero Marisa está fuera de sí. Cree que da Sousa es el asesino de su hija.

- ¡Mierda!

Falcón echó a correr a medida que las voces iban subiendo de tono. Su agente decidió escoltarlo por detrás. Nada más traspasar la sala de ordenadores, descubrió que Linares estaba señalando al subinspector, su mirada colapsada por una furia irrefrenable. El resto se mantenía de pie, abordándola para que no se acercase al

policía.

- ¡Sí, tú! ¡Miserable! – lo denostó en público –. Venga, ten cojones ahora y cuéntanos qué le hiciste a mi hija, porque te juro que no pararé hasta verte entre rejas.

- Marisa, escúcheme – reclamaba el subinspector, su voz rota por la angustia que lo carcomía –. No recordaba que se trataba de su hija cuando me escribió un mensaje por Instagram. Ella insistió en conocernos y quedamos en el bar de mi hotel; pero le juro que se largó en torno a las once y yo regresé a mi habitación.

- ¡Mientes! – se desgañitó.

Nadie se atrevió a contradecirla.

- Es cierto, Marisa – Le echó un cable Belmonte –. Ambos nos alojamos en el mismo hotel. Anoche lo escuché llegar a esa hora.

- ¡Me da igual! Tuvo tiempo de volver a por ella y asesinarla.

- Le prometo que encontraremos al tipo que mató a su hija – prosiguió Nádia –, pero esta vez hablo en nombre de mi agente y sé que él no ha sido.

- ¡Pero qué os pasa? ¡No os dais cuenta de que este cretino es el culpable? – volvió a la carga –. Estás fuera del caso, ¿me oyes? ¡Pienso ir a por ti!

La subcomisaria se abalanzó sobre él mientras los demás intentaban refrenar su ímpetu, rodeándola con sus cuerpos. Da Sousa se retiró hacia atrás, impresionado.

- Ve al hotel y quédate allí – Le ordenó la portuguesa –. De momento, estás fuera.

El subinspector no salía de su asombro.

- Pero jefa, de verdad que yo…

- ¡Vamos! Haz lo que te digo y lárgate. Es una orden.

Filipe se dirigió a la salida bajo la atenta mirada del resto, que lo observaban sobrecogidos por lo que estaba sucediendo. Justo cuando se disponía a abandonar la sala, golpeó el marco de la puerta.

- ¿Pero qué demonios os pasa? – farfullaba Linares, acorralada por algunos de sus hombres –. ¡Quiero que lo arrestéis!

Falcón aprovechó la ausencia del portugués para acercarse e intentar calmarla.

- Marisa, por favor – Llamó su atención –. Primero tendríamos que encontrar pruebas que lo incriminen, pero dudo mucho de que ese hombre quisiera acabar con la vida de Blanca. Déjenos trabajar en el caso, se lo ruego. Creo que le vendría bien tomarse unos días de descanso. Esto está siendo muy duro para todos.

La subcomisaria desprendió de su rostro alterado una brizna de animadversión.

- Ni se le ocurra decirme lo que tengo que hacer – lo amenazó –. ¡Y

vosotros, soltadme de una puta vez!

Marisa disolvió el grupo a empellones, retomando sus pasos hacia la salida. El sonido de sus tacones se perdió al final del pasillo. La estela de tirantez que generó en la sala podía cortarse con el filo de un estilete. Falcón fue consciente de la profunda brecha que había suscitado la noticia y se aproximó a Belmonte con la tensión merodeando en su mirada intranquila.

- Es mejor dejarla sola, a veces tiene mucho temperamento –Intentó justificar su comportamiento –. Ha sido un varapalo muy grande, le va a costar recuperarse.

- Inspector, conozco a mi agente, sé que él no ha sido.

- Lo sé, pero también ha sido casualidad que su hombre se citara con ella horas antes de ser asesinada.

- ¿No lo entiende? Nuestro sospechoso está jugando con nosotros –vació con la voz atormentada –. Quería dinamitar la investigación desde dentro y lo ha conseguido.

57

La noche helada barría las calles adyacentes de la Avenida Italia. Zetta consultó su reloj y comprobó que quedaban escasos minutos para que diesen las dos de la madrugada. Rápidamente levantó la vista y enfocó con la linterna de su móvil el muro de cemento que crecía hacia el cielo oscuro, algunos tramos relamidos por plantas trepadoras. El haz desempolvó la placa con el numero 36 fijada a la pared. También la verja de la familia Urbina, donde una cadena de eslabones daba varias vueltas alrededor de sus dos hojas. Zetta miró a ambos lados de la calle y se cercioró de que estaba sola. Luego se aventuró a tirar de la cadena y recorrió el tramo de escalones que conectaba con el porche superior. Descubrió que la puerta de entrada a la casa se hallaba entornada. Entonces la desplazó con la mano, el chirrido de las bisagras acompañándola en su viaje a lo desconocido.

Una pestilencia arremetió contra su olfato nada más cruzar el vestíbulo y perderse por un largo pasillo. Zetta arrastró la linterna por cada una de las habitaciones que iba encontrando a su paso, desempañándolas de las sombras que habitaban en su interior. El aspecto de abandono era indiscutible en cuanto alcanzó lo que en otra época debió de ser el salón. Barrió con el foco el contorno vacío de la estancia y reparó en el bidón metálico que había al fondo. Su curiosidad la llevó a asomarse, donde las brasas todavía conservaban el calor entre rescoldos y papeles quemados. ¿Quién habría hecho una hoguera?, se preguntó. Decidió llamar a voces al abogado. *¿Señor Urbina?* Nadie contestó. Solo el eco de su voz retornó mientras volvía a alumbrar el bidón. Entonces, sus ojos se llenaron de espanto.

La pared que tenía delante aclaró una suerte de mural. La fotografía de una chica de cabellos rubios y vestido amarillo se asomaba en el centro, con el semblante risueño y la postura desgarbada. Tanto la indumentaria que portaba como su tonalidad pajiza le hicieron sospechar que se trataba de una imagen antigua. El nombre que alguien había escrito debajo despejó cualquier duda: Helena. Era ella, la hija del Bejarano. La misma a la que intentó estrangular en el bosque minutos antes de ser arrestado por la policía. ¿Por qué? ¿Quién habría colocado una imagen de Helena Medina en el palacete de Aurelio Urbina? Iluminó los recortes de prensa que la rodeaban y que hablaban de las víctimas: Montaña Bermejo, Sophie Christen. También algunas instantáneas extraídas de sus cuentas personales. No tardó en reconocer a la joven que iba con la subcomisaria Linares. Imaginó que Blanca, como así la nombró el periodista en su última

noticia, era la nueva víctima por lo que se especulaba en las redes. No obstante, todas ellas tenían algo en común para su asesino. Zetta se dio cuenta de que se parecían físicamente a Helena. El agresor la estaba buscando.

Deprisa, pulsó la cámara de su móvil y sacó unas cuantas fotos. El flash rescató de las sombras al grupo de chicas desde distintos ángulos y posiciones. Zetta disparó una vez más hasta que, de pronto, un ruido prendió a su espalda. *¿Quién anda ahí?*, dijo mientras se giraba atemorizada. Observó que una puerta se abría a su izquierda. Decidió inspeccionar. *Señor Urbina, ¿es usted?* Nadie respondió. Solo al cruzar el umbral, descubrió un descansillo. Los primeros peldaños escalaban abombados hacia la planta de arriba. Zetta recorrió con la linterna cada uno de sus escalones, aclarando en la intercesión de la escalera el contorno velado de un hombre. Arrastró la luz hasta sus pies, donde aquellos zapatos se mecían a pocos centímetros del suelo. La escritora gritó a medida que proyectaba el foco por su cuerpo y se detenía a la altura de su rostro. El ventanuco que tenía por detrás batía los cristales con cada embiste de aire. Sin embargo, Zetta no se resistió a apartar la mirada. Su cara se había transformado en un amasijo de carne purpúrea, los ojos nublados y la punta de la lengua asomándose por fuera de la boca. La soga que estrujaba su cuello se balanceaba desde la baranda del piso superior. La misma soga que Aurelio Urbina utilizó para quitarse la vida.

Zetta echó a correr, enredándose a las sombras del viejo palacete de la Avenida Italia. Puede que incluso volviera la vista atrás para asegurarse de que el abogado seguía ahí, observándola fijamente en lo alto de la escalera. Pero cuando alcanzó la salida y se alejó calle abajo, no se acordó siquiera de cerrar las puertas del infierno.

DÍA 9

58

El teléfono vibró en la mesilla de noche. Elías estiró el brazo por fuera del edredón y ojeó el nombre que apareció en la pantalla. Supuso que el subinspector le traía novedades cuando decidió avisarlo a una hora tan temprana. Descolgó.

- Jefe, soy Castell, espero no haberlo despertado. Le llamo porque dos municipales se han personado esta mañana en el viejo palacete de la Avenida Italia. Parece ser que un vecino se quejó del extraño olor que salía de la puerta abierta del inmueble.

- ¿Qué tenemos? – Se incorporó de la cama.

- Han encontrado el cadáver de un hombre. Se trata de Aurelio Urbina, el abogado que defendió los intereses del club de caza en el pasado. Acabamos de verificar que la propiedad estaba a su nombre. Todo apunta a que se ha suicidado.

- De acuerdo. Salgo para allá de inmediato.

Después colgó la llamada y se dispuso a emprender un nuevo día, a sabiendas de que la única persona que conocía algunos secretos de Mauro Medina se los había llevado con él. Aquello le escoció en el alma.

***

El inspector aparcó el coche y se apeó. Diminutos copos danzaban en el aire, recreando en el ambiente una sensación de festividad a pocos días de celebrarse la Navidad. Sin embargo, aquella impresión se desvaneció de golpe en cuanto divisó la zona acotada con balizas por delante del palacete. Aceleró el paso y retiró la cinta policial, donde atendió al equipo de criminalística que entraba en el edificio con maletines y lámparas de policarbonato. Las voces que intuyó a su espalda le hicieron volver la cabeza. Allí, encaramados a sus furgones, los fotógrafos de prensa vaciaban sus cámaras bajo un aluvión de flases. Elías chascó la lengua a modo de reprobación y se dirigió malhumorado a las escalinatas del palacete. Castell lo recibió en el penúltimo peldaño.

- Qué hay, jefe – Lo saludó –. La forense ya se encuentra en el interior.

- ¿Qué tenemos? – le cuestionó cuando decidieron iniciar el ascenso.

- El inmueble lleva años deshabitado. Parece ser que Urbina lo heredó de su familia, pero al no hacerse cargo de su mantenimiento, el Servicio de Inspecciones y Obras ha ordenado su demolición por

riesgo de derrumbe. Ya ve en qué estado se halla.

- ¿Sabemos si tenía familia?

- En el Registro Civil consta que era soltero. Aquí acabó su linaje, jefe – emitió con pesar hacia sus antepasados. Elías enarcó ambas cejas.

- ¿Era su residencia habitual? – Cambió intencionadamente de tema.

- Cierto. Se me había pasado. Aurelio Urbina vivía en el piso donde tuvo su despacho hasta que se jubiló, sita en la calle Zamora número 62.

- Pediré al juez una orden de registro. Es posible que el abogado conservase allí algún documento de la época en la que representó a los miembros del club de caza.

Enseguida alcanzaron la terraza del primer piso y contempló a la veintena de vecinos y reporteros que aguardaban noticias por detrás del área acordonada. Aquel tramo de la Avenida Italia comenzó a entorpecer el tráfico ante la llegada de más curiosos.

- ¿Entramos? – Robó Castell su atención.

El inspector cabeceó y se adentró junto a su agente en la guarida del abogado. Un hedor nauseabundo vagabundeaba en su interior, donde varias lámparas aclaraban el suelo de tablillas y la ingente cantidad de bolsas de basura que se perdían hacia el final del pasillo. Falcón se tapó la nariz y se resignó a echar un vistazo por fuera de las habitaciones. Una sensación de desolación se impregnaba con la propia ruindad del palacete.

El inspector Robledo apareció tras la puerta abierta de la última estancia.

- Buenas – dijo de camino –. ¿Ya le han informado del pastelito que se encontraron los municipales?

- Estoy al tanto – Retiró la mano de su cara. Los efluvios a podredumbre conquistaron rápido su olfato –. Este olor es insoportable.

- El viejo debía de padecer Diógenes. Hay porquería por todas partes.

El inspector se limitó a asentir conteniendo la respiración.

- Por cierto, la comitiva se encuentra dentro – Señaló la puerta de la que acababa de ausentarse –. No se imagina lo que coleccionaba el muy hijo de puta.

Rebasaron el perímetro que delimitaba la escena, donde los peritos inmortalizaban con sus flases aquel pandemónium extendido sobre una de las paredes de la estancia. El profundo aroma a quemado que expelía un bidón no desalentó a Elías a acercarse, los recortes de prensa que hablaban de Montaña Bermejo y Sophie Christen dispersos alrededor de una fotografía

que le resultó extrañamente familiar. Ni siquiera reparó en la imagen de la subcomisaria Linares acompañada de su hija Blanca. Sus ojos se posaron en la sonrisa luminosa de la joven que presidía el centro del mural y que continuaba asaltándolo en sus sueños. La misma a la que era incapaz de salvar de las garras de la bestia por mucho que pedalease montado en su bicicleta.

- ¿Ha visto quién es, jefe? – La voz de Castell lo devolvió a la habitación.

Dos potentes lámparas iluminaban los trajes de bioseguridad del equipo técnico, mientras uno de ellos retiraba el *collage* de la pared con las manos enguantadas.

- Es Helena, la hija del Bejarano – Resolvió Robledo –. El abogado parecía estar obsesionado con ella. Escribió su nombre por debajo de la foto. ¿Lo ve?

- Quiero que se fotografíe todo, incluido ese bidón – Apuntó con el dedo –. Alguien se ha tomado muchas molestias en quemar papeles y documentos.

- El abogado. ¿Quién sino…? – gruñó –. Además, ¿no se ha percatado del parecido físico de las víctimas con Helena Medina?

- Tampoco tenemos nada que nos confirme que Urbina es nuestro hombre. El tipo al que perseguí en la catedral parecía mucho más joven.

- Pues dudo de que se ahorcara si no tenía motivo – Solventó –. Estábamos pisándole los talones y el viejo decidió cortar por lo sano. Fin de la historia.

El inspector prefirió darle la razón con el pretexto de zanjar cuanto antes el tema.

- Es una posibilidad, pero con los resultados forenses saldremos de dudas. Por cierto, no he visto a la doctora.

- La tiene justo ahí – Alargó el brazo hacia la puerta que se abría a su espalda –. Está dando instrucciones para que le bajen el regalito al suelo.

- Voy a hablar con ella – resolvió, hastiado de su característico humor.

La sala en la que apareció al momento trazaba una suerte de vestíbulo, que conectaba el pasillo central con las plantas superiores del inmueble. Se fijó que en lo alto, suspendido en mitad de la intersección de la escalera, el cuerpo de Aurelio Urbina se mecía con suavidad. No obstante, denotó un atisbo de arrepentimiento; un rechazo a lo que había perpetrado cuando vio que las puntas de sus zapatos intentaban rozar el peldaño del que oscilaba a pocos centímetros. La doctora Vázquez se percató de su presencia y descendió el ramal de escalones mientras se deshacía de sus guantes. Falcón, en cambio, saludó al resto de la

comitiva judicial con un golpe de cabeza.

Ambos se refugiaron en un recodo del pasillo, ajenos a las miradas de los demás.

- Hola, doctora. ¿Qué tenemos? – Tampoco deseaba irse por las ramas.

- A simple vista, todo parece indicar que se ha suicidado. Los signos que se aprecian en el surco de la ahorcadura son indiscutibles. Aunque necesitaré realizar la autopsia para poder certificar, oficialmente, la causa de la muerte.

- ¿Ha realizado una estimación de la data?

- Justo estaba en ello – le aclaró –. He comprobado que el cuerpo se halla en fase de instauración. Pero si me atengo al enturbiamiento de la córnea o a las livideces que presenta, diría que falleció en torno a la medianoche. Es decir, no hace ni diez horas.

Falcón anotó en su Tablet la horquilla de tiempo que barajaba la forense.

- De acuerdo. Manténgame informado con lo que averigüe – Sonó a despedida.

- Me gustaría comentarle algo más – Bajó el tono –. Ya he acabado con la autopsia de Blanca, la hija de la subcomisaria. El *modus operandi* es similar al de las otras víctimas. Mismo pinchazo con pancuronio en la zona dorsal, misma melaza para taponar el orificio de su garganta y provocar la asfixia...

- ¿Pero...? – Supo que detrás de su pormenorizada descripción existía un *pero*.

- Había otro molar en su cavidad bucal – ofreció –. He sacado varias muestras y no hay coincidencias con la pasarela en materia de ADN de la Interpol. Tampoco con el diente de Guimarães que hallé en el cadáver de Montaña Bermejo ni con el último extraído en el de Sophie Christen.

- ¿Puede tratarse de alguno de los otros niños que asesinó el Bejarano?

- No lo descarto, pero remitiré la muestra al forense portugués para que la coteje con su banco de ADN. En cuanto reciba los informes preliminares le aviso.

- Gracias, doctora. Seguimos en contacto.

Y retomó sus pasos hacia la salida, donde el aire de fuera se encargó de borrar de su mente cualquier recuerdo pasado de Helena Medina.

59

El hallazgo que habían encontrado en el antiguo palacete de la familia Urbina ni siquiera lo exoneró de la carga que parecía soportar sobre sus hombros. Falcón volvió a recordar los ojos sonrientes de Helena. También su vestido amarillo, con el cuello redondo y el bajo ribeteado. ¿Quién la habría rescatado de las sombras del tiempo, para abandonarla años más tarde en aquel mural de la Avenida Italia? Aún era incapaz de quitarse el regusto amargo de lo que había contemplado en la intersección de la escalera. Supuso que Robledo tenía razón y que el remordimiento había impulsado al abogado a suicidarse. ¿Acaso era él quien se escondía bajo la máscara que describió Heidi Müller en el hospital? ¿Era él al que persiguió tras sorprenderlo con los prismáticos en una de las terrazas del Ieronimus?

Aquella duda barrenó sus sesos cuando convocó a sus agentes en la sala de reuniones. Falcón se apresuró a recorrer el último tramo del pasillo, hasta que Belmonte le salió al paso. Su mirada parecía contaminada por una clara incertidumbre.

- Me gustaría hablar con usted – dijo –. Es sobre Zetta. Necesito mostrarle algo.

Nádia le cedió su teléfono y le ofreció la noticia que *El Correo de Salamanca* acababa de publicar. El medio había sustraído la imagen oficial que la escritora tenía en su página web, donde aparecía con indumentaria ejecutiva y una sonrisa estudiada. Su peluca le otorgaba un aspecto masculino. Enseguida reparó en el titular: *«¿Es Zetta Vaz, la autora que se entrevistó con el asesino de los niños de Portugal, Sabela Guimarães? Hace días que se ha visto a la escritora en Salamanca para cooperar con la policía española»*.

Después levantó la vista y tropezó con la mirada intranquila de Belmonte.

- ¿Usted sabía algo? – le formuló insegura –. He visto que lo firma el mismo periodista que publicó ayer el encuentro entre mi agente y la hija de Linares.

- Y posiblemente el mismo que fotografió el apartamento de Zetta con el único interés de delatarla.

La portuguesa se mantuvo perpleja a su lado.

- No quise decirle nada, pero recibí un sobre anónimo en comisaría. Alguien se ha tomado la molestia de sacar unas cuantas fotos a los pasaportes falsos que ha estado utilizando en estos años. Zetta no es su nombre real, inspectora. Ella ha sido siempre Sabela Guimarães.

El silencio que intercedió los sumió en un estado de vulnerabilidad.

- Tengo la sensación de que Ernesto Llamas está tras su pista, como si ambos tuviesen un asunto pendiente por resolver.

- Entonces tenemos un problema – emitió Belmonte –. La noticia acaba de saltar a la opinión pública. Esto atraerá a más medios y sospecho que la Subdelegación del Gobierno no tardará en pedir explicaciones por permitir que un familiar de André Guimarães colaborase en la operación de manera extraoficial.

Falcón pinzó el tabique de su nariz ante la que se le avecinaba.

- ¿Qué propone? – Buscó rápido una salida.

- Por el momento, no hacer declaraciones. El acuerdo de confidencialidad que firmó Zetta aún sigue vigente. Nadie tiene por qué sospechar nada.

- Eso no garantiza que acabe yéndose de la lengua.

- Lo dudo. Yo también he estado haciendo mis averiguaciones y en estos momentos no creo que quiera verse envuelta en todo esto.

- ¿Qué ha descubierto?

Elías prefirió ahorrarse el turbulento pasado que ella misma le narró en el Café Novelty.

- Parece ser que tuvo una adolescencia bastante complicada a raíz de la separación de sus padres. Por lo que he leído en los informes que me han enviado desde mi departamento, Zetta fue trasladada a un internado de Oporto. Allí comenzó a juntarse con malas compañías, donde años más tarde conocería al que acabó convirtiéndose en su novio: Vasco da Rosa; un camello bastante conocido en el barrio de Aleixo que traficaba con hachís, cocaína y estupefacientes.

- Vamos, una perita en dulce – colegió.

- *Uma maravilha*, como diríamos en mi tierra. El caso es que durante un tiempo se le pierde la pista hasta que en 2017, la policía de Oporto recibió un chivatazo. Varios agentes se personaron en un edificio okupa y descubrieron que, aparte de haber huido Vasco junto a los lancheros que se dedicaban a mover la droga por la costa lusa, había abandonado a su suerte a Zetta, drogada hasta las cejas de heroína y embarazada de cuatro meses.

La mirada de Falcón se tiñó de confusión. Dejó que Belmonte continuase.

- Esa tarde la ingresaron en el Hospital de São João. Sé que sufrió un aborto espontáneo y que perdió a su hijo a las pocas horas. Pero la cosa no quedó ahí. Zetta se restableció de la hemorragia ocasionada por la ingesta de la diamorfina, sin tener en cuenta que acababa de cruzar las puertas de su propio infierno. Un mes más tarde, un tribunal la juzgó por el alijo que llevaba encima cuando su novio la dejó tirada en el narcopiso. Entró en prisión sin fianza. Allí

permaneció seis meses, hasta que el juez revisó su caso y le concedió la libertad vigilada.

- ¿Y Vasco? – profirió el inspector.

- No corrió la misma suerte. Poco tiempo después, él y algunos lancheros cayeron en una operación antidroga y fueron juzgados por atentar contra la salud pública. Tengo entendido que sigue cumpliendo condena en la prisión de Lisboa.

- Al menos, Zetta se libró de regresar a la cárcel.

- No del todo. El juez la asignó un agente con el fin de supervisar su rehabilitación en régimen de libertad condicional. He leído que la lleva una tal Catarina Gomes en Viseu. Pero si por algún casual se incumpliese *"dicho trato"* – Entrecomilló con las manos –, Zetta regresaría a prisión hasta cumplimentar la totalidad de su condena. No sé si es consciente de que se ha metido en un lío muy gordo, inspector.

- ¿Qué clase de lío?

- Primero, ha salido del país sin autorización expresa. Segundo, no ha informado a su agente de la condicional, y por lo tanto, ha cometido un delito grave. Y por último y no menos importante, ha estado colaborando con la policía extranjera sin mencionar el grado de consanguineidad que mantenía con una de las víctimas. En este caso, su hermano: André Guimarães – enumeró de retahíla –. Es solo cuestión de horas que la noticia que ha publicado ese periodista llegue a oídos del juez. Zetta será de nuevo deportada a Portugal y entrará automáticamente en prisión.

La fatalidad con la que Belmonte expuso su análisis le llevó a pensar que Zetta se hallaba en peligro. El quebrantamiento de su condena podría acarrearle consecuencias nefastas.

- Ahora entiendo por qué decidió entrevistarse con Medina – articuló en *shock* –. Buscaba respuestas. Buscaba pruebas sobre el paradero de su hermano.

- Sí, y me parece de lo más loable, pero creo que debería hablar con ella. No creo que la policía portuguesa tarde en activar un protocolo de actuación.

- ¿Yo? – En el fondo, evitaba tener que volver a ponerse en contacto de nuevo.

- O cualquiera de sus hombres. Usted está al mando de la operación y por lo que me ha confesado, Zetta apenas cuenta con tiempo. Solo digo que si Ernesto Llamas publica el material que le ha enviado, hablaríamos de sumar nuevos delitos a su pena.

Castell se asomó por fuera de la sala de reuniones.

- Jefe – Atrajo su atención –. Estamos todos esperándole.

- Ahora mismo entro, un minuto.

Su voz sonó desafiante cuando el subinspector asintió prudente

y entornó la puerta con discreción. Los ojos de Falcón regresaron a los de la inspectora.

- ¿Qué piensa hacer? – Intentó averiguar.
- No lo sé. Antes necesito meditarlo.

***

Falcón traspasó la puerta y se dirigió a la tarima en la que se situaba el proyector. A su lado, la pizarra de investigación policial se nutría cada día de más pruebas y evidencias, las fotografías oficiales de las tres víctimas encarceladas entre recortes de prensa, *pósits* de colores e hilos que conectaban a las chicas con varios de los sospechosos. Rápidamente vinculó la Tablet al proyector y mostró algunas imágenes que tomó en el interior del viejo palacete de la Avenida Italia. Detuvo su avance en la fotografía de Helena Medina que capturó esa mañana del mural. Evitó volver a mirarla.

- Hoy quisiera centrarme en la aparición del cadáver de Aurelio Urbina en el inmueble del que era propietario. Según la estimación forense, todo indica que el abogado se quitó la vida en torno a la medianoche. Es decir, poco tiempo después de asesinar, presuntamente, a la hija de la subcomisaria y abandonar su cuerpo en uno de los tramos del Camino de Hierro. ¿Hasta aquí alguna pregunta?

Ninguno se atrevió a alzar la mano.

- Aún estoy a la espera de los resultados forenses, pero por lo que muestran las imágenes todo apunta a que Helena Medina, la hija del Bejarano, se había convertido en un asunto personal. Tal vez en su propia obsesión. El mural que ha aparecido explicaría por qué asesinó a jóvenes con rasgos físicos similares. Sin embargo, aún desconocemos el móvil, lo que le llevó a cometer los tres crímenes en menos de diez días. Por lo que les insto a que sigan investigando y que registren a fondo tanto el palacete como su domicilio de la calle Zamora en busca de pruebas más concluyentes. Quizá hallemos la pieza que nos falta por entender o incluso una copia de las llaves del búnker.

Mulas se animó a intervenir tras un sonoro carraspeo.

- ¿No sería aconsejable volver a interrogar al Bejarano? Ambos se conocían de la época en la que el club de caza aún no se había disuelto.
- Tiene razón – dijo Montaner a su lado –. Algo debió de ocurrir entre ellos como para que veinte años más tarde, el abogado decidiera matar a chicas idénticas a su hija y con el mismo *modus operandi*. Parece que todo parte de una venganza.
- Es posible, aunque dudo de que se preste colaborar a pocos días de abandonar la prisión – conjeturó –. Lo que sí sería conveniente es

hacer una rueda de prensa para informar de que el asesino se ha suicidado y calmar así a la opinión pública. Covarrubias, ¿se encarga usted de redactar una nota de prensa?

El policía asintió renuente.

- Por cierto, jefe – prorrumpió Castell –, ¿se sabe ya a quién pertenece la pieza dental que se halló en el cadáver de Sophie Christen?

- La doctora aún está a la espera de los resultados que nos remita el laboratorio de Portugal. Por ahora sabemos que el primer molar pertenecía a André Guimarães, por lo que intuyo que los otros dos son, con toda seguridad, de Nuno Baptista y Martim Oliveira.

Elías se fijó en que Belmonte había ladeado la vista al escuchar sus nombres. La simple idea de nombrarlos parecía quemarla por dentro.

- Los análisis confirmarán si estoy en lo cierto – prosiguió –, pero de ser así, imagino que Medina guardaba los dientes como si se tratasen de sus reliquias. Dientes que, por lo que sospecho, el abogado sabía dónde los escondía. Era la forma que escogió para señalarlo, y también para imitarlo. No podemos dar el caso por cerrado hasta que no se resuelvan todas estas cuestiones – Se dirigió a todos –. Aunque la condena de Bejarano expire en dos días, debemos seguir trabajando. ¿Estamos?

Sus hombres comenzaron a desperdigarse por la sala. Solo la inspectora se aproximó a la tarima cuando Falcón apagó el proyector y colocó la Tablet bajo su antebrazo.

- Pensé que iba a informar a su equipo de la noticia de Zetta.

- Ahora mismo no está dentro de mis prioridades – protestó el inspector mientras se dirigía a la salida –, ni tampoco de las suyas.

Belmonte lo detuvo con la mano y le ofreció una mirada ceñuda.

- ¿Qué quiere decir?

- Le recuerdo que aún no hemos localizado el cuerpo del niño. Esa es nuestra única prioridad, averiguar si el abogado conocía el secreto del Bejarano – la corrigió –. Lo siento por Zetta, pero está fuera del caso y no podemos ayudarla.

60

La luz se consumía tras la sierra de Candelario, sumiendo la calle en una penumbra invernal. El inspector Robledo se removió asqueado en el asiento del coche y miró a su compañero. Mulas seguía enfrascado en la lista de miembros del club de caza desde que decidieron hacer un alto en el camino y vigilar la vivienda que se alzaba a un margen. Le sorprendió que nadie hubiese vuelto a asomarse por la *batipuerta* que protegía la entrada, los restos de la nevada del día anterior arrinconados contra sus muros.

- ¿Por qué no volvemos a comisaría? – rezongó malhumorado.

- ¿Tan pronto? – Reaccionó Mulas –. Aún nos queda una casa por la zona. No perdemos nada por ir a echar un vistazo y averiguar si vive allí el siguiente de la lista.

- Media hora y ahuecamos el ala. Estoy hasta las pelotas de dar vueltas y...

De pronto, el ruido de un motor le robó el habla. Ambos afilaron la vista por detrás de la luna y atendieron concentrados al Audi que acababa de estacionar delante del *Hotel Rural La Chacinera*. Mulas se apresuró a coger los prismáticos de la guantera y observó al individuo que salía con prisas del asiento del piloto.

- ¡Ostias! – vació –. Pero si es…

- Falcón – Le ayudó Robledo a completar la frase.

Extrañados, vieron cómo el inspector se refugiaba bajo el alero de la vivienda y sacaba un manojo de llaves de su anorak. Después apartó la *batipuerta*, introdujo la llave en la ranura y entró en el interior. Robledo capturó con su móvil varias instantáneas.

- No puede ser – farfulló al cabo de unos segundos –. ¿Está seguro de que esta es la casa que aparece en la dirección que nos ha facilitado el Servicio Territorial?

- Claro, joder – Se molestó el subinspector –. Compruébelo usted mismo.

Mulas extendió las hojas y señaló con el dedo las señas que venían asociadas a uno de los miembros del club *Vaélico*: *Calle Enrique Fraile, 48. 37710. Candelario, Salamanca*.

- Me cago en la puta. ¿Pero por qué tiene el inspector una llave del Hotel Rural?

Rápidamente buscó en su teléfono el número de la

subcomisaria y pulsó la llamada sin pensárselo. El hombre esperó impaciente una señal. Al tercer tono, escuchó su voz.

- Ahora no puedo atenderlo – soltó como un resorte.

- Jefa, siento molestarla – Intentó retenerla rápido –, pero necesito hablar con usted. Tenemos un problema.

***

Una horquilla de luz se abría al fondo de la casa, resbalando por algunas de las baldosas del suelo. Elías partió por el pasillo y percibió que un rumor suave y prolongado iba ganando intensidad. No tardó en reconocer la voz de Lupe, que parecía dar instrucciones a Marcial mientras éste respondía con breves interjecciones. El inspector sospechó que posiblemente su tía lo estaba sobrecargando de tareas cuando decidió cruzar la puerta de la cocina. Lupe se sobresaltó al verlo.

- ¡Cristo crucificado! – exclamó –. ¿Pero tienes idea del susto que me has dado?

Marcial, que estaba cambiando el grifo de la pila de espaldas a él, se volvió rápido. Sus ojos parecían igual de sorprendidos que los de su tía.

- Cambio de planes, tía – Dejó entrever.

- ¿No será por lo que he escuchado en la radio, que ya habéis atrapado al malnacido que mató a esas chicas? – verbalizó sus pensamientos en voz alta.

Falcón se convenció de que la nota de prensa que había ordenado enviar a Covarrubias había surtido efecto. Sabía que era cuestión de horas que la información se volviese viral.

- Eso parece, pero la investigación se encuentra aún bajo secreto de sumario.

- Entonces, ¿todo ha terminado? – Su tía buscaba sin embargo una respuesta.

- Yo diría que sí.

Lupe entrelazó sus manos en señal de alabanza con la vista puesta en el techo.

- Alabado sea el Señor, mis plegarias han sido escuchadas – pregonó –. Tenía a medio cementerio revuelto de tanto pedir. Pero como mis muertos siempre me escuchan, voy a sacar el orujo que me regaló Joaquina el año pasado.

La mujer abandonó la cocina mientras sus pasos se alejaban hacia la despensa donde colgaba el embutido de la matanza y conservaba en tarros de aceite el queso curado. Falcón compuso una sonrisa a la vez que Marcial se retiraba del fregadero.

- Me alegro de que todo haya terminado bien – Le felicitó.

- Gracias, Marcial, pero mejor tutéame.

Supuso que le profesaba un respeto que rayaba el servilismo después de apuntarle con el arma y hacer el ridículo. Se arrepintió de su falta de autocontrol.

- De acuerdo – apostilló –. Su tía, mejor dicho, tu tía estaba muy agitada por el caso. Tenía miedo de que te acabara pasando factura.

- Siempre se preocupa demasiado, ya sabes cómo es. Le gusta proteger a los suyos.

- Lo bueno es que todo ha acabado bien para los dos – Le ofreció una sonrisa sincera.

Falcón aceptó agradecido sus buenos deseos sin quitar la vista a Lupe, que apareció con una botella de la mano al tiempo que la desempolvaba con una esquina del mandil.

- Marcial, ¿te importaría descorcharla? – Se la cedió.

El hombre apresó la botella de orujo y se dispuso a abrirla en la mesa. Lupe, en cambio, se dirigió a Falcón, tomándole después de sus hombros.

- Mi hermana estaría muy orgullosa de saber en lo que se ha convertido su hijo – dijo emocionada –, ni más ni menos que en todo un inspector de homicidios.

- ¿Usted cree? – Le temblaba la voz.

- No lo pongas en duda, Corito. Tu madre estaba ciega por ti.

Entonces se fundieron en un largo abrazo que le trajo pequeños retazos de su niñez. No pudo reprimir la lágrima que brotó de su lacrimal y que descendió apresurada hacia una de sus comisuras. Todavía le costaba hablar de ella en pasado.

- Bueno, cambiemos de tercio que aquí no ha muerto nadie. Marcial, que digo yo que te unirás a la celebración – dijo mientras sacaba de la alacena tres vasos de chupito.

- Ya sabe que no puedo beber alcohol, aún tengo que entregar un reparto de Navidad.

- Anda, anda, que por un sorbo no vas a hacer eses por la carretera – le reprendió.

Luego dispuso los vasos en la mesa y los rellenó con el contenido ambarino del orujo.

- Ale, un chinchín – anunció en alto tras encorchar de nuevo la botella.

Cada uno cogió un vaso y lo alzó al aire.

- A tu salud, cariño – pronunció su tía.

Después apuraron el brebaje de un trago. Elías notó cómo el líquido abrasaba su garganta de camino al estómago.

- Uno que se marcha – articuló Marcial con esfuerzo a causa de la bebida destilada.

- Acuérdate de que tienes que revisar mañana la caldera. Ese trasto no calienta bien.

- Descuide, seguro que se trata del termostato.

- Lo que sea. Pero por lo que más quieras, arréglamela antes de que se me ocurra soltarle una mandanga y la ponga yo misma en funcionamiento.

Marcial se desternilló de la risa al tiempo que se despedía de Falcón y partía apresurado hacia el pasillo. Un instante después, se escuchó el estruendo de la puerta.

- Bueno, ¿y ahora vas a contarme qué ocurre? – lo abordó Lupe inflexible –. Sé que hay algo que aún no me has dicho. ¿Qué está pasando, Corito?

- ¿A qué se refiere? – Intentó esquivar sus ganas de averiguar.

- No sé. Dímelo tú.

El inspector resopló a sabiendas de que iba a ser imposible engañarla.

- Ha aparecido una foto de Helena en un antiguo palacete que poseía el asesino – dijo al darse cuenta de que no tenía escapatoria.

- ¿De Helena…? – Dudó de lo que acababa de oír –. ¿Por qué?

- Ni idea, pero las chicas a las que asesinó se parecían físicamente a ella.

- Pero no tiene sentido – Le costaba razonar –. Lo de Helena ocurrió hace años.

- A lo que me pregunto si algún día acabará esta pesadilla.

- Por supuesto, pero ahora no puedes permitir que las fuerzas te flaqueen cuando estás a punto de terminar la partida. Olvídate. Ese cretino ha muerto y te aseguro que todo volverá a ser como antes. Confía en mí – Le tomó de la barbilla.

Falcón no estaba del todo convencido.

- ¿Por qué no descansas y te quedas a cenar? Te vendrá bien despejar la cabeza.

- Si usted lo dice… – Percibió un poso de derrota en su voz.

- No, Corito. Lo dicen tus ojos. No es bueno vivir tanto tiempo entre fantasmas.

61

El atardecer se consume en su sueño. Un escuadrón de nubes comienza a resbalar por la ladera de la montaña, tejiendo el cielo de relámpagos. La humedad que recoge el ambiente se transforma en una primera andanada de lluvia. Gotas gruesas que ametrallan su cuerpo a medida que Elías pedalea en su bicicleta. La silueta de Helena se forma entre los repliegues del camino. «¡Ayuda! ¡Sácame de aquí!», grita desconsolada. Por más que avanza no consigue rescatarla. Helena se evapora en su propia niebla para volver a asaltarlo unos metros más allá. Su imagen se repite invariable, como un eco prolongado y fantasmal. «¡Ya viene! ¡Quiere devorarme!», le advierte entre lágrimas. Elías persigue el rastro de su voz. No puede salvarla, es incapaz de alcanzarla. «¡Helena! ¿Dónde estás?», vocifera bajo la lluvia. Hasta que una profunda cerrazón se cierne sobre él…

… y el sonido de su teléfono lo arrancó del sueño. Falcón se incorporó del sofá y sacó el móvil de su anorak. Un crujir de cervicales se apoderó de su cuello a medida que echaba un vistazo a la pantalla, arrimado a la lumbre que crepitaba en la chimenea del salón de su tía Lupe. Enseguida reconoció el número de la doctora Vázquez. El inspector descolgó, su olfato relamido por el olor a resina que desprendían los leños e inundaban la estancia.

- Buenas, inspector. Llevo un rato intentando localizarle. Estoy en comisaría.

Elías sospechó que se habría quedado en Candelario sin cobertura, como de costumbre.

- ¿Pasa algo? – Percibió cierta inquietud en la voz de la patóloga.

- No sé cómo ha sucedido, pero cometí un error en mi análisis preliminar. Urbina no se suicidó – Se mostró apurada.

Un silencio incómodo se escurrió en la línea.

- ¿Cómo que no se ha suicidado?

- Pensé que así habría sido tras valorar la escena en la escalera del palacete. Pero después de efectuar la autopsia y hacer varias radiografías a su cuello, he llegado a la conclusión de que murió por estrangulamiento.

- ¿Está segura? – Le desorientó la información que acababa de suministrarle.

- He evaluado el conjunto de marcadores, y tanto la necrosis cutánea como las hemorragias que presenta a nivel subperiostal en hiodes y laringe determinan que falleció por estrangulamiento manual. No cabe duda.

- ¿Entonces? – Se mantenía igual de desconcertado.

- La data de la muerte sigue siendo la misma que le ofrecí. Murió en torno a la medianoche, posiblemente después de la hija de la subcomisaria Linares.

- ¿Adónde quiere llegar, doctora? – Los nervios le consumían por dentro.

- A confirmarle que su hombre no es Aurelio Urbina – dictaminó –. El asesino al que busca sigue ahí fuera, inspector. Él fue quien asesinó al abogado y lo hizo pasar por un suicidio, error mío. Ya he informado a sus hombres.

Un torbellino de imágenes asaltó su mente mientras intentaba deshacer el camino andado y se convencía de que no habían atrapado al malnacido que continuaba riéndose de ellos.

- Gracias, doctora. Manténgame informado de cualquier novedad.

Ambos cortaron la comunicación. Un intenso escozor comenzó a palpitar en la cicatriz de su cuello. La idea de que Medina podía saber quién se escondía detrás de la muerte del abogado lo sedujo de camino a la salida. Una vez que desplazó la *batipuerta*, salió fuera y se refugió en su coche. La noche caía sigilosa cuando arrancó el motor y se perdió por las primeras calles de Candelario.

***

Había transcurrido una hora desde que Falcón se marchó precipitadamente y se personó en las instalaciones del Centro Penitenciario. Una hora en la que se entretuvo en diseccionar cada uno de los frentes abiertos que había empezado a acumular durante la investigación en curso. Elías restalló sus muelas a medida que enlazaba un pasillo con otro y se perdía en aquel maremágnum de sentimientos encontrados. La imagen de Zetta volvió a conquistar sus recuerdos de la misma manera que la rechazó. Todo había sucedido tan rápido, que no le dio tiempo a asimilar que el asesino había vuelto a actuar.

Una sensación de impotencia lo condujo hasta la garita de los guardias, donde Casares lo esperaba por fuera con los brazos cruzados.

- Buenas noches, inspector – Lo saludó.

- Siento presentarme a estas horas, pero ya le comuniqué al director que necesito hablar con Mauro Medina. Será solo un momento. Ha habido un giro en el caso.

Su compañero miraba el ordenador, eludiendo la conversación que ambos mantenían.

- Lo único que se encuentra en su celda. No me ha dado tiempo a trasladarlo a la sala de aislamiento.

- Me da igual, puedo hacerle unas preguntas por el mirador de la puerta.

El funcionario reconsideró la petición con la mirada

intranquila.

- Está bien, pero solo cinco minutos.

- Me bastan – resolvió pragmático.

Enseguida tomaron el nuevo pasillo que se abría por delante de la garita, sus paredes adornadas con diversos cuadros que los presos realizaban en los distintos talleres que tenían a su disposición. La luz comenzó a encenderse por fases. Solo el eco de sus pasos rebotaba al final de la galería mientras tomaban una escalera y subían a la primera planta. El hombre pasó una tarjeta por la banda magnética y desatrancó la puerta de rejas que empezó a baquetear por dentro de sus raíles. Falcón supo que había llegado a su destino.

Una hilera de puertas reforzadas y pintadas de amarillo flanqueaban ambos extremos, los números de cada celda situados por encima del dintel. Casares se aproximó a la 116 y deslizó la hoja que cegaba el mirador.

- Levanta, tienes visita – Se dirigió al reo por el estrecho ventanuco.

El inspector no dudó en asomarse cuando le permitió echar un vistazo. El interior de la celda se le antojó tan oscuro y cavernoso como había imaginado. Había una litera al margen derecho y un tabique de poco más de un metro de altura que recogía un retrete y un plato de ducha. El bulto que yacía en la cama inferior comenzó a incorporarse. Mauro partió hacia la puerta con una sonrisa endiablada, que cortó la respiración a Falcón al otro lado de la mirilla. El preso se mesó la barba y se aproximó con la zancada perezosa. Luego desapareció del encuadre y asomó su mirada, fría y celeste, por la abertura.

- Parece que el corderito se ha extraviado del redil – dijo con la voz bronca –. ¿Qué le trae por aquí, inspector?

Elías pudo percibir las motas agrias de su aliento.

- Escúcheme. Urbina ha aparecido muerto. Alguien nos ha hecho creer que se había suicidado. Sin embargo, había una foto de Helena en una de las habitaciones.

- ¿De Helena…? – emitió con extrañeza mientras contraía sus párpados.

- Sí, de su hija. Y da la casualidad de que las chicas que han ido apareciendo se parecían físicamente a ella. ¿Por qué? ¿Quién querría hacer daño a Helena veinticinco años después y quitarse de en medio al abogado?

Sus ojos se removieron por detrás de la mirilla en busca de una respuesta. Falcón se convenció de que seguía protegiendo a su cómplice fuera.

- Aunque lo supiera, ¿por qué iba a preocuparme por ella? – Se dispuso a iniciar el juego al que lo tenía acostumbrado.

- Por la sencilla razón de que si todavía la aprecia lo más mínimo, aún está a tiempo de decirme quién es la persona a la que busco. Helena no estará segura hasta que demos con ese cretino. Se lo debe.

- Se equivoca, inspector. Yo no le debo nada.

Su mirada se contagió del odio que acumulaba al fondo de su corazón. Falcón no pudo resistirse a golpear la puerta contrachapada delante del guardia, el estruendo propagándose por dentro del edificio.

- ¡Hijo de puta, claro que se lo debes! – Perdió las formas –. ¡Le arruinaste la vida y alguien está haciendo todo esto por algo que ocurrió hace más de veinte años!

- Qué sabrás tú…

- Deja de tocarme los cojones y responde de una maldita vez. Perseguiste a Helena por el bosque con tan mala suerte que una vecina te vio y avisó a la policía. Di, ¿quién más conocía tus planes?

Casares posó la mano en su hombro con intención de calmarlo.

- ¿Por qué no le pregunta a ella? Quizá sepa darle una respuesta – Trazó una sonrisa.

- Olvídate de salir de aquí – lo desafió –. Te juro que me encargaré de que el juez retenga pasado mañana tu salida.

Su risa se expandió como un veneno nocivo.

- Sabe muy bien que no tiene nada contra mí.

- No esté tan seguro – Dejó de tutearlo –. Veamos qué opina cuando le informe de que está dispuesta a ampliar su declaración de lo que ocurrió ese día.

La advertencia lo retrajo al otro lado. Podía escuchar el oscuro latido de sus pulsaciones.

- Ni se le ocurra ponerla en mi contra o…

- ¿O qué? – le cortó adrede –. ¿Me está amenazando?

El reo volvió a componer una sonrisa lobuna.

- Ya veo que al pollito le han crecido los huevos desde que no está con la inspectora, pero a mí no me engaña. Es el típico niñato de mierda que tira la piedra y se esconde después bajo sus faldas – masticaba cada palabra –. Hoy ha venido muy gallito, pero no es más que una puta maricona.

Falcón le mantuvo la mirada, sus nervios aflorando bajo su pecho.

- ¿Qué pasa, que le ha comido la lengua el gato, inspector? – Se relamió en su propio recochineo –. Eso es lo que es, una puta ma-ri-co-na – deletreó despacio.

- Como quiera – Forzó la despedida –, pero tendrá noticias del juez.

Rápidamente se alejó de la puerta y arrancó a andar. El resto de presos que se hallaban en las otras celdas se congraciaron con su risa a medida que repetían aquel estribillo, *¡ma-ri-co-na!*, *¡ma-*

ri-co-na!, que lo acompañó hasta la salida.

***

Una vez que alcanzó el aparcamiento, Falcón se aproximó a su coche y vació la tensión que dominaba su estómago entre fuertes arcadas. Un escalofrió recorrió su espalda a la vez que la náusea deseaba remitir. Después abrió la puerta y rebuscó un caramelo en la guantera. Encontró una caja de *juanolas* que enmascaró su aliento. En ese instante, entró una llamada en su móvil.

- ¿Jefa? – preguntó al leer su nombre en la pantalla.

- Hola, inspector. ¿Podría pasarse por mi despacho? Hay un asunto que me gustaría tratar con usted – pronunció cortante –. Es urgente.

- De acuerdo, estoy allí en media hora.

Y cortó la llamada, consciente de que algo mucho más oscuro se cernía sobre él.

62

La sensación de derrota que contagiaba su ánimo empastaba con el silencio que halló al cruzar el vestíbulo de comisaría. No oyó el repiqueteo de los teléfonos ni tampoco las voces del resto de agentes. Aquella percepción de vacío lo condujo hasta el despacho de Linares, donde no se acordó siquiera de llamar a la puerta antes de entrar.

Se encontró a Marisa sentada en su escritorio y con un rictus reflexivo en sus facciones.

- ¿Puedo pasar? – le formuló prudente.

- Sí, claro, para eso le he pedido que viniera.

Elías rebasó la alfombra situada a sus pies y se detuvo por detrás de uno de los butacones.

- Usted dirá.

La subcomisaria entró en su teléfono y rescató una foto que rápidamente le mostró alargando el brazo hacia él. Elías no pudo reprimir su cara de estupor al verse congelado en la imagen mientras abría el portón de madera de la casa de su tía Lupe. Leyó el rótulo que había por encima del dintel: *Hotel Rural Casa Chacinera*. Se temió lo peor.

- ¿Qué significa esto? – Levantó la mirada de la pantalla.

- Eso mismo quisiera saber, que me diga qué relación le une con la dueña de esa casa.

- ¿Me está investigando? – Se puso a la defensiva.

- Qué va, inspector. Sólo intento averiguar por qué Robledo y Mulas le sorprendieron entrando en el inmueble mientras vigilaban los movimientos de su propietaria.

Su corazón comenzó a bombear presuroso bajo su caja torácica.

- Sé que esta tarde ha estado allí y que ha abierto la puerta con llave. ¿Por qué?

- Por el amor de Dios, Marisa. ¿Nos hemos vuelto todos locos o qué? – la increpó.

- ¿Me va a decir desde cuándo conoce a esa mujer?

- Cuando me explique por qué demonios la están vigilando.

- ¿Acaso hace falta? Le recuerdo que Mauro Medina formaba parte de la cuadrilla de cazadores, y por tanto, esa señora puede conocer algo relacionado con el búnker o con alguno de sus miembros. Aunque la pregunta no es esa. ¿Qué relación le une a ella, inspector? Y esta vez hablo en serio.

Sintió cómo la subcomisaria le acribillaba con la mirada, calibrándole a corta distancia.

- Lupe es como si fuera mi tía, tengo una relación muy estrecha con ella – Dejó caer el embuste sobre la mesa.

- ¿Cómo que *como su tía*? – reiteró sus palabras –. ¿Lo es o no, inspector?

Algunas escenas de su niñez desfilaron en su memoria a medida que rescataba a su madre de los escombros de su pasado: su sonrisa imperecedera, su cuerpo doblegándose ante el dolor, la calvicie que cobró efecto en cuanto se sometió a las primeras sesiones de quimioterapia. Elías se sintió tan desbordado, que no pudo contener el resuello de su respiración.

Linares lo atendía fijamente con los brazos cruzados.

- Bueno, pues empiezo yo – dijo tras varios segundos de tregua –. Por lo que he leído en los informes que me ha remitido la oficina del Registro Civil, resulta que esa mujer, Guadalupe, era la hermana melliza de Teresa – Leyó en su móvil –, fallecida a consecuencia de un cáncer de páncreas dos años antes de que su marido, Mauro Medina, fuese encarcelado por los crímenes que cometió en Portugal. ¿Voy bien?

- Marisa, de verdad, todo tiene una explicación – la interrumpió, dispuesto a no seguir escuchando su propia historia.

- ¿En serio? Porque me gustaría conocerla – Su mirada se tornó inquisitiva –. Pero espero por su bien que no me mienta.

El inspector resopló nervioso, vaciando el aire de sus pulmones.

- Sí, es cierto, Lupe es mi tía… – emitió con la garganta seca. Le costaba hablar –. Fue ella quien se hizo cargo de mí cuando Teresa, mi madre, falleció.

Marisa frunció el ceño con la espalda reclinada contra el respaldo de la silla.

- Espere un segundo. Pensé que ella y Medina tan solo tuvieron una hija, Helena.

Las gotas de sudor comenzaron a perlar su frente.

- Es que yo soy Helena, subcomisaria – El corazón estaba a punto precipitarse por su boca, desbocado –. O mejor dicho, fui esa persona hace años.

Un silencio se propagó en el despacho. Linares se levantó de golpe y le dirigió una mirada que le heló el alma. El inspector cabeceó de pie a medida que otras imágenes, otros retazos de su vida anterior, invadían su mente con intención de regresar una vez más a ella, a la misma joven que aborreció durante demasiado tiempo y que ahora solo formaba parte de sus recuerdos. Ella, Helena Medina Falcón; la chica de cabellos dorados que una tarde de verano de 1997 su padre persiguió bosque adentro con el deseo de estrangularla.

Una lágrima rodó por su mejilla. Marisa, en cambio, no paraba de dar vueltas por detrás de su escritorio.

- No es posible… – repetía para sí misma. Después frenó en seco y le observó con un cariz de compasión –. ¿Pero cómo no se le ocurrió contármelo?

- Lo sé, y tiene razón, pero nadie más conocía mi pasado. No sabía qué hacer cuando me adjudicó el caso y las sospechas viraron hacia él, hacia mi padre – Las palabras que le gratificó a su salida de prisión, *ma-ri-co-na*, volvieron a sacudir sus recuerdos. Todo su mundo comenzó a desmoronarse bajo sus pies a medida que su jefa retomaba sus vueltas por detrás de la mesa.

- Esto es una locura. Debió de habérmelo comunicado hace tiempo. ¿Qué pensaba, que iba a juzgarle por…, ser quién es? – Detuvo su movimiento –. Nos conocemos de hace años. Creo que tenía la suficiente confianza como para haber compartido conmigo su historia, ¿no le parece?

- Marisa, estaba aterrado – Intentaba controlar la situación –. Hay ciertos episodios de mi vida que aún no he superado. Ni se imagina por todo lo que he pasado hasta llegar a ser quien soy.

La subcomisaria se mordió el labio inferior ante lo que estaba a punto de notificarle.

- Lo siento… – balbució –. Lo siento de veras, pero lo que ha hecho es muy grave, tanto como para imponérsele una sanción disciplinaria y tramitar la suspensión de sus funciones.

- ¿Está de broma? – manifestó sumamente impactado.

- ¿Usted cree? Porque yo lo que veo es que ha ocultado información relevante de la investigación, se ha extralimitado en sus tareas metiendo a esa civil, y por supuesto, mantiene un parentesco de primer grado con el principal sospechoso.

- Y asumo mi responsabilidad – Se impacientó –, pero estamos cerca de capturar al culpable, no puede apartarme ahora de la operación.

- Algo tarde, Falcón. Me veo en la obligación de dar parte a Asuntos Internos.

- Marisa, por lo que más quiera, no puede hacerme eso. Le estoy contando la verdad.

- No me lo ponga más difícil, se lo ruego – articuló con la voz áspera –. Por el momento, está retirado del caso. Tómeselo como unos días de descanso hasta conocer la decisión de los de arriba.

- No es justo, joder. Sabe muy bien que me he dejado la piel es esta investigación.

Le entraron incesantes ganas de llorar, subyugado por una clara impotencia.

- Yo también me la estoy jugando, pero tampoco pretendo que se lo tome como algo personal – terció –. Supongo que habrá estado

sometido a mucha presión. Ha tenido que ser muy duro para usted.

El aire del despacho se cargó de una tensión aplastante.

- ¿Algo más? – la cuestionó, deseoso de escabullirse de allí.

- Es todo.

Falcón dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Solo la subcomisaria lo detuvo cuando estaba a punto de rebasar la puerta.

- Un momento – Ni siquiera se volvió para atenderla –. Soy consciente de que se trata de un tema bastante delicado y le agradezco su sinceridad, pero espero que entienda que no puedo responsabilizarme de las consecuencias que esto pueda acarrearle. Lo digo para que vaya preparándose, por si la gente habla. No sé si me explico…

- Perfectamente – remató.

Luego retomó el camino de vuelta, el eco de sus pasos perdiéndose al fondo del pasillo.

Una vez que salió de comisaría, notó que el aire volvía a inundar sus pulmones. Bajó las escaleras y partió hacia su coche. La sensación de alejarse de sus fantasmas lo sedujo en el aparcamiento, donde la luna clareaba las viejas vías del tren. Elías abrió la puerta y se coló en el asiento. Su mente se encasquilló en la conversación que acababa de mantener con la subcomisaria. *«Ha ocultado información relevante»*, *«por el momento está retirado del caso»*, *«espero que entienda que no puedo responsabilizarme de las consecuencias que esto pueda acarrearle. Lo digo para que vaya preparándose, por si la gente habla»*. Elías Falcón rompió a llorar. Golpeó con furia el volante a la vez que vaciaba en un grito desgarrador la congoja de los años nunca olvidados. Los años en los que se reconstruyó lentamente para convertirse en una sombra más de su propio pasado.

DÍA 10

63

La subcomisaria entró en la sala de reuniones acompañada de Robledo. El rostro del policía gozaba de una sonrisa igual de amplia que las despreocupadas zancadas que intercalaba según se dirigía al estrado. Los demás, en cambio, atendían atónitos a la escena. La luz alboreaba entre las rendijas de la persiana, proyectando una pelusa sobre el proyector de pared. Ambos se situaron de pie y enfrentaron sus miradas a las de su equipo. Los cuchicheos cesaron de manera gradual.

- Buenos días – manifestó Linares –. Lo primero, me gustaría informarles de que a partir de ahora el inspector Robledo se encargará de llevar el operativo.

Una nube de murmuraciones volvió a precipitarse en la sala.

- Subcomisaria – La portuguesa alzó la mano extrañada –. ¿Y el inspector Falcón?

- Va a tomarse unos días de descanso. Anoche estuve hablando con él y parece ser que ha estado sometido a mucha presión. Robledo se ocupará de la investigación, y también de relevarlo hasta que se incorpore. Mientras tanto, aún tenemos a un asesino suelto. Robledo trae novedades que pueden dar un giro en el caso. Cuando quiera...

Linares se hizo a un lado para permitirle coordinar el operativo, como si en el fondo se hubiese quitado un gran peso de encima.

Luego encendió el proyector y mostró una imagen en la que podía apreciarse un trozo de papel requemado por los rebordes y con una serie de números y letras encarcelados por dentro de su tonalidad pajiza. Nadie se atrevió a preguntar qué era aquello.

- Esta mañana he recibido un correo de la científica. La fotografía fue tomada en el bidón del palacete de la Avenida Italia – resumió –. Pues bien, entre los documentos que alguien se encargó de quemar con intención de destruir pruebas judiciales, se rescató este trozo de hoja que pertenece a un número de registro. Hemos estado investigando y se trata de un viejo expediente relacionado con una familia de acogida que el propio abogado efectuó en su despacho. Nos hemos puesto en contacto con la Gerencia Territorial de Servicios Sociales y nos ha remitido una copia del informe que Urbina rubricó a favor de Pedro Isla y Gracia Cisneros, la familia que se prestó al acogimiento de menores y que contrató los servicios del abogado.

La tensión podía cortarse con la hoja de un cuchillo a tenor de los avances.

- Necesito que alguno se encargue de hablar con ese matrimonio y que averigüe por qué Urbina, o tal vez su agresor, decidió destruir ese documento jurídico junto con otros. ¿Alguien se ofrece? – preguntó en alto.

Bruno Castell levantó la mano.

- Yo mismo, inspector – Le ofreció sus respetos, a sabiendas de que podía apartarle de la operación por ser el agente predilecto de Falcón.

- Perfecto, recuérdeme que le pase las señas del domicilio.

- ¿Podría acompañarlo? – Interfirió Belmonte a su lado.

Después percibió cómo la subcomisaria la aguijoneaba con la mirada. Supuso que aquel resquemor era fruto del convencimiento que mantenía sobre que su hombre, da Sousa, seguía siendo el responsable de la muerte de su hija.

- Está bien – Dio el visto bueno –, pero manténgame informado.

Ambos asintieron a la par.

- Antes de que se marchen – Se inmiscuyó Linares, volviendo a retomar sus pasos en el centro de la tarima – quisiera comunicarles que esta tarde se oficiará la misa de mi hija en la iglesia de la Purísima. Soy consciente de que muchos no podrán asistir puesto que la investigación así lo requiere, pero igualmente les agradezco el apoyo que me han ofrecido durante los últimos días. Gracias a todos por su comprensión.

La dureza con la que se mostraba evitó que rompiese a llorar. Los demás prorrumpieron en un cálido aplauso.

- Descuide, jefa – articuló Robledo –. Allí estaremos los que debemos estar.

Después se aproximó a ella y la gratificó con un fuerte abrazo.

Belmonte bosquejó una mueca de desprecio al advertir cierta clase de adulación por parte del nuevo inspector al mando. Un miserable lameculos de mierda, pensó, que intentaría llevarse todos los méritos para cuando finalizase la investigación. Aquello le asqueó.

- ¿Inspectora…? – Robó Castell su atención –. ¿Le parece que salgamos?

- Mejor, no aguanto ni un segundo más aquí.

Y se levantó, segura de que su vil tiranía habría servido para apartar a Falcón del caso.

64

La luz penetraba a través de la ventana de la cocina, recreando una atmósfera cándida a la vez que Elías untaba otra galleta de mantequilla. Luego la mordisqueó, obligándose a ingerir el sustancioso desayuno que su tía le había preparado. Notó que tenía el estómago cerrado. No había vuelto a probar bocado desde que la subcomisaria le ordenó acudir a su despacho y le confesara, a su pesar, que él fue Helena Medina. Intentó evadirse del tema y volvió a ojear las fotografías que almacenaba en su Tablet. Reparó en la imagen que tomó de Helena en el palacete del abogado – nada que ver con él, con su vida actual, sus pensamientos e intereses –, y se planteó hasta qué punto aborrecía a su *yo* del pasado. Aquel sentimiento le hizo excluirse del grupo como tantas otras veces. Como cada vez que lo motejaban o señalaban por la calle.

Lupe entró en la cocina con una bolsa a rebosar de naranjas.

- ¿Ya estás despierto? – Se sorprendió. Luego descargó la compra en la encimera –. Si encima avise a Marcial para que no viniese hoy y te quedaras más tiempo en la cama.

- Apenas he podido pegar ojo. No hago más que acordarme de lo que pasó anoche.

El rostro de Falcón era un espejo que reflejaba su propia desazón.

- ¿Y qué crees que vas a conseguir dándole vueltas? Sabías que esto podía ocurrir.

- Lo sé, pero siento que he engañado a todo el mundo ocultando mi pasado. No sé qué irá diciendo la gente en comisaría.

- Pues que diga lo que tenga que decir, Corito – Se molestó –. Cualquiera en tu lugar hubiese hecho lo mismo. A ver si te piensas que la gente no guarda secretos por miedo a ser la comidilla. Además, eso forma parte de tu intimidad, ¿me oyes? No tienes por qué ir pregonando a los cuatro vientos que hace años te llamabas Helena.

El enfado de Lupe iba en aumento, siempre dispuesta a abanderar las causas perdidas.

- Pero de no haber aceptado el caso nada de esto habría sucedido – se lamentaba.

- ¿Y tanto te importa lo que piensen de ti…? Porque yo lo que veo es que te formaste como policía para justamente esto.

- ¿A qué se refiere?

- A que cualquiera en tu situación querría conocer la verdad y saber

por qué su padre quiso estrangularlo. ¿O acaso ya se te ha olvidado?

Las escenas que atesoraba en su memoria volvieron a reanudarse mientras pedaleaba muerto de miedo, intentando esquivar el coche que lo perseguía por el bosque.

- ¿Qué estabas haciendo? – La voz de su tía lo rescató de las sombras.

Luego se dio cuenta de que observaba la imagen que asomaba en su Tablet.

- Echando un vistazo a las fotos que hice en el palacete de Urbina

- ¿Y por qué habría una de Helena? – la nombró en tercera persona del singular como habían acordado desde hacía años, como pactaron cuando ella quedó suspendida en una suerte de limbo etéreo y remoto.

- No lo sé. Apareció en una de las habitaciones junto a varios recortes de prensa del resto de chicas – rememoró –. Todas compartían un razonable parecido físico.

Lupe arrugó el ceño sin apartar la vista de la pantalla.

- ¿Qué ocurre, tía? – La sondeó.

- Estoy segura de que he visto esa foto antes – Cavilaba en alto –. Acompáñame.

Falcón la escoltó por detrás y se refugiaron en el salón. Un profundo aroma a resina impregnaba la estancia. Lupe se arrimó a la cómoda y abrió uno de sus cajones. Extrajo un álbum con el lomo desgastado que extendió entre sus manos. Las primeras imágenes aparecieron tras la lámina de plástico que las protegía, algunas esquinas despegadas a causa del tiempo. Lupe continuó pasando sus hojas hasta que se detuvo en la última, los laterales pincelados de cercos pajizos. Señaló con el dedo la imagen central.

- ¡Aquí estabas, jodía! – exclamó.

Los ojos del inspector se perdieron en aquel paraje disuelto bajo un sol de verano, el cielo azul reverberando por encima de las copas de los árboles. El grupo permanecía en el centro de la imagen, los hombres pertrechados con chalecos verdes y ellas ataviadas con indumentaria de mediados de los noventa. Luego viajó hacia los laterales, donde observó a unos cuantos chavales de distintas edades. Enseguida reconoció a Helena, su pose un tanto desgarbada y el cabello claro anudándose al aire. La misma fotografía que admiró en el palacete del abogado y que alguien se había tomado la molestia de recortar y colocar en el centro del mural. ¿Por qué?, le desconcertó. Identificó a sus padres en el grupo, incluso a Lupe.

- ¿Qué significa esto? – la reprendió por esconder varias fotos de Helena sin su permiso.

- ¿Ya no te acuerdas? – terció intencionadamente de asunto.

Elías negó con la cabeza.

- Eran unas jornadas que organizaban los miembros del club cada año, donde todas las familias nos juntábamos a pasar el día y merendar. Parece que fue ayer. Este es Alfredo Turrión y su mujer, Luisa. Los de su derecha son Perogordo y Candela, gente de posibles. También están Francisco Olmedo, Vallbona, Recio con su esposa – los enumeraba, percatándose de que los nombres coincidían con la lista de miembros que les había facilitado el Servicio Territorial.

- Y este de aquí, ¿quién es? – Apuntó al hombre con el rostro señalado por pequeñas cicatrices de viruela, que rodeaba con el brazo los hombros de su padre. Tenían más o menos la misma estatura.

- Felipe Aguado, el mejor amigo de… quien tú ya sabes – Evitó pronunciar el nombre de su padre –. Venía de vez en cuando porque no pertenecía al club. Ni siquiera vivía por la zona. Un hombre educado y encantador, la verdad.

El teléfono fijo repiqueteó al fondo del zaguán.

- Esos van a ser los inquilinos que me vienen de Asturias – intuyó –. Voy a ver.

El inspector aprovechó su ausencia para volver a examinar la foto, deteniéndose una vez más en el rostro del hombre que bosquejaba una sonrisa templada y que había sido amigo de su padre. Felipe Aguado. Ni siquiera recordaba haberlo visto en la lista de miembros del club. Supuso que su tía tenía razón y nunca llegó a formar parte de la cuadrilla. Se le ocurrió coger la Tablet y entrar en la base de datos. Necesitaba comprobar que estaba en lo cierto y descartarlo como posible sospechoso. Falcón introdujo las claves y pulsó el *Enter*. Luego esperó a que se cargara la página. *«Acceso denegado»*, leyó. Algo le hizo conjeturar que la subcomisaria estaba detrás del asunto. *¡Joder!*, masculló irritado. Se figuró que habría avisado a Hassan para que le cortase toda comunicación con comisaría. No le quedó más remedio que localizar a Castell en su móvil y pedirle que hiciera el trabajo sucio por él. ¿Le habrían informado ya del motivo de su baja?, se planteó.

La voz de Bruno se asomó al otro lado de la línea.

- Buenas, jefe – emitió entusiasmado –. ¿Cómo se encuentra? Ya nos ha informado Linares de que se ha tomado unos días libres. ¿Está mejor?

- Nada que ver – emuló la táctica pergeñada por la subcomisaria. Al menos, se sintió mucho más cómodo.

- Me alegro. La inspectora Belmonte le manda recuerdos. Estamos yendo a Valdelosa para entrevistarnos con el matrimonio de acogida. La científica halló en el bidón del palacete un trozo de papel con un número de registro.

- Primera noticia – vació enojado –. ¿De qué se trata?

- Del número de expediente de una familia de acogimiento que contrató los servicios de Urbina. El matrimonio vive en Valdelosa, un pueblo de no más de cuatrocientos habitantes. Robledo nos ha solicitado que hablemos con ellos para averiguar por qué el abogado querría haber destruido ese documento jurídico, entre otros…

- Espere un segundo. ¿Robledo está al mando de la operación?

- Eso parece – Creyó haber metido la pata.

Elías se mordió el labio inferior por miedo a hablar más de la cuenta. Sintió que Marisa lo había traicionado.

- ¿Sigue ahí…? – Lo atrajo de su propio resquemor.

- Sí, da igual – Cambió de tema –. Le llamaba porque quería pedirle un favor. He intentado acceder a la *Intranet*, pero apenas tengo cobertura. Necesito que entre en el fichero Sidenpol y busque a un tal Felipe Aguado. No estoy muy seguro, pero tengo entendido que alguna vez participó en las batidas del club de caza.

- Está bien, jefe – reconsideró sus palabras al cabo de unos segundos.

Tampoco estaba convencido de si lo que le proponía no estaba fuera de sus funciones.

- Seguimos en contacto – dijo antes de colgar –. Y no lo comente con nadie.

Después cortó la llamada y se fijó en la hilera de teléfonos con los que se había puesto en contacto en los últimos días. El nombre de Zetta apareció al final de la lista. Falcón se mantuvo pensativo y se acordó de lo que le propuso Belmonte fuera de la sala de reuniones: *«debería hablar con ella. No creo que la policía portuguesa tarde en activar un protocolo de actuación. Zetta apenas cuenta con tiempo»*.

Entonces se dejó llevar por un impulso. Supuso que él también le debía una explicación.

65

Zetta introdujo la maleta en su coche y echó un último vistazo a la residencia donde había permanecido alojada. Pensó que quizá ya era hora de partir a Viseu después de perder la oportunidad de cooperar con la policía española y recibir varias llamadas de su agente de la condicional. Su móvil comenzó a vibrar en su abrigo. Descolgó.

- Hola, Zetta. Soy Elías – Su voz se abalanzó al otro lado –. ¿Podemos hablar?

- Tú dirás. Justo iba a salir ahora hacia Portugal.

- Pensé que te quedarías hasta que todo se resolviese. ¿No tendrá algo que ver con lo que he leído en la prensa?

- Todo suma, aunque tampoco ha sido el factor determinante – mintió –. Supongo que es hora de volver al lugar del que no debí salir nunca y rendir cuentas con mi pasado.

Falcón supo a qué se refería. De algún modo se apropió de sus palabras.

- ¿Te importaría pasarte antes por Candelario? Me he dado cuenta de que no he sido justo contigo y me gustaría pedirte perdón.

- ¿A mí…? ¿Por qué? – Se impacientó –. Fui yo quien te engañó.

- Yo también te he ocultado mi verdadera historia y necesito contártela.

Un silencio se coló en la llamada.

- Vale, envíame la ubicación – Accedió –. No sé lo que tardaré.

- Descuida, no tengo prisa – dijo antes de colgar –. Ahora ya no.

***

Robledo estaba terminando de apurar su cigarrillo fuera de comisaría cuando su móvil sonó en ese instante. Trazó una sonrisa al leer en la pantalla el nombre de su viejo amigo.

- ¡Hombre, Lucas! ¿Qué tal van las cosas por el departamento de Asuntos Internos?

Su sonrisa se difuminó de golpe en su rostro.

- ¿Cómo? – Escuchaba atento –. ¿Estás seguro de lo que dices, tío? Eso es imposible.

Robledo continuaba focalizando toda su atención en lo que le transmitía su interlocutor.

- De acuerdo, estoy al tanto – dijo finalmente –. Gracias por informar.

Luego volvió a guardarse el teléfono y sacó otro cigarro. Nada

más encendérselo expulsó una bocanada de humo, tiñendo el aire de serpenteantes volutas.

- Hay que joderse… – murmuró desternillándose de la risa.

66

Un cartel apostado en el arcén les anunció que acababan de llegar a su destino: *Villa de Valdelosa*. El subinspector se guio por la voz del GPS y se internó por un camino sin asfaltar. El horizonte, resuelto por un vasto pulmón de alcornocales, se perdía bajo un cielo gris cuando el chalet que buscaban se perfiló a un margen. Castell aparcó delante de la entrada y se apeó a la vez que Belmonte. Después abrió la verja y guiaron sus pasos por el césped de un jardín recién cortado. La portuguesa se adelantó y pulsó el timbre. Al momento, apareció tras la puerta acristalada un hombre con el cabello canoso y actitud reflexiva. Lo acompañaba una mujer de melena cobriza y entrada en carnes.

- Buenas – dijo el hombre tras sus gafas de ver –. ¿Qué desean?

- Somos de la policía judicial. Estamos buscando a Pedro Isla y Gracia Cisneros.

- Sí, somos nosotros. ¿Qué ocurre…? – titubeó.

- Nos gustaría hacerles unas preguntas acerca de Aurelio Urbina, un abogado penalista especializado en derecho de familia al que contrataron sus servicios para…

- …la tutela y acogimiento de los chicos – Completó la frase su esposa–. Pero eso fue hace muchos años. ¿Ha pasado algo?

- ¿Podríamos hablar mejor en un lugar tranquilo? – les propuso Castell.

El matrimonio enfrentó sus miradas con presumible connivencia.

- De acuerdo – consideró el hombre –. Pasemos dentro.

El salón del matrimonio Isla Cisneros era una amplia sala con las paredes lisas y pintadas en tonos claros. El hombre los invitó a tomar asiento y les preguntó si deseaban tomar algo. Ambos rechazaron su ofrecimiento y se concentraron en la primera de una serie de preguntas que tenían en mente formularles. La pareja decidió acomodarse en un sillón.

- Pues ustedes dirán – Se atrevió a indagar Isla.

- No sé si alguien les ha informado de que Urbina se ha suicidado en un palacete que poseía en la Avenida Italia – El subinspector no se anduvo por las ramas.

El matrimonio no pudo evitar su sorpresa ante lo que acababa de escuchar.

- El caso es que en un bidón que hallamos en una de las habitaciones, el abogado se había dedicado a quemar una pila de

informes de la época en la que ejercía como tal.

- Lo siento mucho por él, era un buen hombre – emitió esta vez la mujer –, pero no entiendo qué tiene que ver con nosotros.

- En el bidón localizamos un antiguo informe que Urbina llevó a cabo para la tutela y acogimiento de menores a petición de Pedro Isla y Gracia Cisneros. Es decir, ustedes.

El subinspector sacó de su abrigo una copia primorosamente doblada y se la entregó. El hombre la desplegó y fijó la atención en su contenido.

- ¿Sabrían decirnos por qué el abogado habría querido quemar ese documento? – les lanzó de sopetón.

- Ni idea – balbució la mujer –. Dense cuenta de que no volvimos a tener contacto con él desde hace por lo menos veinte años. ¿Verdad, Pedro?

- Sin duda. Contratamos sus servicios para acoger a chavales que procedían de familias disfuncionales y darles una segunda oportunidad. Lo lógico en un matrimonio que no puede engendrar sus propios hijos – Se mostró a la defensiva.

Nádia se percató de que estaban hurgando donde no debían. Se animó a seguir rastreando.

- La Gerencia Territorial nos ha facilitado los nombres de los cuatro menores que aparecen en el informe y que acogieron durante un tiempo en su hogar – Se inmiscuyó en la conversación –. ¿Dejaron también de tener contacto con ellos?

- En absoluto. Christian y Enrique suelen escribirnos al móvil en fechas señaladas – apuntó Gracia –. Pero acabo de caer que falta un muchacho en la lista. Un chico que estuvo viviendo con nosotros un par de meses. ¿Cómo se llamaba…?

Castell y Belmonte se profesaron una mirada cómplice.

- Samuel – La sacó el marido de dudas –. Se llamaba Samuel, aunque sospecho que Urbina no llegó a formalizar su registro.

- ¿Por qué? – Se adelantó el subinspector.

- Porque el abogado nos lo pidió como un favor personal. Un buen día nos telefoneó a casa y nos dijo que necesitaba pedirnos un favor. Al parecer, se había hecho cargo de un chaval que se había quedado huérfano recientemente, y no sabía dónde alojarlo mientras agilizaba los trámites para ingresarlo en la Casa Escuela de Santiago Uno.

El agente sacó una libreta de su chaqueta y anotó la información, consciente de que el centro se hallaba a pocos metros del Puente Romano donde apareció Montaña Bermejo.

- ¿Recuerdan su apellido? – continuó con la batida de preguntas.

- Qué va. Entiendan que Samuel estuvo en nuestra casa hace más de veinte años, aparte de que era bastante retraído. El pobre vino muy traumatizado al quedarse solo y no tener más parientes cercanos. Le

costaba incluso relacionarse con Raúl, el otro chaval que teníamos por aquel entonces – prosiguió su esposa.

Nádia recordó su nombre completo del informe: Raúl Prieto Mínguez.

- Apenas tuvimos relación con el chico, ya que a las pocas semanas Urbina vino a recogerlo y ahí le perdimos la pista – Remató Isla –. Supongo que al tratarse de un asunto personal, no consideró necesario tramitar el régimen de acogida. Por eso no aparece su nombre en esta hoja – Se la tendió de nuevo.

El subinspector se incorporó para coger el informe, asumiendo que estaba provocando con ello la despedida.

- Una última cosa – dijo de pie. Belmonte lo acompañó en su ascenso –. ¿Se les ocurre ahora un motivo por el que decidiera quemar este documento antes de suicidarse?

- La verdad es que no – replicó Gracia –. Siempre nos pareció un abogado bastante profesional y meticuloso. Nunca tuvimos ningún problema.

- ¿Y sobre el club de caza *Vaélico*? – Se anticipó la portuguesa –. No sé si saben que representó a los miembros de esa cuadrilla de cazadores que…

- Lo sabemos – la cortó el hombre mientras se levantaba del butacón –. Esa noticia acaparó muchas portadas de periódicos, pero creo que ya ha pagado con creces el error que cometió quitándose la vida. ¿No les parece…?

67

De vuelta a Salamanca, Castell y Belmonte se entretuvieron en diseccionar la entrevista que habían mantenido con el matrimonio en su chalet. La narración les cuadraba con el informe que la Gerencia Territorial de Servicios Sociales les había remitido junto con los nombres de los cuatro chavales que acogieron veinte años atrás. Pero ¿quién era el quinto que no aparecía en la lista? La duda los acompañó hasta el aparcamiento de comisaría, donde el subinspector detuvo el coche delante de la entrada. Una vez que traspasaron el vestíbulo, atendieron a las risas que se escuchaban en la sala de ordenadores. Robledo estaba desternillándose junto a Mulas y Covarrubias.

- Buenas – Los saludó –. Justo le estábamos buscando, inspector. ¿Qué ocurre?

Belmonte se mantuvo a su lado igual de desconcertada.

- Resulta que me ha llamado un colega de Asuntos Internos y me ha comentado que Falcón no se ha tomado unos días libres. Nos ha engañado a todos. Él es Helena, la hija de Medina – Se regodeó –. Un maricón de esos que se ha cambiado de sexo.

- ¿Y qué tendrá entre las piernas, jefe? – Se encargó Mulas de avivar las carcajadas.

Belmonte se indignó ante la panda de energúmenos que tenía por compañeros en la comisaría española. Por su cabeza desfilaron infinidad de imágenes que conservaba de su paso por la cárcel. Ahora era capaz de discernir el retraimiento del inspector cada vez que se enfrentaba a la mirada punzante del Bejarano y se bloqueaba. ¿Cómo no se había dado cuenta de que con quien realmente se entrevistaba era con su padre?

- ¿Por qué no dejan de reírse y se meten en sus asuntos? – acertó a decir malhumorada –. Deberían mostrar un poco más de respeto. Les recuerdo que Falcón sigue siendo su superior, aparte de un excelente policía.

- Y nadie ha dicho lo contrario – atajó Robledo –. A mí me la suda que sea un julandrón de esos, pero ¿qué se pensaba, que nadie iba a enterarse de su secretito? Ahora no le quedará otra que apechugar con la decisión que tome Asuntos Internos.

La inspectora era consciente de que aquella situación le favorecía tras su nuevo cargo, presto a imponer la autoridad a su antojo. La tensión era indiscutible.

- ¿Qué novedades traen? – Cambió intencionadamente de tema.

- Hemos estado con el matrimonio de acogida y nos ha asegurado que falta un chico en el informe – Intercedió Castell –, un tal Samuel que convivió con ellos un par de meses por petición del abogado.

- Pues ya están buscando a ese chico hasta debajo de las piedras – los conminó con la voz grave –. Quiero un informe en mi mesa cagando ostias, ¿estamos?

Belmonte no pudo evitar mascullar un improperio una vez que salieron fuera.

- *Filho da puta* – farfulló.

- *Filho da puta* – repitió su compañero.

68

Elías se disponía a marcharse cuando la luz de unos faros atrajo su atención. Aquel Renault blanco subía la revirada pendiente entre la profusa vegetación que crecía a ambos lados. Rápidamente rebasó el cartel que daba la bienvenida a los visitantes que llegaban al pueblo por vez primera y se detuvo delante de él. No tardó en reconocer a Zetta tras el cristal de la luna. Luego se bajó, ofreciéndole una mirada de recelo.

La descarga de un trueno resonó en la distancia.

- ¿Qué haces aquí? – se dirigió a él con la voz cortante –. Pensé que me esperarías en la dirección que me enviaste.

- No aguantaba más en casa – se sinceró –. Tampoco sabía si vendrías.

- No estaba muy segura, la verdad. Cambié de opinión en el último momento. Pensé que me arrepentiría si no escuchaba lo que tenías que contarme.

- ¿Te apetece dar un paseo? – Señaló una calle desierta donde el bosque se precipitaba a un lateral.

- Tampoco me quiero ir muy tarde. Aún me espera un viaje de tres horas.

Falcón reparó en la maleta que se adivinaba en el asiento trasero de su coche.

- De acuerdo. Solo te robaré unos minutos.

Ambos se dispusieron a caminar, donde la vida parecía haberse detenido tras los postigos echados de las viviendas. Solo una estela de humo procedente de unas cuantas chimeneas ascendía hacia el cielo, disolviéndose bajo la cortina de mojabobos que comenzó a rociar el aire. Los nervios que regurgitaban en su estómago le impedían encontrar las palabras con las que arrancar su relato. Zetta se adelantó, quebrando con su voz la inquietud que palpitaba al fondo de sus pupilas.

- ¿Qué sucede? – Se entrometió en sus pensamientos –. ¿Por qué me has hecho venir?

- Verás, hay algo que me gustaría contarte. No estoy en comisaría por la sencilla razón de que estoy fuera del caso.

- ¿Cómo? – Frenó en seco –. ¿Qué ha pasado?

- Esa es la cuestión. Os he mentido a todos. La subcomisaria ha tomado la decisión de apartarme porque mantengo un estrecho parentesco con uno de los sospechosos.

- ¿Con quién? – Le cegaba la incertidumbre.

- Con Mauro Medina.

El viento intercedió en el silencio que ambos provocaron durante breves segundos.

- ¿Cómo que con Medina? – intentaba asimilar lo que acababa de oír –. Pero entonces, ¿tú eres…?

- Sí – La detuvo –. Fui Helena hace años. Mauro es mi padre.

La mente de Zetta se dispuso a reelaborar una nueva versión de la historia que había estudiado al detalle durante años. Un temblor agitó su cuerpo al tiempo que se acuclillaba con la respiración irregular.

- Por eso quería disculparme – Se agachó a su lado –. Ahora entiendo las razones que te llevaron a mentir. Sé que únicamente intentabas buscar una pista de tu hermano, el mismo que mi padre secuestró hace veinticinco años.

Su pecho comenzó a descargar una sacudida tras otra hasta que, de repente, le sobrevino el llanto, sus ojos abrasados por las lágrimas.

- Zetta, por lo que más quieras, di algo – Tendió su brazo alrededor de sus hombros.

- ¡Ese hijo de puta arruinó mi vida y la de mi familia! – gritó desconsolada –. Por su culpa hice cosas que no debí hacer y acabé en la cárcel.

Los recuerdos de Falcón se abrían en su memoria mientras rescataba algunas palabras de Belmonte: *«Vasco la abandonó a su suerte, drogada hasta las cejas y embarazada de cuatro meses»*, *«la ingresaron en el Hospital, donde sufrió un aborto y perdió a su hijo»*, *«un tribunal la juzgó por el alijo que llevaba encima cuando su novio la dejó tirada en el narcopiso y entró en prisión sin fianza»*, *«allí permaneció seis meses, hasta que el juez revisó su caso y la asignó un agente con el fin de supervisar su rehabilitación en régimen de libertad condicional»*. Supo que decía la verdad.

- ¿Prefieres que lo dejemos aquí? – Intentó calmarla.

La escritora se incorporó despacio intentando recobrar el aliento.

- No. Ya está – Desvió la mirada –. Siento lo que he dicho. Él no deja de ser tu padre.

- Bueno, hace tiempo que dejé de considerarlo como tal – le confesó –. A mí también me arruinó la vida, ¿sabes? Y si me lo permites, me gustaría que la conocieras.

Después retomaron sus pasos por la calle desierta.

- A veces me cuesta situarlo en mis recuerdos – dijo –. Es una sensación extraña, como si mi cabeza hubiera eliminado varios años de mi niñez y él nunca hubiese formado parte de mi vida.

- Sé de lo que hablas, me ocurre igual con André. Se llama *amnesia*

disociativa y tu mente se encarga de bloquear un acontecimiento traumático.

- Puede ser. Pero cuando me empeño en evocarlo, los pocos recuerdos que conservo son casi siempre los mismos: el de un padre que se resiste a cruzar la puerta de su habitación cada vez que pasa por delante y nos observa, a mi madre y a mí, bajo la penumbra del pasillo. Esa imagen se ha repetido en mi cabeza a lo largo de los años: su silueta formada entre las sombras, el murmullo de su respiración, su mirada fija en la mía… Supongo que mi mente de diez años no entendía que mi padre acabara pasando de largo mientras ella, mi madre, se consumía lentamente en la cama a causa de la puta enfermedad que se encargó de arrebatármela meses más tarde.

- Lo siento – balbució.

- Gracias, aunque ya da igual. Mi madre acabó yéndose de nuestras vidas y ahí fue cuando todo mi mundo empezó a resquebrajarse en pedazos. Mi padre se ausentaba largas temporadas de casa y cada vez que regresaba, lo hacía malhumorado. Mi tía, la hermana melliza de mi madre, fue quien se encargó de cuidarme en un chalet que tenía por entonces en la otra punta del pueblo. Las cosas iban de mal en peor, hasta el punto de que empezó a desatender el pequeño obrador familiar donde mis padres elaboraban embutidos. Todo se confabuló de tal manera que…

- …una tarde de verano te persiguió por el bosque con intención de estrangularte – recordó los informes que tantas veces leyó para la elaboración de su libro.

Elías cabeceó con la vista nublada por los recuerdos.

- Apenas conservo algunas imágenes de ese día. Sé por la vecina que me vio desde su casa que pedaleaba a toda prisa en mi bicicleta mientras un coche me perseguía a poca distancia. Parece ser que mis gritos la alertaron. Después me embistió con el guardabarros delantero y caí al suelo, perdiendo unos minutos la consciencia. Ese es el único recuerdo que guardo de ese día: el de sus ojos clavados a los míos mientras me observa fijamente y las sirenas resuenan de fondo. Imagino que el coma que me indujeron por la lesión que presentaba en la cabeza borró casi toda la secuencia, salvo esa escena. Eso fue lo que el doctor me explicó cuando, un mes más tarde, volví a despertar. No recordaba nada de lo ocurrido, aunque mi padre se encargó de que no lo olvidara con la señal que marcó en mi nuca. La misma *V* que grabó en los niños de Portugal.

Sus palabras la devolvieron al apartamento de Elías, donde se asomó de nuevo al reflejo que proyectaba el espejo. Aquella cicatriz tejida en su piel fue el desencadenante de sus tempranas sospechas. Ahora, días después del encuentro que mantuvieron en su habitación, supo el motivo por el que la masturbó, su deseo

por acariciarla, el rechazo a que le tocase. Comprendió que su miedo iba más allá de lo que pudiera descubrir. Sentía pánico a que cualquier matiz de su cuerpo revelase su propio pasado. Quién era. Sin duda, Helena.

Ambos se desviaron de la carretera y tomaron un camino sin asfaltar. Se perdieron en la inmensidad del bosque.

- ¿Qué pasó después? – Se atrevió a preguntar.

- Al entrar mi padre en prisión, el obrador contrajo numerosas deudas y el banco lo puso a subasta sin conseguir que nadie pujase por él. Ahora sé que su encarcelamiento no reparó el daño que había causado. Los delitos que le atribuyeron habían dejado una estela de odio en la mayoría de los vecinos. Algunos comenzaron a señalarme por la calle, a murmurar a mis espaldas, a cambiarse incluso de acera cada vez que me veían. Una tarde regresé llorando a casa de mi tía y le dije que unas vecinas me habían asegurado que era otro monstruo igual que él. Al final tomó la decisión de enviarme a un internado para alejarme de aquella tormenta.

La escritora no se había cuestionado que existiese otra familia, una parentela entreverada a su sombra, que hubiese sufrido las mismas consecuencias. Comprendió el dolor que enmascaraba su mirada.

- Al menos, hubo alguien que cuidó de ti – dijo, consciente de que no fue su caso.

- Lupe ha sido como una segunda madre – mostró su satisfacción –. Es más, cuando le confesé durante la adolescencia que me sentía un chico, tampoco se sorprendió. Creo que es la persona que mejor me conoce. Me siento en deuda con ella.

- Me alegra saber que de una experiencia traumática saliese algo bello.

- Siempre he creído que aquello nos unió aún más. No solo se encargó de darme una educación, también de sufragar económicamente quien quería ser. Mi tía tuvo que vender su chalet para costear las operaciones de mi cambio y mudarse a casa de mi abuela, donde lleva años regentando un hotel. Pero a pesar de todo, a pesar de todo cuanto vivimos, Lupe siguió ahí, apoyándome en la distancia a que cumpliera mi otro gran sueño: el de ser policía.

Zetta percibió que se estaba emocionando.

- ¿Puedo decirte algo? – Se coló en sus pensamientos. Elías asintió –. Has sido muy valiente navegando todos estos años a contracorriente. Te felicito.

Las ruinas de una fábrica abandonada se perfilaron al fondo de la senda. La pintura de la fachada se había ido descascarillando con el paso del tiempo, los muros ahora invadidos por infinidad de grietas. Zetta leyó el cartel sustentado por encima de la

entrada: *Obrador y Sala de embutidos Medina*. El lugar donde posiblemente pergeñó su plan de secuestrar y asesinar a varios niños en Portugal, incluido su hermano.

- Es todo cuanto queda de mi infancia – rememoró Falcón con un poso de tristeza.

El mojabobos se transformó en una lluvia mansa y persistente.

- ¿Sabes qué? Aunque te hayan apartado del caso y yo me encuentre en una situación delicada, tienes que poner fin a esto. Te lo debes a ti mismo, pero también a mi hermano y a todas las víctimas que tu padre abandonó a su suerte.

- Pero lo que me pides es imposible – La hizo recapacitar.

- No, Elías. Solo tú puedes parar la tormenta – Le miró fijamente–. La misma tormenta en la que llevamos juntos más de veinte años.

El trueno que retumbó cerca respondió por él.

***

Zetta detuvo el coche delante del *Hotel Rural La Chacinera.*

La lluvia, copiosa y pertinaz, ametrallaba con fuerza la techumbre, desdibujando la calle que se intuía a través de la luna. Ambos salieron deprisa y se internaron bajo el aguacero, las *regaderas* rebasando parte del caudal que habían acumulado en cuestión de minutos. Juntos se atrincheraron en un recodo de la entrada, cuando alguien abrió la puerta desde dentro. La silueta de Lupe se formó entre los repliegues del zaguán. Rápidamente apartó la *batipuerta* y les dejó pasar.

- ¡Madre mía! – clamó –. Tenía el estómago encogido. Te he llamado tropecientas veces a tu teléfono y me salía apagado.

- Es por la cobertura, tía. Imagino que la lluvia habrá afectado al repetidor.

Después posó sus ojos en los de aquella chica que no conocía de nada. Elías se adelantó para hacer las presentaciones.

- Ella es Zetta, una amiga de Salamanca – Prefirió no desvelar más detalles acerca de su procedencia y la manera en que se conocieron. No quería que la vinculase como la hermana de André Guimarães.

- Mucho gusto, hija. Yo soy Lupe, la tía de este granuja – La saludó con los brazos en jarras –. Ese nombre… ¿Es de la zona? Nunca antes lo había escuchado.

- Qué va, señora. Es un nombre portugués. Vivo en Viseu.

- ¡Anda! ¡Eres *portuguesiña*! – La motejó como era su costumbre –. ¿Y estás aquí de paso, trabajando…?

La escritora buscó una respuesta en los ojos de Falcón.

- Ha estado cubriendo el caso – Se adelantó el inspector ante la insistencia con la que iba a seguir recurriendo –. ¿Le importa que pasemos a secarnos?

- ¡Calla! Que me pongo a cascar y se me va el santo al cielo. Pasad a la cocina, que ahora mismo os preparo un café para que entréis en calor.

- Yo tenía pensado irme – Rechazó Zetta el ofrecimiento –. Aún me quedan unas cuantas horas de viaje.

- ¿Con la que cae? – protestó Lupe –. Espera un poco a que amaine, mujer.

Ambos, tía y sobrino, la observaron en el silencio del zaguán.

- Ok – Resolvió finalmente –. Me pongo en camino en cuanto descampe un poco.

- Perfecto, así me quedo más tranquila – dijo Lupe mientras tomaba el pasillo –. Por cierto, ¿sabes que antes iba mucho a Portugal a comprar toallas a Miranda do Douro? Allí cargábamos los salmantinos con medio ajuar, al igual que veraneamos en la playa de Aveiro. Como es la que nos pilla más cerca…

Falcón dejó que siguieran hablando cuando su móvil sonó. Se retiró a un lado para averiguar quién lo reclamaba. Enseguida leyó el nombre de su agente en la pantalla.

- Cuénteme, Castell – Se dirigió al subinspector.

- Jefe, he localizado a Felipe Aguado en el fichero Sidenpol. Hay algunos apuntes interesantes, aunque quizá prefiera ver usted mismo el expediente.

- De acuerdo, salgo para comisaría.

- Espere – Lo retuvo –. Acuérdese de que en una hora se celebra la misa de la hija de la subcomisaria en la iglesia de la Purísima.

El inspector cayó en la cuenta de que se le había pasado por completo.

- Nos vemos mejor fuera – Cambió de parecer.

Después cortó la llamada y se dirigió a la cocina. Zetta y su tía conversaban alrededor de la mesa, las tazas de café desprendiendo un aroma dulzón.

- Debo irme – Quebró su charla.

- ¿Adónde? – protestó Lupe –. Pero si acabas de llegar.

- No empiece, tía. Cosas de trabajo.

Sus ojos, en cambio, se fueron por inercia a los de Zetta.

- ¿No te importa quedarte? – Buscó de algún modo su aprobación.

- Haz lo que tengas que hacer – le animó –, y si te parece, seguimos en contacto. No creo que tarde en marcharme. Ya me cuentas estos días.

Y antes de salir, no dudó en regalarle una sonrisa a la mujer de cabello escarolado y tatuaje en el cuello que una vez, al principio de la investigación, le pellizcó, aunque solo fuera un poquito, el corazón.

69

La lluvia que lo acompañó de camino a Salamanca se había transformado en un copioso aguacero que hostigaba con furia la ciudad. Nadie parecía deambular por sus calles cuando Elías encendió los faros y proyectó su luz contra la puerta enrejada de uno de los laterales de la iglesia. Observó que al fondo, al resguardo de unos cuantos paraguas, varios de sus agentes vestidos con sus uniformes de gala conversaban por fuera de la entrada, el maletero del coche fúnebre abierto tras depositar los restos de Blanca en la capilla. Entonces, avistó a Castell. Acababa de bordear el Palacio de Monterrey que se erigía a pocos metros. Falcón se apresuró a alumbrarlo, hasta que el subinspector captó la señal. Segundos más tarde, traspasó el asiento del copiloto.

- Qué hay, jefe – Lo saludó. Solo la tenue claridad de las farolas perfilaba vagamente sus rostros –. Menuda nochecita. Pensé que ya estaría dentro.

- ¿Trae el expediente? – Fue directamente al grano.

Castell deslizó la cremallera de su Barber y extrajo un portafolio que le entregó deprisa. Sus yemas notaron la humedad que desprendía el cartón. Luego encendió la linterna de su móvil y se dispuso a echar un vistazo a su contenido.

- Es lo único que he encontrado de Felipe Aguado en el fichero Sidenpol.

- Pero si esto es un certificado de defunción – Se exaltó Falcón a su lado.

- Junto con el informe pericial y el dictamen de necropsia que realizó el forense de guardia cuando, como puede comprobar, el tipo se quitó la vida en la vivienda que poseía a las afueras de Fuentes de Oñoro el 5 de octubre de 1997. Parece ser que se anudó una soga al cuello y… – Prefirió no entrar en más detalles –. Encontrará varias fotografías tanto de la escena del crimen como de la autopsia al final del documento. Aunque espero que tenga el estómago preparado.

Falcón parecía imbuido en sus pensamientos.

- ¿Ocurre algo, jefe? – se percató de su mutismo.

- ¿Ha dicho que Aguado se suicidó el 5 de octubre del 97? – Recobró el sentido.

- Sí, eso he dicho. ¿Qué sucede?

Su mente se encasquilló en aquella fecha: 5 de octubre de 1997. Un mes después de despertar del coma que le indujeron en el hospital, cuando su padre lo atacó en el bosque.

- Nada. No pasa nada. Gracias por el favor. Y no lo comente con nadie.

- Descuide. Tampoco está el patio como para enemistarse con el nuevo inspector –Omitió lo que Robledo se había dedicado a hacer a sus espaldas –. Por cierto, estuve con Belmonte en casa de la familia de acogida. Hemos averiguado que el abogado había solicitado al matrimonio que se hiciese cargo de un tal Samuel mientras le buscaba alojamiento en un centro de acogida, parece ser que en la Casa Escuela Santiago Uno. Aseguran que el chico no tenía más familia y que estuvo con ellos un par de meses. Estamos intentando averiguar de su paradero.

- Manténgame informado – le solicitó.

Castell se limitó a asentir antes de proseguir.

- Creo que ya es la hora, jefe – le advirtió –. ¿Entramos?

Falcón observó por la luna del coche que el grupo de agentes empezaba a disolverse con la clara intención de acceder a la capilla.

- No va entrar, ¿verdad? – Le sondeó con tacto.

- Creo que regresaré a casa – Ni siquiera se atrevió a mirarle –. Es lo mejor para todos.

Después, intercedió un silencio entre ambos.

- No sé si hago bien preguntándole esto, pero Robledo va diciendo en comisaría que usted es…, bueno, era la hija del Bejarano. ¿Es eso cierto?

- Sí, lo es – respondió, sin apartar la vista del vaivén del limpiaparabrisas.

- Entiendo… – dijo con la voz queda –. Si me permite un consejo, usted no tiene por qué esconderse por ser quien es. No permita que nadie le haga dudar.

- Será mejor que salga – Lo invitó a abandonar su coche –. Los demás le echarán en falta.

Su agente captó la indirecta y abrió la puerta. Antes de partir, asomó la cabeza por dentro.

- Quizá no lo quiera ver, pero es un buen policía. Muchos en la Brigada lo admiran, incluido yo. Demuéstreles que se equivocan. Demuéstreles que solo usted puede resolver esto sin su ayuda, aunque Medina sea su padre.

- Gracias, Bruno – le ofreció una tibia sonrisa –. Gracias por estar ahí.

Pero al cerrar la puerta, no pudo evitar dar marcha atrás y salir estrepitosamente. Estaba deseando llegar a Candelario y esconderse del mundo para siempre.

***

Falcón subió el último tramo en cuesta y dobló la esquina de la calle Enrique Fraile. En cuanto avistó el foco exterior del *Hotel Rural*, se apresuró a vadear el torrente de agua que se había formado en cuestión de horas y que fluía sin obstáculos por el centro de la calleja. Después estacionó el coche delante de la entrada y se apeó mientras buscaba las llaves en el bolsillo de su anorak. Una vez que desatrancó el viejo portón de *La Casa Chacinera*, se resguardó en el zaguán y atendió al rumor que se asomaba tras la puerta entornada del salón. Falcón echó a andar hacia la horquilla de luz que se deslizaba por algunas baldosas de barro, su olfato cautivado por el aroma del bollo maimón recién horneado. Sus ojos se sorprendieron al descubrir que Zetta no se había marchado aún.

- Pensé que ya te habrías ido a Portugal – Reveló sus pensamientos de pie.

Ambas lo atendieron desde el sofá que había cerca de la chimenea.

- Elías, no son horas para que esta niña salga con la que está cayendo – Intercedió su tía –. La he obligado a quedarse. Dormirá en la habitación del fondo.

El inspector no puso ninguna objeción al respecto.

- Por cierto, ¿qué tal ha ido? – Se interesó la escritora –. ¿Alguna novedad?

Sin pensárselo, les entregó el portafolio para que pudieran echar un vistazo.

- Castell ha conseguido el informe que realizó el forense cuando Felipe Aguado se quitó la vida en su domicilio.

- ¿Aguado se ha suicidado? – Se estremeció Lupe con los ojos desorbitados.

- Hace años. Viene la fecha arriba del expediente.

Su tía se colocó las gafas de ver para, después, concentrarse en su contenido.

- No puede ser. Debe tratarse de una coincidencia – dijo segundos más tarde.

- ¿A qué se refiere? – La tanteó, intentando encontrar la misma teoría que retumbaba desde entonces en su cabeza.

- El amigo de tu padre se ahorcó el mismo día que despertaste del coma – articuló impresionada –. El 5 de octubre de 1997. ¿Acaso ya te habías olvidado de la fecha?

- Claro que no, tía, pero estaba buscando una confirmación.

Zetta prefirió no inmiscuirse.

- Ya te dije que tu padre lo invitaba de vez en cuando a las monterías, ni siquiera recordaba que viviese cerca de la frontera con Portugal.

- Pues casualidad o no, hay algo que se nos escapa – Se resistía Falcón a abandonar su hipótesis –. Ya sé que él no es el asesino, lleva muerto más de veinte años. Pero que se ahorcara justo ese día…, me da qué pensar.

- Corito, en el palacete de ese abogado había una foto de Helena – atrajo Lupe su atención.

- Sí, la misma que me mostró en el álbum de fotos.

- Pero él no acudió ese verano a los encuentros del club de caza. Nunca llegó a participar en las convivencias que hacíamos cada año. Por lo tanto, ¿me puedes explicar cómo es que tenía una foto tuya, como si quisiera dar la impresión de que estaba obsesionado contigo? – Dilucidó –. Créeme, Urbina jamás vino por aquí.

- ¿Por lo tanto…?

- La foto es un señuelo. Todo era mentira. El abogado nunca coincidió con Helena.

- Entonces el asesino es alguno de los que aparece en la foto – Se agitó –. Los únicos que tendrían una copia de ese día.

Elías se apresuró a abrir el cajón de la cómoda y extrajo el álbum con las tapas deslucidas. De nuevo, volvió a perderse en la composición grupal. Helena continuaba ahí, sonriendo con la pose desgarbada y con varios mechones de su cabello agitándose por el aire.

- Ahí debe de estar la respuesta – Lo rescató Lupe de su propio pasado.

- Necesito revisar los informes de la investigación. ¿Me acompañas? – Posó sus ojos en los de Zetta.

Ambos se escabulleron escaleras arriba, donde horas más tarde terminaron de distribuir un extenso mural en una de las paredes de su habitación. Las fotografías de las víctimas se entreveraban con los recortes de prensa de la desaparición de André Guimarães. Un complejo *collage* contaminado de datos y fechas, de nombres propios y *posits* de colores, que admiraron boquiabiertos cuando la imagen de Helena Medina, la misma que había escogido su agresor para devolverla a la vida, los contempló con los ojos sonrientes bajo el rumor de la tormenta.

DÍA 11

70

El móvil vibró entre el revuelo de documentos e informes que había encima de la mesa. Elías rotó el cuello despacio, donde el chasquido de sus cervicales le esclareció que se había quedado traspuesto en el butacón. No tardó en localizar su teléfono entre la marea de papeles que habían desechado horas antes, cuando se entretuvieron en confeccionar el mural que ahora se proyectaba en la pared del fondo. La silueta de Zetta se perfilaba un poco más abajo mientras continuaba durmiendo en su cama.

Ni siquiera ojeó la pantalla al descolgar.

- Buenos días, inspector – reconoció la voz de Belmonte –. He recibido el informe del laboratorio de Portugal con los resultados de los análisis practicados en los dientes que aparecieron en cada uno de los escenarios – soltó sin rodeos –. El forense acaba de remitirlo a la *Intranet* de su departamento.

- ¿Qué ha descubierto? – Se incorporó rápido.

- Las muestras no son vinculantes con el ADN de Nuno Baptista ni tampoco con el de Martim Oliveira, salvo el molar que se halló en el cadáver de Montaña Bermejo y que se corresponde, con un 99% de fiabilidad, con el perfil genético de André Guimarães. Aunque eso ya lo sabíamos.

- Entonces... ¿Qué significa eso?

- Significa que los dos dientes que la doctora Vázquez encontró en los cadáveres de Sophie Christen y la hija de la subcomisaria pertenecen a otros dos niños de los que no tenemos constancia, inspector.

Un escalofrío recorrió su espalda a medida que subía la persiana. La luz de fuera penetró en la habitación.

- Aunque lo llamativo no es eso – prosiguió –, sino los perfiles genéticos que arrojan las pruebas. El patólogo ha localizado en todas las muestras un genoma común.

- ¿Es decir…? – Empezó a mosquearle tanto tecnicismo forense.

- Que tanto André Guimarães como Nuno Baptista y Martim Oliveira compartían en su material genético una secuenciación de genoma africano – dijo finalmente –. En otras palabras, poseían una herencia genómica de origen afrodescendiente; no muy alta, pero sí lo suficiente como para llegar a dicha conclusión tras un exhaustivo mapeo del código secuencial de su ADN.

Elías se mantuvo de pie sin saber qué responder. Observó que Zetta estaba incorporándose de la cama con la mirada ceñuda.

- No lo entiendo. ¿Pero el forense que llevó a cabo las autopsias no determinó en su informe esa clase de información?

- Evidentemente, no. El laboratorio no contaba por entonces con los avances de hoy. Aunque no sé si se ha parado a pensar que esto lo cambia todo.

- Explíquese – Pareció exigirla al otro lado.

- El patrón que compartían los niños iba más allá de sus respectivas edades o su aspecto físico. Todo se resumía al perfil genético que portaban. Por eso los escogía, inspector. Él debía saberlo, no era casualidad.

- ¿Y qué propone, hablar con Medina? – La tanteó –. Solo él conoce la verdad.

- Algo complicado, ¿no cree? Le recuerdo que tiene programada su salida de prisión para las doce del mediodía.

- Casares no tendría inconveniente en dejarnos pasar – Le sedujo la idea mientras rememoraba su última visita a Topas.

- Solo espero que esto no le acarree más consecuencias.

- Descuide, sé muy bien en qué lodazal me meto. Nos vemos allí en una hora.

Y colgó la llamada. Zetta se aproximó a él.

- Lo he escuchado todo – le reveló de pie, el gesto que bosquejó en su rostro a medio camino entre el desconcierto y la duda.

- ¿Sabías que una parte de tus antepasados procedían de África? – Exploró con cautela.

- No. Pero lo que sí conocía era el flujo migratorio que existió debido al colonialismo del imperio luso. En el colegio nos contaron que muchos nativos fueron traídos como esclavos desde mediados del siglo XV hasta finales del XIX. Tengo entendido que la última esclava murió en Lisboa en 1930. Aunque en mi caso, no tenía ni idea.

- Lo que sospecho que a muchos portugueses les ocurrirá lo mismo. Los cuatro siglos dieron para que una parte de la población acabara por mestizarse.

Ambos se mantuvieron en silencio unos segundos.

- ¿Qué piensas hacer? – Se interesó Falcón.

- Necesito hablar con Medina y preguntarle si secuestró a mi hermano por lo que ha averiguado el laboratorio. Tengo que escuchar la respuesta de su boca.

- Sabes que se largará en cuanto ponga un pie fuera, aparte de que el recinto se llenará de prensa para intentar tomarle alguna declaración.

- Pero, a diferencia de ellos, yo fui la única que se entrevistó con él.

Zetta no parecía estar dispuesta a interceder.

- Inténtalo – la animó nada convencido –. Avísame si consigues sonsacarle algo.

- ¿Te vas ya?

- Yo también necesito hacerle algunas preguntas y enfrentarme de una vez a mi pasado.

- Entonces, te felicito. Sigo creyendo que eres el único que puedes parar la tormenta.

Y sin saber por qué, sus ojos se enredaron al mural, donde la imagen de Helena situada en el centro de la pared lo condujo por un oscuro laberinto de recuerdos.

71

La lluvia se reanudó una hora más tarde. Falcón se introdujo por la carretera que conectaba con el aparcamiento del Centro Penitenciario y atendió a los diversos furgones de prensa que aguardaban la espera por delante de la garita de acceso. Todo estaba dispuesto para la salida oficial del Bejarano, cuando reparó en la inspectora Belmonte. Elías estacionó el coche al lado del suyo y se bajó impulsado por una fuerza mayor.

Sus ojos se encontraron a un lateral del parking y retomaron sus pasos hacia la entrada.

- No sé si ha sido una buena idea – soltó resguardada por dentro de su capucha –. Los guardias han intensificado los controles desde que ha ido apareciendo más prensa.

- Me da igual. Tenemos que hablar con Medina antes de que salga y no volvamos a saber de él. Es posible que el patólogo haya dado en la clave y tanto André Guimarães como el resto de los niños fuesen escogidos por ese genotipo común. Solo él lo sabría, aunque me cuesta entender cómo lo hizo.

Atravesaron los controles tras mostrar a uno de los guardias sus placas de identificación. Después enfilaron un pasillo que conectaba con los diversos pabellones. El eco de sus pisadas los acompañó en su viaje a lo desconocido.

- Ahora que estamos aquí, me gustaría decirle que estoy al tanto de lo sucedido – Le miró de refilón. Las imágenes que atesoraba de los interrogatorios volvieron a sacudir su memoria –. Sé por qué evitaba mirarle a los ojos. Ha debido de ser muy duro para usted estar con él en un espacio cerrado.

- Ni se lo imagina – Se atrevió a girar el cuello –, pero eso ya ha quedado atrás. Ahora solo busco entender por qué a mí, por qué en ese maldito bosque.

- Está en todo su derecho – Lo alentó Belmonte –. No pierda la oportunidad.

Enseguida se percataron de que Casares los estaba saludando con el brazo en alto por fuera de la garita. Elías imitó su gesto y se acercaron con el talante presuroso. Los tubos del techo generaban una luz aséptica y dañina.

- Necesitamos volver a hablar con Medina antes de que expire su condena en una hora.

- Pero eso no puede ser. Robledo me ha informado de que le han apartado del caso. Estaba convencido de que acabaría viniendo y ya

veo que no se equivocaba.

A Elías le dolió más la traición orquestada por parte del *enano gruñón* que el hecho de que le denegasen el acceso.

- Venga, Casares, no me joda – rezongó –, que nos conocemos de hace años.

- Lo siento, pero son órdenes de arriba y no pienso jugármela. Además, por lo que veo, no ha traído ningún permiso del juez que justifique el motivo de su entrada.

- Ni tampoco cuando me permitió interrogarle el otro día tras la mirilla de su celda.

El funcionario lo miró con cara de pocos amigos al delatarlo delante de Belmonte.

- No insista, Falcón, aparte de que no quiero que vuelva a repetirse otra crisis como la de ayer. No está la cosa como para andar tocando los cojones.

- ¿De qué crisis está hablando? – Pareció exigirle una explicación.

Ambos, Belmonte y Elías, se congraciaron con un gesto de recelo.

- Ayer tuvieron que suministrarle un par de calmantes después de enzarzarse con uno de los presos en el obrador – les resumió –. Es bastante común cuando estás a punto de abandonar la prisión, intentan boicotear tu salida.

- ¿Quién era el tipo? – Se interesó.

- Oswaldo, un nicaragüense con muy mala ostia al que todos llaman *El Canario*. Lo pillaron con un alijo de coca en Fuerteventura en 2016.

- ¿Tienen imágenes de lo ocurrido? – Interfirió Belmonte en la conversación.

- Claro – dijo. Después escoró la espalda para dirigirse al otro funcionario –. Boyero, ¿te encargas de buscar las imágenes en el programa?

Su compañero se limitó a asentir y tecleó en el ordenador. Al cabo de unos minutos, giró la pantalla para mostrarles la grabación. La cámara de vigilancia recogía en un plano picado parte de las mesas de trabajo del obrador, donde los internos amasaban el pan y el resto de la repostería que elaboraban a diario. Sin embargo, a esa hora – las 17:40 según leyeron en el monitor –, el ángulo tan solo ofrecía al Bejarano en un extremo del encuadre, vestido con indumentaria blanca y con el cabello recogido en una coleta baja. El movimiento de sus manos constataba la disputa que parecía mantener con el otro preso, su figura oculta en un ángulo muerto. Las imágenes carecían de sonido.

- ¿Dónde diablos está el otro? – expuso Falcón sus pensamientos.

Boyero cambió de cámara sin mediar palabra, donde el famoso

«Canario» parecía estar descargando un saco de harina en la parte trasera de un furgón blanco. Elías se fijó en el nombre de la empresa, *Grupo Copisán*, al igual que en el logo xerografiado con dos espigas de trigo entrelazadas. Imaginó que se trataría de la distribuidora que repartía el género en la cárcel.

- Desde este ángulo no se aprecia la puerta abierta del obrador – Quebró Casares su concentración –. Mauro se encuentra justo por detrás del furgón dando voces.

- Pero ¿qué pasó después? – preguntó Nádia con curiosidad.

- Tuvieron que trasladarlo a la enfermería para administrarle unos sedantes, aunque no nos contó nada del motivo de la discusión. Únicamente pidió que lo llevasen a su celda hasta hoy.

De pronto, otro funcionario irrumpió en mitad del pasillo.

- Casares, le necesitan fuera – le anunció con la mirada intranquila –. Cada vez hay más medios en el aparcamiento.

- Ahora voy – Le despachó. Luego regresó a ellos –. No sé si necesitan saber algo más, pero debo hacerme cargo de la situación.

- Es todo – Forzó el inspector la despedida.

El hombre asintió de buen grado, partiendo de allí con la sensación de que el día no había hecho más que empezar.

72

Elías Falcón se largó a toda prisa de la cárcel de Topas. Se resignó a regresar a Candelario con la extraña sensación de haber fracasado no solo como inspector al apartarle Marisa del caso, sino también por no hallar la manera de paralizar la salida de su padre mientras continuaba habiendo un asesino fuera. Ese sentimiento lo acompañó hasta la misma entrada de *La Casa Chacinera*. Falcón abandonó su coche y se internó en la lluvia. Luego sacó las llaves, retiró la *batipuerta* y descubrió que la entrada estaba abierta. En cuanto traspasó el zaguán atendió a la voz de Lupe, que se hallaba en la planta de arriba acomodando a unos huéspedes. El inspector se dispuso a esperarla en el salón, dejando a su paso el rastro de sus huellas sobre las baldosas de barro.

La estancia recogía un delicioso aroma a resina. Decidió acomodarse en el sofá y reposar sus pies en una esquina del trillo. Se sentía completamente exhausto. La calidez que desprendía la chimenea lo animó a cerrar los ojos y perderse, aunque solo fuese por un instante, en sus pensamientos. Necesitaba detener las escenas que parecían estar a punto de descarrilarse en su cabeza. El inspector estiró los brazos por dentro del sofá, hasta que sus dedos tropezaron con la hoja que encontró en la plaza contigua. Acto seguido, arqueó la espalda para ver de qué se trataba. Su mirada se tiñó de confusión al reparar en la lista de repostería navideña con el logo de las dos espigas de trigo entrelazadas en el margen superior. El mismo dibujo que había visto en el ordenador del Centro Penitenciario, donde el preso con el que discutía Medina estaba descargando los sacos de harina del *Grupo Copisán*.

- No puede ser... – Sus ojos eran incapaces de desprenderse del logo de la empresa.

- ¿Qué no puede ser? – preguntó Lupe a su espalda.

Elías se giró y comprobó que su tía acababa de cruzar la puerta del salón.

- ¿Desde cuándo tiene esta lista de dulces navideños? – la inquirió.

- No sabría decirte. Pero sí, debo ir escogiendo lo que voy a poner este año en la mesa.

- No me refiero a eso, sino a que cómo se ha hecho con una.

- Me la entregó Marcial delante de ti, ¿no te acuerdas? Ya te dije que también trabaja como repartidor en una distribuidora de congelados; aunque con los tiempos que corren, montar un negocio

por tu cuenta es como ponerte una soga al cuello.

- Espere un segundo. ¿Me está diciendo que esta empresa, *Grupo Copisán*, es suya?

- Sí. Lleva años de autónomo. ¿Por…? – Le sonó rara la pregunta.

- ¿Desde cuándo conoce a Marcial?

- Pues desde hace unos meses. Pero si vinieras más a verme lo sabrías.

- No voy a discutir con usted, tía. Solo le estoy pidiendo que recuerde cuándo, de qué manera, lo conoció.

- ¿Qué está pasando, Corito? – Cruzó los brazos por debajo de su pecho.

- ¿Desde cuándo, tía? Dígame.

- Me parece que fue en agosto cuando se presentó en casa. Me comentó que hacía reparaciones a muy buen precio y me dejó una tarjeta por si me interesaba contratarle.

- ¿Le hizo un contrato?

- No. Me insistió en que prefería el dinero en negro, para no declararlo.

Falcón le ofreció una mirada que cortaba el aliento.

- ¿Y por qué no me avisó antes de dar el paso? Acabo de ver un furgón con el mismo nombre de la empresa en prisión.

- Ah… – Ahora era ella quien no salía de su asombro –. A lo mejor también reparte en las cocinas de Topas.

- Lo dudo – Cogió su Tablet.

Abrió una ventana de internet y escribió: *Grupo Copisán*. Los resultados de la búsqueda le derivaron a una página especializada en pequeñas y medianas empresas. Descargó el archivo de la carpeta de documentos y se dispuso a leer el contenido. Nombre: *Grupo Copisán*. Código Postal: *37008*. Domicilio Social: *Calle Peña Primera, 2. Edif. Vulcano. Polígono de los Montalvos. Salamanca*. Persona Física: *Samuel Aguado*.

- Samuel Aguado… – repitió –. ¿De qué me suena ese nombre?

- Déjame ver – Le arrebató la Tablet de sus manos.

El encuentro que mantuvo con Castell en su coche la tarde anterior interfirió de pronto en su cabeza. *«He localizado el expediente del tal Felipe Aguado, el tipo que me comentó que alguna vez participó en las batidas del club de caza». «Hemos averiguado que el abogado había solicitado al matrimonio que se hiciese cargo de un tal Samuel mientras le buscaba alojamiento en un centro de acogida, parece ser que en la Casa Escuela Santiago Uno. Aseguran que el chico no tenía más familia y que estuvo con ellos un par de meses. Estamos intentando averiguar de su paradero»*.

Elías se azoró.

- Es él... – balbució en *shock*.

- Pues claro que es Samuel, el hijo de Felipe Aguado. Lo que no entiendo es por qué se habrá cambiado el nombre por el de Marcial. Este me parece mucho más antiguo.

- ¿No lo entiende? Estoy seguro de que es el tipo al que perseguí cuando escapó de la terraza del Ieronimus.

Su edad y complexión se ajustaban al recuerdo que tenía del individuo.

- ¿Insinúas que Marcial, o sea, Samuel, es el asesino? – Le costó formularle.

- Solo sé que él la conocía y le ha ocultado que era el hijo de Aguado.

- Bueno, me conoce, pero a ti también.

- ¿A qué se refiere?

Lupe cogió el álbum de la mesa y localizó la foto que vieron el día anterior. Señaló al muchacho de cabello zaíno, frente picada por el acné y sonrisa reprimida que miraba a cámara con el gesto reservado al lado de Helena.

- Este es Samuel – le aclaró –. ¿No te acuerdas? Tendría unos pocos años más que tú. De pequeños solíais jugar juntos.

Falcón fotografió la imagen con su Tablet y se levantó del sofá. Luego partió apurado hacia la salida.

- ¿Adónde vas? – Se interesó Lupe hecha un manojo de nervios.

- No abra a nadie mientras estoy fuera – contestó sin mirar atrás.

- ¿Por qué? ¿Qué está pasando, Corito?

Pero para entonces, el inspector ya había cerrado la puerta, sumergiéndose de nuevo bajo la lluvia fría y pertinaz. Un instante después, arrancó el motor.

***

A esa misma hora, en una de las salas de comisaría, Bruno Castell apareció con cara de circunstancias. En su mano portaba un documento enrollado en forma de canutillo. Enseguida reparó en Belmonte, la cual se hallaba sentada en una de las mesas mientras ojeaba la pantalla de su móvil. El agente enfiló el pasillo que se dibujaba por medio de la sala y suspendió el movimiento delante de su escritorio. La portuguesa levantó la vista en cuanto percibió su presencia.

- La estaba buscando – dijo con la voz queda.

Luego se hizo con la silla de una mesa cercana y se sentó a su lado.

- La Casa Escuela Santiago Uno ha remitido el expediente del chico que acogió el matrimonio en su casa por mediación del abogado – resumió con atropello.

- ¿De quién se trata? – le animó a seguir.

- Su nombre completo es Samuel Aguado. Nació en 1982 y vive en Salamanca – Le ofreció una retahíla de datos al tiempo que desenrollaba el documento y lo extendía en la mesa –. Actualmente tiene cuarenta años, aunque eso no es todo. El Centro contaba con una copia del informe que el abogado entregó cuando formalizó el papeleo de su ingreso.

- ¿De qué informe habla? – Se perdió.

- Resulta que la madre de Samuel desapareció cuando él tenía tres años – continuó aportando más detalles –. Por lo que he leído, sus padres comenzaron a mantener fuertes discusiones a raíz de su nacimiento y esto desencadenó en que la mujer se largara con lo puesto y no volvieran a saber más de ella. O al menos, eso fue lo que el padre de Samuel alegó en la denuncia que emitió en la comisaría de Ciudad Rodrigo en 1985. Felipe Aguado se hizo cargo del menor hasta que años más tarde, el 5 de octubre de 1997, decidió ponerse una soga al cuello y…

Belmonte esculpió en su rostro una mueca de dolor.

- ¿Dónde se suicidó? – Puso nombre a lo que había hecho.

- En su domicilio, en una finca que poseía a las afueras de Fuentes de Oñoro cerca de La Raya. El caso es que Samuel fue quien se encontró a su padre ahorcado en el interior del inmueble y avisó a la policía, que se personó allí junto con el médico forense para, lamentablemente, certificar la muerte.

- Vale – acotó tras un corto silencio –, aunque sigo sin entender por qué Urbina se puso en contacto con el matrimonio de Valdelosa para que lo acogiese durante un breve periodo de tiempo.

- Porque parece ser que Felipe Aguado redactó un testamento ológrafo minutos antes de quitarse la vida, dejando al abogado como tutor legal del menor hasta que le encontrase una familia o un centro que se hiciera cargo de él. De ahí sus prisas por agilizar los trámites con la Casa Escuela. Samuel tenía por entonces quince años.

Las piezas de la investigación que llevaban de manera conjunta comenzaron a gozar de consistencia.

- He querido contarle todo esto porque hay algo que me gustaría que viera.

El subinspector esparció el resto de documentos sobre la mesa. En una de las hojas podía leerse *Expediente Felipe Aguado*. En la otra, *Expediente Aurelio Urbina*. Las imágenes tomadas en ambos cuerpos revelaban la misma posición cadavérica tras una distancia temporal de veinticinco años. Todo parecía estar dispuesto y organizado con tanta precisión, que le escamó a la inspectora.

- Demasiada casualidad, ¿no...? – Permitió Belmonte entrever sus pensamientos.

- Habría que localizar a Samuel y hablar con él. He descubierto que posee una distribuidora de congelados en el Polígono de los Montalvos.

- ¿Y a qué estamos esperando?

- Es que aún hay algo más – emitió impaciente –. No le quise contar nada, pero Falcón me pidió que investigara al padre del chico. Ayer le entregué su acta de defunción.

- Qué extraño. He estado con él esta mañana y no me ha dicho nada. ¿Se puede saber el motivo? No creo que a Linares le haga mucha gracia si se entera.

- Esa es la cuestión. A mí tampoco ha querido explicarme qué ha descubierto. Sólo sé que ese hombre participó alguna vez en las monterías del club de caza.

- ¿Aguado…?

Ambos se intercambiaron una mirada procelosa.

- *Merda!* – farfulló en su lengua materna –. Falcón ha debido de descubrir que él y su padre se conocían en esa época y ahora está intentando buscar respuestas.

- ¿Respuestas sobre qué? – le reclamó.

- Respuestas que expliquen su propio pasado, subinspector.

73

Zetta llegó a Topas con cinco minutos de antelación. La escritora volvió a ojear su reloj y se percató de que Medina estaba a punto de abandonar para siempre las instalaciones penitenciarias. Nada más traspasar el recinto, descubrió que una hueste de reporteros se concentraba por delante de la garita en busca de la primicia. Zetta dio marcha atrás y bordeó en su coche aquella ciudadela levantada a base de hormigón. Tan solo la lluvia se colaba por dentro del perímetro amurallado cuando observó que en la otra entrada de acceso para uso exclusivo del personal, un Seat Ibiza rojo avanzaba a toda prisa. Zetta pergeñó un rictus de extrañeza y decidió escoltarlo unos metros por detrás. El vehículo corría apresuradamente, vertiendo el tubo de escape una estela de humo que enturbiaba el aire. Al cabo de unos minutos, se detuvo delante de unos amplios portones de acero.

Enseguida reconoció a Katia Pávlov por lo informes que había leído por control remoto. La mujer abandonó el coche y se atusó con los dedos su larga melena. *La Rusa* parecía entretenida mascando un chicle cuando, de pronto, las puertas emitieron un breve pitido. Sus dos hojas mostraron entonces una pequeña porción del patio. Dentro, Mauro Medina esperaba impaciente, acompañado por dos guardias que lo flanqueaban a cada lado. El reo dio un paso al frente y, reclinando el cuello con los ojos cerrados, aspiró el aroma de la lluvia que le supo, sin duda, a libertad. Los mechones de su pelo caían por sus hombros formando guedejas oscuras. Después se despidió de los funcionarios y retomó sus pasos con una mochila a cuestas. Su mirada, profunda y lacerante, parecía devorar a Katia Pávlov según caminaba hacia ella. Luego se detuvo a un palmo de su novia y trazó una sonrisa lobuna que le cortó el aliento.

- ¿Cómo estás? – le preguntó.

Mauro ni siquiera desdibujó el gesto de animosidad que describía su semblante, los labios replegados en señal de desconfianza.

- ¿Has traído eso? – Obvió su saludo. Katia supo que se refería al paquete que fue a buscar al barrio de Buenos Aires la última vez que gozó de su permiso carcelario.

- Claro. ¿Por quién me tomas? – Le mostró el bulto que yacía en el interior de su bolso, envuelto en un pañuelo de seda.

El Bejarano compuso una mueca de satisfacción.

- ¿Qué cojones piensas hacer? – Sospechó.

- Cierra la maldita boca y entra en el coche.

Katia acató la orden y rodeó el Seat Ibiza, dispuesta a acomodarse en el asiento del copiloto. Mauro descargó la mochila en el maletero y entró después en el coche. Entonces arrancó el motor, despistando a la horda de periodistas que se concentraban en la entrada del Centro Penitenciario. Minutos más tarde, tomó la nacional en dirección a Salamanca.

***

La lluvia se dispuso a acompañarlo mientras dejaba atrás la hilera de naves del Polígono de los Montalvos. Falcón atravesó la última retícula de calles solitarias y se incorporó a la autovía. Una sensación de inquietud se apoderó de su estómago a medida que avanzaba por la carretera. Tampoco estaba seguro de lo que se había propuesto a hacer. La cortina de agua ametrallaba con fuerza el cristal de la luna cuando sacó el móvil y buscó el número de Belmonte. Nada más localizarlo, pulsó el manos libres. *«El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento. Para dejar un mensaje, prue…»*. Cortó la llamada. El inspector se maldijo y optó por grabar un mensaje de voz. Estaba seguro de que en algún momento lo escucharía. Pulsó el micrófono y emplazó su teléfono en el salpicadero.

«Nádia, escúcheme – dijo atropelladamente –. *Creo que ya sé quién es el asesino. Se trata de Samuel, el hijo de Felipe Aguado, un viejo amigo de mi padre con el que se juntaba de vez en cuando en el club de caza. Castell me dio la pista cuando me comentó que fueron a visitar a la familia que lo acogió durante unos meses por petición del abogado. He leído en el informe que su padre se ahorcó el 5 de octubre de 1997, el mismo día que desperté del coma tras…* – evitó sumergirse en las imágenes que conservaba del bosque mientras él, su padre, lo perseguía en su coche –. *He descubierto que Samuel posee una distribuidora de congelados que reparte en Topas. Era él con quien discutía Medina en el obrador. Estoy seguro. Posiblemente el mismo que le facilitó el móvil que le requisaron al principio de la investigación y con el que mantenía contacto con el exterior*.

«Le he estado dando varias vueltas y estoy convencido de que Samuel fue el que mató a Urbina en su palacete, después de quemar todos los documentos de la acogida para que no le siguiésemos la pista. Pero por algún motivo que desconozco siento que tiene un asunto pendiente conmigo, más bien con mi pasado, cuando me conoció siendo Helena. La foto que colocó en el mural la extrajo de unos encuentros que los miembros del club realizaban cada año junto a sus familias. Aunque eso no es todo. *Samuel lleva varios meses trabajando en casa de mi tía. Lo contrató para repararle algunos desperfectos del hotel que regenta mientras se ganaba poco a poco su confianza. El muy cabrón se hacía llamar Marcial. Imagino que al ser el único pariente que me quedaba en Candelario intentó saber de mi paradero. Pero no contaba con que hacía años que había dejado de ser*

Helena.

«Acabo de pasar por su empresa en el Polígono de los Montalvos y allí no había nadie. En el acta de defunción de Felipe Aguado aparecen las señas de su domicilio. He visto que está a las afueras de Fuentes de Oñoro, llegando a La Raya. Voy de camino para echar un vistazo. La mantengo informada de cualquier novedad».

Después cortó la grabación y la envió al WhatsApp de la portuguesa. Seguía sin estar en línea. *«Ultima vez hoy a las 09:40 horas»*, leyó. Mientras tomaba la autovía A-62, Elías cogió la Tablet y echó un vistazo al itinerario que el GPS había trazado en una línea azul a vista de pájaro. Una hora y once minutos era el tiempo que el programa había estimado para que llegase a su siguiente destino.

***

Pero lo que Falcón desconocía era que en la otra punta de la ciudad, Medina conducía el Seat Ibiza de manera temeraria. La escritora aceleró a propósito mientras contemplaba cómo sacaba un brazo por fuera de la ventanilla y desechaba la colilla de un cigarro. Los neumáticos apartaban en su avance el agua acumulada en la carretera. Zetta pisó a fondo el acelerador y comprobó en el cuentakilómetros que corría a más de 150 kilómetros por hora. Al momento, los primeros edificios de la ciudad comenzaron a perfilarse bajo la lluvia. Medina aminoró la marcha en cuanto el semáforo cambió a rojo, donde la plaza de toros se alzaba solitaria tras el fuerte aguacero. Zetta se detuvo a corta distancia y observó que la puerta del copiloto se abría. Luego reparó en que ambos parecían enfrascados en una acalorada discusión. El Bejarano lanzó su bolso a la calle al tiempo que Katia Pávlov abandonaba el vehículo a empellones.

- ¡Hijo de puta! – le gritó *La Rusa*. El ex convicto volvió a cerrar la puerta desde dentro.

La escritora dedujo que su novia no entraba dentro de sus planes cuando el semáforo se abrió y Mauro salió disparado hacia el casco urbano. Después enlazó con el Paseo del Dr. Torres Villarroel y se perdió entre la marea de coches que colapsaban la Glorieta de la Unión Deportiva Salamanca. Zetta tuvo el convencimiento de que acababan de iniciar una arriesgada persecución por las calles de la ciudad.

74

Nádia Belmonte se había entregado en cuerpo y alma a examinar los dos expedientes que Castell le había mostrado una hora antes. Intentaba sacar nuevos hallazgos que la convencieran de que las muertes de Felipe Aguado y Aurelio Urbina guardaban una estrecha relación en su *modus operandi*. Veinticinco años habían transcurrido entre un suicidio y otro. Sin embargo, todo parecía haberse confabulado de una forma tan perfecta y semejante, que a la inspectora le causó extrañeza que detrás de cada ejecución no se escondiera un mismo individuo.

Su móvil resonó bajo la pila de informes. Nádia lo asió y descubrió que el inspector le había dejado un mensaje de voz. Se dispuso a escucharlo. Al momento, se levantó de la silla y abandonó deprisa el despacho. Tropezó con Castell en el pasillo.

- ¿Sabe si la subcomisaria se encuentra en comisaría?
- Me parece haberla visto en su despacho. ¿Pasa algo?
- Mejor acompáñeme. Creo que Falcón se encuentra en apuros.

Juntos enlazaron otra tanda de pasillos, donde al cabo de un minuto llamaron a la puerta de su despacho. En cuanto Marisa los invitó a traspasar sus dominios, franquearon el umbral y se detuvieron por detrás del escritorio. El rostro de la subcomisaria era un fiel reflejo de la fatiga y la rabia que almacenaba desde la muerte de su hija.

- Siento molestarla, pero me siento en la obligación de hacerla participe de algo que acabo de enterarme.
- ¿De qué se trata? – Pergeñó un rictus desafiante.

La portuguesa reprodujo el mensaje de voz en su móvil.

- ¡Pero eso es imposible! – exclamó Linares mientras escuchaba atenta –. Le dejé bien claro que estaba fuera del caso.
- Lo sé, pero si Samuel ha descubierto que Falcón es realmente Helena, va a ir a por él. Estoy segura. Creo que tiene una deuda pendiente con el inspector.

Linares sostuvo su mirada escéptica. Luego sacó su teléfono y llamó al inspector. *«El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura. Por favor, manténgase a la espe…»*. Cortó malhumorada.

- Tal vez deberíamos acudir al domicilio de Felipe Aguado – intervino Castell –. No perdemos nada por ir a echar un vistazo. Tenemos las señas en su acta de defunción.

La subcomisaria frunció los labios antes de tomar una decisión.

- Si es cierto que su vida corre peligro, hay que montar un dispositivo cuanto antes – abrevió mientras rodeaba su mesa de trabajo –. Solo espero que Elías no haga ninguna estupidez. Ahora mismo no se encuentra en situación de sumar nuevos cargos a su expediente.

75

Los faros del coche acariciaron una verja de lanzas. El inspector volvió a comprobar en el GPS la ruta marcada y descubrió que había llegado a su destino. Segundos después, se apeó del automóvil. Elías se refugió bajo el fuerte aguacero, donde las ruinas de un jardín abandonado se perfilaban entre la profusión de árboles y maleza. Al fondo, se adivinaba la silueta serrada de un viejo caserón. Elías desplazó la puerta y se adentró en la propiedad. El sonido de la lluvia era el único vestigio de vida que parecía habitar en su interior. Falcón afiló la vista y observó la hilera de ventanas que se proyectaban en sus dos plantas; también las mansardas que sobresalían tímidamente del tejado. Una estructura sólida y rectangular, con porche en la parte delantera y amplias jardineras. Nada parecía alterar el sueño en el que gravitaba desde hacía décadas cuando, de pronto, reparó en el furgón blanco con dos espigas entrelazadas en su caja. El inspector se maldijo y recorrió el último tramo que le distanciaba del caserón. Se cobijó bajo uno de sus aleros.

Elías introdujo la mano en su abrigo y sacó el móvil. Comprobó que no tenía cobertura. Luego encendió la linterna y arrastró la luz por la ventana que encontró a su derecha. La penumbra que goteaba en su interior le sedujo a pensar que el inmueble llevaba años deshabitado. Falcón se agachó y partió hacia la parte trasera, hundiendo sus zapatos en los terrones de tierra henchidos de agua. Se fijó de camino en la furgoneta. La amplia luna de la cabina le mostró que estaba vacía. Una vez que alcanzó el porche, descubrió que la puerta estaba abierta. El inspector supo entonces dónde se escondía Samuel.

El interior se le antojó tan oscuro como había imaginado. Elías empuñó su arma y proyectó la linterna hacia el fondo, donde el silencio se fue espesando según avanzaba. Las tablillas de madera restallaban bajo sus zapatos. Una senda de huellas adheridas al polvo lo condujo a perseguir su rastro, eludiendo el resto de habitaciones que iba dejando atrás. La tibia ampolla de luz despejaba las cicatrices de humedad que reptaban por sus muros, desconchando la pintura que una vez revistió el largo pasillo por el que se dirigía. Falcón continuó adentrándose en la niebla, hasta que alcanzó una sala con una silla en el centro y la pared frontal con manchas de moho. Se dispuso a rastrillar los recovecos de la estancia cuando, en una de sus esquinas, reconoció un bulto. Su corazón se agitó.

La figura se mantenía estática, velada por un paño de sombras. Tampoco había hecho el amago de moverse ante su presencia. Falcón

alumbró sus piernas y se detuvo al ras del vestido amarillo que portaba, el bordado salpicado por diminutas gotas escarlatas. Se alarmó. Elías reconoció aquel vestido amarillo que Montaña Bermejo llevó a su cita cuando las cámaras la capturaron huyendo por la calle de la Rúa. Era su ropa, la misma que no hallaron en las inmediaciones del Puente Romano. Continuó aclarando su cuerpo, donde otras dos prendas sobresalían de cada mano. Nuevos vestidos de una tonalidad pajiza, aunque esta vez pertenecientes a Sophie Christen y la hija de la subcomisaria. Nada parecía tener sentido cuando se arriesgó a arrastrar la luz hacia su rostro y contempló los ojos sonrientes de Helena Medina.

Era ella, Helena Medina. Una sombra más de su *yo* del pasado que tantas veces deseó haber borrado de su memoria. Elías se dio cuenta de que se trataba del mismo rostro que observó en el mural del palacete, y que ahora se había transformado en una suerte de máscara que ocultaba los verdaderos rasgos de aquel maniquí que presidía la estancia. Un maniquí de su misma estatura, tocado con una peluca de mechones acrílicos con la clara intención de invocarla, de rescatarla incluso del olvido. Posiblemente, de alimentar su obsesión. La obsesión del asesino. Porque eso fue lo que comprendió mientras buscaba el número de Belmonte: que Samuel se había obsesionado de una forma tan visceral de Helena, que había buscado la manera de encontrarla a través de Montaña Bermejo, Sophie Christen y Blanca. El teléfono ni siquiera le dio señal.

Falcón retrocedió unos pasos y decidió escabullirse de allí. Tenía que regresar a la carretera y avisar a comisaría. Entonces, escuchó un ruido; un ligero chasquido en el suelo de madera que le hizo volverse y alumbrar con la linterna el horizonte gris. Su corazón se heló al advertir la careta de mirada hueca y sonrisa colmada de dientes que Heidi Müller describió en el hospital. Dos protuberancias leñosas coronaban su frente. Elías dirigió el cañón hacia su estómago, sin advertir que una vara acababa de arremeter contra su cabeza en un golpe seco. Elías cayó desplomado en el suelo, adentrándose vertiginosamente en un sueño oscuro y gelatinoso.

***

Zetta aceleró el motor y comprobó que Medina corría por la misma autovía que la llevó once días atrás a La Raya con Portugal. El cartel apostado a un lateral le indicó que faltaban ocho kilómetros para llegar a la frontera. Se arriesgó a pisar a fondo el acelerador y adelantó unos cuantos coches con la excusa de no perderlo de vista. Tenía la impresión de que el Bejarano contaba con un plan de fuga desde que abandonó la prisión de Topas. Al momento, su móvil vibró en el asiento. Verificó que se trataba del programa que había instalado

en la Tablet del inspector. Zetta pinchó en el enlace y descubrió la última búsqueda que había realizado en su dispositivo. *«Finca El Encinar. Fuentes de Oñoro. Salamanca»*, leyó. Entonces, supo hacia dónde se dirigía Mauro Medina. El hecho de que fuese al encuentro de su hijo le mosqueó. Después despegó sus ojos de la pantalla y tuvo un mal presentimiento.

El Seat Ibiza había desaparecido de la autovía. Zetta aceleró el motor y coló la vista entre la cortina de agua que retiraba el limpiaparabrisas. Tuvo la certeza de que debía de haber tomado alguna salida mientras atendía concentrada al móvil. Echó un vistazo por el espejo retrovisor. El reflejo le devolvió el intenso reluz de sus faros. *¿Pero qué ostias hace?* Zetta se cambió de carril y le permitió pasar. En cuanto lo tuvo a su altura, aminoró la marcha. Ambos se reconocieron por la ventanilla. El Bejarano bajó el cristal y compuso a su vez una sonrisa sardónica. Luego sacó el brazo por fuera y mostró el arma que llevaba en su mano. *¡Joder!*, gritó nerviosa. Entonces inclinó la pistola hacia la rueda delantera y, sin pensárselo, disparó.

Los segundos que transcurrieron desde que la detonación retumbó hasta que perdió el control del coche la sumieron en un estado de indefensión. Zetta se agarró al volante y se sumergió a toda prisa en las profundidades del bosque, desbrozando a su paso los arbustos que sobresalían del terreno en declive. Y es que todo sucedió tan rápido, de una forma tan inesperada, que no le dio tiempo a esquivar el árbol contra el que chocó segundos más tarde. El claxon rasgó la calma del entorno.

76

La herida que palpitaba en su sien lo arrancó del sueño en el que flotaba. Un universo contagiado de luces, a medida que entreabría sus ojos y se perdía en el fulgor cristalino que se concentraba alrededor de su rostro. Reparó en el cable que cruzaba las tablillas de madera bajo sus pies, retorciéndose más allá de la emisión fulgurosa que le impedía mirar al frente. Supuso que la fuente de luz que tenía a poco más de un metro procedía de una lámpara. Despacio, los recuerdos comenzaron a abrirse en su memoria y se refugió en la última imagen que conservaba. Se estremeció al rememorar el *careto* que tantas veces observó en el retrato robot. Falcón dio un respingo y se percató de que lo había maniatado al respaldo de la silla. Recordó el impacto que le había propinado con una vara segundos antes de perder el conocimiento. Se convenció de que esta vez no tenía escapatoria

Elías se resignó a hacerle frente y retarlo en su propio juego.

- Sé que estás ahí – gritó en alto –. No hace falta que te escondas.

El zumbido que emitían los tubos de la lámpara intercedió como respuesta. Falcón giró el cuello y vislumbró una silueta entre las sombras. Después echó a andar y se posicionó delante de él, sumiendo la habitación en una suerte de crepúsculo azulado.

- Puedes quitarte la careta – pronunció con la voz grave –. Sé quién eres.

Y como si sus palabras hubiesen surtido efecto, asió con su mano la barbilla picuda y se deshizo del *careto*. El gesto de Samuel se ensombreció a medida que componía una sonrisa en su rostro. Le costó situarlo fuera de la casa de su tía Lupe.

- Lo mismo podría decir de ti – contestó –. Yo también sé quién eres.

Entonces se agachó y tiró de los ojales de su camisa. Los botones salieron despedidos tras su inesperado arrebato. Luego levantó la camiseta interior y contempló con deleite aquellas dos cicatrices en forma de medias lunas, tejidas por debajo de cada aureola.

- Es cierto, eres tú...– articuló con satisfacción –. Eres Helena. Al fin te tengo donde quería.

Elías seguía sin comprender el origen de su obsesión. Decidió arriesgarse y averiguar qué lo atormentaba como para haber pergeñado un plan tan mezquino.

- ¿Por qué? ¿Qué quieres de mí?
- Ya veo que sigues sin entenderlo. Supongo que ni siquiera me

recuerdas.

- Te equivocas. Sé que eres el hijo de Felipe Aguado, uno de los mejores amigos de mi padre. Pero sí, ahí te doy la razón, apenas te recuerdo.

- ¡Porque todos os olvidasteis de mí! – masticó cada palabra con denuedo, en un intento por mostrar la rabia que se perfilaba igualmente en su mandíbula –. Tú fuiste el culpable de que mi padre se ahorcara cuando despertaste del coma.

- ¿Yo…? – No salía de su asombro.

- Por eso se quitó la vida y arruinaste la mía también. En el fondo, tú elegiste mi destino, que fuese de un centro de acogida a otro hasta que cumplí la mayoría de edad. Pero esta vez no te saldrás con la tuya. He planeado este encuentro durante muchos años.

Rápido, sacó una pistola por su espalda y lo encañonó a corta distancia. Elías reconoció su arma reglamentaria, una SIG SAUER modelo P320. Supuso que se la arrebató nada más golpearle en la cabeza y dejarlo inconsciente.

- No lo entiendo – Se decidió a distraerlo –. Leí en los informes que el abogado se hizo cargo de tu tutela. Fue tu padre quien se lo dejó por escrito en un testamento ológrafo que redactó el mismo día que se ahorcó en esta casa.

- Porque no le dejaste otra salida – Escupió la inquina que almacenaba en su alma.

- ¿Te crees que para mí fue fácil quedarme en el pueblo mientras todo el mundo me señalaba por ser la hija del Bejarano? No tienes ni puta idea de por lo que he pasado. Yo tampoco hice nada y también me arruinaron la vida.

- ¿Que no hiciste nada? – Resopló –. ¡Mi padre se suicidó por miedo a que le delataras!

- ¿Delatarle? – Seguía igual de perdido –. ¿De qué?

Samuel blandió el arma y le propinó un nuevo golpe sobre la herida. Falcón se retorció de dolor mientras un hilo de sangre volvía a resbalar por su cara.

- No me tomes por imbécil – dijo después. El odio contaminaba su mirada –. Durante años me prometí vengar la muerte de mi padre. No iba a permitir que Mauro saliese de prisión como si tal cosa. Pero antes, necesitaba dar con tu paradero.

- Y por eso te ofreciste como obrero en casa de mi tía – Ató los cabos sueltos.

- No tuve más remedio que ganarme su confianza cuando me enteré de que era el único familiar que te quedaba en Candelario. Supuse que si Helena mantenía contacto con algún pariente cercano tan solo sería con Lupe. Y no me equivoqué.

- ¿Por qué lo dices? – El dolor le impedía pensar con claridad.

- La otra tarde os escuché hablando en la cocina. Tantos años buscando a Helena y ni siquiera se me ocurrió pensar que te había tenido delante todos estos días.

El inspector rememoró las palabras que su tía pregonó en la cocina cuando se dispusieron a celebrar el cierre del caso con una botella de orujo. *«Mi hermana estaría muy orgullosa de saber en lo que se ha convertido su hijo, ni más ni menos que en todo un inspector de homicidios». «¿Usted cree?». «No lo pongas en duda, Corito. Tu madre estaba ciega por ti»*. Pero ninguno de los dos podía imaginarse que el autor de los asesinatos no era el abogado como celebraban, sino aquel hombre de apariencia flemática que brindaba con ellos el final de una investigación que se había llevado por delante varias víctimas innecesarias. Falcón se lamentó de no haberse dado cuenta en ese instante.

- Jamás sospeché que pudieras convertirte en un engendro. Mírate. Das asco.

Sus palabras le hicieron revolverse en la silla.

- Pues si era a mí a quien querías, no debiste haber matado a las tres chicas – Lo azuzó adrede –. Ellas no tenían por qué haber pagado tu mierda de frustración.

- No, Helena. Ahí también te equivocas. Ellas eran esenciales en mi plan. Formaban parte del castigo al Bejarano.

- ¿Qué insinúas?

- Cometí los crímenes colocando en los cadáveres la misma parafernalia que hizo tu padre con los niños de Portugal. Y para que no quedasen dudas de su autoría, puse el diente de André en la boca de la primera chica. Supongo que a estas alturas habrás adivinado que estuve practicando mi método en el búnker. Lástima que tan solo muriesen dos peritos después del regalito que os preparé.

De pronto, supo que hablaba de las puntadas que cosió en el hocico del cerdo y que contempló asqueado en la artesa del búnker.

- Tampoco tiene mucho sentido. Medina fue acusado de infanticidio, no por matar a adolescentes. No entiendo por qué decidiste cambiar su *modus operandi*.

- Porque me recordaban a ti, Helena. Todas ellas guardaban un asombroso parecido físico contigo – Trazó una sonrisa –. Incluso llevaban un vestido amarillo similar al que te pusiste la última vez que nos vimos aquel verano. No te puedes hacer una idea de lo que me deleité pensando que eras tú a la que mataba.

- Eres un hijo de puta – pronunció con animosidad.

Samuel, sin embargo, desató una carcajada en la habitación del caserón. Un fuerte aroma a humedad penetraba a través del estrecho pasillo.

- Ahora lo entiendo. Intentaste boicotear la salida de mi padre poniendo a varios presos en su contra. Pero no satisfecho, te encargaste de que le hiciesen llegar el móvil que encontraron en su celda. Por eso los de la científica hallaron restos de harina. Tú mismo lo colaste entre los sacos que repartías en el obrador. Vi el furgón de ahí fuera en una de las cámaras de vídeo vigilancia.

- Estaba seguro de que Mauro no me había reconocido. La última vez que me vio tenía quince años – Parecía convencido de lo que hablaba –. Pero, aun así, tú y tus hombres os estabais acercando demasiado. Tenía que daros al cómplice que buscabais.

- Te refieres… ¿A Urbina?

- No tuve elección. Era el único que conocía mi verdadero pasado.

- ¿Cómo tuviste la sangre fría de matarlo y hacernos creer que se había suicidado, cuando en realidad él se encargó de tu tutela para ayudarte?

- ¿Ayudarme? Más bien se ocupó de buscarme una familia para deshacerse de mí. Ese fue el motivo por el que decidí entrar en su palacete; tenía que encontrar los documentos de mi primera acogida para que no dieseis conmigo. Pero cuando ese viejo apareció por allí, no tuve más remedio que deshacerme de él. Era la oportunidad que estaba buscando para que creyeseis que Urbina era, en realidad, vuestro asesino.

Acto seguido apuntó el cañón a su cabeza. Su mirada desprendía esquirlas de gozo.

- Se acabó el tiempo, Helena. Puede que el Bejarano se haya salido con la suya, pero tú ya no escaparás.

Un sentimiento de derrota abatió su ánimo, consciente de que Samuel decía la verdad. No le había dado tiempo a avisar a ningún agente; ni siquiera Belmonte había escuchado el audio que le envió a su móvil hacía casi una hora. Falcón se dispuso a recibir la bala que le condenaría a una muerte segura, esquivando en su ángulo de visión la pistola que sostenía el hijo de Felipe Aguado. Entonces, reparó en la silueta sombreada que acababa de traspasar la entrada. Elías pestañeó repetidas veces, convenciéndose de que no se trataba de una ilusión óptica.

La lluvia se perfilaba maciza a través de la puerta abierta del caserón.

***

El gesto de estupor que Elías bosquejó en su semblante provocó que Samuel se volviera como un resorte, dirigiendo la boca del arma hacia la entrada de la habitación. El foco desempañó la silueta que atravesó la puerta en ese instante. Medina apuntó a Samuel con la pistola que sostenía de la mano, sus ropas caladas

desdibujando la capa de polvo que se extendía entre las tablillas que pisaba. Su mirada se tornó aversiva.

- ¿Qué haces tú aquí? – Le dirigió Samuel unas palabras.

- ¿Qué pensabas, que no iba a venir después de lo que pasó ayer en el obrador? Te pillé hablando con *El Canario* para boicotear mi salida.

- Te equivocas si crees que esta vez te saldrás con la tuya.

- Ni te muevas – Removió su arma en el aire–. Has estado jugando conmigo desde que me hablaste por ese chat. Eres el hijo de Aguado, sabía que te encontraría en su casa.

- Justo donde empezó todo – recalcó –. Al fin os tengo juntos.

Mauro le obsequió con una mueca de recelo.

- ¿Qué ostias dices? – le increpó.

- ¿Qué pasa? ¿No sabes quién es? – Apuntó con el pie a Falcón.

El tiempo pareció detenerse mientras el murmullo del aguacero se adentraba tras la puerta abierta.

- ¿Debería? – Se decidió a desafiarlo.

- Pensé que habrías reconocido a Helena. Mira en lo que se ha convertido tu hija.

Medina se adentró en la mirada confusa de Falcón y lo contempló con unos ojos distintos. El dolor que halló en ellos no evitó que lo rechazara al cabo de unos segundos.

- ¿Qué es lo que quieres?

- Justicia – Reaccionó –. Hacer justicia por no impedir que mi padre se ahorcara en esta casa. Ambos fuisteis los culpables de que se suicidara.

- Qué cojones sabrás tú. Felipe no pudo con la culpa que le carcomía por dentro.

- ¡Mientes! Tenía miedo de que tu hija abriese la boca cuando despertó del coma. Os escuchó hablar en el obrador que tenías por entonces a las afueras de Candelario.

- ¿Eso fue lo que te contó Aguado antes de morir? – Perfiló una sonrisa maliciosa –. Helena no escuchó nada por la sencilla razón de que ni siquiera estuvo presente.

Samuel frunció el ceño a voluntad.

- ¿No lo sabías? Tu padre se quitó la vida por lo que hizo en el bosque – Disipó sus dudas –. Aunque quizá ya va siendo hora de que conozcas la verdad…

Sierra de Béjar (Salamanca)
2 de septiembre de 1997

La luz del atardecer se colaba entre las ramas de los pinos, aclarando el camino de acículas que atravesaba el inicio del bosque. Felipe Aguado se armó de valor y se adentró por la vereda, dejando atrás las últimas casas de Candelario. Las sospechas que albergaba desde que aquel niño portugués saltó a la prensa se habían encargado de lastrar su sueño. Existía una posibilidad, tanto por el lugar donde se había producido el rapto como por el *modus operandi*. Pero antes de tomar un veredicto erróneo, prefirió acudir a la guarida del lobo y echar un vistazo.

Enseguida avistó el edificio con aquel enorme letrero: *Obrador y Sala de embutidos Medina*. Una modesta empresa que su amigo regentaba desde hacía años. Aguado aceleró la marcha y reparó en el Fiat Panda estacionado a pocos metros. Después se aproximó a la puerta y entró con cuidado de no hacer ruido. Una vaharada pestilente arremetió contra su olfato. Se tapó la nariz y observó una batea a rebosar de agua con multitud de tripas para hacer morcillas asomando por fuera. El olor que despedían era insoportable. Felipe enfiló el pasillo entre las diversas salas de elaboración, seducido por el rumor de una radio. Solo al alcanzar la última puerta, comprobó que su amigo estaba embutiendo unas salchichas sobre una mesa de acero. Pensó que de retener allí al niño, lo habría escondido en un lugar mucho más apartado. Se decidió a inspeccionar el resto de salas cuando, alertado por una señal imperceptible, Mauro volvió la cabeza con las manos embadurnadas de picadillo.

- ¡Coño, Felipe! – exclamó jovial –. No te había escuchado. ¿Qué haces por aquí?

- ¿Dónde lo tienes? – Renunció a seguir ocultando el motivo que le había llevado a su obrador.

- ¿De quién hablas?

- A mí no me engañas. Sé que tienes algo que ver en la desaparición de ese niño, André Guimarães o como ostias se diga.

El rictus de perplejidad que asoló su semblante lo puso en una situación embarazosa.

- Aguado, si has venido a tocarme los cojones será mejor que te largues. ¿Estamos?

Pero Felipe lo conocía bien. Sabía que le estaba negando la verdad, aun por mucho que se mordiera el labio inferior para controlar su nerviosismo.

- ¿Tú has perdido la puta cabeza? – Aguado no se anduvo por las ramas –. La madre de ese crío está hablando con la prensa y la policía puede atar cabos. ¿Dónde lo tienes? Sé que estás detrás de todo esto.

- Tampoco tienes ninguna prueba contra mí – le replicó, hostil.

- Te equivocas. ¿O te recuerdo lo que hicimos hace años? Será mejor que te deshagas de él o…

- ¿…O qué? – Le hizo frente –. ¿Me estás amenazando, Felipe?

- Más bien te estoy advirtiendo que hagas lo que tengas que hacer y que pienses en tu familia, joder. Yo también tengo un chaval a mi cargo.

- Pues cuidadito con lo que insinúas, a ver si soy yo el que se presenta en comisaría y cuento lo que escondes en tu finca. Aún guardo pruebas de lo que hicimos.

- Vete a la mierda – resolvió malhumorado.

Después retomó sus pasos y se largó de su vista, mascullando palabras que ni siquiera Medina llegó a descifrar. Una vez fuera, sus ojos tropezaron con los de Helena. Felipe frenó en seco y se preguntó qué demonios hacía allí la hija de su amigo, que lo observaba desde el sillín de su bicicleta. Se esperó lo peor.

- ¿Qué estás haciendo? – La sondeó contrariado –. ¿Nos estabas escuchando?

- Yo solo… – le temblaba la voz.

- ¿Di, maldita embustera? – Echó a andar hacia ella –. ¿Nos estabas espiando?

Helena sintió la amenaza en su mirada punzante. Tampoco tuvo el valor de responder cuando se propulsó con los pies cuesta abajo, pedaleando a toda prisa. Su rastro quedó suspendido al fondo del camino mientras su melena, larga y dorada, se agitaba por la fuerza del aire.

- Mierda – farfulló Felipe segundos después.

No le cupo la menor duda de que lo había escuchado todo. Rápidamente echó a correr hacia ella cuando, al cruzar por delante del Fiat Panda, reparó en el manojo de llaves que pendía de la ranura de arranque. Aquella idea lo persuadió. Felipe abrió la puerta y se introdujo en el asiento. Tenía que pararla antes de que fuera demasiado tarde; antes incluso de que se le ocurriese contar a cualquiera lo que había oído a cerca de un niño desaparecido. El hombre arrancó el coche y salió precipitadamente de allí, arrastrando en su huida una densa polvareda.

Después, todo se volvió oscuro y vertiginoso.

Helena giró la cabeza, alertada por el ruido de un motor. Descubrió que Aguado se había dispuesto a perseguirla en el coche de su padre. Sin pensárselo, tomó una vereda trazada a un margen del camino y se adentró entre la multitud de helechos que poblaban el suelo. Supuso que aquel atajo lo despistaría. Al

menos, a él; ya que ni siquiera se había percatado de que Mauro acababa de salir por fuera del obrador y contemplaba atónito la escena. *Hijo de puta*, gruñó al darse cuenta de que su viejo amigo le había cogido el coche. Entonces, echó a correr.

El tiempo pareció detenerse entre el espeso follaje salpicado de colores cobrizos. Solo el sonido de las cigarras la acompañó en su huida a ninguna parte mientras pedaleaba sin descanso. Helena volvió la cabeza y vio que los faros la alumbraban en la penumbra que comenzó a sofocar el bosque. No tenía escapatoria, el coche avanzaba más rápido que ella. Pidió ayuda. *«¡Socorro!»,* su voz alteró la calma del entorno. *«¡Que alguien me ayude!»*. Nadie parecía prestar atención a sus súplicas cuando Felipe pisó a fondo el acelerador y se apresuró a embestirla.

Tal vez Helena se dejó vencer por el miedo, sin saber que una mujer observaba la persecución desde el porche de su cabaña.

La vecina, que respondía al nombre de Fuensanta, se levantó de su mecedora y entró deprisa en la cabaña. En cuanto traspasó la cocina, asió el teléfono de pared y marcó el número de la comisaría de Béjar.

- Policía Nacional de Béjar – Reprodujo el hombre casi de memoria.

- Hola – Se le entrecortó la voz –. Acabo de ver a una chica montada en una bicicleta que estaba pidiendo ayuda. Un coche la estaba persiguiendo.

- ¿Dónde ha sucedido? – le solicitó más información.

- Delante de mi casa, en un apartado del bosque que hay a las afueras de Candelario.

- Posiblemente se trate de una broma entre chavales. Dese cuenta de que aún no han empezado las clases.

- Sé muy bien lo que he visto – Negó Fuensanta con la cabeza –. La persona que conducía ese automóvil quería atropellarla.

- ¿Puede verlos aún?

La mujer descorrió la cortina y atendió a la burbuja de luz que iba disolviéndose en la penumbra del bosque.

- No puedo verlos – Bajó la voz –, pero ella continúa gritando.

- ¿Recuerda el modelo del automóvil?

- Era blanco, eso sí lo recuerdo. Pero de modelos no entiendo mucho, la verdad.

- ¿Y la chica? – continuó sonsacándole más datos.

- Llevaba un vestido de color amarillo y tenía el pelo rubio y largo.

- De acuerdo. Voy a enviar a un par de patrullas para que echen un vistazo por la zona.

- Sí, por favor. Me he quedado bastante intranquila.

- Usted no se preocupe. Quédese en casa y cierre la puerta con llave.

Fuensanta volvió a colgar el auricular, sin advertir que a escasos cien metros de su cabaña aquel coche acababa de embestir a la joven. El choque provocó que Helena saltase por los aires, golpeándose la cabeza contra el suelo.

Su mente se fundió en una niebla oscura y vacía.

Felipe se bajó del coche y contempló a Helena, su cuerpo alimentado por las volutas de humo que desprendía el tubo de escape. Se arrodilló y posó los dedos en su cuello. Tenía el pulso débil. Comenzó a ponerse nervioso mientras su corazón bombeaba con estrépito. No sabía qué hacer. Palmeó su cara repetidas veces, pero ni siquiera respondía. Entonces, se le ocurrió meterla en el maletero y esconder su cuerpo en las profundidades del bosque. Era lo mejor, pensó. Tampoco tenía otra salida a pocos minutos de que anocheciera. Felipe se incorporó y tiró de la palanca del maletero. La luz de cortesía destapó la profusión de objetos que Medina guardaba en su interior. Un par de serruchos con la hoja oxidada se entremezclaban con varias bobinas de cáñamo. Al fondo, entre el revuelo de unas prendas infantiles, sobresalían unos cuantos cráneos de animal. Felipe se maldijo y comprendió que Mauro lo había engañado. Él era el tipo al que buscaba la policía portuguesa desde hacía meses, cuando desapareció el primer niño de camino a su casa.

Había leído en la prensa que se llamaba Nuno Baptista y que era de Aguiar da Beira. El agresor había colocado por delante de sus muñecas maniatadas una cabeza de gamo. Una igual a la que ahora contemplaba con el aliento entrecortado y que había depositado en el otro niño un mes más tarde: Martim Oliveira. ¿Cómo no se le habría ocurrido vincular ambos crímenes con la desaparición de André Guimarães?, se agitó. Algunos medios se hicieron eco de una marca en forma de *V* que el asesino grabó en sus nucas con una varilla de marcar. Tal vez la misma que encontró de pronto en una bolsa de plástico, junto con un soplete y unas llaves con la palabra *Búnker* escrita en su llavero. Felipe se convenció de que acababa de encontrar el lugar donde escondía al menor.

Corroído por el odio, asió el soplete y vertió la llama por delante de la varilla. El hierro comenzó a mudar de color, pasando del oscuro a un rojo cada vez más intenso. La rabia le cegaba cuando regresó al lado de la chica y la recostó bocabajo. Después bajó el cuello de su vestido y hundió la varilla en su carne. El olor a piel quemada inundó su olfato a medida que la dermis se resquebrajaba haciéndose trizas. Las voces de Medina lo alertaron. Entonces depositó el instrumental en el suelo y echó a

correr, convenciéndose en su huida de que la traición se pagaba con la misma moneda.

Las sirenas de unas patrullas resonaron en la distancia.

Medina se arrodilló delante de su hija y examinó horrorizado la *V* que asomaba en su piel abrasada. Rápidamente volteó su cuerpo y se apresuró a agitarla, como si de ese modo fuese capaz de rescatarla del sueño en el que navegaba con los ojos cerrados.

- Venga, despierta – recitó palmeándole la cara.

Helena abrió sus párpados y se fundió en su mirada celeste. Solo un instante, el suficiente como para retener en su memoria aquel fragmento que la acompañaría de por vida y la martirizaría durante tantas noches. Sin embargo, el dolor volvió a extenderse como una telaraña, arrastrándola irremediablemente hacia el abismo. Se dejó vencer por el sueño. Mauro la abrazó entre lágrimas, llamándola a gritos por su nombre.

Los agentes observaron la escena empuñando sus armas.

- Deje a la niña en el suelo y ponga las manos en alto – soltó uno de ellos.

Medina ni siquiera atendió a su orden, absorbido por la desesperación y el desconsuelo.

- He dicho que suelte a la niña – repitió esta vez con la voz amenazante.

- Jefe, puede venir un segundo – lo interrumpió uno de sus hombres.

El policía resopló, permitiendo que sus otros agentes se encargasen de encañonarlo.

- ¿Qué sucede? – le preguntó una vez que alcanzó el maletero del Fiat Panda.

- ¿Ha visto lo que guarda? – Le guio con la mirada hacia el interior.

El policía cabeceó al perderse en aquel infierno que palpitaba entre serruchos oxidados, ropas manchadas de sangre y cabezas de gamo.

- Creo que es él, jefe – Dio voz a sus pensamientos –. El tipo que asesinó a los niños de Portugal hace unos meses, joder.

77

La historia que Mauro les había narrado con todo lujo de detalles los dejó sin palabras. Al menos a Falcón, que sintió la amenaza de volver a encajar las piezas de su propia historia. Nada de todo aquello que le contaron durante años se ajustaba a la realidad. Ahora supo que su padre no quiso matarlo como tantas veces le repitieron, sino más bien protegerlo hasta el final, cuando Aguado se encargó de atropellarlo en su coche y grabar en su cuello aquella *V* que, de pronto, comenzó a escocerle.

Falcón levantó la vista y se perdió en la mirada de Medina, que desprendía un profundo resentimiento hacia el hijo del que fuera su mejor amigo. Samuel parecía no salir de su asombro mientras lo encañonaba a escasos metros.

- Eso es mentira – masculló Samuel –. Tú lo chantajeaste con desvelar lo que ocultabais en esta casa. Lo que sigue oculto desde entonces…

- No tienes ni puta idea de lo que hablas. Por su culpa ingresé en prisión. Yo nunca quise matar a mi propia hija.

- Pero sí a los niños de Portugal… – le recordó –. Sé lo que intentas hacer, pero ya no vas a salirte con la tuya. Esta vez no. Pienso terminar de una vez lo que no consiguió mi padre. Ella debió morir aquel día en el bosque y yo mismo me encargaré de que así suceda. De no haber despertado del coma, él jamás se habría ahorcado.

Samuel deslizó el dedo en el guardamonte, presionando la boca del arma contra su cabeza. El inspector se arredró en la silla, consciente de que no iba a parar hasta volarle los sesos. Una película de sudor comenzó a perlar su frente.

- ¿Y después? – le lanzó el Bejarano –. ¿También vas a matarme a mí?

- No tengo elección. Habría deseado que no hubieses salido de prisión; pero ya que has decidido acompañarnos, prefiero que veas cómo sufre tu hija.

Entonces encorvó la espalda y aspiró el aroma que liberaba su cabello, como si su instinto lo hubiese empujado a buscar el rastro perdido de Helena. Luego volvió a erguirse, trazando una sonrisa en su ascenso.

- No, espera – Medina intentó detener su ansia voraz –. Podemos llegar a un trato.

- Demasiado tarde – lo retó con los ojos contaminados de oscuridad –. ¿O prefieres que te ceda los honores?

El silenció se espesó en el interior de la habitación vacía.

- Se me ocurre algo mejor. Creo que ya es hora de que regreses junto a tu padre.

A Samuel ni siquiera le dio tiempo a reaccionar cuando la detonación se propagó en la sala y la bala atravesó su pecho, derribándolo contra el suelo. Mauro se aproximó con la zancada pausada y observó cómo se retorcía de dolor. Volvió a encañonarlo mientras intentaba hablar en vano. Su voz apenas era capaz de atravesar los nudos de sangre que manaban de su boca. Mauro dibujó un rictus de inquina segundos antes de despedirse.

- Recuerdos a Felipe de mi parte.

Después, un nuevo estruendo rasgó el sonido de la lluvia.

***

Un hilo de sangre reptaba entre las juntas del suelo, deslizándose como una cicatriz por medio de sus zapatos. Falcón abrió los ojos y tropezó con la mirada ausente de Samuel, sus facciones congeladas en un gesto esquivo. Elías se contuvo de pedir ayuda bajo el diluvio que arreciaba por fuera, recordando las últimas escenas que se entremezclaban en su mente. Supuso que el arma que obraba en su poder fue el encargo que lo llevó a visitar al *Pelirrojo* al barrio de Buenos Aires. Todo lo había planeado al milímetro para cuando saliese. Había decidido acudir a la casa de La Raya en busca de la persona que llevaba semanas extorsionándolo. Sin duda, hacía tiempo que lo había desenmascarado.

De pronto, sintió que la presión del cáñamo cedía, liberando sus manos por detrás del respaldo. Elías percibió su aliento por detrás, erizándole el vello de su nuca. Temió volver la cabeza. No podía, apenas tenía valor. Su corazón empezó a bombear con estrépito bajo su pecho. Era su hora, lo sabía. Cerró los ojos y regresó a la cama donde descansaba su madre. Ella lo esperaba con los brazos abiertos y una sonrisa luminosa. Se dejó llevar por el susurro de su voz.

- Hasta la vista, Helena – murmuró Medina en su oído.

Falcón volvió a la habitación y se giró en la silla de manera brusca. Su padre estaba a punto de enfilar el pasillo. Un impulso lo llevó a recoger su arma del suelo y apuntarlo. No podía permitir que se marchara. Aún tenía muchas preguntas que hacerle.

- ¡Espera!

Mauro se detuvo en seco y se volvió. Su semblante traslucía la impresión de ver ahora cómo su hijo lo apuntaba en el otro extremo de la sala. Ambos, padre e hijo, enfrentaron sus miradas

durante breves segundos.

- Necesito saber por qué me arruinaste la vida, por qué permitiste que la gente en el pueblo me señalara.

- De eso han pasado muchos años, olvídate. Jamás lo entenderías.

- ¡Que respondas! – Se agitó –. Me debes una explicación, joder. Soy tu hijo.

- ¿Mi hijo? – emitió con recochineo –. Ni siquiera te reconozco.

Las palabras que arrojó atravesaron su alma. Luego cargó el arma con la mirada enojada.

- He dicho que contestes. ¿Por qué mataste a esos niños en Portugal? Sé que los elegiste porque todos compartían en su ADN un origen afrodescendiente.

El Bejarano, por el contrario, bosquejó una sonrisa aviesa.

- Intentabas reproducir a los cazadores que vi en las fotos del búnker y que fueron tomadas hace más de cien años – No cejaba en su empeño –. ¿Por qué?

- Porque es lo que somos. Es la herencia de nuestros antepasados. La caza va más allá de sacrificar a un simple animal. Se trata de la purga, de ofrendar a la naturaleza la sangre de un ser inocente. Pero no vale la de cualquiera. Por sus venas debe correr la tradición de los antiguos pobladores, el legado de nuestros ancestros. Y esos niños gozaban de un linaje único, el de los primeros nativos africanos en pisar suelo europeo.

- Estás enfermo... – farfulló –. Mataste a unos críos por un mestizaje absurdo.

- Te equivocas. Cumplí con el cometido que me enseñó mi padre de niño; lo mismo que le enseñó el suyo a él – Hizo hincapié –. A lo mejor eres tú el que está enfermo. Fíjate en lo que te has convertido.

Comenzó a dar pequeños pasos hacia él. Elías lo apuntaba con el arma, nervioso.

- Ni te muevas o te juro que dispararé.

- ¿Seguro? – Lo desafió –. ¿Vas a ser capaz de matar a tu propio padre?

- No se te ocurra ponerme a prueba – Intentó disuadirlo –. Di, ¿qué hiciste con André?

- Demasiadas preguntas – Seguía caminando con una sonrisa en su rostro.

- Para de una maldita vez. He dicho que no te muevas.

- Si hubieras querido disparar ya lo habrías hecho, ¿no crees?

El sudor comenzó a resbalar por sus manos. Sabía que tenía razón y que no iba a apretar el gatillo por mucho que lo amenazase; aun por mucho que deseara matarlo allí mismo. Medina colocó sus dedos sobre la boca del arma y apuntó directamente a su pecho para facilitarle el camino. Quizás, para

convencerlo de que solo así acabaría poniendo punto y final a una historia que llevaba demasiados años enrocada a sus recuerdos.

- Venga, dispara. Si realmente ahora eres un hombre, demuéstramelo.

Apenas podía disimular el temblor que se reveló en sus manos.

- Mira cómo tiemblas – Se dispuso a empequeñecerlo más –. Me das vergüenza.

- ¡Cállate! – gritó.

- Sí, Helena. Me avergüenza saber que eres mi hijo. No vales nada, no eres más que una maricona, ¿recuerdas? – masticó con vehemencia cada palabra –. Eso es en lo que te has convertido, en una ma-ri-co-na. ¿Me oyes? En una…

La detonación atronó en la estancia a medida que su padre se desplomaba en sus brazos y caían juntos al suelo. Solo el tiempo pareció detenerse tras el susurro de la tormenta mientras una mancha oscura y brillante empezó a extenderse por debajo de su camisa, a la altura de su estómago. Elías taponó con su mano la herida y observó aterrado el rictus de dolor que dibujaba su semblante. Sus ojos volvieron a encontrarse veinticinco años después, como si nada de todo aquello hubiera sucedido; como si de algún modo hubiesen decidido regresar a las últimas luces del atardecer, donde el bosque se encargó de cobijarlos bajo un manto de penumbra. Su mirada se ensartó a la suya. Era su manera de pedirle disculpas, de viajar a la luz sin asperezas en el alma. Pues, de pronto, sus ojos comenzaron a cerrarse lentamente, hasta que sus dedos se desprendieron de los suyos.

Tal vez se dispuso a llamarlo *papá* mientras intentaba rescatarlo de la oscuridad en la que se perdía. Puede que incluso levantara la vista y atendiera a Marisa junto a varios de sus hombres, que se resistía a bajar el arma que sostenía entre sus manos. Pero cuando Elías se cercioró de que ya se había marchado para siempre de su vida, lloró desconsolado la muerte de su padre.

78

La lluvia comenzó a amainar en las inmediaciones del caserón de La Raya.

Elías atisbó a los dos operarios de la funeraria por fuera del porche, los restos de Mauro Medina envueltos en una bolsa oscura. Los demás peritos, enfundados en sus habituales trajes de bioseguridad, continuaban inspeccionado el terreno tras la cinta de balizamiento policial en busca de evidencias. Huellas adheridas al barro, que uno de ellos fotografiaba junto a las señalizaciones numeradas. En cuanto los operarios condujeron la camilla hasta el maletero del coche, el inspector esquivó el bulto que se adivinaba por debajo de la tela. Al menos, no tenía intención de llevarse ese recuerdo de su padre mientras la comitiva judicial seguía en el interior de la antigua vivienda de Felipe Aguado.

Enseguida reparó en la subcomisaria y la inspectora Belmonte, ambas cobijadas bajo un paraguas. Falcón ni siquiera se levantó de la ambulancia para recibirlas.

- ¿Qué tal esa herida? ¿Le duele? – Se interesó Nádia, arrastrando un poso de desánimo en su voz.

- Un poco – Palpó el apósito que uno de los sanitarios colocó a un lateral de su sien.

- La doctora ya ha procedido al levantamiento de los cadáveres. Van a trasladarlos al Instituto de Medina Legal para practicarles la…

- No debió hacerlo – interrumpió a Belmonte, concentrando la mirada en la de su jefa –. No debió apretar el gatillo.

- Lo siento, Falcón. De verdad que lo siento – Linares parecía afligida –, pero tampoco tuve elección. Escuché parte de la conversación. Era él o usted.

El inspector supuso que se refería a los últimos segundos antes de la detonación final, cuando su padre lo acribilló con aquel apelativo que continuaba escociéndole en lo más profundo de su ser (*ma-ri-co-na*, *ma-ri-co-na*, recordaba pese a todo). De algún modo, prefirió refugiarse en la mirada que le ofreció arrepentido mientras la vida se le escapaba a borbotones por el orificio de su estómago.

- Marisa, era mi padre – dijo después, convencido de que jamás hubiera disparado.

- Lo sé, aunque creo que dejó de ejercer como tal hace años – apostilló.

Un silencio se instaló entre ellos mientras los árboles vertían la lluvia recogida.

- Se lo dejé bien claro, inspector. Estaba retirado del caso. Quizá todo esto podría haberse evitado si…

- Creo que ya es suficiente, no es momento de reproches – Arbitró Belmonte a favor de Falcón –. Lo importante es que él está bien. Es lo único que importa ahora.

- Tiene razón – Reaccionó Marisa –. Les dejo a solas. Voy a hablar con el juez.

La subcomisaria partió hacia el interior de la casa, contrayéndose su figura por dentro de aquel paraje húmedo. En cuanto Nádia consideró que podía hablar, afianzó su mirada en la de Elías y lo evaluó con los ojos introspectivos.

- No se lo tenga en cuenta – improvisó a un lateral de la ambulancia –. Acaba de perder a su hija y aún busca culpables.

- Todos hemos perdido a alguien durante esta puta investigación – resolvió asqueado.

Belmonte sopesó sus palabras, observándole de hito en hito.

- Supongo que no es el mejor día para preguntarle esto, pero… ¿Le dijo Medina qué hizo con André Guimarães?

Falcón se limitó a negar con la cabeza.

- Entonces, se acabó – resopló, dándose por vencida –. Jamás sabremos qué ocurrió con el niño. Era nuestra última baza...

- Lo siento, inspectora. Sé lo importante que era para usted.

La mujer intentaba asimilar el final de un caso que la había obsesionado durante veinte largos años.

- Lo intenté, pero no quiso confesarme en qué parte del bosque sepultó su cadáver.

En ese instante, Castell abandonó una de las patrullas estacionadas por fuera del área acotada y se apresuró a reunirse con ellos. Su rostro rezumaba una extraña inquietud.

- Le estaba buscando, jefe – dijo de camino –. Me han dicho que estaba herido.

- No es nada – Le restó importancia –. ¿Pasa algo?

- Estaba hablando por radio con un agente de la local y me ha comentado que no han podido personarse más policías porque estaban atendiendo un accidente de tráfico. Por lo visto, una mujer se había salido de la carretera. Se trata de Zetta, jefe. Acaban de llevarla al hospital de Salamanca. Parece que está muy grave.

- Mierda – intervino poniéndose de pie –. Voy para allá.

- Le acompañó – Le secundó Belmonte.

Juntos se encaminaron por el terreno arcilloso, quedando sus siluetas desdibujadas tras un horizonte invernal.

DÍA 12

79

Las horas se le hicieron interminables en el hospital. Falcón acudió junto a la inspectora al nuevo complejo asistencial del que gozaba la ciudad, donde el doctor que los atendió en la sala de boxes les comunicó el estado en el que se hallaba la paciente. *«Ha sufrido un traumatismo severo al impactar su cabeza contra el volante del coche. Ahora mismo se encuentra estable, pero el paramédico que la atendió se la encontró inconsciente. Seguiremos haciéndole más pruebas. Les informaremos ante cualquier novedad»*.

Sin embargo, las ansiadas noticias tardaron en llegar. Nadie salió a atenderlos mientras esperaban sentados por fuera de la sala de espera. Ya de madrugada, y vencida por el cansancio, Belmonte optó por regresar a su hotel. *«Váyase tranquila* – intentó apaciguar la inquietud que vibraba al fondo de sus pupilas –, *yo me encargo»*. Y así fue como Elías se prestó, una vez solo, a ordenar los pedazos rotos de una historia que de pronto hizo suya. La misma que pivotaba alrededor de su cabeza, trazando en su órbita una estela de recuerdos confusos. Entonces redimió a su padre de las palabras que quizá nunca quiso pronunciar, de los silencios que gastaron sin saber que el desenlace de su historia, la que tejieron juntos durante veinticinco años, estaba a punto de concluir. Elías acabó llorando con las primeras luces del amanecer. Un torbellino de sensaciones arremetió contra su memoria, regresando una vez más a la cama de su madre, al olor que desprendía su piel enferma, a su sonrisa perenne. Se congració con su pasado nunca olvidado, pero también con Helena, la niña de cabello largo y dorado que seguía habitando en su corazón. Su voz lo atrajo de nuevo. *«Elías, ¿dónde estás»*, gritaba desesperada. *«¡Ayúdame! ¡Ya viene!»*. Falcón se bajó de su bicicleta y se adentró caminando en el bosque. Enseguida se la encontró escondida tras un árbol. Sus hombros, vencidos por el miedo, temblaban por dentro de su vestido amarillo. *«Ya no está, se ha ido»*, deseó aliviar su angustia. *«Ahora yo cuidaré de ti, Helena. Estás a salvo»*. Y la estrechó entre sus brazos, sabiendo que nunca más volvería a separarse de ella.

El suave susurro que perforó su sueño le hizo abrir los ojos. Falcón reparó en el doctor, que lo miraba de pie enfundado en su bata blanca. Elías cayó en la cuenta de que se había quedado traspuesto y se incorporó del banco.

- Buenos días – Lo saludó –. He recibido los resultados de las pruebas que solicité y el traumatismo no reviste de gravedad. Ya puede pasar a verla, aunque quisiera dejarla un día más en

observación. Por descartar cualquier otra lesión.

- Perfecto, ahora se lo comunico.

Una vez que el doctor encaminó sus pasos por el pasillo, Elías se aproximó a la puerta que tenía justo enfrente. Giró el pomo sin hacer ruido y se adentró en el interior. Una pelusa de luz se deslizaba por el tejido almidonado de las sábanas. El inspector echó a andar y reparó en la máquina que mantenía a Zetta monitorizada. Le impactó verla sin la peluca a la que lo tenía acostumbrado, dejando al descubierto su alopecia areata. Tan solo el tatuaje que se extendía por su cuello era la única nota de color que pincelaba su piel. Falcón se detuvo a su lado y la cogió de la mano. Acarició sus dedos mientras Zetta giraba la cabeza sobre la almohada y componía una sonrisa.

- Hola – dijo con la voz queda.
- ¿Qué tal has dormido?
- *Como uma pedra* – respondió en su lengua materna.
- Me alegro. El doctor me ha comentado que te dejará un día más ingresada.
- Aún me duele – Se palpó la frente.
- ¿Recuerdas cómo sucedió?
- Pensé que ya te habrían informado.

Falcón se limitó a negar con la cabeza.

- Mauro descubrió que estaba siguiéndole y disparó a una rueda de mi coche. Después perdí el control y me salí de la carretera. Tengo entendido que choqué contra un árbol y que por poco no lo cuento. Por lo visto no saltó el *airbag*.
- Mauro ha muerto – Arrojó como un resorte.

En el fondo, necesitaba compartir con alguien la zozobra que sacudía su interior.

- ¿Cómo dices? – Le impactó la información.

Tampoco estaba entre sus planes confesarle que sabía de su itinerario gracias al sistema por control remoto que implantó en su Tablet.

- Es una larga historia que ya te contaré – anunció con pesar –, pero lo importante es que atrapamos al asesino. Cayó junto a mi padre en un antiguo caserón cerca de La Raya. Medina lo había descubierto días antes de salir de Topas.

La portuguesa parecía no querer asimilar lo que Falcón le estaba relatando con esfuerzo.

- Pero… ¿Entonces? – Se soliviantó.
- Todo ha terminado. Ahora sí que puedes regresar a Viseu.

Zetta le obsequió desde la cama con una mirada impaciente.

- No, no puede ser – Se resistía a aceptar –. No tiene sentido.
- Entiendo el impacto de la noticia, pero yo tampoco me imaginaba

que Samuel estuviera detrás de los homicidios. Ese cretino ha estado trabajando en el hotel de mi tía durante varios meses.

La portuguesa supo por los informes que leyó que hablaba del hijo de Felipe Aguado.

- Pero él colocó el diente de mi hermano en la boca de Montaña Bermejo – le expuso.

- Para señalar a mi padre imitando su mismo *modus operandi*.

- Lógico. Pero si Medina nunca reveló a Samuel el paradero de mi hermano, eso significa que él también debía de saber dónde estaba André – barruntó –. Es decir, Samuel consiguió encontrarlo por sí mismo.

El inspector reconoció que su argumento gozaba de consistencia.

- Te refieres… ¿Al lugar donde lo enterró? – Dudó.

- Evidentemente. ¿Cómo sino se hizo con el diente?

Un silencio intercedió entre medias, rasgado por el pitido del monitor.

- Tienes razón. Samuel tenía que conocer el último secreto que mi padre se llevó a la tumba. De todos modos, varios agentes se quedaron en el caserón para registrarlo. Imagino que alguno de ellos me avisará si descubren algo. Ya sabes que por ahora estoy apartado del caso.

En ese momento entró una mujer con vestimenta blanca y zuecos de talón abierto, que portaba entre sus manos una bandeja metálica con instrumental sanitario.

- Buenos días – Los saludó con énfasis –. No sabía que tenía visita.

- Es solo un amigo – apostilló Zetta ante falsas interpretaciones.

- Y muy apuesto, la verdad – Achinó los ojos al sonreír bajo su mascarilla–. Vengo a cambiarle el apósito de la frente y a tomarle la tensión.

- Entonces salgo fuera – consideró Falcón –. Así aprovecho a realizar unas llamadas.

El inspector abandonó la habitación y buscó a Castell en su móvil. Le extrañaba que aún no se hubiese puesto en contacto con él. Al momento, escuchó su voz.

- Buenas, jefe. ¿Qué tal está?

- Aún me encuentro en el hospital con Zetta, pero ya se encuentra estable. Por cierto, ¿cómo van las cosas por el caserón?

- Justo le iba a pedir que si podía pasarse. Hemos descubierto algo que quizá le interese y la subcomisaria está de acuerdo en que lo vea.

- Perfecto. Me pongo en camino. En una hora estoy allí – Se despidió.

Nada más colgar, Falcón volvió a cruzar la puerta de la habitación. La enfermera estaba colocando el pulsioxímetro en la bandeja que sostenía en su mano, cuando Zetta adivinó en su

mirada que traía noticias.

- ¿Qué pasa?

- Debo marcharme. Acabo de hablar con Castell y parece ser que han descubierto algo en la casa de Felipe Aguado.

- Voy contigo – dijo al tiempo que salía de la cama y se incorporaba.

Las vías que llevaban horas alimentándola se revolvieron por debajo de su muñeca.

- ¡Espere! – La disuadió la enfermera –. No puede irse, aún está en observación.

- Me da igual, solicito el alta voluntaria – exigió tajante.

- Tiene razón – Intercedió Elías –. Te prometo que te mantendré informada.

- He dicho que voy y no hay nada más que hablar.

- Pero si ni siquiera vas a poder pasar – Volvió a intentarlo –. Sigues siendo una civil.

- Pues te espero en el coche.

El inspector y la enfermera se confabularon con una mirada prudente.

- Vale, acompáñame. Pero si por algún casual te encuentras indispuesta, regresamos al hospital.

- Trato hecho – Rubricó el acuerdo de forma verbal.

Luego retomó sus pasos hacia la salida para dejar que Zetta se cambiara de ropa. Antes de alcanzar el pasillo, Falcón se giró y la miró a los ojos.

- Por cierto, bienvenida de nuevo al mundo de los vivos.

80

Un bastidor de nubes secuestraba el cielo plomizo. Falcón frenó delante de la entrada del caserón y miró a Zetta. Estaba convencido de que le iba a costar acatar la orden que estaba a punto de imponerle.

- Espérame aquí – resolvió.

- Vale. Pero solo voy a pedirte una cosa: que no me engañes – expuso también sus condiciones.

El inspector volvió a fijarse en el collarín que el doctor le había colocado en el hospital.

- Necesito saber si hay algo de mi hermano en esa casa.

- Descuida – Prefirió no ahondar más en la herida –. Ahora mismo vuelvo.

Elías salió del coche y cruzó las puertas. El amplio jardín que en otra época debió de engalanar la entrada, se había convertido en un cementerio provisto de abandono y zarzales. Falcón apretó el paso y reparó en el ruido que emitían dos excavadoras y una perforadora a un lateral de la casa. Le extrañó que Marisa hubiese ordenado a varios operarios que trabajasen sobre lo que parecía un pozo. La duda continuó seduciendo su mente, hasta que alcanzó el porche y pasó al interior. Una hilera de lámparas jalonaba el pasillo, arrancando las sombras que anidaban de sus paredes. Enseguida se topó con Belmonte. A su lado, Castell prefirió refugiar la mirada por fuera de la puerta abierta.

- Hola, inspector – Lo saludó la portuguesa –. Pensábamos que habría cambiado de opinión y que ya no vendría –. Ambos sospecharon que no querría coincidir con la subcomisaria después de que disparase a su padre.

- ¿Qué hacen esas máquinas ahí fuera? – Eludió sus palabras.

- Será mejor que vayamos por partes. Ha habido novedades en la investigación.

- ¿Qué han encontrado? – se limitó a buscar una respuesta.

- Una caja de latón con varios dientes en su interior – aclaró Castell sus dudas.

Elías arqueó sus cejas.

- ¿Cómo que unos dientes? ¿De quién?

- Aún lo desconocemos, pero creemos que son los que utilizó Samuel para dejarlos en las bocas de sus víctimas. Es probable que su padre los conservase en su finca durante años como si se tratasen de unas reliquias.

- Venga, no me joda. ¿Unos dientes…?

- Aún hay más – Decidió Belmonte inmiscuirse en la conversación –. Dentro de la caja había unas cuartillas; una especie de confesión que escribió Aguado el 5 de octubre de 1997 y que acaba de llevarse la científica.

Falcón reconoció la fecha. El mismo día que despertó del coma en el hospital. El mismo día que Felipe se quitó la vida en aquel caserón. ¿Qué dejó por escrito junto al testamento ológrafo que dirigió al abogado para que se hiciese cargo de su hijo? La incertidumbre le barrenó los sesos.

- Se trata de una carta donde el hombre únicamente deseaba expiar la culpa y el remordimiento que le llevaron a…

- …a ahorcarse en las escaleras de esta vivienda, lo sé. Pero ¿por qué?

- Porque en ella, Aguado le narra a su hijo que asesinó a varios niños antes de que Medina cometiese los crímenes de Portugal. Ese fue el motivo que le llevó a suicidarse; tenía miedo de que si usted abría la boca de lo que realmente pasó en el bosque, la policía acabara atando cabos y encontrase pruebas de lo que hicieron él y su padre.

- De ahí que las muestras que se extrajeron de las piezas dentales no coincidieran con el ADN de Bruno Baptista y Martim Oliveira – retomó Castell la palabra –. Ahora sabemos que los molares que han ido apareciendo pertenecen a otros niños.

- ¿De qué otros niños habla? – Le costaba asimilar.

- De los que Medina y Aguado mataron en sus cacerías – citó de retahíla lo que leyó horas antes –. Según explica en su carta, se trataría de tres menores de los que no tenemos constancia. Por lo visto salían a *"cazar"* – Entrecomilló con sus dedos – cada vez que cruzaban la frontera y raptaban a un crío en alguna pedanía. Luego lo soltaban en un bosque cercano y lo tiroteaban hasta darle muerte por puro placer. Según relata Aguado, siempre iban puestos de alcohol y drogas.

La mente de Falcón comenzó a rescatarlos en su imaginación, sus cuerpecitos desnudos acribillados a balazos como si fuesen animales heridos.

- El caso es que ambos amigos renunciaron a su *hobby* cuando la esposa de Felipe se largó con lo puesto y lo abandonó, dejándole a su cargo un niño pequeño. Samuel tenía por entonces tres años. Esto provocó un distanciamiento entre ellos hasta que, años más tarde, Medina reinició *"las cacerías"* por su cuenta. Sospechamos que a raíz de la muerte de su madre, inspector – Se atrevió a insinuar Belmonte –. Debió de ser el desencadenante que puso en funcionamiento su instinto criminal.

- Lo que condujo a Aguado a albergar ciertas sospechas cuando la noticia de André saltó a la prensa – Remató Castell –. Quiso

comprobar la tarde que se pasó por el obrador si su padre estaba detrás de su desaparición.

- Es cierto – añadió Falcón –. Yo mismo sorprendí a Felipe saliendo por la puerta. Me persiguió porque pensaba que había escuchado la conversación que mantuvieron en el obrador minutos antes.

- Pero quizá lo que desconoce es que tiraron los cadáveres de los niños en el pozo de ahí fuera – concluyó.

Los ojos del inspector parecieron salirse de sus órbitas.

- La subcomisaria decidió avisar a los maquinistas a primera hora – continuó Belmonte –. Según parece, taponó el pozo con piedras para que nadie pudiera descubrir lo que llevaba años escondiendo en su finca. Aunque ya ve que al despertar del coma no aguantó la presión y…, prefirió quitarse de en medio.

- Espere – La detuvo a propósito –. Hay algo que no me cuadra. Felipe descubrió las llaves del búnker en el maletero de su coche cuando me atropelló en el bosque.

- Debió de hacerse con su copia. Recuerde que cada uno de los miembros del club tenía una a su disposición, tal y como averiguaron Mulas y Robledo.

- Sí. Pero las imágenes que vimos en el VHS fueron tomadas allí mismo.

- ¿Qué insinúa? – Frunció el ceño la portuguesa.

- Que Felipe debió de ir a comprobar si escondía a André en el búnker, mientras la policía que se personó a las afueras de Candelario detenía a mi padre.

- Pero ya verificamos que en ese sótano no había ni rastro de Guimarães. Solo estuvo aquella vez, cuando lo grabó pintándose la cara con la sangre de una cría de jabalí.

- ¿No lo entiende? – Se giró. Luego echó a andar –. No encontramos ninguna pista del niño porque Felipe lo encontró antes y no le quedó más remedio que deshacerse de él – Señaló las excavadoras que continuaban trabajando por fuera del pozo.

Entonces salió al porche y observó que Zetta había renunciado a seguir esperándole en el coche. La escritora avanzaba por dentro del perímetro acotado, intentando abrirse paso entre los agentes.

- Mierda – farfulló el inspector.

***

Zetta atendió al ruido que parecía proceder del interior de la finca.

La curiosidad la empujó a traspasar la propiedad, sin importarle el acuerdo verbal al que había llegado con Falcón. Únicamente necesitaba averiguar qué estaba sucediendo mientras

algunos técnicos de la científica se paseaban por los alrededores del caserón. Enseguida avistó las máquinas que trabajaban por delante de un pozo. Una montaña de piedras y escombros se amontonaban en desorden a un extremo. La escritora se acercó con cuidado de no llamar la atención y observó entre el revuelo de forenses una sábana extendida en el suelo. Uno de ellos fotografiaba los restos óseos que habían colocado por dentro de la tela, mientras los demás intentaban montar el acertijo de huesos y cráneos que describía la luz cenicienta de la mañana. Zetta echó a correr al reparar en los tres cuerpecitos apilados y traspasó el cordón policial, abriéndose a empujones cuando un par de agentes se prestó a detenerla. Entonces, Falcón se decidió a llamarla.

Elías abandonó el porche y salió tras ella, advirtiendo en su avance que la grúa estaba extrayendo de las profundidades del pozo un viejo plumífero de color rojo. Zetta cayó de rodillas al suelo, sin apartar la vista del abrigo que se balanceaba en el aire. Después, rompió la calma con un grito desgarrador; pues cuando Falcón se acuclilló a su lado y la abrazó por la espalda, no le hizo falta que le dijera que esa prenda de vestir perteneció a su hermano.

El abrigo con el que André Guimarães desapareció una tarde de carnavales para siempre.

EPÍLOGO

1

Habían pasado tres días desde que el abrigo de André Guimarães apareció en el interior del pozo. Tres días en los que Elías Falcón examinó aquella prenda rojiza con las mangas deshilachadas, que Castell tuvo el acierto de reenviarle por correo cuando la científica remitió las fotografías a la *Intranet*. El inspector apagó la Tablet y decidió echar un vistazo por fuera de la ventana. La vida en la ciudad parecía haberse congraciado con el espíritu festivo a pocas horas de celebrarse la Nochebuena. Enseguida atendió al sonido de su móvil. Elías leyó el nombre en la pantalla de su teléfono y descolgó.

- Buenos días, inspectora – Saludó a Belmonte –. ¿Sigue aún en Salamanca?

- Qué va. Regresé a Portugal ayer por la tarde. Pero como mañana es Navidad, pensé en llamarle por dos razones. La primera, para felicitarle personalmente las fiestas, y la segunda, para agradecerle su hospitalidad durante el transcurso de la investigación.

- No hay nada que agradecer. La colaboración entre ambos países ha logrado resolver un caso que debió de haber terminado hace más de veinte años. Se ha alargado demasiado en el tiempo para los dos.

- Estoy de acuerdo, pero no era el final que hubiese deseado.

- ¿Ha habido novedades? – Se interesó de camino a la salida.

- El laboratorio español y el portugués seguirá trabajando en la identificación de los cadáveres que aparecieron en el pozo – Le avanzó –. He ordenado a varios agentes de mi departamento que busquen denuncias de desaparecidos de hace más de treinta años, cuando Medina y Aguado cometieron sus primeros raptos por la zona de La Raya. Nos ceñiremos a la confesión que escribió Felipe antes de suicidarse, aunque con toda seguridad no encontremos nada. Los menores que desaparecían entonces no se trataban como ahora.

Elías percibió su frustración al otro lado de la línea. Después cerró con llave la puerta de su apartamento y se dispuso a bajar los escalones, que trazaban una perfecta espiral hasta el vestíbulo.

- Por cierto, antes de que se me olvide. ¿Ha vuelto a tener noticias de Zetta?

- Justo he quedado con ella en cinco minutos – Retumbó la voz de Elías por dentro del edificio –. Me escribió anoche para decirme que hoy se marchaba a Viseu. Parece ser que está más restablecida de las contusiones del accidente.

- Me alegro, aunque hay algo que quisiera comentarle.

- ¿De qué se trata? – le formuló una vez que salió a la calle.

Luego se alejó del portal a medida que el aire gélido arremetía contra su cara. Se levantó el cuello de su abrigo.

- Como sabía que la noticia de ese periodista podía traerle problemas, decidí ponerme en contacto con Catarina Gomes, su agente de la condicional. Ya está informada de la colaboración que prestó en la resolución del caso. Solo espero que el juez lo tenga en cuenta y su paso por Salamanca no le traiga más problemas.

- Estoy convencido de que se alegrará. Se lo haré saber.

- Gracias, inspector – Forzó con sus palabras la despedida –. Ha sido un placer poder trabajar a su lado. Confío en que ambas unidades vuelvan a cooperar en un futuro.

- Ojalá que así sea – Reconsideró antes de colgar –. Feliz Navidad, inspectora.

- *Feliz Natal, inspetor*.

***

Elías cruzó el arco de la calle del Prior y se internó en la Plaza Mayor. El ambiente de festividad que se concentraba en las terrazas de los bares no le impidió atravesar el centro del ágora mientras la tuna, ataviada con sus reconocibles jubones y capas oscuras, tocaba sus guitarras por delante del Ayuntamiento. Falcón trazó una sonrisa al ver cómo el grupo estudiantil abordaba a los grupos de turistas y apretó el paso a pocos metros de llegar a su destino. En ese instante, el reloj del pabellón Consistorial tañó sus campanas. El inspector observó por el ventanal del Café Novelty que Zetta aguardaba la espera sentada en el mismo velador. Se percató de que no llevaba su habitual peluca. Luego tiró del picaporte y pidió al camarero un café con leche a medida que se aproximaba a la mesa.

- Hola – pronunció una vez que se situó frente a ella.

No tardó en apreciar el llamativo *septum* que asomaba de sus orificios nasales.

- Buenas – respondió. Las dos golondrinas alzaron el vuelo bajo la piel de su cuello.

- Ya veo que te has hecho un *piercing* – dijo mientras tomaba asiento.

- Un recuerdo de Salamanca. Me lo hice esta mañana. ¿Te gusta?

- Muy tú – Le ofreció una sonrisa sincera –. ¿Llevas mucho esperando?

- Qué va, estuve dando una vuelta por la ciudad después de despedirme de tu tía. Le dejé cincuenta euros en la cocina por las molestias.

- Tampoco era necesario – consideró.

- *Ser agradecido é sinal de boa educação* – manifestó –. Por cierto,

también me pasé por la tienda de Zara que hay a la vuelta, en la Plaza del Liceo. Me quedé maravillada. No sabía que era una iglesia.

- Fue el antiguo convento de San Antonio el Real – le aclaró.

Falcón se dio cuenta de que estaba evitando tocar el tema que les había traído hasta esa mesa, donde ni siquiera llevaba puesto su collarín. Dedujo que de algún modo intentaba borrar de su mente cualquier resquicio de su pasado más reciente.

- Bueno, cuéntame – terció intencionadamente de tema –. ¿Cómo te encuentras?

- Digamos que aún sigo en *shock*. He aprovechado estos días para pensar con calma.

- ¿Alguna conclusión?

- Varias, aunque la principal es que la historia que tejieron juntos Felipe Aguado y tu padre fue la historia de dos amigos que acabaron por traicionarse y se convirtieron en dos víctimas de sus propios actos – Atajó al tiempo que removía su café con una cucharilla –. También creo que de no haber capturado la policía a tu padre esa tarde en el bosque, posiblemente mi hermano estaría vivo. Por alguna razón que no logro adivinar, Medina decidió mantenerlo con vida en el búnker durante varias semanas.

- Supongo que siempre nos quedará esa duda – se prestó a decir –. Ahora ya sabemos que Felipe no aguantó la presión y se llevó a André a su finca por miedo a posibles represalias por parte de mi padre. Lo que pasó después…, es mejor dejarlo donde está. En el pasado.

El camarero apareció con un café con leche que depositó acto seguido en el velador. El silencio que se instaló entre ellos permitió que el rumor de otras conversaciones vagara hacia su mesa.

- Me conformo con haber conocido parte de la verdad – improvisó Zetta finalmente.

- Todavía sigo fuera del caso, pero imagino que no tardarán en devolveros los restos.

- Al menos, mi familia y yo sabremos ahora dónde encontrarlo. Solo espero que después de cerrar esta etapa pueda recuperar a los padres que perdí.

Un brillo esperanzador refulgía al fondo de sus pupilas.

- Te noto distinta – Se atrevió a valorar –. ¿Qué ha sido de la peluca con la que siempre ocultabas tu alopecia areata?

- Se acabaron las mentiras. Se acabaron las caretas y los personajes en los que me he escondido durante años. Necesito volver a recuperar a Sabela.

- Me alegro – respondió –. Me alegro de que hayas hecho las paces contigo misma. Aunque, para mí, siempre serás Zetta.

- Y espero que así sea – Le brindó una sonrisa –. Pero te animo a

hacer lo mismo. No te escondas más y apuesta por quién eres, por Elías Falcón. Da igual que otros se nieguen a aceptar que Helena dejó de existir hace tiempo dentro de ti.

Falcón se mantuvo pensativo, sus ojos conectados a los suyos.

- Tienes razón. Se acabaron las mentiras.

- Así se habla – Soltó una carcajada.

- Antes de que se me olvide, Belmonte se ha puesto en contacto con tu agente de la condicional.

- *Merda!* Iba a llamarla, pero con todo lo que ha pasado no encontré el mo…

- Tranquila – La frenó –. Está al corriente de tu colaboración para que el juez lo tenga en cuenta. Pero si tienes algún problema, avísame.

- Dale las gracias de mi parte.

- Lo haré, aunque sospecho que ya no tienes excusas para empezar de cero y llevar una vida más… ¿Ordenada?

- No te creas. Después de centrarme en la búsqueda de mi hermano tantos años me va a resultar incluso extraño.

Elías la notó aliviada, como si en el fondo se hubiese quitado un peso de encima.

- Ya va siendo hora de que me ponga en marcha. Quiero llegar a Viseu a media tarde y comprarle un regalo de Navidad a mi madre. Esta noche la pasaré con ella.

- ¿Y a tu padre? – Lo rescató de la oscuridad en la que lo escondía –. ¿Lo visitarás también?

- Poco a poco. Ya sabes que no he vuelto a verlo desde que lo ingresaron hace años en ese psiquiátrico…

Después decidió zanjar el asunto e introdujo la mano en el bolsillo de su anorak.

- Antes de irte, me gustaría darte esto – Le tendió un pequeño paquete envuelto en papel de celofán –. Es un detalle, para que te acuerdes de tu paso por Salamanca.

Zetta se dispuso a rasgar el envoltorio. La luz que traspasaba el amplio ventanal le mostró la pulsera flúor de cuero trenzado con un diminuto botón charro como adorno.

- ¿Te gusta?

- ¿Tú que crees? – Parecía entusiasmada –. Es preciosa. ¡Gracias! Puedes confiar en que la llevaré siempre conmigo.

Luego la anudó a su muñeca y se levantó de la silla. Falcón la acompañó en su ascenso. Ambos se fundieron en un fuerte abrazo mientras Elías capturaba el rastro de su aroma.

- Cuídate, ¿vale? – Renunció a seguir alargando la despedida.

Zetta se limitó a asentir y partió hacia la salida. La campanilla de la puerta prendió después en el interior de la cafetería. Falcón

intuyó su figura por fuera del ventanal y se aventuró a seguirla con la mirada. Su estela de miedos y contradicciones, de esperanzas marchitas y otras personalidades desapareció entre el tumulto de la Plaza Mayor, como si nadie más reparase en la sombra que dejaba al caminar.

2

Elías Falcón había aprendido a esconderse del mundo. Había asimilado a lo largo de los años que para subsistir y salir a flote, antes necesitaba pasar inadvertido. Eso fue lo que interpretó a su salida del hospital cuando se restableció del coma y regresó al lado de su tía. Aprendió que no podía llamar la atención, que el silencio al que se prestaba su historia se había transformado con el tiempo en un eslabón de murmuraciones y miradas afiladas.

Helena contaba con doce años en el momento que comenzó a cohabitar bajo la sombra de su padre. Había heredado el estigma de ser la hija de un asesino, a percibir los cuchicheos a su espalda, a sufrir el acoso constante de aquellos quienes se resistían a transitar por la misma acera que ella. De algún modo, Helena aprendió a asumir como suya la responsabilidad de sus crímenes, a responder por boca de su padre; también a pedir auxilio cuando la culpabilidad se convirtió en un miedo terrible por salir a la calle. Entonces, Lupe se armó de valor y no le quedó más remedio que internar a su sobrina en un colegio. *«Aquí nadie sabrá de tu historia* – le aseguró mientras la acompañaba por el pasillo de su nuevo hogar –, *solo tienes que olvidar lo que sucedió en el bosque y estudiar mucho para convertirte en el policía que llevas repitiéndome todo el verano»*. Helena se limitó a asentir con los ojos húmedos. *«Solo es cuestión de perseverar y luchar por tus sueños. Ya sabes lo que siempre digo: que en esta vida nadie te regala nada. Así que si esa es realmente tu vocación, no dejes que nadie te haga creer lo contrario. ¿Me has entendido?»*.

Las palabras de Lupe surtieron el efecto deseado y Elías se convirtió en uno de los inspectores de homicidios más jóvenes de la comunidad. Sin embargo, antes de todo aquello, antes incluso de graduarse en la Academia de Policía de Ávila y adquirir experiencia como agente, aún le quedaba algo más por hacer. Quizá el paso que llevaba años germinando en su interior sin apenas darse cuenta.

Ahora, décadas más tarde, Elías se contempló con el torso desnudo delante del espejo de su habitación. La mastectomía dibujaba dos discretas medias lunas trenzadas por debajo de cada aureola, como si ambas cicatrices le ayudasen a no olvidar a la niña de cabello largo y dorado que todavía ocupaba un reducto de su entidad. Elías arrastró las yemas de sus dedos por las costuras que marcaban su territorio y sintió que las heridas de su propia batalla, al igual que la *V* que se revelaba a la altura de sus cervicales, le habían moldeado hasta proyectarlo en el hombre que aspiraba a ser. Falcón perfiló una

sonrisa en su rostro y volvió a ponerse la camisa de cuadros sin abotonar los dos ojales superiores.

El crujido de la madera le advirtió de la presencia de Lupe.

- ¿Se puede saber qué hacía esta camiseta en la basura? – le formuló con la prenda en su mano. Había decidido pasarse por Candelario después de despedirse de Zetta en el Café Novelty.

- He tomado la decisión de no esconderme más – replicó, consciente de que a su tía debía darle una explicación más convincente –. Se acabó ocultar bajo una camiseta las cicatrices de la operación. Ya no quiero esconderme más, tía. Ni tampoco rehuir del pueblo por miedo a que me reconozcan.

Lupe le sostuvo la mirada con los brazos en jarras.

- ¿Y no tendrá algo que ver esa muchacha portuguesa con la decisión? – interpretó en sus palabras.

- Posiblemente, aunque aún me queda lo más importante: ponerlo en práctica.

- ¿Vas a salir? – vociferó –. Pero si estoy calentando la cena en el horno.

- Me apetece dar una vuelta y tomar algo en el bar de la plaza. Lo que solíamos hacer los domingos con mi madre después de ir a misa. ¿Recuerda?

Ambos se mantuvieron en silencio, sus miradas desafiándose a escasa distancia.

- Entonces, no tengas prisa por volver – Se hizo Lupe a un lado.
- Gracias, tía – Se lo agradeció con un beso sonoro.
- No, Corito. Gracias a ti, por ser como eres y dar sentido a mi vida.

Minutos más tarde, Elías abandonó el hotel rural y se perdió por las primeras calles de Candelario. Diminutos copos de aguanieve caían del cielo mientras las luces de Navidad que lucían los balcones aclaraban la noche reciente. Entonces se dispuso a saludar a los primeros vecinos con los que se cruzó de camino, hasta que su figura se desintegró por dentro de un horizonte de escarcha.

Christian Furquet (Salamanca) es licenciado en Comunicación Audiovisual y Máster en Guion Cinematográfico y Televisivo por la Universidad Pontificia de Salamanca.

En 2012 publicó *El Carnaval de los Sueños Rotos*, y al año siguiente, *Si las Paredes Hablasen*. Asimismo, ha participado en algunos medios de comunicación y en varios proyectos de guion cinematográfico.

La Prisionera de la Cumbre Nevada (2020), *Huesos en la Niebla* (2021) y *Las Hijas de la Tempestad* (2022) forman parte de la trilogía del Juego de la Serpiente, despertando un gran interés entre la comunidad lectora.

Gracias a ello y a las redes sociales, su incursión en el género negro le ha ayudado a darse a conocer y a adquirir una amplia comunidad lectora que ha ido creciendo en número en todo este tiempo.

Escrito en tus Huesos (2024) es su nueva novela.

Sígueme en:

Christian Furquet Escritor (FACEBOOK)

@christianfurquet_escritor (INSTAGRAM)